CARAS Y CARETAS



PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO

Trae para todos los gustos

VINOS TIRASSO

LA GRAN MARCA ARGENTINA
OFRECE SUS TRADICIONALES

CAJONES SURTIDOS
para NAVIDAD y AÑO NUEVO



Canasta N.° 1 $ 30.—

CONTIENE:

1 botella Champagne Brut
2 » Demi-Sec
1 » Sec
2 » Moscato Champ.

Para la Provincia de Buenos Aires $ 35.—

Canasta N.° 2 $ 20.—

CONTIENE:

1 bot. Champagne Demi-Sec
2 » Moscato Champagne
1 » Moscatel Añejo
1 » Barbera
1 » Sauternes
1 » Oporto 1 Cotes 1 Medoc
1 » Pinot tinto (viejo)
1 » Medoc Reser
1 » Clarete

Para la Pcia. de Buenos Aires $ 22.—



Canasta N.° 3 $ 12.—

CONTIENE: 1 bot Champ. Demi-Sec 1 botella Moscato Champ. 1 bot. Moscatel Añejo 1 Pinot tinto (viejo) 1 bot. Clarete 1 botella Sauternes.
Para la Provincia de Buenos Aires $ 13.50—

LUIS TIRASSO
Sarmiento 847 - Bs. Aires.

SUCURSALES:
ROSARIO: Sarmiento, 1028.
CORDOBA: Alvear, 125.
B. Blanca: Zelarrayán, 302.
TUCUMAN: Las Heras, 783.
PEDRO MIGLIORINI

El importe se puede remitir por giro postal o bancario. Se efectúa también la expedición contra reembolso.



LA GENIAL CHUFITOS

En el tocador de Victoria Villasevil hallábase ésta colocando rosas en unos finísimos vasos de cristal de Venecia, salidos sin duda de las hábiles manos de Angelo Beroviero. Su amiga Laura Cienfuegos, recostada en la *chaisse-longue*, miraba cómo Victoria iba casando los colores con el mismo primor que el más experto jardinero, artístico trabajo que la muchacha hubo de suspender por la entrada de la doncella, que traía una carta para la señorita.

— ¿Me permites? — interrogó Victoria, dirigiéndose a la de Cienfuegos, que hizo un gesto aquiescente. Entonces Victoria abandonó su labor, y con gran detenimiento, como si deletrease lo que veía escrito, fué recorriendo los apretados renglones de tan importante papel, después de haberse fijado en el nombre y apellido del que firmaba.



— ¿Que no adivinas quién me escribe? — interrogó.

— Paco Pimentel. ¿No es cierto?

— De Paco es. Lo has adivinado.

— ¿Y qué te dice?... ¿Se puede saber?

— Pues me dice que me quiere con locura, que mis vacilaciones le matan, y me invita a que fijemos nuestra situación.

— ¿Y qué le vas a contestar?

— ¡Qué sé yo!

— ¿Pero tú le quieres de veras? ¿No será éste uno de tantos que te han hecho la corte y que luego has dejado cansada o aburrida? — insistió Laura.

— No lo sé bien... No me explico claramente lo que me pasa con Pimentel... Hasta ahora ninguno de los hombres con quien he tenido relaciones, más o menos serias, casi nunca serias, me ha producido una sensación... ¿cómo te diría yo?... subyugante...

— ¿Subyugante? — dijo Laura.

— Verás. Puesta en el caso de figurarme que el hombre que me solicitaba iba a hacerme suya, con todas sus naturales consecuencias, siempre me ha entrado una especie de escalofrío cuyo resultado fué cortar por lo sano y alejar al pretendiente, dándole unas corteses y cumplidas calabazas... Sólo imaginar que Fulanito o Menganito tuviese derecho para tomarme o dejarme a su voluntad, y penetrar como dueño absoluto en mis intimidades, me ponía los nervios de punta.

— ¿Y con Paco Pimentel te entra ese escalofrío?

— Aquí viene lo difícil... Paco Pimentel es un hombre casi rudo en el decir y en el pensar, no en modales ni en distinción, se entiende; diferente en absoluto de cuantos me han hecho la corte; un hombre que mira con horror todo lo que a ti y a mí nos atrae y nos encanta... Piensa tú lo que me espera si me decidiese a llamarme la señora de Pimentel... Lee su carta... Es todo un programa para que el día de mañana no me llame a engaño.

— Pues calabazas con él.

— ¡Ah!... Eso es lo grave.

— ¿Por qué?

— Pues porque en las contadas veces que hemos hablado algo despacio, y sobre todo cuando la casualidad ha hecho que mi brazo se apoyara en el suyo, me ha parecido aquello como un acto de posesión, y he experimentado un efecto extraño en todo mi ser, así algo entre miedo y alegría, de tal suerte, que si en el mismo instante Pimentel me coge entre sus brazos y me estruja en ellos, me dejo estrujar tan tranquila.

— Hija, tienes razón... Eso es muy grave... Si ello es como me dices, no hay más solución que coger la pluma y contestar esa carta con un sí sostenido más grande que un templo.

— Perfectamente... ¿Y luego?.

— ¡Ah!, ¡Luego!... Como conoces al hombre, ya sabes a qué atenerte.

— Pero hay también otras dificultades que no dejan de ser importantes. En primer lugar, la oposición de mi gente.

— ¿Tu padre quizás?

— Mi padre, no. Mi padre, al fin, haría mi gusto. Se trata de mi madre.

— ¿Pero doña Ramona había de oponerse?

— En esto, doña Ramona es más intransigente que don Francisco de Villasevil.

— Pero, hija, sin que te ofendas, aun se comprende la intransigencia del muy noble señor, mas su esposa no desciende de don Fruela...

— Pues ahí verás. Mi madre, que está *escamada* con las asiduidades de Paco, y que sospecha de mi actitud con él, ha tomado a la chita callando informes, y le han dicho que toda su familia es de humilde extracción y, ya ves tú, una *mésalliance* la subleva.

— ¡Bah! — interpuso Laura, — La dificultad más importante es la que tienes dentro de ti, y esa...

— Esa es la que más me preocupa... ¿Qué hacer?

— Por lo pronto — respondió Laura — contestar esa carta.

— ¿Ahora mismo?

—Cuanto antes. No vas a dejar a Paco esperando un siglo... ¡Y con el ansia que aguardará la respuesta!

—Hay que meditarla, Laura. Hay que meditarla mucho...

Y casi al mismo tiempo que hablaban Laura y Victoria, doña Ramona departía con su marido acerca del grave asunto.

—Como tú no te fijas en estas cosas —decíale a Villasevil su cónyuge— no te has enterado de que la niña y ese advenedizo se entienden.

—¡Mujer, tanto como advenedizo!... ¡Un hombre que, según se dice por ahí, es casi millonario!

—Eso no quita para que sea un pelafustán, Frasquito.

—Mira, Ramona, me parece que exageras. Pimentel es un muchacho muy correcto, muy bien educado y respetado por todo el mundo.

—Y sus padres, palurdos hasta la médula...

—Sigues exagerando, Ramona.

—Te conozco, Frasquito. Tú eres capaz de casar a Victoria con el primer *quidam*, con tal de que tenga mucho dinero.

—No es eso, Ramona, de mis pecados. Yo desearía casar a mi hija con uno de su clase, y que además fuese sumamente rico, porque la niña no es nada barata; pero si no se presenta un príncipe de sangre real, y con muchos millones por añadidura, me conformo con un Pimentel que sepa trabajar y que la quiera con alma y vida.

—Vamos, hombre. Es lo que me queda que ver... ¡Si voy creyendo que tú y la niña estáis de acuerdo para que trague *al* Pimentel!

—No divagues, Ramona. La niña no me ha puesto en sus secretillos, ni yo he oído hablar del tal noviazgo hasta que tú me has venido con semejante cantata.

—Pues ya verás cómo la cosa se formaliza, y el día que menos lo pienses vendrá Pimentel padre a pedirte la mano de Victoria para Pimentel hijo, y yo entonces ejerceré de Espíritu Santo y os mandaré a todos a escardar cebollinos.

—Ramona... hace media hora que estás diciendo disparates.

—El disparate será tomar a Pimentel por yerno.

—¿Y si no viene otro?

—¿Qué no vendrá otro?... Ahí está Nuñito, el primogénito de nuestros primos los de Cajar, que se despedaza por la niña y que será grande de España cuando el marqués rinda su tributo a la muerte.

—Un imbécil —atajó Villasevil— que cuando su padre rinda su tributo a la muerte, como tú dices, seguirá siendo el más grande burro de España...

—De manera que...

—De manera, Ramona, que yo no tengo predilección ni por Pimentel ni por ninguno; pero no olvides cómo es tu hija de voluntariosa, y si se le mete en la cabecita casarse con Pimentel o con el moro Muza, hará su gusto.

—Pero ven acá, Frasquito... ¿No comprendes que...?

Y Frasquito no comprendía lo que doña Ramona quería demostrarle, porque la discusión iba poniéndose al rojo, hasta que, para aclarar los hechos y dirimir la contienda, doña Ramona, sumamente expeditiva en sus resoluciones, formó tribunal con su ilustre cónyuge, y llamó a capítulo a Victoria, que al punto se presentó saboreando todavía las apasionadas frases escritas por Pimentel.

—Vamos a ver, Victoria. Te llamamos —comenzó diciendo doña Ramona— para que nos digas la verdad... ¿Tú tienes relaciones con un pelagatos que responde al nombre de Francisco Pimentel?

—No. Aun no las tengo, pero no sé si las tendré con ese *pelagatos* —respondió la muchacha poniendo mal gesto.

—¡Buen modo de obedecer a tus padres!
—Mira, mamá. Yo os respeto y quiero como la hija más cariñosa puede querer..., pero en mi corazón no manda nadie más que yo...

—Perfectamente. Pues tu padre y yo nos oponemos a esas relaciones, si las llegas a tener... Para pasar el rato, muy bien, si ello te entretiene... Pero que ese Pimentel entre en nuestra familia, de ninguna manera... Ya lo sabes.

—Justamente me hallaba en un momento de indecisión; mas en vista de lo que acabas de decirme, voy a contestar una carta recientita de ese *pelagatos*, diciéndole que puede considerarme su novia desde ahora mismo.

—¡Buen modo de obedecer a tus padres!

—Mira, mamá. Yo os respeto y quiero como la hija más cariñosa puede querer... pero en mi corazón no manda nadie más que yo... Entre todos los hombres que he conocido, y no son pocos los que me han hecho la corte, el único formal, serio y de mi absoluto agrado es el *pelagatos* de Pimentel... De manera que ya lo sabes, mamá. Si Paco Pimentel insiste, y estoy cierta de que insistirá, seré la señora de *pelagatos*.

—¿Has visto descaro igual, Frasquito? —dijo doña Ramona volviéndose hacia su marido, que hizo un gesto indefinible.

—No es descaro, mamá. Es decirte mi modo de pensar...

—Pues no tendrás nunca, óyelo bien, jamás, el permiso de tus padres.

—Mal camino el de ponerme en el disparadero, mamá... Yo mando en mí, y como la oposición que se ponga llegue a cargarme... sabe Dios lo que seré capaz de hacer.

—¿Y tú toleras semejante desfachatez, Frasquito?

—Yo no tolero ni dejo de tolerar. Espero con calma los acontecimientos, Ramona.

—Si no tenéis más que decirme, me voy con Laura, que me aguarda en mi gabinete... Hasta ahora —dijo la joven, y tomó la puerta.

—Nos veremos las caras, Victoria —vociferó doña

Ramona al ver cómo su desobediente hija casi la dejaba con la palabra en la boca. Conducta que hubo de seguir Villasevil, pretextando una urgente ocupación.

Con la carta de Paco en la mano y el alma en ella preguntábase Victoria qué debía hacer, porque columbraba claramente que en aquel instante se estaba decidiendo su porvenir. Y sobre todo, hacíanle meditar las palabras escritas, que hubo de leer muchas veces y que decían: *Nunca seré para usted un tirano, pero ¿podrá alguna vez mi amor inmenso, inacabable, duradero mientras me dure la vida, lograr que sus costumbres se amolden a las mías, y cuya pintura exacta acabo de hacer a usted en esta carta, de suerte que nunca tropiece con el menor desvío?... ¿lo conseguiré por obra de mi adoración infinita, sin violencias de su carácter ni arrepentimientos del día de mañana?*

Este era el nudo de la cuestión, y al llegar a este punto cerraba los ojos Victoria; presentábasele en la mente la imagen total de aquel hombre, y experimentaba el vago rumor de los sentidos de que habló a Laura, como si tan extraño y desconocido murmullo fuese plasmante revelación de la realidad.

Victoria tomó la pluma ¿para contestar a Pimentel?... no; para darle una cita. La situación de ambos exigía larga plática, entrevista pausada en la cual aclararíanse los más difíciles extremos, de forma que de su conferencia saliese mutuo acuerdo o ruptura definitiva, poniendo Victoria por delante — que tal era su leal propósito — la promesa de acomodarse a los deseos de Pimentel en lo que tuvieran de razonable y justo... Y ¿dónde la cita? ¡Ah! sí, en casa de Laura... Pimentel trataba a los de Cienfuegos, y no tenía nada de particular que allí se viesen, pues que allí se juntaban amigos y amigas de Laura al *five o'clock* de todas las tardes... Con cuatro letras despachaba, y mientras llegaba la hora de la importantísima conversación, a encerrarse en sus habitaciones, a no ver a nadie, de la propia manera que si fuese a hacer examen de conciencia.

Y por lo que a la actitud de doña Ramona hacía, entre ella y su padre, con la ayuda de Paco, buscarían el modo de domesticarla...



II

De la conferencia habida en casa de Laura salió Paco Pimentel más contento que repique en Pascua. ¡Qué mujer aquella!... ¡Qué acento el suyo, penetrante hasta lo más hondo del alma!... ¡Qué encanto el que se desprendía de toda su perfectísima persona!... Mil años que viviera, siempre recordaría aquellos deliciosos momentos en que Victoria puso su corazón al descubierto, confesó sus caprichos, sin atenuaciones ni disculpas, y subrayó sus promesas con la natural cortapisa del bien parecer para no chocar por manera ridícula con la sociedad en que ella vivía...

Don Cipriano Pimentel, llevando consigo las instrucciones de su hijo, más el consentimiento de la muchacha, no admitió demora en la respuesta ni plazos dilatorios... Sí o no, como Cristo nos enseña... ¡Y a fe que don Cipriano se prestaba a habilidosos subterfugios! Era un hombre serio, cortés, de pocas palabras, el vivo retrato de su hijo con treinta años más, y en lo concerniente a su indumento no como se lo figuraba doña Ramona, soltando los zahones en la antesala, sino como si saliera de manos del mejor sastre de Madrid. Vino derecho a su objeto preciso y terminante; formuló su pretensión en términos respetuosos, pero claros; dijéronle con frases untuosas y melífluas que Victoria había sido ya pedida en matrimonio por los marqueses de Cajar para su hijo don Nuño, con quien los de Villasevil deseaban unirla, realizando así antiguos proyectos de familia; conoció al punto la flor y tomándola por segura negativa hizo a don Francisco y a doña Ramona un frío saludo y salió de aquella casa, acompañado hasta la puerta por Villasevil, en cuyo fuero interno reñían tremenda batalla la obediencia a su tirano y el gusto con que hubiera otorgado el *sí* a aquel hombre de aspecto más principal y señoril que su primo don César Pérez de Sanchidrián, marqués de Cajar.

¿Contrariedad la de Paco Pimentel así que don Cipriano le refirió ce por be su conferencia con los padres de Victoria? Tan grande o más la de Nuñito. Nunca se atrevió éste a poner los ojos en su prima, a quien deseaba con deseo lascivo, como a todas las mujeres guapas, porque sus tentativas de aproximación pegajosona fueron rechazadas en seco y de forma que no volviese a repetirlas; pero ahora, con el beneplácito de toda la familia, se le encandecieron sus concupiscencias y ya se imaginaba los buenos ratos que pasaría junto a la sugestiva doncella cuando la viese en el traje en que quería ver Guardiola a la triscadorcilla Violante...

Lo malo es que tendría que romper con la Chufitos, por su nombre Clara Rodríguez, una apetitosa daifa de rumbo y campanillas que se ha paseado por Madrid luciendo su linda figura.

Urgía, no obstante, aclarar la situación hablando a Victoria y declarándola su amor y sus propósitos de hacerla feliz, y cuando él emplease sus naturales medios de cautivar mujeres, tantas veces puestos en práctica con rendimiento inmediato, la de Villasevil caería en sus redes, por no decir en sus brazos; y después eliminar al Pimentel, bien llamándole a capítulo y diciéndole muy afablemente que estaba de sobra, bien obligándole, con la correlativa brusquedad y sus consecuencias lógicas, a que abandonase el campo a galope tendido.

— ¿Con que te niegas a ser mi mujer?

— Me niego a ser tu mujer — respondió Victoria.

— ¿Por qué? — insistió Nuñito.

— Por dos razones. La primera, porque tengo amores formales con otro.

— ¿Con Pimentel? — dijo el amante de la Chufitos, asombrado al oir las terminantes palabras de su prima.

— Con Pimentel, aunque no te parezca bien — repuso muy seria la muchacha.

— ¿Y la segunda razón? — duplicó Pérez de Sanchidrián.

— La segunda — contestó Victoria — es que, aun cuando no tuviese amores con Pimentel, jamás me casaría contigo.

— ¿Me desprecias?

— No es que te desprecie, Nuño. Es que tú nunca podrás ser un marido como yo deseo. La vida que haces no es la más propia para enamorar a una mujer como yo.

— ¿Y si abandonase la vida que hoy hago y por tu amor me convirtiese en un hombre nuevo? — apretó Nuñito.

— Lo que es por mí no abandones nada, porque ya te he dicho, y te repito, que nunca me casaría contigo.

— ¿Así, de un modo tan rotundo?

— Así.

— ¿Sin dejarme siquiera una leve esperanza?

— Sin dejarte ninguna esperanza.

—Está bien Victoria... Perdona *la lata* que te he dado, pero tú no te casarás con Pimentel.

— ¿Lo vas tú a impedir? — preguntó la joven con mal disimulado enojo.

— Eso corre de mi cuenta — respondió Nuñito.

— Pues allá tú... Por lo pronto basta de conversación y déjame en paz — habló Victoria, dió media vuelta, y el temible conquistador quedóse solo y boquiabierto.

Ya estaba resuelto el primer punto. Victoria no pudo expresarse con mayor claridad, y la herida que le hubo de inferir en su amor propio, las que más duelen, era de aquellas que chorrean sangre...

Una noche encontrábase Pimentel en el teatro de la Princesa. Victoria en un palco con los de Cienfuegos, y pocos minutos antes de levantarse el telón, ya colocado en su butaca, entró Nuñito por el callejón de la misma fila y encarándose con Paco le dijo:

— Está usted ocupando un sitio que es mío.

— Se equivoca usted — le replicó Pimentel sin levantarse y mostrándole su billete.

— Yo nunca me equivoco, por lo cual ya está usted largándose y dejándome el puesto. Pronto, que va a empezar la función.

— El que se va a largar, pero ahora mismo, es usted — repuso Pimentel levantándose de la butaca y represando la comezón de dar al insolente su merecido, para no asustar a Victoria, que no apartaba los ojos de ambos jóvenes contendientes.

— Nos iremos fuera los dos — dijo Nuñito al ver que el breve diálogo había enterado de la disputa a los ocupantes de las inmediatas butacas.

— ¿Conque te niegas a ser mi mujer?

Salieron al pasillo, tras ellos varias personas curiosas por enterarse de lo que iba a ocurrir, y allí, sin más explicaciones, el de la Chufitos levantó rápidamente la mano para dar a su rival una bofetada, que no llegó a su destino porque Pimentel, mucho más vigoroso que su agresor, le cogió el brazo con tal fuerza y empuje que por poco hace rodar al irascible. Separáronles los circunstantes poniéndose en medio a fin de impedir un cuerpo a cuerpo, sin duda funesto para Nuñito, dados los poderosos puños del provocado, y éste, volviendo la espalda, como si ello fuese un incidente sin importancia, entró en la sala, se colocó de nuevo en su sitio y dirigió a Victoria una sonrisa tranquilizadora.

Imponíase el duelo al momento. Pimentel, el ofendido, al día siguiente del suceso, comentado como era de esperar en todos los círculos que frecuentaba el de Cajar, envió a casa de éste a sus dos íntimos, Valterra y Bernal.

— Nada de componendas, Juancito. Ese mequetrefe quiso cruzarme la cara y me está quemando la mejilla como si hubiese sucedido. El duelo ha de ser verdad... Yo no admito términos medios — agregaba Pimentel a Valterra cuando éste le enteró de su próxima conferencia con los padrinos de Sanchidrián, el conde de Piedralaves y Manolo Cifuentes.

— Tú puedes elegir armas — dijo Valterra.

— Me es igual. Las que ellos quieran.

— Nuñito tira muy bien.

— Y yo no soy manco, Juanito.

— Mira, Paco, que la cosa quizá resulte grave. Nuñito es muy bravo, no se lo niega nadie, y te tiene mucha tirria.

— No te preocupes. Si él me tiene tirria, yo le tengo en la boca del estómago y... ya veremos quién pega de veras.

— De modo...

— De modo — interrumpió Pimentel — que llevéis plenos poderes para que ello sea todo lo grave que pide el intentado bofetón...

En una sola conferencia fué concertado el duelo. Don Nuño Pérez de Sanchidrián y don Francisco Pimentel se batirían a pistola, a veinticinco pasos avanzando, en la finca que cerca de Madrid posee Luis Pozuelo, y se cambiarían los disparos necesarios hasta que uno de los dos quedara fuera de combate.

....



III

Acaecida la provocación de Nuñito en la noche de un martes y habiendo acordado los padrinos que el duelo se verificase el inmediato jueves, porque hasta ese día le era imposible a Luis Pozuelo prestar su finca, las primeras horas de la mañana del miércoles las empleó Pimentel en perfilar las disposiciones que se propuso, y a las doce hallábase en el Museo del Prado, donde también acudiría Victoria, juntamente con su amiga Laura, ambas escoltadas por la señora de alquiler puesta al servicio de la de Cienfuegos. De perlas le pareció a Paco el aplazamiento del lance, pues así dedicaría a su novia todo el tiempo que pudiese antes de ir al desafío.

— Sé que mañana te vas a batir con el canalla de Nuñito — dijo Victoria a Pimentel, en cuanto se encontraron algo separados de sus acompañantes.

— ¿Quién te lo ha contado? — interrogó Paco.

— Laura, que lo sabe por su padre, y a éste se lo dijo con toda reserva el conde de Piedralaves.

— Es verdad, Victoria. Yo quería ocultártelo, y no puedes imaginar cuánto lamento que a Piedralaves se le haya ido la lengua... ¡Vaya un hombre reservado!

— Ese miserable de Nuñito merece una lección, y que sea muy dura — interrumpió la muchacha.

— Procuraré dársela — habló Pimentel.

— Yo no dejo de pensar cómo haríamos para que ese maldito duelo no se verifícase, porque aunque estoy segura, segurísima, de que no te sucederá nada y que todo ha de quedar reducido a que cambiéis unos cuantos disparos, sólo la idea de que esa mala persona te pueda

hacer el menor daño me vuelve loca... ¡Ah! ¡Si yo tuviera en mi mano dirigir la bala, ya sé dónde iría a parar! — exclamó la muchacha.

— Pues no pienses en nada que sea evitar el lance, Victoria. A tu pariente le está haciendo falta un correctivo que le haga perder su cartel de matón elegante — dijo Pimentel, pensando para sus adentros en lo extraño que le resultaba el contraste entre sus fúnebres presentimientos y la seguridad de su novia.

— No, no... Yo no te incitaré jamás a que rehuyas el duelo con ese badulaque. Yo te quiero con toda mi alma, y si fuese correcto interponerme en medio de Nuñito y tu persona, me interpondría sin vacilar; pero te quiero como eres.

— ¿Cómo soy, Victoria adorada? — atajó Paco.

— Un hombre que no se deja pisotear por nadie — prosiguió la joven.

— Así, así, ese soy yo — volvió a interrumpir Pimentel.

— Pues mira, Paco... A pesar de lo que antes te dije de que me da el corazón que saldrás ileso del duelo, estoy devanándome los sesos por encontrar... ¡qué sé yo!... un medio extraño que yo trajese como llovido del cielo para que no te batieses con Nuño, y que tu honra quedase tan limpia como ahora es y siempre será.

— Desecha esos pensamientos, Victoria mía, y olvidemos todo lo que no sea motivo de contento... Dime que me quieres mucho, y la certeza de tu cariño me preservará de desgracias... Tu imagen querida es mi mejor amuleto, y como nunca se aparta de mí...

— Pues por lo mismo que te quiero y que te querré mientras me dure la vida, busco... busco y no acabo de encontrar...

— Mira, Victoria adorada. No pretendas imposibles... Deja correr los acontecimientos...

— ¿Y si ese infame...? ¡Ah! ¡Me moriría de dolor!

— No te preocupes, Victoria... ¿No tienes la evidencia de que la sangre no llegará al río ni mucho menos?

— Sí... sí... pero... ¿no es mañana el duelo? — preguntó la joven después de haber meditado un momento.

— Sí, mañana jueves — respondió Pimentel.

— ¿En la finca de Luis Pozuelo?

— En la finca de Luis Pozuelo.

— ¿A qué hora?

— A las nueve en punto de la mañana.

— No quiero saber más — habló la muchacha, como si en aquel instante hubiese dado con el medio taumatúrgico que su preciosa cabecita estaba buscando.

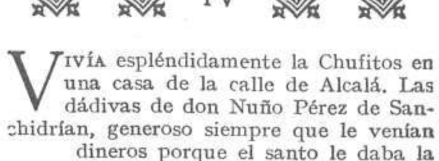
— ¡Por Dios, Victoria mía!... No hagas nada que luego se traduzca en mi desdoro.

— ¡Qué cosas tienes, Paco!... ¡Yo hacer nada que pueda perjudicar tu honra, que considero como mía propia!... No tengas cuidado...

— ¿Queréis que nos vayamos a casa? Ya es hora de almorzar y tengo un hambre... — dijo entonces Laura Cienfuegos, uniéndose a la enamorada pareja, y a poco Victoria y Pimentel se separaron, ella muy satisfecha al parecer y él sumamente preocupado con las reticencias de la joven.

— ¿Qué diablos se le habrá ocurrido? — decíase Pimentel camino de su domicilio.


— No te preocupes. Si él me tiene tirria, yo le tengo en la boca del estómago, y... ya veremos quién pega de veras.



IV

Vivía espléndidamente la Chufitos en una casa de la calle de Alcalá. Las dádivas de don Nuño Pérez de Sanchidrían, generoso siempre que le venían dineros porque el santo le daba la cara en las alternativas del juego, o por algún tiento a la bolsa de su tía, la condesa de Cimalta, amén de los ahorrillos que Clara guardaba (alhajas, valores y metálico) en una repleta alcancía, dígase caja particular en el Banco de España, provenientes de donaciones hechas por las antecesores de Nuñito, pues era hembra que sabía nadar y guardar la ropa, le permitían lujos para acicalar su preciosa persona, ya acostumbrada a los extremos del regalo, merced a haberse identificado con los usos y costumbres de sus congéneres parisienses, y como si no hubiera nacido y criádose en la calle de Embajadores cuando la llamaban *la niña de la alcuza*, porque salía de su humilde vivienda, graciosa y esbelta, a la compra de aceite con aquél útil recipiente en sus pequeñas manos.

Según ella contaba, en las naturales expansiones de su carácter abierto y francote, más de una vez y más de dos se le ofreció ocasión de unirse a un hombre, no a guisa de barragana, sino como dispone la Santa Madre Iglesia, y si rechazó tan agradables proposiciones, en manera alguna fué porque la tirase la deshonestidad; fué por haber hallado en sus pretendientes al honrado connubio, más el solapado deseo de hacerse con los supradichos ahorrillos que el puro afán de un amor confesable a la faz del mundo. Pero esta idea del casorio, para que un pabellón limpio cubriese la averiada mercancía, andaba trotando por el magín de la Chufitos, ansiosa de tropezar con un resignado varón que la quitase de un golpe el odiado mote, pasando a ser doña Clara Rodríguez de Fulánez, y poniendo en el más absoluto olvido desde los lejanos días de la alcuza hasta los azarosos de su inquieto vivir.

¿Y quién mejor que Nuñito para realizar su atrevido proyecto?... Que estaba bien cogido y muy más que enamorado de ella, sabíaselo de coro, sin que le hubiese importado un ardite aquellos rumo-

res de boda de su amante con Victoria, pues mediante su policía, compuesta de los amigos que frecuentaban su trato, no ignoraba los amores de la muchacha con Pimentel ni la firme resolución de aquella. ¿Casarse la de Villasevil con Nuñito? ¡Habría que verlo!...

Mecida en estas maquinaciones hallábase la Chufitos en el *boudoir* de su elegante casa, frente a un pequeño escritorio de palo de rosa, sobre el cual veíanse preciosos objetos de escritorio y la corona de marqués en el ángulo izquierdo de una cartera de piel de Rusia, signo heráldico que ejercía en el pensamiento de la joven influjo sugestivo, como si de su brillo sacase inspiración para mejor combinar y fortalecer sus atrevidos planes, cuando llegó la doncella a interrumpir el trabajo a que Clara se dedicaba en aquel instante, la cual doncella, muy pulcramente vestida, entregó a la señorita, en bandeja de plata, una carta recién llegada por el correo interior. Marchóse la sirviente, Clara rompió el sobre y leyó aquel papel escrito a máquina, que decía así: «Porque te conviene y sin duda estás en Babia y no te has enterado, voy a darte varias noticias exactísimas. ¿Sabes que la otra noche se trabaron de palabras tu amante y Pimentel porque ambos pretenden a Victoria Villasevil? ¿Sabes que a consecuencia de la disputa se baten mañana a pistola? ¿Sabes que el duelo se ha ajustado en condiciones tremendas, y que puede muy bien suceder que uno de los dos pierda la vida? ¿Sabes que Paco Pimentel es uno de los mejores tiradores, si no el mejor, de España? ¿Sabes que Pimentel quiere quitar a tu amante el cartel de valiente que todo el mundo en Madrid le reconoce? Tengo la certeza de que tu amante te ha callado su lance con Pimentel, y por si no ha llegado a tus oídos, yo, que te estimo, te lo cuento. Y además te diré una cosa que me consta, y es que Pimentel, hombre de malos hígados y vengativo, lleva al desafío la idea de matar a tu amante, lo cual que puede muy bien acontecer, y ya te estoy viendo viuda. Dicen por ahí que tú quieres de verdad a Nuño; pues si lo quieres de verdad tú sabrás lo que has de hacer; pero mira que mañana se baten a primera hora en una finca cerca de la estación de Atocha, propiedad de Luis Pozuelo, y que te queda muy poco tiempo de ser amiga íntima de Nuño. Te lo advierte un leal amigo.»

— ¡Es verdad! — pensaba la Chufitos, aterrada ante lo que acababa de leer. — Es verdad, hace tres días que no he visto a nadie más que a Nuñito, y ¡claro! ¿cómo me había de enterar de dicho lance, si en estos asuntos no habla palabra?... ¿Y quién será este amigo mío anónimo?... ¿Quizás Roberto Silva, o Fabriciano Palma, los dos únicos que me estiman de veras?... Lo cierto es que, sea el que sea, me ha prestado un gran servicio...

El recurso que emplees has de encontrarlo en ti misma, aunque tengas que jugarte el todo por el todo... Sí... eso es. Primeramente encomendarme a mi patrona Santa Clara, que siempre me ha favorecido en mis trances más apurados, y ofrecer también al Cristo de la Salud una pureza si Nuñito sale incólume del maldito desafío, caso de que se verifique, pues ante todo hay que ser cristiana y después... sí... después...

V

¡Qué cena le preparó la Chufitos aquella noche a don Nuño Pérez de Sanchidrián! Ella bien hubiera querido ofrecerle salchichas lucánicas, uvas de Metimna y vino lixinio; pero a falta de estos artículos, que conocía por la lectura de una entretenida novela, y cuya adquisición es algo difícil en las tiendas de Madrid, le sirvió la suculenta sopa de tortuga, los ricos filetes de lenguado con una salsa verde que tenía toda la maliciosa intención de la excitante mostaza inglesa; la oronda chuleta de fibra roja y tiernísima, la blanca pechuga de capón bayonés, adobada con un salmorejo peculiar de la cocina de Clarita, en cuya confección y buen punto era maestra, con más los *pickles* reglamentarios muy subidos de punto escaldante, y para hacer la sobra, una colección de postres (higos de Smirna, ciruelas portuguesas, frutas escarchadas de *chez Boissier*), entre los cuales culminaba la americana piña, puesta al sabroso mareo del coñac Hennesy, la raja de limón, el espolvoreado azúcar y el álgido hielo, todo ello rociado, de plato a plato, con Graves, Borgoña, Jerez N. P. U. y Champagne extra-dry, del que hacía Nuñito un formidable consumo, como que para él sorberse el contenido de un par de botellas del espumoso líquido, era lo mismo que para cualquier abstemio beberse un vaso de agua fresca.

En sus glorias estaba el amante de la Chufitos regodeándose con los escogidos manjares, sintiendo el gozo de aquellas libaciones, que ella aumentaba no dejándole la copa vacía, y distrayéndole con su incansable charla, para que sin percatarse de ello fuera ingurgitando el alcohol, emoliente de su voluntad.

— ¿Y a qué se debe este *gaudeamus* con que me has obsequiado? — preguntó a la muchacha ya con la lengua algo estropajosa.

— Sólo al gusto de tenerte aquí mucho tiempo — respondió la Chufitos, que durante la cena apenas probó bocado, y sólo a flor de labio los *capitosos* vinos.

— Por mucho tiempo no será, por... por... porque quiero acostarme temprano — masculló Nuñito.

— ¿Tú acostarte temprano? ¡Qué cosa tan rara, cuando siempre ves salir el sol antes de irte a tu casa!

— Sí, pero mañana tengo que madrugar — repitió Sanchidrián atascándosele las erres.

— ¿Vas a confesarte?

— No, mujer, no... no voy a confesarme.

— Vamos... alguna cita con cualquier *pingo* que te ha engatusado.

— No, Clarita mía... Ya sabes que para mí no hay más que una mujer en el mundo, y esa eres tú — habló a trompicones Nuñito, poniéndose tierno.

— Pues mira, Nuño. Lo mejor que puedes hacer es quedarte conmigo y yo cuidaré de despertarte a la hora que tú me digas, para que no faltes a ese quehacer que te obliga a madrugar.

— ¿De veras, Clarita? ¿Me despertarás a la hora que yo te indique, a las ocho de la mañana, por ejemplo? — dijo don Nuño a quien la perspectiva de pasar la noche junto a la muchacha le hizo la boca agua y mieles.

— Y tan de veras.

— El caso es... Verás, Clarita... Unos amigos me han in... invitado para probar una yeguas... y luego llevar las bestias al gara... garage...

— Querido Nuñito, te estás haciendo un lío.

— Es que cuando después de comer bien no tomo un poco de *whisky* para serenar las ideas, se me va el santo al cielo... y si tú quisieras — dijo el joven con cierta timidez.

— Pues no he de querer — habló Clarita, tocó el timbre y como por ensalmo apareció el refitolero con el *whisky* deseado.

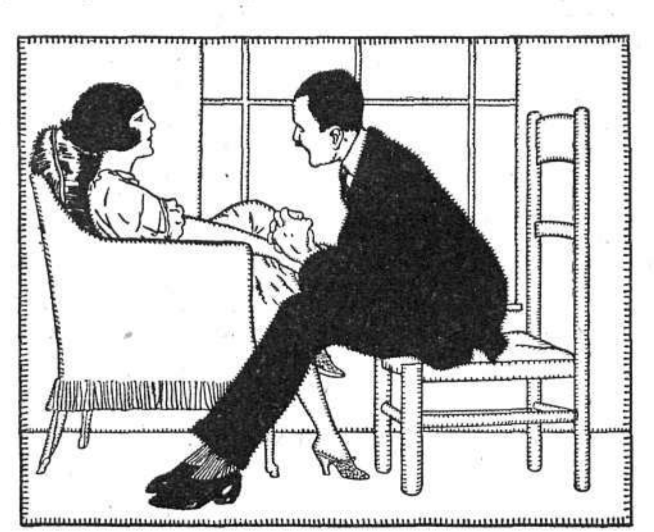
del que se echó al coleto varios vasos el insaciable bebedor. Permaneció después unos instantes silencioso como si intentase decir algo y no le saliese, y al fin de mucho meditarlo rompió y dijo:

— Pues verás, Clarita... Te voy a contar un cuento... un cuentoo... muy... muy interesante... Este era un rey... que tenía tres hijas...

— Sí, hombre, sí, y las metió en tres botijas — interrumpió la Chufitos riéndose.

— No... no es así... Las botijas fueron las... las que... — y don Nuño Pérez de Sanchidrián no pudo acabar la palabra comenzada, porque se le cerraron los párpados, puso un brazo sobre la mesa, cayó sobre él y se durmió como un santo.

A su vera estuvo largo tiempo la muchacha contemplándolo y con cierto resquemor en su conciencia por haberle incitado al vicio de la bebida, su más grande defecto. ¡Como que éste fué no pocas veces motivo de sus reyertas, y el propósito más firme de Clarita era curarle, pues preveía que por aquel camino quizás Nuñito cayese en la imbecilidad o en la locura antes de que ella lograra llamarse la señora de Sanchidrián, futura marquesa de Cajar. Pero ahora, ahora sobre todo urgía llevar a cabo el meditado proyecto, para lo cual abandonó Clara a su don Nuño, llamó a su doncella, juntas en el gabinete contiguo al comedor metieron en una pequeña maleta las ropas y los efectos más indispensables; hecho esto puso la Chufitos en una cartera que guardó en su bolsillo de mano, varios billetes de Banco, vistióse un guardapolvo que cubría toda su persona, en la cabeza un espeso velo y ataviada en esta guisa, volvió donde roncaba a más y mejor su amante.



— Pues verás, Clarita. Te voy a contar un cuento... Este era un rey...que tenía tres hijas...

— ¿Se despertará? — interrogó Clarita.

— Está como un cesto — respondió la doncella.

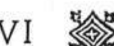
— Pues llama a Bautista.

Vino el *chauffeur*. Nuñito fué cogido en los robustos brazos de aquél y del refitolero, poniendo sus dos manos la doncellita que se placía ayudando, y, como en volandas, bajaron al beodo, le metieron en el automóvil que a la puerta de la casa trepidaba, le colocaron lo más cómodamente posible y tras él entró Clarita en el vehículo.

— ¿Estamos? — preguntó.

— Estamos, señorita — contestó el mecánico.

— Pues corre, Bautista — dijo la Chufitos, y el automóvil salió a escape.

  VI  

VI

A la mañana siguiente iban en el clásico landó, Pimentel, Valterra, Bernal y un médico, que en tales casos es obligado para prestar sus servicios, camino de la finca famosa de Luis Pozuelo.

Y así, charlando de cosas indiferentes y ajenas al motivo que los reunía, a las nueve en punto llegaron al lugar de la cita, donde únicamente hallaron a Luis Pozuelo, que se adjudicaba el derecho de asistir a esta clase de espectáculos entre bastidores, o sea desde una ventana que caía no muy lejos del campo del honor.

— ¿Y esos caballeros? — preguntó Valterra a Pozuelo después de cambiados los naturales saludos.

— No sé... Realmente están faltando... ¡Son las nueve y diez! — respondió el interpelado.

— No hay que echarles mala fama. Cualquier accidente imprevisto les habrá detenido — dijo Bernal.

— Me extraña, porque tanto Nuñito como sus padrinos, para esta clase de asuntos son muy formales. Yo he presenciado dos lances, en que Nuñito fué uno de los protagonistas, y siempre llegó el primero — interpuso Luis Pozuelo.

— Pues ahora va a ser el segundo — murmuró Bernal.

— Las nueve y media y ni rastro de Nuñito... Esto ya pica en historia — habló Valterra cuando agotados los paseos por la finca y las conversaciones, se pararon a discutir qué partido debían adoptar.

— Yo creo que debemos permanecer aquí hasta las diez — insinuó Bernal.

— Y yo, que debemos marcharnos... Media hora de cortesía es muy suficiente—corrigió Valterra.

— Yo haré lo que ustedes dispongan, pues no tengo voto — habló Pimentel.

— ¡Ahí están! — exclamó Luis Pozuelo dirigiéndose al portón de la casa.

Y los que entraron fueron el conde de Piedralaves y Manolo Cifuentes, ambos cariacontecidos y avergonzados.

— ¿Y Sanchidrián? — les interpeló Valterra.

— No sabemos de él. A las ocho y media de la mañana fuimos a buscarle a su casa, y nos dijeron los criados que no había dormido en ella. Después nos encaminamos a los Círculos que él frecuenta, y tampoco nos dieron razón de nuestro amigo. Por fin, pretendimos ver a su querida, por si ella sabía el paradero de Nuño, y no nos fué posible. Clarita estaba durmiendo, y la muchacha que nos recibió díjonos que por nada de este mundo despertaría a su señorita. Entonces tratamos de indagar por los porteros si don Nuño había estado allí, y a qué hora, y nos contestaron que el señor de Sanchidrián fué al anochecer, luego salió solo y no volvió en toda la noche. Y para que ustedes no sospechen de nosotros en punto a complicidad con nuestro apadrinado, venimos noblemente a referirles lo acaecido, de lo cual respondemos con nuestra fe de caballeros.

Al conde y a mí réstanos saber si ustedes están satisfechos de nuestra conducta, que haremos constar en un acta, si así les parece. — dijo Manolo Cifuentes, y esperó la respuesta.

— Completamente satisfechos, tanto el señor Pimentel como sus padrinos — dijo Valterra.

— Siendo así, nos despedimos de ustedes, lamentando profundamente este inaudito caso...

— ¿Qué diablos le habrá sucedido a Nuñito? — decía Bernal cuando el conde de Piedralaves y Manolo Cifuentes les abandonaron.

— ¡Vaya usted a saber! — contestó Valterra.

— Cuando tengas ocasión haz un buen regalo a la Chufitos — le dijo en un aparte Luis Pozuelo a Paco Pimentel, procurando que el consejo no lo oyesen los otros.

— ¿Yo?... ¿Por qué? — interrogó Paco también en voz baja.

— ¡Ay, amigo mío!... Yo me entiendo — replicó el consejero atando cabos en su mente y recordando las frecuentes intrigas de la Chufitos.

Pimentel se encogió de hombros, y todos, menos Luis Pozuelo, emprendieron la vuelta a Madrid: el médico satisfecho por no haber tenido que sacar sus instrumentos, Valterra gozoso por haber salido con bien de aquella aventura que ya no podría reanudarse, Bernal fumando pitillo tras pitillo y Paco Pimentel decidido a abrir el arca de hierro donde la noche antes hubo de encerrar amor, ilusiones y alegría de vivir.



VII

El lector que tenga paciencia para leer la carta dirigida por Juanito Valterra a un su amigo, sabrá cómo acabó la verídica historia que antecede.

Y la carta dice así:

«Querido Pepe:

»El famoso duelo entre don Nuño Pérez de Sanchidrián y don Francisco Pimentel no se llegó a verificar, y mil años que vivieras no darías con el motivo. Pues fué que a Nuñito *le raptaron* y la raptora ¡Clara Rodríguez, alias la «Chufitos»!... La astuta muchacha, temerosa de que su amante no estuviese en vena y Pimentel se lo descompusiera, le sirvió una comilona *pantagruélica*, durante la cual nuestro hombre tomó una *pítima* fenomenal que aprovechó Clarita para meterle en su automóvil y *pies para qué os quiero* hasta Hendaya. Dícese que cuando Nuñito volvió en sí, gritó y maldijo, pero añaden que la «Chufitos» ofició de calmante, empleando las múltiples lagoterías en que es doctora, y la cosa quedó en tablas. Lo peor de la aventura ha estado en que, según exactas noticias, a consecuencia de la tremenda borrachera, al joven se le han revuelto las madres como a los odres viejos, quiero decir que el alcohol ha estallado en su cuerpo, y allá en Fuenterrabía se encuentra tan desvaído y papandujo, que no se sabe si romperá hacia la otra vida, o se quedará en ésta.

»Nos quitamos un peso de encima, sobre todo Victoria, la cual sé de buena tinta que pasó *lo suyo*, y ya estábamos, descartado el peligro de Nuñito, pensando en insistir *sobre* doña Ramona para que se apease de su burro, cuando se nos viene otra catástrofe... ¡Y qué catástrofe!... Figúrate que don Francisco de Villasevil con la buena fe de su notoria estulticia, vendió sus fincas a cencerros tapados, y el producto lo metió en un Banco de que era presidente, y cuyos consejeros le obligaron a emprender negocios fantásticos, en que las buenas pesetas se marcharon para nunca más volver. La ruina completa, amén de un lío judicial de muy mala catadura. Para tapar agujeros, satisfacer a los incautos imponentes, etc., etc., viéronse los de Villasevil en la necesidad de vender cuanto tenían, muebles, alhajas, automóviles, ítem más los semovientes, dígase dos troncos de primera, y el caballo que montaba Victoria.

»De seguro te preguntarás cuál ha sido la actitud de Paco en estas angustias de su novia. Pues verás. Nuestro amigo, inmediatamente que supo la noticia del hundimiento, se plantó en casa de Villasevil, y cual si ignorase el antiguo desaire, pidió la mano de Victoria con apremio de *cuanto antes mejor*. Y ahora viene lo gordo... Don Francisco de Villasevil y su señora se blandean hacia la boda — ¡era natural! — pero la niña va y dice que aceptar hoy sus padres al novio que antes rechazaron, ellos pobres y él muy rico, le resulta bochornoso y de una indelicadeza supina, por lo cual, aun considerándose unida a Pimentel espiritualmente por modo indisoluble, rechaza la boda y se retirará al más apartado rincón del mundo a dolerse de su desgracia. Excuso decirte que la negativa de la muchacha ha sido la comidilla del Madrid murmurador, y se han formado dos bandos a cuál más enconados: el uno exclamando: «¡ésa es una mujer de cuerpo entero, que sabe colocar muy alta su dignidad!», y otro diciendo: «¡valiente majadería, hacerse esclava del qué dirán!»

»Y a todo esto, nuestro amigo gimiendo y llorando a los pies de la puntillosa doncella para convencerla que en cuestiones de orgullo, tanto se peca por carta de más como por carta de menos, y que el suyo presente tiene puntos de contacto con el pasado de su señora madre... Y así estamos.

»¿Qué sucederá?... Hombre, ¡tanto va el cántaro a la fuente!... Pero en la hora de hoy mismo no puedo decirte más. Yo quisiera contestar tus preguntas refiriéndote muchas *estupendeces*, por donde pudieses hilvanar un truculento drama, por ejemplo, la muerte de Pimentel en su duelo con Nuñito, la boda de éste con Victoria, que en la noche nupcial le da un veneno mezclado con *whisky* para que reviente, y vengar así al infeliz Paco, y como fin de fiesta el suicidio de la «Chufitos», arrojándose de cabeza al mar... Pues fastídiate y sufre, porque la historia de autos es sumamente vulgar; mas no olvides que nada hay en la vida, por vulgar que sea, que no ofrezca su punta de filosofía.

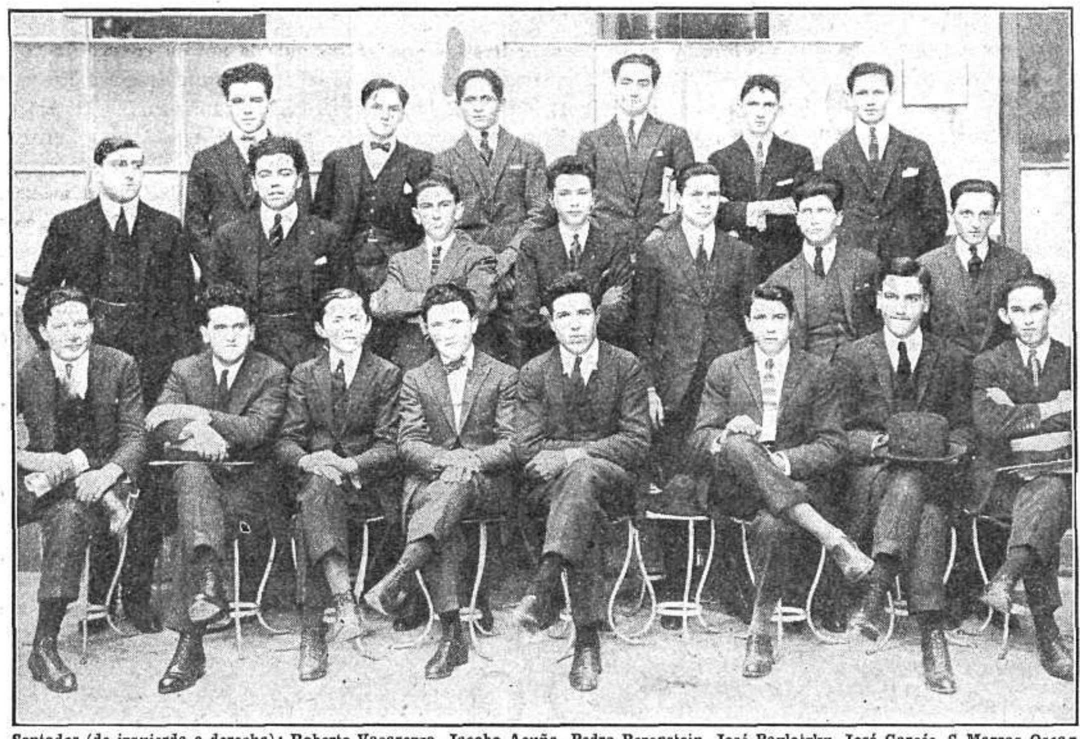
»Y basta de carta. Que el Señor sea en tu guarda y que yo viva para verlo.

»Tuyo — Valterra.»

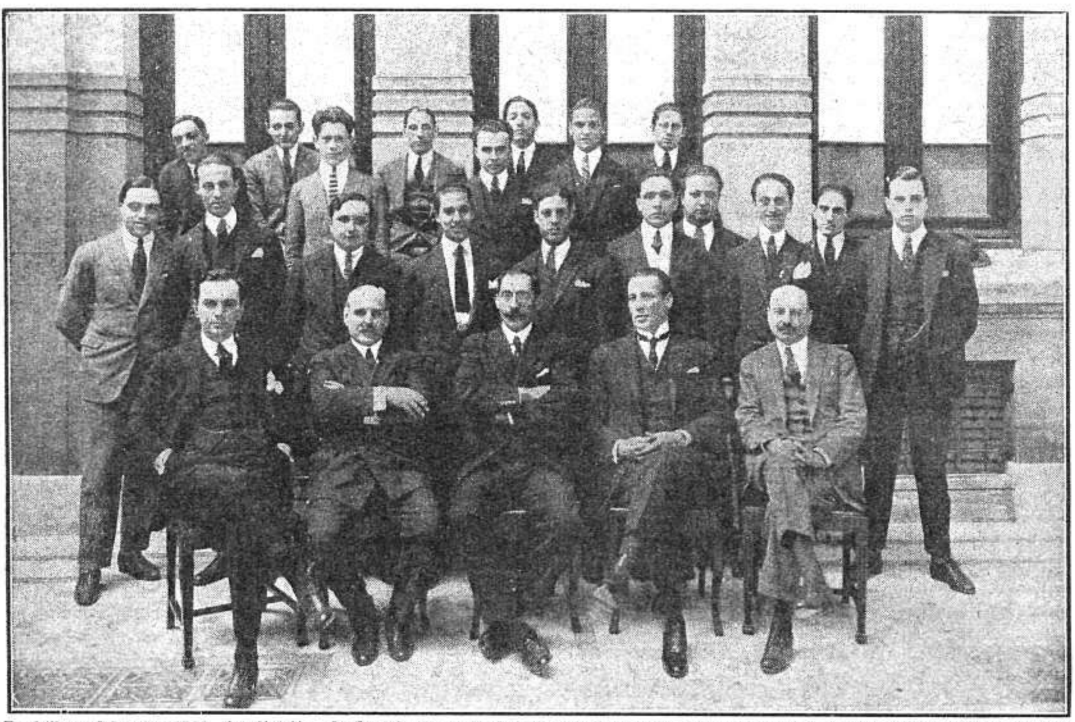
G. GUTIÉRREZ GAMERO

ILUSTRACIONES DE BESARES

Bachilleres egresados del 5.º año 1.ª Div. del Colegio Nacional "Bartolomé Mitre"



Sentados (de izquierda a derecha): Roberto Vacarezza, Jacobo Acuña, Pedro Berenstein, José Pavlotzky, José Garcés, S. Marras, Oscar Chiessa, León Dragun. Parados (fila del medio, y de izquierda a derecha): Leonardo Colombo, Carlos F. Portela, Néstor B. Turco Pirate, A. Giaccapraro, Carlos Pries, Ricardo Trevisan, Pedro Rosanzk. Parados (fila de arriba, y de izquierda a derecha): Salvador Mas, M. Lopetegui, Bernardo Simkin, Alberto Recoder, Ernesto Sona, L. Finkelberg.



Bachilleres del curso 1923. 4.ª división, de 6.° año, turno tarde: Eduardo Ignacio Aguirre, Augusto Auriol, Alfredo María Barrenechea, Carlos María Barrenechea, Raúl Guillermo Coira, Atilio Juan Cozzi, Pablo Cristián Hicken Ducrós, Horacio Paz Etchart, Antonio José Iglesias, José María Jaunarena, Ricardo, Lugones y López de Gomara, Domingo Mamone, Fernando Horacio Matera, Justo Heberto Mercado, Alfonso Enrique Panza, Juan Mario Riccitelli, Máximo Oscar Sánchez Sambucetti, Juan José Traversoni y A. Barreneche. De izquierda a derecha: Profesores: señores Carlos Gutiérrez Larreta, J. E. Urrutia (secretario), J. M. Giuffra (vicerrector), Pastor Jordán y Atilio Amoroso.

LOS OJAZOS DE MI NEGRA

ZAMBA de A. R. AVILES

POR EL DUO GARDEL-RAZZANO

DISCOS DOBLES NACIONAL

LAS ULTIMAS NOVEDADES
LOS EXITOS MAS GRANDES

DUO GARDEL-RAZZANO
(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18084 **LOS OJAZOS DE MI NEGRA. Zamba. (Dúo) A. R. Avilés.**
Amor Perdido. Tango. Solo por C. Gardel. Eduardo Bonessi.

18085 **La Tacuarita.** Zamba. Dúo. Peñaloza-Filiberto.
Mentías. Tango. Solo C. Gardel. Mugica-Filiberto.

LOLA MEMBRIVES
(Con acompañamiento de orquesta Maestro JOVES)

10443 **La Midinette.** Tango. Bourel-Morales-Jovés.
Mi Viejo Amor. Canción mexicana. Bustamante-Ateo.

MARIO A. PARDO
(Con acompañamiento de guitarra)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6573 A — **El Mal Trago.** Tango. Canto. Pacheco-Delfino.
B — **My Dear.** Fox Trot. Solo de guitarra. A. Fracassi.

ORQUESTA ROBERTO FIRPO

6227 **Amor de Gaucho.** Zamba. Víctor Pontino.
El Juramento Inolvidable. Tango. V. Pecci.

6228 **Avellaneda.** Tango. J. Pérez.
La Cita. Zamba. P. y J. Cándio.

FRANCISCO CANARO
ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

6941 **Pobre Milonga.** Tango. Orq. Típica. M. Jovés.
Montmartre. Shimmy. Jazz-Band. Pedro Polito.

6946 **Yo Tuve un Cariño.** Tango. R. Hicken.
Papa en Puerta. Tango. A. Berto.

ORQUESTA TIPICA "PACHO". (Juan Maglio)

7410 **La Madrecita.** Tango. E. Delfino.
Tranco a Tranco. Tango. J. Maglio.

ELEUTERIO YRIBARREN
AMERICAN JAZZ-BAND

8010 **Sangre Mora.** Pasodoble flamenco. Ramón Coll.
Lolita. Shimmy. Ramón Coll.

8011 **Shouting.** (Gritando). Shimmy. Elio Rietti.
Au Pays du Lotus D'Or. Shimmy. R. Bound

D. C. MINOTTO. Solo de Bandoneón.

6876 **Padre Nuestro.** Tango. E. Delfino.
La Refalosa. Polka. F. Canaro.

Nuevo catálogo general de discos dobles "Nacional". Se remite gratis.

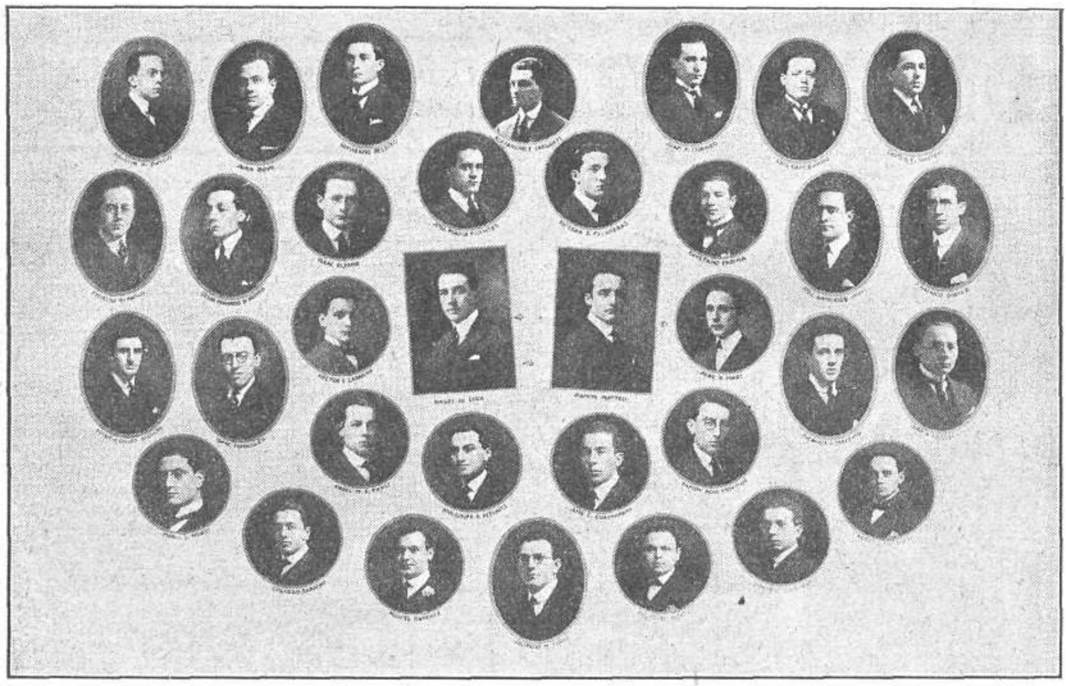
El regalo ideal de Año Nuevo y Reyes.

Un Fonógrafo Glücksmann
SIN BOCINA
Precio, con 200 púas....... $ **45.—**



Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires

Contadores Públicos año 1922



Agustín R. Bussio, Juan Bove, Guillermo Belsito, Alejandro Carugati, Juan P. Corneo, Luis Capodanno, Carlos E. Daverio, Emilio Di Paolo, César E. Di Primo, Isaac Elfand, José M. Puentes, Esteban S. Felgueras, Cayetano Farina, José Grandioso (hijo), J. Nazario Gómez, Martín C. Juanche, Isaac Margulés, Héctor E. Lassagna, Angel De Luca, Ramón Maffeo, José S. Mari, Ricardo J. Mazzino, Juan A. Noguera (hijo), Mario L. Norzi, Angel M. E. Picoli, Hipólito Petracci, José Quatropani, Ramón José Moritam, Eduardo Saracho, Miguel Sánchez, Eduardo M. Torre, Mauricio Yanov, Domingo Zilberay y Adolfo Redolfi.



MOLINA EL ANIQUILADOR

— Molina se ha propuesto
que nadie en esta tierra vivir pueda tranquilo.
Y poda el presupuesto
Y me hace estar en vilo.
—Tras de sudar el kilo,
el tímido escribiente que es joven muy modesto,
se dice: «Y bien; ¿qué es esto?
¿Yo oscilo? ¿Yo vacilo?
¿Me quedo sin el puesto?
Molina me deshace, si quiere, con un gesto.»
— Molina economiza.
— Molina es peligroso.
— Molina descuartiza.
— Molina es pernicioso.
— Molina me horroriza.
— Molina se hace odioso
tratando de que alguno no coma a dos carrillos,
lo cual, sin duda, es justo.
— Quizás. Pero ¡qué susto
se llevan por tal causa los pobres tinterillos!
— Yo estoy inapetente.
— Yo apenas tomo caldo.
— Yo sufro enormemente
al ver que se nos quiere privar del aguinaldo.
— Molina, de repente,
querrá que nos sentemos en sillas sin respaldo.
— ¡Heraldo de la inopia!
— De la agonía heraldo,
desea ese ministro matarnos lentamente.
— ¡Qué cosa incomprensible!
— ¡Qué cosa sorprendente!
— ¿Molina es insensible?
— ¿Molina es implacable?
— Lo que hace es insufrible.
— Lo que hace es censurable.
— ¡Molina es imposible!
— ¡Molina es intratable!
— Y afirma que, en su empeño, va a ser inexorable.
— Ya van días y días
de hablar de economías.
— Realmente es inaudito.
—¿Por qué, hombre tan letrado, defiende tonterías?
— Será por el prurito
de que sus inferiores se mueran de apetito.
— Molina es un misterio.
— Molina es una esfinge.
— Llegado al ministerio,
nos corta, nos reduce, nos merma, nos restringe.
— ¡Y algún necio hay que finge
que no tiene ambiciones
y aplaude a ese ministro!
— ¡Zoquete!
— ¡Majagranzas!
— ¡Adiós las ilusiones!
— ¡Adiós las esperanzas!
— Las gratificaciones
son sólo remembranzas.
— Con ciertos Sanchos Panzas
ya no hay satisfacciones.
— La rabia nos inspira tan bellas expresiones.
— Así opinan los jefes y algunos ordenanzas.
— La gente de oficina,
a ver, ¿de qué se nutre
si el sueldo le rebajan?
— El caso es que Molina
resulta que es muy cutre.
— El término es extraño.
— ¿Qué quiere decir eso?
— Lo mismo que tacaño.
— ¿Y que a un hombre de peso
le dé por el ahorro?
— ¿Verdad que es muy chocante?
— ¿Verdad que es un engorro?
— ¿Verdad que es alarmante?
— Hay que gritar: ¡Socorro!
— Hay que buscar padrinos y cuñas al instante.
— No hay que asustarse tanto.
¿A qué viene ese espanto?
¿A qué esas imprudencias?
Callar es lo correcto,
sabiendo que el proyecto
será una fantasía sin graves consecuencias.

DIBUJO DE MACAYA.

LUIS GARCÍA

Inauguración



El embajador de Italia, el cónsul y personalidades de la colonia italiana en la fiesta de apertura de la Exposición de Automóviles Alfa-Romeo.

AYÚDATE A TI MISMO

La educación es como un segundo nacimiento del alma y armónicamente integral forma hombres enteros, que nada tienen de maniquíes ni de brutos. Pero si la educación es unilateral, desequilibrada, rutinaria y memorista, que almacene palabras en el cerebro sin examen y estudio analítico de los hechos, quedará el hombre incompleto, desmedrado, sin confianza en sí mismo, con todas sus potencias muy por debajo del punto de actualización de que son susceptibles y, a la postre, se desvanecerá todo cuanto almacenara en la memoria, porque no formaba parte de su verdadero ser.

Todo cuanto aprendemos ha de tener carácter autodidáctico, pues de la actuación mental, del esfuerzo propio depende el adelanto en el camino del conocimiento.

O. S. Marden.


Heno de Pravia
GAL
FABRICA DE PERFUMERIA
MADRID

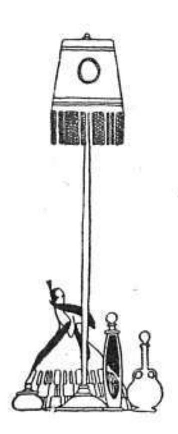
De Avellaneda



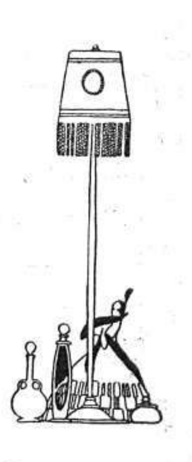
Comisión directiva del Club Atlético Independiente que presidió la Asamblea convocada para elegir nuevas autoridades, siendo proclamada en este acto la lista encabezada por el señor Pedro Canaveri

LA SOLIDARIDAD HUMANA

La población del mundo es de cerca de dos mil millones de hombres. De este número se calcula que anualmente hay una cifra de 70 millones de enfermos y de 35 millones de fallecimientos, y que el número anual de muertes en Europa es equivalente al de los que perecieron durante los cuatro años de la guerra europea. Estas cifras, que son suficientemente significativas, resultan abrumadoras cuando se piensa que nueve millones de esas vidas podrían *ser prolongadas y que veintiocho* millones de esos enfermos podrían obtener la salud. La ciencia sanitaria ha demostrado, que se podría evitar una cuarta parte de esos fallecimientos y un 40 por ciento de esas enfermedades. La cooperación internacional en materia de higiene ha dado excelentes resultados ahora. Lo prueba la epidemia de tifus de Polonia y Rusia después de la guerra. En Polonia los casos de tifus en 1920 eran 157.000; en 1921 eran 45.000. En Rusia los casos se redujeron de 3.000.000 a 700.000. Y en Rumania, de 45.555 a 5.000. Un notable resultado de la labor de la sección de sanidad de la Liga de las Naciones, ha sido el establecimiento de un tipo uniforme de sueros, vacunas y otros productos biológicos. (Uniformidad del tipo de las antitoxinas para la difteria, el tétanos, la fiebre tifoidea, la disentería, la vacuna contra la viruela y el suero contra la sífilis).



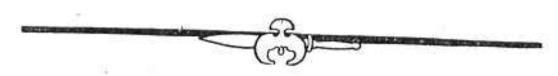
EL REJUVENECIDO



NOTICIA SENSACIONAL

«EL DOCTOR SERGIO VORONOFF, FAMOSO EXPERIMENTADOR, SE DEDICA A REJUVENECER HOMBRES INJERTÁNDOLES GLÁNDULAS DE MONO.»

Personaje central (sucesivamente); LUISITO, LUIS, DON LUIS.







ESCENA I

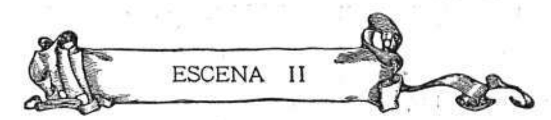
LUISITO, *10 años.* JOSEFINA, *madre de* LUISITO.

LUISITO. — ¡Mamá! Papá no me deja ir al circo. Dile que me deje ir, mamita.

JOSEFINA. — Juraría que has hecho alguna travesura.

LUISITO. — Me dieron mala nota en el colegio, ¿sabes? Tengo un compañero muy chistoso que no me deja estudiar con sus ocurrencias.

JOSEFINA. — Mala excusa me das. Papá hace muy bien en castigarte por tu negligencia. (*Aparte.*) Ríe, hijo mío, ríe y alégrate, que tiempo te quedará de estudiar y de llorar.



ESCENA II

LUIS, *20 años.* ENRIQUETA, *amante.*

LUIS. — No seas cruel, Enriqueta, dime que sí.

ENRIQUETA. — No...

LUIS. — Me haces sufrir.

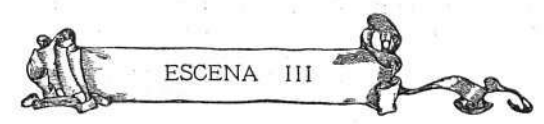
ENRIQUETA. — Sufre.

LUIS. — No abuses de mi dolor.

ENRIQUETA. — Todos los hombres son igual, todos dicen lo mismo.

LUIS. — Por última vez te lo pido, Enriqueta, quiéreme. Si no, te lo juro por estos dedos en cruz: esta noche me habré levantado la tapa de los sesos. Ni el amor de mi madre me detendrá. *(Sale.)*

ENRIQUETA. — Ven... Luis... No te vayas. ¿No ves? ¿No estás viendo que te adoro?



ESCENA III

LUIS, *30 años.* LAURA, *su esposa.*

LUIS. — Toma esta copa de jerez, Laura, y brindemos por el aniversario de hoy.

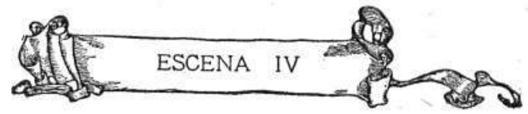
LAURA. — ¿Eres feliz?

LUIS. — Sí. . .

LAURA. — ¿Vacilas?

LUIS. — Tenemos salud, vivimos con decoro, nos queremos y se han relizado tus ideales de maternidad. ¿Podemos no ser felices?

LAURA. — No...



ESCENA IV

DON LUIS, *40 años.* DOÑA LAURA.

Da. LAURA. — La una de la mañana, Luis. ¿Trabajando todavía? Por Dios...

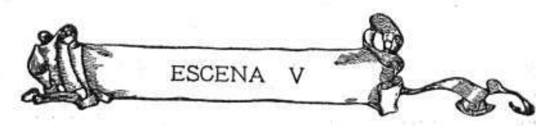
D. LUIS. — Sí, querida, ya sabes que para mí el trabajo es tan vital como el oxígeno.

Da. LAURA. — Te puede hacer daño tanto esfuerzo.

D. LUIS. — No te preocupes. Quiero, cuando muera, dejar muy ricos a tus dos hijos. No te rías.

Da. LAURA. — ¡Bah! Si no es más que por eso...

D. LUIS. — El porvenir de Ester y de Julio depende del dinero que yo tenga. ¿Comprendes? La vida es una cosa muy seria, Laura.



ESCENA V

DON LUIS, *50 años.* ESTER, *hija.*

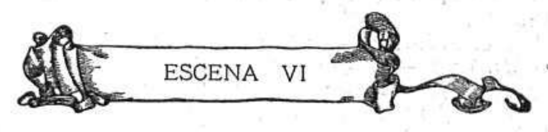
D. LUIS. — ¡Otra cuenta! Esto va resultando insoportable. A este paso acabaré por pedir limosna. ¿Qué es esto, Ester?

ESTER. — Una cuenta de la modista, papaíto. Yo no puedo vestir como una cualquiera.

D. LUIS. — Claro. Pero hay que hacer economías, hijita mía. El dinero me ha costado muchísimo trabajo ganarlo.

ESTER. — Ya lo comprendo, Si quieres me vestiré como la cocinera.

D. LUIS. — Moderación sí, pero no tanta.



ESCENA VI

DON LUIS, *60 años.* DOÑA LAURA.

Da. LAURA. — Linda hora de volver a casa, Luis; estás desconocido.

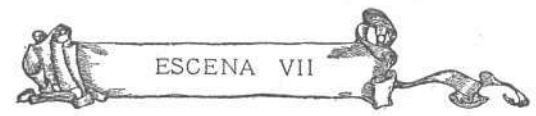
D. LUIS. (*Con ligera alegría alcohólica.*) — Laura... Laurita... alégrate. La vida es un chiste.

Da. LAURA (*olfateando*). — ¿Qué perfume es éste?

D. LUIS. — Tuyo, tonta.

Da. LAURA. — ¡Mentira! ¡Ah Luis, qué cínico! ¡Quién lo creyera, a tu edad!

D. LUIS. — Te juro, Laura... (*aparte*). ¿Qué tendrá que meterse en mis cosas esta vieja chocha?



DON LUIS, *70 años.* MARGOT, *mujer de mundo.*

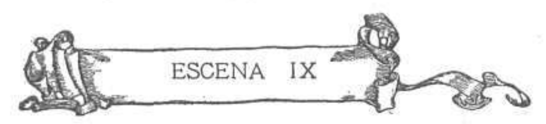
D. LUIS. — Sírveme otra copita de ese champán cuya espuma ríe a carcajadas.
MARGOT. — Vejete... lindo vejete...
D. LUIS. — ¡Oh, Margot!
MARGOT. — Si te viera tu mujer...
D. LUIS. — Está en cuarteles de invierno.
MARGOT. — O tus hijos.
D. LUIS. — Están casados hace mucho. Pero no hables de mi familia, «poupée». Dame otro beso sonoro de tu boca ardorosa, «ma petite».



DON LUIS, *75 años. Un* MÉDICO.

MÉDICO. — Hum...
D. LUIS. — ¿Qué?...
MÉDICO. — Hay que quedarse en casa.
D. LUIS. — Paciencia.
MÉDICO. — Y acostarse temprano.
D. LUIS. — ¿Qué más?
MÉDICO. — Y abrigarse mucho y tomar las medicinas, y, sobre todo, obedecer, porque la edad no es como para andar con bromas.
D. LUIS. — Doctor, Vd. es mi sepulturero. Tan hermosa que es la vida suelta. Es mucho tener que renunciar a ella.
MÉDICO. — A todo se acostumbra el cuerpo.

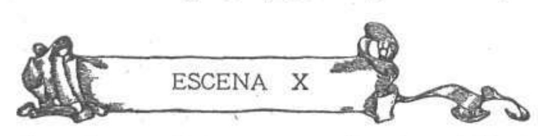
(*Y he aquí que al llegar a los se tenta y cinco años de* D. LUIS, *aparece en la superficie del planeta un diabólico doctor* SIMIOVICH *que da juventud a los humanos envejecidos, injertándoles glándulas de mono.* D. LUIS *acude a él.*



DON LUIS. DOCTOR SIMIOVICH.

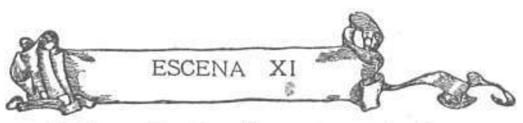
D. LUIS. — ¿Es cierto eso de las glándulas de mono?
DR. SIMIOVICH. — No le quepa a Vd. la menor duda.
D. LUIS. — Vengo, pues, a que me haga la operación.
DR. SIMIOVICH. — ¿No se arrepentirá Vd?
D. LUIS. — Eso es cosa mía. Mi ancianidad ultrajada necesita una revancha. Se me ha llamado caduco y reblandecido.

Y la operación se hizo, y un buen día salió nuestro D. LUIS *del sanatorio del doctor* SIMIOVICH, *alegre y ágil, joven y musculoso.*)



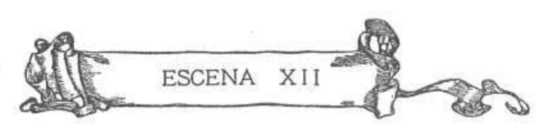
DOÑA LAURA. ESTER *y su marido.* JULIO (*hijo de* D. LUIS, *y su mujer.* D. LUIS *está ausente.*

D. LAURA. — ¡Qué escándalo! Nos lo han cambiado. Está hecho un muchacho. Pero alegrémonos porque hay que alegrarse.
ESTER. — Ese maldito doctor Simiovich... Cualquiera aguanta ahora a papá. Se va a gastar todo el dinero.
MARIDO DE ESTER. — Ya estamos frescos... tará, tarará... Adiós ilusiones. «Adieu, Ninón».
JULIO. — Esto de papá hay que evitarlo a toda costa.
MUJER DE JULIO. — Hazlo, Julio, y pronto; de lo contrario...
JULIO. — No sigas, querida, te comprendo.



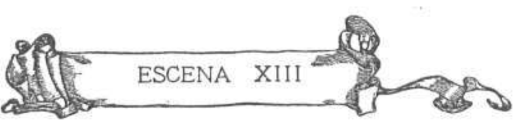
D. LUIS, *80 años.* ROSAURA, *mujer de 30.*

D. LUIS. — ¡Qué cosa dulce debe ser tu amor, Rosaura! Déjame que estampe un beso sobre tu frente tan serena.
ROSAURA. — Eso no puede ser, Luis. Tú y yo no podemos amarnos; no nos entendemos porque tú hablas el lenguaje de la vejez que yo no comprendo. Tú eres un viejo y yo una joven.
D. LUIS. — ¿Y qué te importa que yo sea viejo si no lo parezco? Mi mujer ha muerto y yo soy más joven que mis hijos.
ROSAURA. — No es posible eso. Vete, Luis; no puedo quererte aunque tengas cuerpo fuerte y cara hermosa. Hueles a cadáver. Tu mirada se parece a la de los muertos.



D. LUIS, *90 años.* D. JULIO, *60 años.*

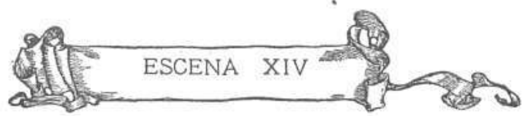
D. JULIO. — Por favor, papá, modera tu vida. Estás arrojando puñados de fango sobre tus hijos, tus nietos y tus biznietos.
D. LUIS. — Cállate, Julio; yo soy tu padre, y lo que hago está bien hecho.
D. JULIO. — Sí... hasta andar luciendo por las calles mujeres pintarrajeadas, sin pensar para nada en tus descendientes.
D. LUIS. — ¡Soy joven!
D. JULIO. — No es cierto.
D. LUIS. — ¡Soy joven, te digo! ¡No me repliques!
D. JULIO. — No es cierto. Tú eres un viejo embrujado que te estás gastando el dinero.
D. LUIS. — ¡Hola! El dinero, ¿eh? Ya puse el dedo en la llaga. ¿Y quién ha ganado el dinero que me estoy gastando, vamos a ver? El día menos pensado mis descendientes me hacen asesinar para heredar mi dinero.
D. JULIO. — Cállate, papá, no digas sandeces. No pareces un hombre de noventa años.



D. LUIS, *100 años.* (*Solo.*)

D. LUIS (*pensando en alta voz*). — El mundo me está resultando una cosa aburrida. Decididamente, el error de mi vida fué el haberme hecho injertar glándulas de mono. ¡Qué fuerte estoy y cómo me miran las mujeres! Pero cuando me acerco a ellas

se van. ¿Oleré a viejo? ¿Se me traslucirá el alma de cien años bien cumplidos? Lo mejor en este mundo es no hacer nada, no preocuparse por nada; dejarse llevar por la misma vida, como la hojarasca por los vientos...



D. LUIS, *110 años*. D. JULIO, *80 años*.

D. JULIO. — Papá, yo muero, pero me voy tranquilo porque te veo cambiado. Has vuelto a pensar seriamente en la vida. Dios pensó en ti.

D. LUIS. — Muere, en paz, Julio, hijo mío.

D. JULIO. — ¿Velarás por mis nietos y por mis biznietos?

D. LUIS. — Te lo juro. Mis energías atléticas serán íntegras para tu gente.

D. JULIO. — Gracias. (*Expira*).



D. LUIS, *120 años*. MÍSTER CLEARING, *hombre de negocios*.

MR. CLEARING. — Señor don Luis, permítame Vd. que le manifieste sin adulación la gran admiración que Vd. me inspira. Es Vd. un hombre extraordinario.

D. LUIS. — ¿Por qué?

MR. CLEARING. — El golpe formidable que Vd. le pegó anoche al «Stock Exchange» es algo sencillamente genial. Su rival Rockepheller ha quedado reducido a la nada. A estas horas se le tiene a Vd. por el hombre más rico del mundo.

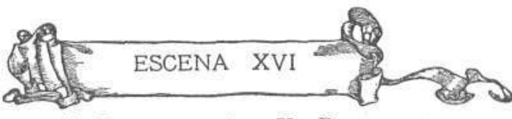
D. LUIS. — ¡Bah!...

MR. CLEARING. — ¡Cómo trabaja Vd!

D. LUIS. — Imagínese si necesitaré trabajar; tengo doscientos tataranietos.

MR. CLEARING. — ¡Es posible!...

D. LUIS. — Como lo oye.



D. LUIS, *130 años*. *Un* PERIODISTA.

D. LUIS. — Vd. dirá cuál es el motivo de su visita.

PERIODISTA. — Una entrevista.

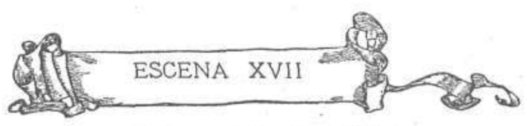
D. LUIS. — Pues vaya preguntando.

PERIODISTA. — ¿A qué se debe su fantástica fortuna?

D. LUIS. — A que soy más viejo que zorro.

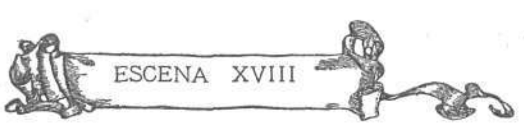
PERIODISTA. — Unos aseguran que es Vd. muy viejo. Otros dicen que eso de su vejez es una leyenda.

D. LUIS. — Ya empiezo a sentir algunos reumas. Pues sí, señor; soy más viejo que zorro. Cuando los hombres me hablan, de sus palabras deduzco el verdadero significado, no el que ellos le quieren dar. Mis ojos despiden rayos equis que penetran en los corazones y en las mentes. Imagine Vd. si con tanta experiencia y tales condiciones tiene algún mérito hacerse millonario.



D. LUIS, *140 años*. (*Solo*.)

D. LUIS (*arrojando un libro*). — Tampoco aquí veo nada. ¡Qué rabia! Nada encuentro nuevo. Lo sé todo. La vida me empieza a resultar insoportable. No hallo texto humano capaz de enseñarme cosa nueva. Tal vez en una vuelta al amor encuentre el norte que me está faltando.



D. LUIS, *150 años*. DR. GÓMEZ, *médico*.

DR. GÓMEZ. — La lengua está bien, el pulso normal. ¿Le duele algo?

D. LUIS. — Nada.

DR. GÓMEZ. — ¿El apetito, el sueño?

D. LUIS. — Inmejorables.

DR. GÓMEZ. — ¿Otras funciones?

D. LUIS. — Todo bien.

DR. GÓMEZ. — En fin... Vd. dirá.

D. LUIS. — Creo que estoy neurasténico.

DR. GÓMEZ. — ¿Edad?

D. LUIS. — Ciento cincuenta años.

DR. GÓMEZ. — ¿Cómo?

D. LUIS. — Ciento cincuenta años; pero no se asombre. Hace casi un siglo que un médico me injertó unas famosas glándulas de mono.

DR. GÓMEZ (*asombrado*). — ¿Qué me dice Vd?

D. LUIS. — Lo que oye. Pero creo que cometí un error en dejarme hacer la operación.

DR. GÓMEZ. — ¡Qué coincidencia! Yo lo busco a Vd. desde hace diez años. A Vd. lo operó el Dr. Simiovich, ¿no es cierto? Pues bien; Simiovich injertó las glándulas a quince pacientes. Conozco los rastros de catorce injertados. Me faltaba Vd. para terminar un libro que me hará glorioso.

D. LUIS. — ¿Viven los otros?

DR. GÓMEZ. — Creo que todos están muertos menos Vd. Ocho de ellos se suicidaron. Dos se hicieron asesinos rabiosos y fueron fusilados. Dos fueron muertos por mujeres. Uno emprendió una expedición al Polo Norte y no se volvió a saber de él. Otro se murió de una fuerte borrachera. Vd. parece ser el único que quiere morir de mal natural. A todos ellos les dió por el amor en forma más o menos aguda.

D. LUIS. — ¿Cuánto cree Vd. que puedo vivir todavía, doctor?

DR. GÓMEZ. — Unos treinta años.

D. LUIS. — ¡Qué horror!

DR. GÓMEZ. — ¿Esta Vd. cansado?

D. LUIS. — Hasta del amor.

DR. GÓMEZ. — Vamos, comprendo: Vd. aspira al suicidio.

D. LUIS. — Sí, señor.

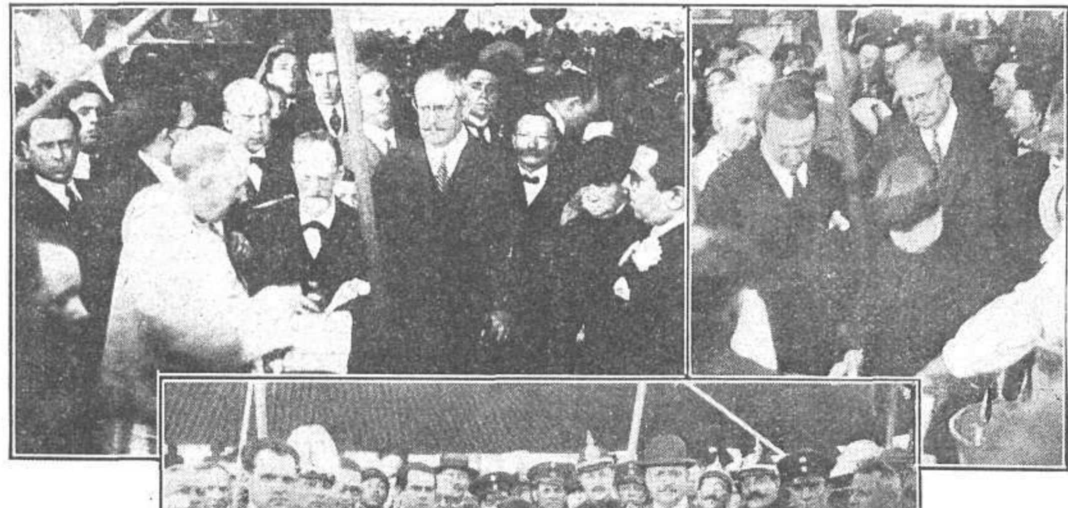
DR. GÓMEZ. — Soy compasivo y no seré un obstáculo a sus propósitos, Pero hablemos, señor, hablemos; dígame: ¿qué ha aprendido Vd. en sus ciento cincuenta años?

D. LUIS (*con macabra sonrisa*). — ¿Yo?... nada. Que puesto que hay que nacer lo mejor es no perder tiempo y morirse cuanto antes.

....

— C I R O Z. I N F A N T E

De Lanús





El gobernador de la Provincia, señor José Luis Cantilo y demás autoridades, presenciando el acto de la bendición de la piedra fundamental, colocada en el sitio donde se levantará la sala de Primeros Auxilios.

La señorita Clara Lanús, a cuya generosa iniciativa débese la creación de esta Sala, echando la primer palada de tierra en el acto de la colocación de la piedra fundamental.

El gobernador, señor Cantilo, la madrina, señorita Clara Lanús y demás concurrentes a la ceremonia antedicha.



Inmediatamente antes de Acostarse

Ese es el momento más propicio para librarse de todos los defectos de su cutis. Lávese la cara con agua tibia, y mientras su tez está todavía húmeda, extienda un poco de cera pura mercolizada (pure mercolized wax) sobre toda su cara y cuello. Después de unas cuantas noches de este tratamiento, las arrugas, manchas, y cualquier otro defecto de su cutis habrán desaparecido por completo.

La cera mercolizada disuelve todo el cutis viejo y seco, dejando la tez nueva y fresca. La belleza escondida bajo una capa de materia muerta queda al descubierto.

Toda farmacia puede venderle verdadera cera pura mercolizada.

De San Isidro



Vista de la procesión organizada en honor de la Inmaculada Concepción, el día en que fueron inauguradas las campanas votivas de la Iglesia Parroquial.

A LAS MUJERES RICAS

Tienen ustedes para con los pobres, que son como el cimiento en roca de la patria, el deber ineludible de la caridad. Pero entendámonos: la caridad no es dar limosna. Los tiempos han cambiado. Hoy la limosna se llama trabajo. Muchas mujeres ricas tienen la funesta costumbre de ser muy limosneras y pagar poco y mal a los que trabajan para ellas; esto es fomentar la holgazanería y, por lo tanto, la perdición de España. La limosna es lícita y hasta obligatoria en algún caso extremo de evidente necesidad; pero, aun así, hay que hacerla con prudencia; una forma de limosna muy recomendable es pagar el alquiler del cuarto a una familia pobre y digna, es llevar al campo a un chiquillo anémico; pero en dinero, ¡nunca, nunca nada! Los dos reales, la peseta que dan ustedes en céntimos a la puerta de la iglesia, auméntenla ustedes al salario diario de la mujer que viene a servirles de costurera o de planchadora: allí está en su sitio y bien empleada. No hagan ustedes economías tontas corriendo saldos y buscando gangas. Paguen ustedes generosamente el trabajo bien hecho.

Mucho más que dando un panecillo de limosna, merecerán ustedes sí, mujeres de alcalde o de concejal, consiguen ustedes que consiga él que el panecillo cueste más barato. Mucho más que dando un bono harán ustedes pagando unas pesetas más en la reforma de un vestido, lo cual permitirá a la costurera no escatimar en la última semana del mes el panecillo del desayuno. El puñado de trigo no se da, se siembra. — G. MARTÍNEZ SIERRA.

A N T I P Á T I C A

Mi nena es un encanto, una verdadera señorita. Razona como una grande. Imagínese que el otro día le dice a Clota, la sirvientita:

—«Cuando vayamos al Conservatorio usted debe dejarme el lado de la pared ¿sabe? porque usted no es de mi categoría».

—«¿Se imagina qué pico? ¡Siete años y con esas salidas! Ya le digo, es una mujer en todo; no se aja los vestidos, mide sus gestos, habla con los mayores...»

Y yo tampoco he dicho nada. ¡Pero qué antipática me resulta esta pobre chica que razona como una grande hasta el punto de saber eso de las distintas categorías!

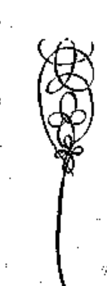
Son muy comunes ahora estas *niñas modelos*, estas *señoritas*. Las madres se enorgullecen de ellas y no saben cuánta amargura producen estas niñas con el alma envenenada ya como una grande.

Estas chicas que no se ensucian ni desarreglan al jugar, que se comportan como mayores, que tienen en el fondo de los ojos una mirada fría.

¡Felices las madres que tienen hijas verdaderamente niñas, que gritan y corren y juegan y que consideran a su sirvientita otra chica igual a ellas!

H E R M I N I A C . B R U M A N A

E L N U E V O A M O R



JULIO DIAZ USANDIVARAS

Ayer, con mano rosada,
entrabrió la primavera
la flor de mi enredadera
por el rocío besada.
Fresco soplo de alborada
su follaje hizo mecer;
y en el lento amanecer
tenía, su aspecto bello,
el inconfundible sello
del rostro de una mujer.

Entre sus guías cordial
mi brazo fué a entrelazarse,
en ansias de perfumarse
con perfume natural...
Luego, al claror matinal,
la contemplé en mi impudor,
y con femenil rubor
la enredadera, sonriendo,
me miró como diciendo
que no sabía de amor.

En su rostro de doncella
ya en mi amor divinizado,
puse el beso apasionado
que los corazones sella...
Sostuve grave querella
con las flores del jardín...
Hasta que en sensual esplín
pude ver a mi adorada
con la ojera bien morada
y los labios de carmín.

Luego, extendiendo mi brazo
con amorosa ternura,
la envolví por la cintura
y la estreché en fuerte abrazo...
En instintivo rechazo
ella, al punto, se apartó;
mas en seguida volvió
como en un loco desvío,
y al decir su labio «¡mío!»
con el mío se juntó...

Desde entonces mis sentidos
van de su amor a las fuentes
cual abejas persistentes
a los pétalos floridos.
Le dan mis patios llovidos,
frescura primaveral,
y en su follaje triunfal
la veo, en horas azules,
como tras de leves tules,
eternamente nupcial...

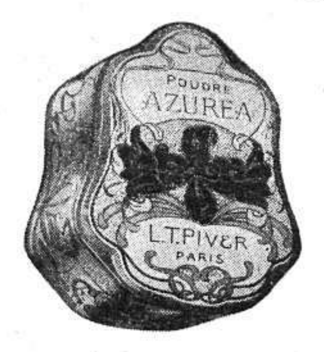
Eso fué ayer... Hoy, distante,
de mi quimérico ensueño,
sé que tan sólo soy dueño
de su perfume fragante.
Y esta realidad punzante
que me viene a convencer,
me hace a un tiempo suponer
que hoy día, en trance de amores,
más vale amar a las flores
que adorar a una mujer.

PARFUMERIE

L·T·PIVER

PARIS

PARFUMS



AZUREA





FLORAMYE

POMPEÏA

JABON REINITA

De Perfume
agradable
y
persistente



Indispensable
para el tocador
y
el baño

EXIJALO EN TODAS LAS BUENAS CASAS

De San Fernando



Asociación Ex Alumnos de la Escuela Normal Nacional San Fernando. Núcleo de distinguidas familias que concurrieron a la fiesta organizada por dicha entidad, celebrando el Día del Egresado.

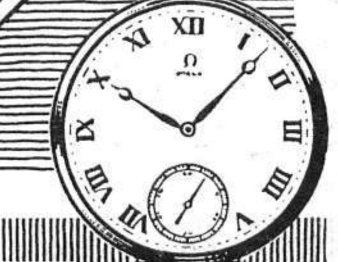
Niñas que tomaron parte en diversos números del programa, siendo calurosamente aplaudidas por la selecta concurrencia.

EL ARTE ES EL VINO DE LA VIDA

La música es el corazón de la naturaleza; es decir, el cogollo, la flor y la simiente del mundo. La música, en el fondo, es la expresión de lo inefable, con el mínimum de valores afectivos; es la conciencia de la totalización del ideal, en un *dinamismo creador, que congrega* todas las almas en un estado único, que las liberta de sí mismas y de *sus bajas pasiones y que las hace* ascender a un plano ideal de convivencia intensa, en donde lo que cambia y lo que permanece se integran en un estado único que da valor absoluto y pleno a la existencia consciente.

Así como la poesía nos hace concebir la ilusión de ser a la vez creadores y espectadores de un mundo *de formas, de imágenes y de afectos* que la palabra sugiere, la música, por el contrario, predominantemente *dinámica, hace compatible* la delectación de la voluntad con el goce del sentimiento, tonifica el alma y la alegra a la vez; el espíritu se olvida de su papel de espectador y se siente sumergido en un piélago infinito de dicha y sobreexcitación vital, del cual se tiene experiencia después de haberlo vivido, pero que no pudo ser previamente imaginado.

E. L. André.



De Olivos



Señorita Clelia Giargea, ganadora.



Grupo de distinguidas señoritas que tomaron parte en el torneo de tennis últimamente realizado en esta localidad.

Señorita Muriel Pepper, ganadora.

NIETO Y ABUELO

¿Qué pócima tomas para conservar esa fresca juventud que se ve en tu semblante? Le preguntaba el perspicaz nieto al alegre abuelo.

Hijo mío, contesta el viejo con voz dulce.

Mi medicina es el amor. Ese es el néctar de los dioses. Licor divino compuesto de alegría, de placer, de bondad, de esperanza, de justicia y de fe.

El espíritu siempre alegre. El alma dispuesta siempre a la bondad. Las acciones obedientes al mandato de la justicia, el corazón dispuesto al amor.

La tolerancia como medio para vivir sin prejuicios y sin enemigos. La caridad bien entendida. Pensar siempre en lo bueno, en lo útil, en lo agradable, sin codicia ni envidia. Respetar la ajena prosperidad para rodearse de la prosperidad propia.

La fe, siempre la fe en el éxito.

El trabajo como principio humano y como fin divino.

Así tendrás una eterna mañana de felicidad, sin acaso, sin sombras, sin negruras y sin abismos.

Adora el trabajo. Dignifica la justicia. Respeta al anciano. Levanta al caído. La desgracia es digna de todos los amores.

Y luego, baña tu espíritu en la alegría. Acaricia el placer sin caer en el vicio.

Lee buenos libros. Reverencia el talento. Aspira todos los días el perfume de cada nueva aurora, y llegarás a viejo, alegre y confiado, amado de tu pueblo, llevando sobre tus hombros, en vez de un tardo de dolores, un cofre de felicidades. — PELEGRÍN LÓPEZ DE VICTORIA.

EL SUEÑO DE UN ABOGADO

Iba tranquilamente por una de las calles de los suburbios de nuestra ciudad, caminando con mi amigo Salvador Cuenca, después de terminadas las tareas en los tribunales, donde él desempeña las funciones de procurador y yo las de abogado, cuando de pronto mi compañero me dijo:

— ¡Fíjese!

Miré. Un hombre, según vi después de mala catadura, aparecido en la calle solitaria yo no sé cómo; corría en franca dirección hacia una mujer de alguna edad, que llevaba a un chico de unos cinco años de una mano, y de la otra un cesto, como si volviera de compras. Su cabeza la cubría un manto pobre de color negro verdoso.

El hombre tomó a la mujer por un brazo, le arrancó con cierto cuidado el manto que llevaba y sacando un cuchillo de su faja, empezó a degollarla. Las vértebras, al separarse, hicieron un ruido seco.

— ¡Bárbaro! — grité, y sentí que me había puesto amarillo.

El hombre terminó de degollar a la víctima, separó la cabeza del tronco, que dejó con precaución en el suelo, y tomándola por los cabellos la envolvió cuidadosamente en el manto. Metió el envoltorio en el cesto, y le dió éste al niño que acompañara a la mujer.

El niño se alejó, al mismo tiempo que el hombre, subiendo por las irregularidades de una pared, desaparecía por los tejados.

La acción fué tan rápida, y tal embarazo me causó, que no tuve tiempo para proferir más palabra que aquella de: ¡Bárbaro!

Miré a mi amigo, en quien parecía no haber causado mayor consecuencia el espectáculo sangriento de que habíamos sido testigos. Le dije:

— ¡Qué bruto; qué salvaje! — En ese momento un hipo de asco me descompuso todo.

— Pero, bien mirado, la degolló con mucho arte y discreción. Sobre todo terminó su tarea con toda limpieza.

— ¡Salvador! — le dije con justa indignación. — ¡Usted parece de hielo!

— No. Sé que es un acto reprobable el que ese hombre ha cometido, pero soy ecuánime. Reconozco que es muy hábil en eso de degollar. Sin embargo, voy a denunciar el hecho a la policía, porque ese es mi deber, de acuerdo con lo prescripto en el Código de Procedimientos.

— Haga como le parezca — le contesté: — yo creo que voy a meterme en cama. No me siento bien; tengo las piernas flojas.

Seguimos caminando.

En eso, un muchacho vendedor de diarios dejó en el suelo su correa repleta de periódicos, y trepándose por el poste que sostenía un farol encendió en el mechero un trozo de cigarrillo. Yo dije:

— ¿Ha visto usted por qué no sirven estos faroles? — Me refería al alumbrado a kerosene que la municipalidad tenía en las calles de aquel suburbio.

— ¿Y la ordenanza, señor? ¿Y la ordenanza que establece que los faroles sean eléctricos y no a kerosene? ¿Dónde la deja usted?

El muchacho se deslizó por el poste hasta el suelo, tomó sus diarios y a todo correr salió pregonándolos. Esto lo recuerdo perfectamente; lo que no recuerdo es cómo aquel muchacho se convirtió en un lechero que con su carro venía en sentido contrario al nuestro. Sin que tirara de las riendas, el caballo se paró de pronto en frente de la puerta de una casa, y el lechero instantáneamente llegó a la puerta con su tarro y un litro. Dejó el tarro y tocó el timbre. La mucama, que parecía lo estaba esperando, salió a recibirlo. Dejó la cacerola en el suelo y dióle un beso al hombre. A ese beso siguió otro, y luego un besuqueteo tan furioso que parecía el redoble de un tambor. Sin duda no se habían dado cuenta de nuestra presencia, pues apenas nos advirtieron cesó el requiebro amoroso. El hombre se apresuró a despachar a la sirviente su mercadería. Cuando nos alejamos algo, Salvador me dijo:

— Estas manifestaciones de amor no deben de hacerse en público. Es una indecencia; la autoridad no debe permitir nada que moleste a terceros. Hay prescripciones absolutamente claras al respecto en el código de policía.

Miré de reojo a mi amigo, y le dije:

— ¡Vamos!; no es tan molesto el asunto como inmoral, pero póngase usted en el pellejo de ese buen lechero... y sin duda que las disposiciones legales las tomaría a beneficio de inventario. ¿Eh?

— Si estuviera en ese pellejo, y fuera lechero, me entraría al zaguán — refunfuñó mi amigo. — No vaya a creer, tampoco, que me faltan oportunidades como éstas — continuó; — lo que pasa es que la profesión nos esclaviza.

Miré a Salvador, y me produjo la impresión de que mentía, pero como ese hecho no se le puede reprochar a ninguno del gremio, me callé. Seguimos por la misma cuadra, una cuadra inmensamente larga y solitaria, al final de la cual nos bajamos del automóvil. Pagué al chófer, guardé mi cartera, y con un ruido de frenos se alejó el automóvil de nuestro lado. En aquella parte de la ciudad, las calles, a pesar de haber cerrado la noche, hormigueaban de gente, y los faroles de las casas de comercio eran tan molestos que hube durante un rato, de acomodar especialmente mi vista para lograr ver algo. Cuando abrí mis ojos, vi que

por la calle pasaba una manifestación política que debía ser socialista, lo que inferí por los carteles que llevaban algunos manifestantes, y que decían: «Queremos 8 horas de trabajo», «no permitiremos que los burgueses nos exploten», «Somos anti-rupturistas», «El mundo está cansado de guerras», y otros más por el estilo.

El amigo Cuenca dejó su cartera de expedientes en el borde de la ventana y con ademanes de ambos brazos empezó a exhortar a los de la manifestación con estas palabras:

— ¡Señores! Es necesario que el pueblo vuelva al imperio de la constitución; que respete las leyes y los funcionarios que ellas han creado. Si los poderes instituídos por la carta magna decretan la guerra, deber nuestro es acatarla, porque para eso, para reglamentar la guerra y la paz, han sido erigidos.

Por lo bajo, pues soy algo tímido, le recomendaba que hiciera alusión a los fundamentos.

— Diga usted algo sobre el equilibrio de las naciones en América y la necesidad del armamentismo en nuestra república, para evitar sorpresas.

Salvador no me hizo caso o no me oyó. Continuó de este modo:

— Señores, si la constitución establece la libertad de trabajo, no es posible ir contra sus disposiciones y establecer un horario máximo de ocho horas.

— Diga que hay industrias en que es indispensable trabajar más de ocho horas — le dije tirándole del saco.

— ...y por eso esta manifestación es a ojos vista una sedición, delito netamente cometido porque se intenta destruír...

Al llegar mi procurador a este punto de su discurso, sentí como si mi carne se iluminara, y Salvador desapareció en medio del fogonazo producido por un disparo de arma de fuego...

Luego, cuando en la lustrería terminaron de limpiar nuestro calzado, nos sentamos a la mesa de una confitería a tomar el vermouth.

Hasta ese momento no me dí cuenta de que mi procurador llevaba de su mano a un chiquilín de unos cinco años, hijo suyo, así como tampoco de que en la mesita donde nos habíamos ubicado estuvieran sentadas como una treintena de personas más, todas desconocidas. Eché la culpa de ello a mi costumbre de andar distraído, y no hice más caso del asunto.

Al rato de estar allí, entablé conversación con una señora que estaba sentada al lado de la nena de mi procurador. Le pregunté, como es natural, por su familia, y en especial por su marido, a quien yo no veía desde hacía una semana. Me contestó:

— Está en cama desde antes de ayer, a consecuencia de la vacuna que le han aplicado. Fíjese que el año pasado lo vacunaron, y se le hicieron unas rosetas grandes, pues le prendieron muy bien las viruelas. El certificado que le dieron lo perdió, y por eso lo han vuelto a vacunar; y, como es natural, le han causado fiebre y otras molestias.

— Es una estupidez, señora, lo que han hecho con su marido — le contesté, — y siento no haberlo sabido a tiempo para impedir que se llevara a cabo tan gran atentado contra su salud. Es evidente que no hay objeto en revacunar tan seguido.

— ¡Y muy bien hecho, señor! ¿Quién le manda perder su certificado? — saltó el procurador.

No pude tolerar tanta impertinencia por parte de mi amigo, y le dije en un tono imperativo que me extrañó a mí:

— ¡Usted, so ave negra, se queda con el procedimiento; yo soy el espíritu de la ley! Ante estas palabras Salvador se puso todo colorado, después verde, bien colorado y bien verde, hasta convertirse en un lindo ramo de rosas que, sacando de su florero, ofrecí a la señora de las vacunas.

Al finalizar aquel banquete salí algo ebrio, según recuerdo, del brazo de mi amigo el procurador, quien llevaba un hermoso bastón algo fantástico, nudoso y grueso, y en cuya contera tenía pegados una infinidad de alambres que le daban cierto aspecto de paraguas. Pensándolo mejor, no es difícil de que llegara a convencerme de que aquello era un paraguas y no un bastón; pero, como quiera que fuere, el hecho carece de toda importancia, como no sea la de la verdad histórica.

Lo que recuerdo con absoluta precisión es que, al pasar por los caminillos enarenados de un prado artificial, Salvador hacía dar vueltas a aquel aparato con una furia harto peligrosa, pues silbaba el aire al pasar cerca de nuestras cabezas.

Sentados en un banco estaban, en aquel paseo, un joven y una niña de edad hasta de veinticinco años. Tenían trajes elegantes aunque sencillos, su estatura era casi idéntica, y sus rostros de una notable y simpática palidez se parecían mucho.

Estaban tomados por las manos, y conversaban con la amabilidad y despreocupación que da la vida en común. Cerca, una mujer vestida de niñera enseñaba a dar los primeros pasos a un chiquillo.

Cuando Salvador Cuenca los vió pararon como por encanto las volteretas de su paraguas; se plantó donde estaba, y mirándome con el rostro congestionado de rabia me dijo:

— ¡Esos inmundos, esa pareja de asquerosos que usted ve ahí, son hermanos y se han casado!

Me pareció tan catastrófico el asunto, que le repliqué:

— ¡Vamos, amigo!; no sea precipitado; primero que aquí no pueden casarse los hermanos, y...

— ¡Cuando yo le digo que son hermanos y están casados! ¡Allí tiene usted el fruto de esa unión vergonzosa! — dijo, en circunstancias que el niño nos miraba metiéndose toda una mano en la boca.

— ¿Está usted seguro? — le pregunté con sobrada solemnidad.

— ¿Seguro? ¡Vaya! No sea ingenuo; míreles la cara.

En efecto, sus facciones eran perfectamente iguales.

— Es un atentado institucional, señor — dijo a voces Salvador, enarbolando su paraguas. — En este caso se ha ido contra las disposiciones expresas y categóricas de la ley de matrimonio civil.

— Mi amigo, usted olvida las razones de índole científica. La eugenia, más que el código, es lo que prohibe este matrimonio. Considere que los hijos de tal unión van a ser paralíticos, idiotas de nacimiento.

— ¡Qué eugenia ni qué niño muerto! ¡El código, señor! Que se junten si quieren pero que no se casen. El oficial del Registro Civil que autorizó esta unión es el criminal más grande que hay. — Esto último lo dijo gritando tan recio que en sí constituía un reto lanzado directamente a la pareja.

El hombre se dió por aludido. Con discreción y cortesía se dirigió hasta nosotros.

— He oído sus palabras — dijo dirigiéndose a mi amigo, — y ellas revelan el profundo error en que usted está.

— ¡No se me acerque, corrompido! — le gritó en tono agresivo mi amigo.

El otro continuó, muy serio.

— Hablaré desde acá. Mi mujer y yo somos hermanos y huérfanos. Nos hemos criado juntos, y conocemos y comprendemos mutuamente nuestros caracteres. Cuando me tocó hacer la conscripción supe la desgracia que era verme alejado de mi hermana, y pensé que si se casaba con otro yo me moriría de tristeza. Cuando volvimos a juntarnos, ella me confesó que tormento igual al mío la había torturado durante mi ausencia. Nos amamos mucho, señor, y no podríamos separarnos un segundo. Las leyes son un obstáculo para las personas superiores, y nosotros hemos salvado la valla.

— ¡Las leyes son las leyes! — vociferó Salvador.

— ¡Oh, las leyes! — repuso el joven con aparente bondad y tristeza unidas. — Las leyes son injustas para con las excepciones, y mi hermana y yo constituímos la excepción más asombrosa que ha visto el mundo.

Se calló; pasó su mano por la frente con gran delicadeza, volvió un poco la cara para mirar a su esposa, y luego añadió con un tono misterioso:

— Somos hermanos mellizos. Ella es mayor que yo, pues nació dos horas después. Cuando yo nací no di señales de vida hasta dos horas después de salir del seno materno; es decir, hasta que mi hermana vió luz. Entonces recién respiré por primera vez en el mundo. La razón de ello es aparentemente extraordinaria. Aunque somos dos cuerpos distintos, parecidos, es verdad, uno masculino y otro femenino, no tenemos más que un alma. Con la mitad del alma parece que no se puede vivir, por eso necesitamos estar juntos para no morirnos. Tenemos el alma en condominio, como usted diría — dijo dirigiéndose a mí. — Por suerte nos amamos entrañablemente y podemos vivir. La divina providencia es infinitamente grande. Si nos odiáramos nos hubiéramos muerto.

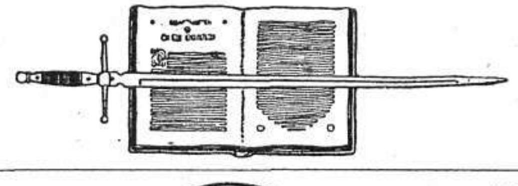
Se calló, hizo un saludo, y uniéndose a su mujer y a su hijo se alejaron sin hacer el menor ruido.

Cuando terminó el joven miré a mi amigo, y había desaparecido con su paraguas; me miré a mí mismo y no me vi. Pegué unos gritos formidables y no oí nada; me llevé las manos a los oídos y me encontré con que no tenía orejas.

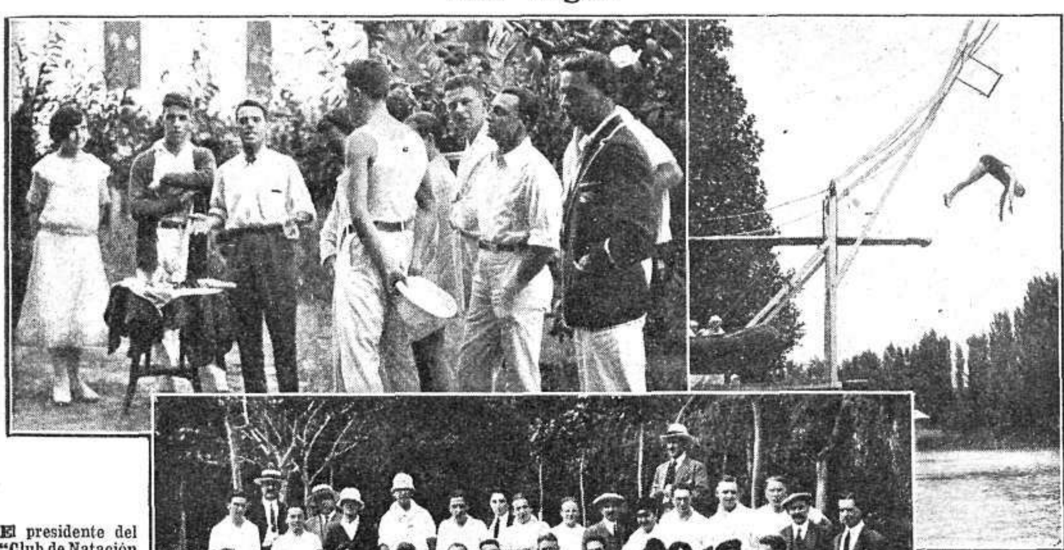
Debí moverme atrozmente en la cama, porque cuando me desperté mi mujer había encendido la lámpara eléctrica de la mesa de noche y me tocaba, demostrando que mi mal dormir le merecía cuidado.

Tomé un poco de agua, volví a echarme, y recién cuando clareaba pude volver a cerrar los ojos.

J. ALBARRACIN GODOY




Modelo N.º 5
Modelo N.º 4
Modelo N.º 9
Señora:
La Casa Izquierdo
490, CARLOS PELLEGRINI, 490
ofrece a Ud. en su departamento de MODAS, el surtido más grande y novedoso en sombreros de alta calidad y distinguida elegancia.
Estos diez modelos en ricas pajas, de gran fantasía, adornados con finísimas cintas y flores de seda, los ofrecemos por esta semana a
$ 13.50
Tenemos 25 diferentes modelos, y surtido completo en colores.
Los pedidos del interior los despachamos en el día, y debe agregarse $ 1.— para embalaje y flete.
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490
BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313
Modelo N.º 6
Modelo N.º 8
Modelo N.º 1
Modelo N.º 2
Modelo N.º 3
Modelo N.º 7
Modelo N.º 10



El presidente del "Club de Natación Numancia", señor Antonio A. Podestá, dirigiendo la palabra al grupo de jóvenes que tomaron parte en el Concurso organizado al iniciarse la temporada oficial.

El señor Leonardo Steyerthal, que obtuvo el primer premio en el concurso de saltos ornamentales.

Las autoridades del "Club Numancia", miembros de la comisión directiva y grupo de socios que participaron en la prueba.

Notas Sociales

Vivimos los últimos días del año, y parece que el ritmo prodigioso de la vida nuestra se acelerase, atesorando incesantemente todas las emociones... Vibre muy alto el canto sonoro de las campanas que inunda de armonías nuestro corazón; ellas cantan con «música de alma» porque anuncian la vida nueva e intensa, porque al apagarse el canto poco a poco, ese murmullo de cristal que estremece el aire largamente, nos habla del misterioso encanto del ensueño, de la ilusión imperecedera...

Las viejas naves de los templos coloniales se engalanan con las colgaduras rojas de los días solemnes, para recibir los séquitos juveniles que acompañan a la desposada, como una evocación riente de la estación más bella de la vida, cargadas las finas manecitas de flores prodigiosas, henchida también el alma con la indecible emoción... Vuelve entonces a los labios, grabándose en el corazón, el axioma antiguo; «el matrimonio es la fusión absoluta de dos vidas»... Bien sabemos que el amor todo lo embellece y lo transforma, pero cada vez que vemos celebrar ese acontecimiento, el más transcendental de la existencia nuestra, debiéramos repetir la máxima imperecedera: «pueda ese cariño que se nos antoja hoy infinito, sobreponerse y triunfar del proceso de transformación que debe sufrir todo humano sentimiento, y convertirse en *amor conyugal*, en ese amor más fuerte que la muerte, más fuerte aún que la ancianidad... aquel que no destruye ni el completo conocimiento del ser físico y moral, ni la costumbre, ni el tiempo, ni los años...

Ese sentimiento es en verdad el licor de oro que queda en la copa de champagne, cuando se desvanece la espuma transparente y fugaz; es la esencia, *el alma misma* de la vida». (1).

Por eso, cuando cruzan ante nosotras — ideales como un ensueño — aquellas figuras juveniles, velado apenas el rostro que la dicha transfigura, quisiera decirlas que la vida empieza recién para ellas, y que el cariño debe cultivarse son descanso... para ellas, cantan las campanas con música de almas, vibrando muy hondo dentro del corazón. No mencionemos a las que pasaron el atavío que simboliza toda la ilusión de la vida, desganada el alma, henchida de lágrimas la mirada, porque sobrepusieron a las sugestiones del cariño que todo lo ennoblece, las tristes exigencias del interés...

Vivimos los últimos días del año y parece que fuera nuestro común anhelo huír del laberinto de la gran ciudad, huír muy lejos, donde el alma pueda aquietarse serenamente, olvidando las pequeñeces y miserias del vivir cotidiano... El mundo del placer y de la alegría, organiza al aire libre sus más brillantes partidas, mientras llega el día fijado para tender el vuelo rumbo al mar, a la sierra, o a la estancia moderna, en la que se lleva el mismo género de vida que en el *chateau* europeo. A veces, los privilegiados de la fortuna, aquellos seres acostumbrados a los refinamientos más exquisitos de la civilización, sienten un placer especialísimo en romper el engranaje de sus hábitos, de sus diversiones desatentadas, para vivir por algunos días, la vida sencilla, sin trabas ni obligaciones; a estas escapadas fugaces, del agitado y brillante vivir mundano, se las ha llamado «hacer una cura de descanso»...

En cambio, ¡qué difícil es habilitar esa cura de descanso para los que viven arrastrados por el inexorable engranaje del trabajo diario; para los humildes, que vegetan encerrados en el cuartujo miserable, sin conocer la gloria *del aire puro, del agua clara, del cielo de cristal!* Para ellos, no hay cura de descanso, ni tregua bienhechora, porque nos hemos acostumbrado ya a vivir *uno a uno*, en nuestro inexorable egoísmo...

Involuntariamente, va anotando mi memoria las amplias, magníficas residencias veraniegas que permanecen cerradas y mudas durante largos meses; imagino entonces, cuán fácil sería a los poderosos terratenientes, dueños de cientos y miles de hectáreas de campo en la provincia fértil y generosa, el ofrecer esa cura de salud y de alegría a las mujeres extenuadas por el trabajo y la miseria, a los niños que no conocen la dicha de extender las alas como el gorrión que se embriaga de sol y picotea libremente en los maizales...

Alguien ha mencionado, sin embargo, en mi presencia, y tal propósito me ha deslumbrado como una llamarada de luz intensa, que una generosa y brillante figura femenina, dueña de inmenso caudal, habilitaría este verano una vasta finca a orillas del mar para que en ella puedan hallar merecido descanso, y renovar sus fuerzas, más de doscientas invitadas... Indudablemente, hay un solo lujo que merece ambicionarse; el de poder realizar el bien, en esa forma, porque dar salud y energía, dar horas de serena alegría, vale más que una dádiva de dinero... Las abnegadas mujeres, acostumbradas a luchar contra la enfermedad y la miseria en los hospitales, en las más tristes moradas de la ciudad bulliciosa, han de hacer acopio de energía, de contento, en aquella luminosa playa del Sur...

El ejemplo está dado por una dama argentina, que sabe ofrecer la amplia y generosa hospitalidad tan frecuente entre las personalidades de la aristocracia británica, para la mujer del pueblo, agotada por el trabajo en los centros fabriles, agotada por la sórdida miseria del hogar...

El día en que nuestros parques silenciosos se llenen de risas infantiles, muchas de las privilegiadas de la fortuna que no siempre suelen ser dichosas, podrán decirse con íntima satisfacción, que gran parte de la felicidad consiste en tener bienes que ofrecer, obras útiles que realizar, y mucho cariño para dar...

La dama duende.

Buenos Aires, diciembre 20 de 1923.

(1) De un capítulo de P. de Coulevain.

LA SUGESTION DE TU PERFUME



El papel de tu carta exhaló tu perfume,
ese "algo" de ti misma cuyo secreto ignoro...
Y antes que la fragancia de la carta se esfume,
yo quiero en un soneto decir cuánto lo adoro.

El posee la fórmula que tus gracias resume:
se insinúa en el halo de tus cabellos de oro,
en tu piel marfilina su real poder asume
y en tus labios prodiga de pasión un tesoro...

Por ello, al aspirarlo, la Locura me toca,
y aunque de mí estés lejos, presiento que tu boca
está junto a la mía como cuando te veo;

Sólo que el espejismo se torna vano empeño
y al palpar la imposible realidad de mi ensueño,
siento de un beso tuyo... así como un deseo.

JACOBO PEÑA



El perfume de moda

CHELA

Ultima creación de





POLVO

CHELA

La caja $ 1.90

Un exponente de alta calidad y finura incomparables, lo constituye este delicioso Polvo de Tocador, preferido por las damas que cuidan de su belleza.

Se prepara en los tonos BLANCO, ROSA, RACHEL y OCRE.

GRATIS

remitimos muestras a quienes las soliciten.







LAVALLE, 717. - Buenos Aires.

PERFUMES EXCELSIOR - GRIET y Cía


La señorita Herminia Hardoy Arostegui, directora de la Escuela Superior N.º 3, rodeada del personal docente de dicho establecimiento, que la hizo objeto de una merecida demostración de aprecio por su fecunda tarea educacional, de la cual se aleja para acogerse a los beneficios de la jubilación

PERSEVERANCIA

Cualidad característica de cuantos hombres cumplieron altas empresas es la perseverancia. Los vencedores en las batallas de la vida son hombres perseverantes que, sin creerse genios, estuvieron convencidos de que tan sólo por la persistencia en la labor alcanzarían el fin apetecido.

El perseverante no se detiene jamás en la duda de si vencerá o no, pues su único pensamiento es seguir adelante y acercarse cada vez más a la meta aunque haya de cruzar ríos, escalar montañas y bordear ciénagas.

No hay más noble divisa que, a pesar de los reveses de fortuna y de las vicisitudes de la vida, perseverar en su propósito hasta cumplidamente realizarlo. Las dificultades que encuentres las vencerás con el arma de la voluntad, si marchas adelante. La luz te alumbrará con más refulgente claridad a medida que adelantes en tu camino. — EMERSON.

OCULTACIÓN NECESARIA. — Es la caridad, la bien entendida y la otra, una facultad voluntaria, de la que podemos hacer uso para alejar de nuestra vista la miseria ajena, que sólo por ser ajena es molesta, no por otra cosa.

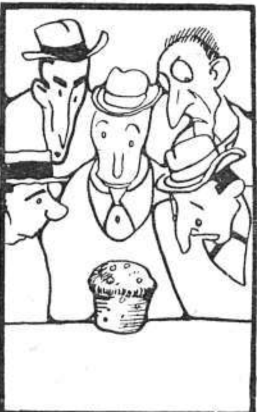
Si los miserables, ya que nos hacen el favor de respetar los bienes extraños, dándose cuenta de la situación, nos hiciesen la caridad de ocultarnos su miseria, no tendríamos precisión de ser caritativos.



Cantilo. — Yo como pan dulce todo el año.



Gallo. — Es difícil hincarle el diente a este pan dulce...



Los empleados. — Es chico para tantos.



Los maestros. — Este pan dulce se nos está volviendo un pan amargo.

DICHO Y HECHO

POR MACAYA.



EL PAN DULCE OBLIGATORIO



Le Breton. — Manden a las provincias del norte semillas de pan dulce.



Noel. — Este pan dulce es un adoquín. ¿A quién me recuerda a mí?

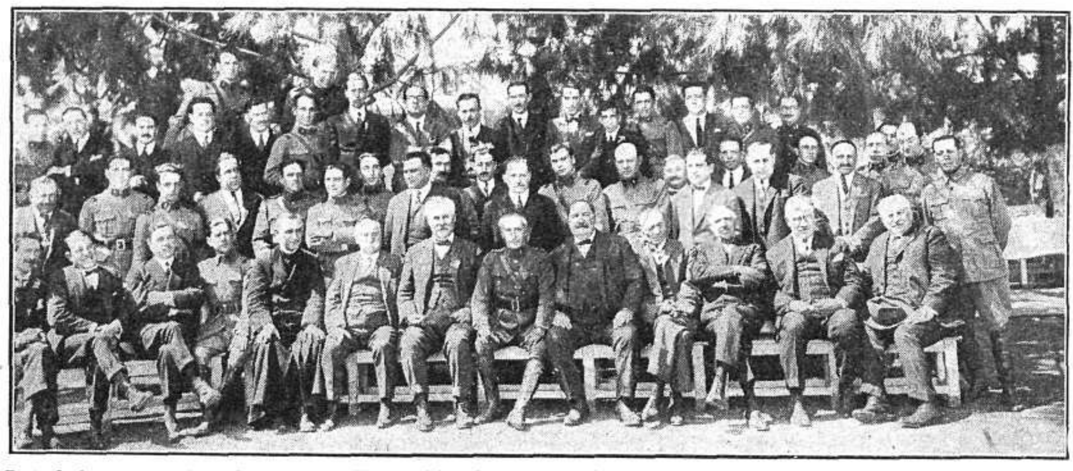


Molina. — No abusen de él porque es indigesto.



Elpidio.—¡Esto es todo lo que me han dejado!

De Mercedes



Parte de los concurrentes al banquete ofrecido por el jefe del regimiento 6 de Infantería, teniente corcnel Camilo Idoate, a las autoridades y amigos con motivo de la finalización del año militar.

LOS MONUMENTOS VIVIENTES

Italia ha honrado a sus muertos gloriosos de una manera bella y poética. En lugar de grabar sus nombres en una piedra inmóvil, ha plantado «Avenidas del Recuerdo», en las que cada árbol lleva el nombre de un soldado muerto. El árbol crecerá, la familia del muerto podrá imaginarse que un poco de él se estremece aún en las hojas, cada año renacientes. Sus camaradas estarán alineados cerca de él, y las gentes pasarán por entre dos filas de héroes.

Florencia acaba de inaugurar, con una ceremonia emocionante, sus «Avenidas del Recuerdo». Aun los comunistas más recalcitrantes escucharon con respeto las palabras con que se quiso celebrar tanto sacrificio. Para rendir un homenaje muy especial a diez toscanos, cuyo heroísmo fué sublime y cuya muerte fué magnífica, fueron plantados diez grandes cipreses alrededor de la estatua del Dante, en la plaza de Santa Crocce.

El cuidado de todos los arbolillos ha sido confiado en toda Italia a los niños de las escuelas, a fin de que no olviden el sacrificio de sus mayores. Hasta el pueblecillo más modesto ha querido tener su «Avenida del Recuerdo».

La buena conciencia puede estirpar muchos males y siempre está alegre en medio de las adversidades.

La mala conciencia siempre trae inquietudes y desasosiego.

CUENTILLOS

POR AUGUSTO GOLIZ

LA VERDAD DEL ORACULO

TRES largas horas, que parecían siglos, lleva en el lecho María Teresa sin que el sueño acuda a sus ojos.

Piensa en Héctor, su esposo, que había venido a Buenos Aires a concluír cierto negocio para volver al día siguiente, y ya ha transcurrido un mes sin que el ausente regrese.

Mil pensamientos y sentimientos diversos la atormentan: inquietud... angustia... celos...; celos, sobre todo. ¿Qué estaría haciendo su marido aquellos días? ¿Qué aquél mismo instante en que ella se desvela por él? ¡Si ella pudiera saberlo! — ¡Dios mío! — piensa. — ¿Serán un pretexto aquellas dificultades de que le hablaba en sus cartas, que le obligan a permanecer todavía en la capital?

No pudiendo soportar la tortura de la incertidumbre y los celos, salta del lecho, abre las celosías del balcón que mira al campo, y respira a pleno pulmón el aura fresca de la noche. Un fragante olor de flores silvestres y tierra húmeda invade la alcoba. La música de las ranas deja oir sus notas cristalinas en el estanque cercano.

Involuntariamente la mirada de María Teresa cae en cierto momento sobre un velador que está en un ángulo del aposento. Encima hay un libro, en cuyo título repara: «El Oráculo o Libro de los Sueños».

Tómalo, ábrelo por la página de las preguntas, y busca aquella que interprete mejor el estado de su espíritu. Ya está. «¿Me será fiel mi querido en la ausencia?» Cierra ahora los ojos, y hace girar el índice sobre el círculo de los números que corresponden a las respuestas. El número ocho. Halla la página correspondiente, y lee: «El ausente no piensa sino en ti».

Un suspiro de alivio escápase del pecho de la angustiada esposa, y, más tranquila ya, vuelve al lecho, donde queda a poco rato profundamente dormida. Es la media noche.

Y Héctor ¿qué hacía entretanto en Buenos Aires?

Aquella misma velada transcurría para él en el «Abdulla», donde había cenado con una amiga de ocasión.

En cierto momento, entre el ritmo sensual de un tango y los vapores del champán, Héctor acerca su boca a la de su compañera, y estampa en ella un beso largo, fogoso, palpitante de deseos...

Y un reloj da lentamente las doce de la noche.

FLOR DE ENSUEÑO

DESPUÉS de ocho años de ausencia vuelve Octavio a Buenos Aires, y al divisar la ciudad desde el puente del vapor, su primer y casi exclusivo pensamiento es para Elsa, la mujer amada, a quien no había olvidado a través de la distancia y el tiempo que los había separado.

Traía el propósito de reanudar aquellos amores, que habían constituído el hechizo de su primera mocedad; amores que él había dejado entibiar neciamente.

Veía en su imaginación a Elsa tal cual la había dejado aquel lejano día de la despedida. Sus ojos, de dulce mirar; su sonrisa, que era un encanto de ternura; aquella boca, que era una fascinación, y en la cual había él libado la miel sabrosa de sus besos; aquel cuerpo frágil y radiante, de líneas puras como estatua griega.

Por una carta que Octavio había recibido días antes de embarcarse, sabía que Elsa permanecía soltera, y que guardaba para él en su corazón el mismo amor lozano y fresco del primer día. Anticipadamente saboreaba con deleite la dulzura de la reconciliación. ¡Pobre Elsa! ¡Qué buena era! ¡Y qué mal se había portado él! — pensaba Octavio. ¡Ah, pero ahora sería otra cosa! Después de haber vivido toda aquel tiempo embriagado en los amores fáciles y dulces de las muñequitas de París, sabía cuánto valía este afecto ingenuo y puro que antes desdeñara.

Al atracar el navío al desembarcadero buscó con la vista a Elsa. Su madre, sus hermanas, otra dama a quien no conocía, estaban allí esperándolo. ¿Por qué no estaba también Elsa? ¿No se lo había prometido acaso? Aquella persona desconocida le saludaba con el pañuelo y le sonreía. ¿Quién sería? Tal vez alguna amiga de su familia.

Al fin, después de corta espera, pudo saltar a tierra donde le aguardaban los brazos de los suyos. Abrazó a su madre, sus hermanas ... ¿Y a Elsa? ¿No tienes un abrazo para ella? — díjole su madre.

¡Elsa! ¿Aquella mujer era Elsa? ¡Qué cambiada estaba! ¡Cuando ni él mismo la reconocía! Bien es verdad que ocho años representan un siglo en la vida de una mujer. Estaba vieja y fea. Las mejillas hundidas, como tísica; un cerco amoratado hacía resaltar los ojos, opacos y sin brillo; mal disimuladas arrugas surcaban el rostro; los labios exangües, al sonreír, daban la impresión de una mueca. El histerismo, ese solapado enemigo de las mujeres solteras, había hecho estragos visibles en aquella naturaleza y destruído los encantos de la feminidad.

Octavio cubrióse el rostro con las manos al contemplar aquella desolación, y en lo recóndito de su alma lloró como un niño la muerte de su ideal, la pérdida de su bella ilusión.

Cerró los ojos, y en la lejanía, entre brumas, parecíale ver esfumándose lentamente en el espacio su amada flor de ensueño y de quimera.

LA PRIMERA COMUNION

Celebraba la iglesia la festividad de la Virgen de Lourdes, y aquel día debíamos hacer la primera comunión los chicos mayorcitos de la escuela.

El templo estaba lleno de gente. Avanzábamos los niños hacia el altar en pequeños grupos de cinco a seis, llenos de santa unción, contritos, las manos juntas sobre el pecho y la cabeza gacha, como se nos había enseñado que debíamos presentarnos delante del Señor.

Cuando llegó mi turno, me adelanté y arrodillé ante el ara. El sacerdote acercóse a mí, tomó del cáliz la hostia consagrada, y haciendo con ella en el aire la señal de la cruz, pronunció las palabras litúrgicas: «Corpus Domini nostri Jesucristi custo diat animam tuam in vitam æternam, amen», y púsome sobre la lengua el diminuto disco. Yo volví a mi sitio.

Hacía yo esfuerzos por tragar la Sagrada Forma, que se me había adherido fuertemente al paladar, y como no pudiese despegarla con la lengua, con toda naturalidad y sin pensar que cometía un pecado grave, introduje en la boca el dedo índice para desprenderla.

Pero no bien lo hube hecho, cuando sentí la impresión de que la nave del templo se desplomaba sobre mi cabeza y la tierra se abría a mis pies y me tragaba.

Una vieja que estaba a mi lado, con voz tonante y gesto airado me increpaba: — Niño, ¿cómo te atreves a tocar con las manos el Sagrado Cuerpo de nuestro Divino Redentor? — Y dándose golpes de pecho clamaba: — ¡Misericordia, Señor; misericordia, Señor!

Fué tal el susto que recibí, que me eché a llorar sobrecogido de pavor y espanto, temblando como un azogado.

Y hoy, al recordarme de aquello, tiemblo todavía.

EL CONSEJO DEL MAGO

El buen Aladino, colmado de honores y riquezas por el Genio de la lámpara maravillosa, sentíase sin embargo, triste y hastiado. Honda melancolía le roía el alma, y todo aquel aparato de pompa y fausto que le rodeaba, contribuía a hacerle más infeliz, por el rudo contraste que formaba con el estado de su ánimo.

En tal situación fué a consultar a un sabio que había en el reino, mitad mago, mitad médico, especie de taumaturgo, de quien se referían cosas sorprendentes. Una de ellas era que había curado a la hija del Califa, que sufría el mal de amores, prescribiendo que cada mañana al levantarse la muchacha se le aplicase una azotaina. A la primera paliza, la doncella había quedado completamente libre del mal.

Después de haber escuchado la relación de las cuitas de Aladino, el Mago le habló de esta manera:

— Joven — le dijo — usted sufre de una dolencia que aqueja a la mayoría de los hombres que viven en este mundo de hipocresía y de mentira, entregados a las satisfacciones del cuerpo, descuidando el espíritu.

Mahoma dijo: «No sólo de pan vive el hombre» (esta cita va por cuenta del Mago). Usted debe buscar su remedio en el amor; pero ha de ser un amor sincero, completamente exento de egoísmo, puro como el amor del Profeta. Si usted logra hallar una persona, hombre o mujer, viejo o niño, que le ame de esa suerte, recobrará la salud del espíritu, que es la que le hace falta.

Aladino envía entonces emisarios por todo el país en busca de la persona que había de amarle con aquel amor puro de que le hablara el Mago. De muchas partes acudió gente, que se ofreció a curarle; pero en esos amores que le brindaban, se traslucía siempre algún rasgo del egoísmo, que se esconde en el fondo de todos los afectos humanos.

Al fin, triste, lleno de melancolía y pesar, un buen día murió Aladino sin haber podido hallar la persona que con tanto empeño buscaba.

Aladino, como la mayoría de los hombres en su caso, habíase olvidado de que tenía una madre.

FALSAS EMOCIONES

La muy principal y noble señora doña Ana Jacinta López y Vargas de Martínez del Campo, asiste con su esposo al estreno de una pieza dramática en el teatro de la «Opera», una noche de moda.

Se representa cierta obra en la cual la protagonista es una pobre mujer que, con una criatura en brazos, implora en vano en las mansiones de los ricos un mendrugo de pan para mitigar su necesidad de alimento y un poco de leche para el hijo enfermo, y es arrojada de todas partes, como apestada, hasta caer rendida y muerta de hambre y frío a la vuelta de una esquina, en una calle solitaria.

En cierta escena de la obra, la encopetada señora, emocionada, derrama lágrimas de pena.

— Estas cosas no suceden sino en el teatro y en las novelas — dice a su consorte. — ¿Es posible que exista en el mundo gente tan inhumana y despiadada que deje perecer de esa suerte a una infeliz mujer y a una inocente criatura?

Termina la función y la aristocrática dama sale del teatro del brazo de su esposo.

Un lujoso automóvil les espera a la puerta.

Al atravesar la acera para tomar el coche, se les cruza en el camino una mujer zarrapastrosa, que lleva de la mano un chiquillo anémico y harapiento.

— ¡Una caridad por el amor de Dios, señora!

La aristocrática matrona echa sobre los mendigos una mirada indiferente, e instintivamente se aparta con mohín de asco, en tanto que su lacayo de librea dorada los empuja a un lado, para evitar todo contacto.

Toman los señores el coche, y ya en camino hacia el suntuoso palacio donde moran, comentando con su marido el argumento del drama, ella le dice: — Estas cosas no ocurren sino en el teatro y en las novelas.

EL OPTIMISTA

SENTADO ante su bufete escribe Willy el habitual artículo para la revista en que colabora.

Es un canto al Optimismo.

La pluma vuela veloz sobre las blancas cuartillas, cual si temiera que los pensamientos se escapasen como corzas asustadas.

Escribe:

«La vida es bella para quien sabe admirar y »apreciar los dones que ella pródigamente nos »ofrece. Aparta de ti los malos pensamientos, y »aprende a ver e interpretar las cosas maravillosas »que te rodean.»

«No te domine la tristeza ni el desaliento. Pon »una nota alegre en cada uno de los días de tu »existencia.»

«Un ramo de flores sobre tu mesa, »la audición de un poco de buena »música, la visión de los esplendores »de la naturaleza en el espectáculo »de una aurora o de una puesta de »sol...

»¡Cuánta belleza encierra todo esto...!»

«Pon una nota placentera en cada uno de los días de tu vida...»

Willy concluye de escribir, dobla las hojas, pónelas dentro de un sobre, llama al criado, y le ordena llevarlo a la redacción de la revista.

Un instante después, el estampido de un arma de fuego rompe la quietud de la hora.

Al penetrar en la estancia, se ve a Willy, tendido en el piso, boca arriba, agonizante.

Acababa de pegarse un tiro...

JUDIT

ESTAMOS en la tienda de Holofernes, el general asirio, teniente de Nabucodonosor, que sitia a Betulia.

La ciudad está a punto de caer, rendida por el hambre y la miseria...

Una mujer, lleno el pecho de santo amor patriótico, se ofrece para librar a sus hermanos de los horrores de la esclavitud, matando al tirano en su propia tienda. Es Judit.

Atavíase con sus mejores galas, perfuma su cuerpo con esencias exquisitas, aderézase el rostro, para hacer resaltar sus gracias físicas, y se encamina sola al campamento del guerrero.

Holofernes ve llegar a la bella judía, y al contemplar aquella cara y aquel cuerpo provocativo, se enciende en pasión y deseos...

La invita a su festín, durante el cual la misma Judit le escancia el vino.

A media noche el bárbaro, completamente beodo, se echa a dormir sobre unas pieles de fieras, después de dejar sus armas colgadas en un garfio.

Llega entonces la ocasión buscada por la heroica hebrea.

Cuando se cerciora de que el soldado asirio está realmente dormido, descuelga su propio sable, lo levanta en alto para dejarlo caer de filo sobre el velludo cuello del guerrero, y en el mismo instante en que va a descargar el tremendo mandoble, aparece en la puerta del pabellón un mensajero con un telegrama en la diestra.

Deja Judit a un lado el inusado alfanje, toma y lee el despacho, despójase acto continuo de su vestimenta, cúbrese la cabeza con una gorra de viaje y el cuerpo con un abrigo, y sale de la carpa acompañada del mandadero.

¿Qué había ocurrido?

Es que aquella Judit no era la auténtica de la Biblia, sino una estrella del «cine», hija de Yanquilandia, que «filmaba» el bíblico episodio, y que al saber por aquel mensaje que su empresario no había entregado a su apoderado la cuota a que le obligaba el contrato, lo dejaba plantado, con la cinta a medio hacer.

EN CIERTA COMARCA CHINA...

EN cierta comarca de la China, en tiempos muy remotos, existía un príncipe que tenía una hija de singular hermosura.

Llamábase Chi-Fu, y aparte de los dones físicos con que naturaleza la había dotado, poseía otras más estimables prendas que la hacían querer de sus vasallos y, en general, de cuantas personas la conocían y trataban.

Era gran amante de la música y la poesía, cantaba como un «ti-moy-kin», pájaro chino de armoniosa voz, hablaba varios idiomas y dialectos, hacía primorosas labores de mano, y ninguna otra mujer en el reino la igualaba en aderezar nidos de golondrinas o preparar en relleno esas arañas magnas a que son tan aficionados los hijos del Celeste Imperio.

El soberano de un país vecino estaba perdidamente prendado de la muchacha, sin que hubiera podido granjearse su afecto a pesar de cuantos esfuerzos había hecho para lograrlo. Valiosos presentes, promesas, ruegos, súplicas... dejaban a la niña completamente indiferente.

Y es que Chi-Fu estaba enamorada, ¡capricho de mujer! enamorada de su criado, especie de pajecillo que tenía a su servicio, feo como Vulcano, aunque muy inteligente y discreto.

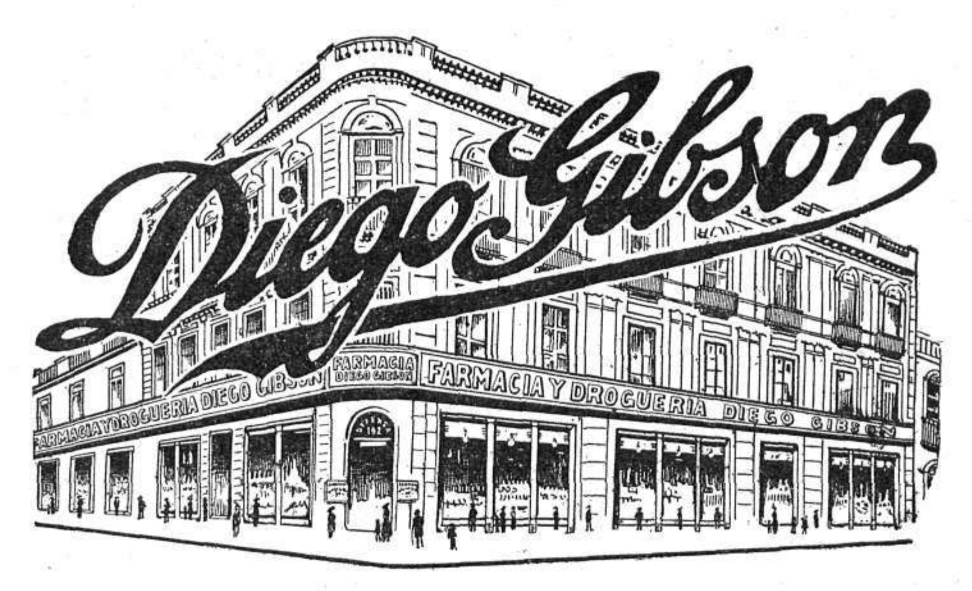
Cuando Chi-Fu salía de paseo, su doméstico la acompañaba cubriéndola con el quitasol, para que el viento o los rayos de Febo no la molestasen, y la abanicaba con ancho abanico de hojas de palmera en las tardes bochornosas del verano, durante la siesta.

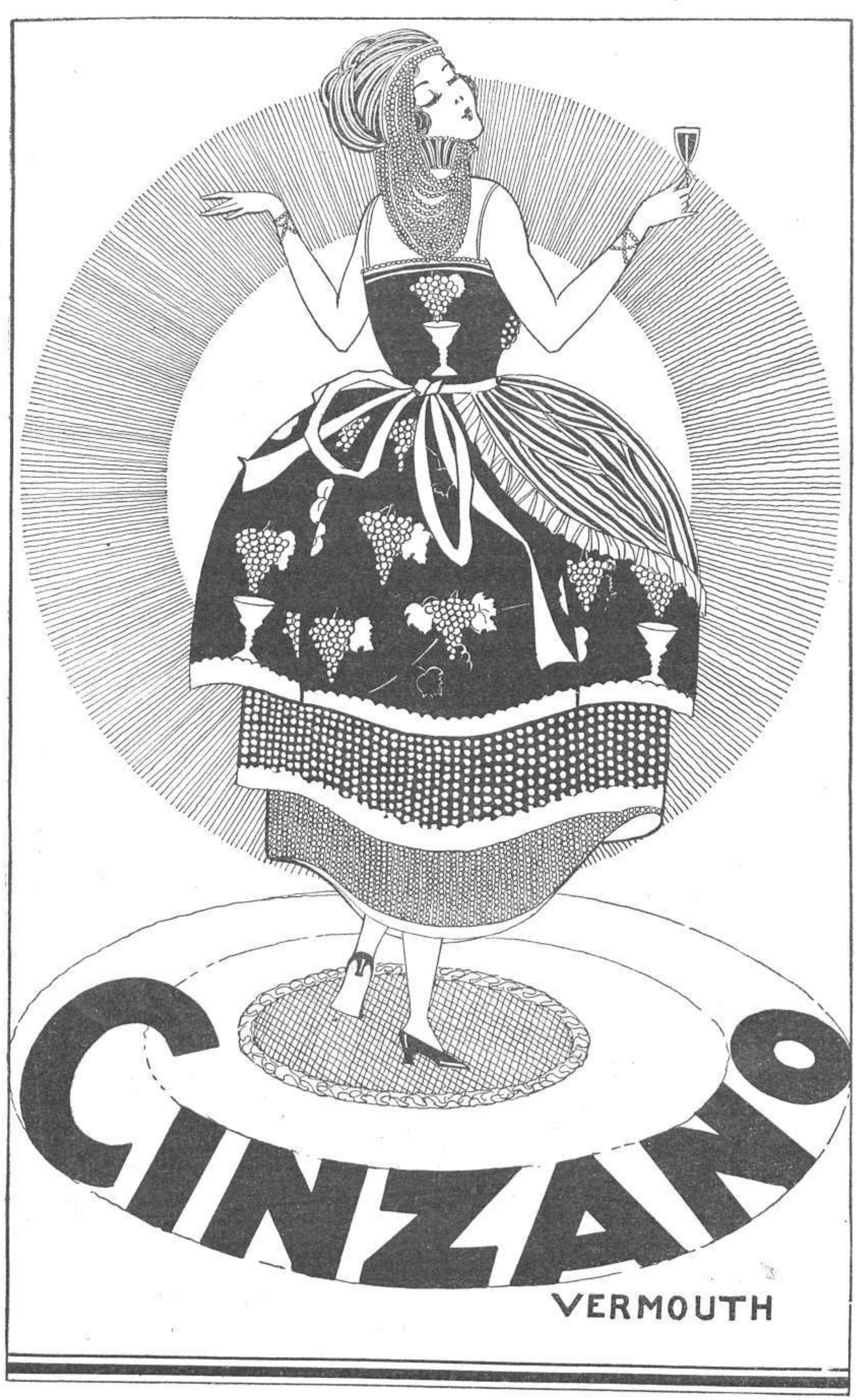
Oh-Ly, que así se llamaba el mozo, estaba también loco de amor por su bella ama, aun cuando la diferencia de clase le impedía manifestárselo.

El monarca vecino, herido en su amor propio por los desvíos de Chi-Fu, amenazó a su colega con declararle la guerra y devastar sus tierras, si no se la entregaba para desposarse con ella.

Dándose cuenta ésta de que su padre la obligaría al fin a aceptar esa unión que le repugnaba, y no atreviéndose a contrariarla, pues en China la desobediencia filial estaba castigada con la muerte, recurrió para salvarse a una traza tan antigua como las doctrinas de Confucio, pero de resultados positivos en estos casos. Se fugó con su amado pajecillo, feo como Vulcano y discreto como un sordomudo.

De esta leyenda se infiere que las mujeres son iguales en todos los países, pues las amarillas, lo mismo que las blancas y las negras, cuando están enamoradas de veras, también saben salirse con la suya.

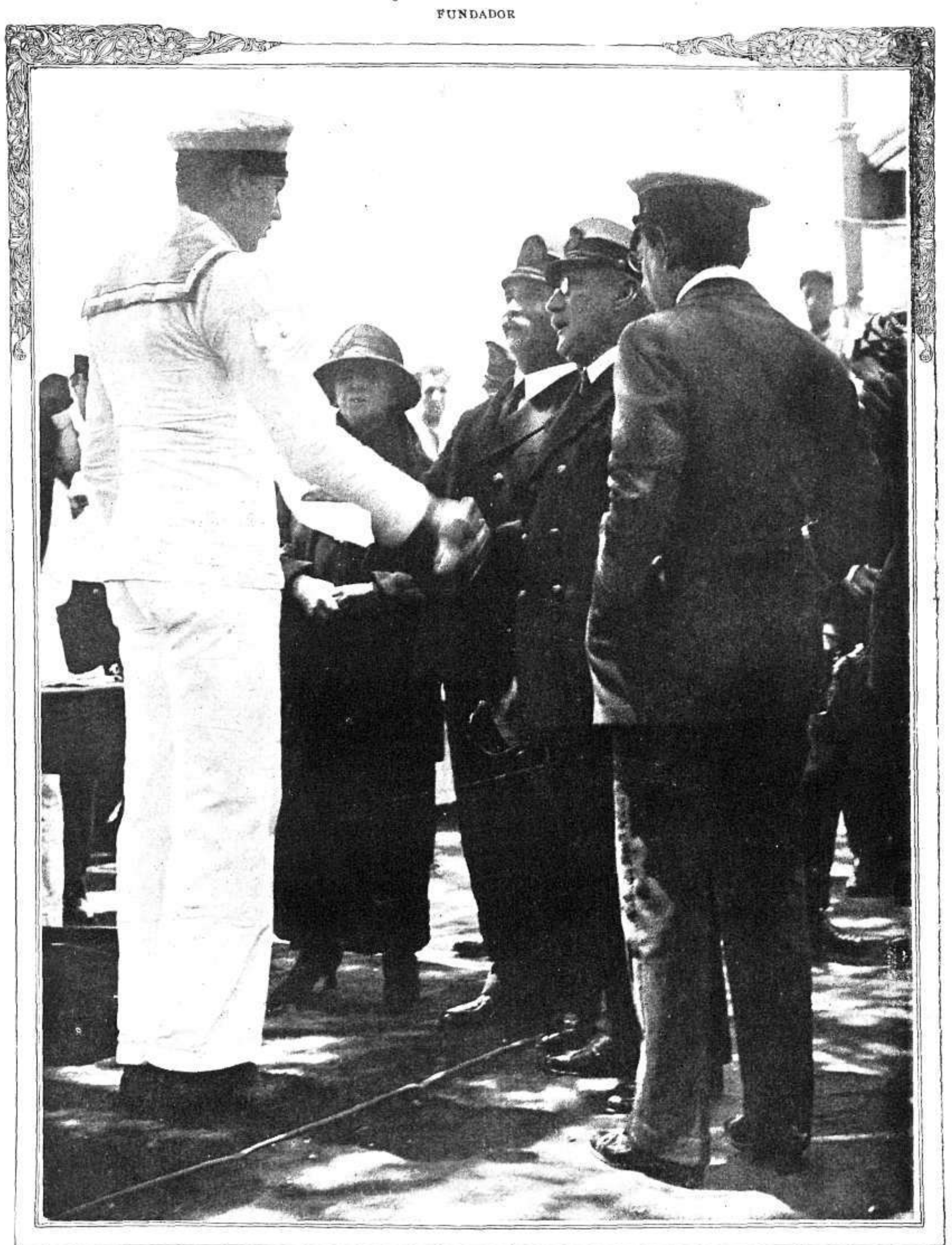

Diego Gibson
FARMACIA DIEGO GIBSON
FARMACIA Y DROGUERIA DIEGO GIBSON
FARMACIA Y DROGUERIA DIEGO GIBSON
192


CINZANO
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 29 DE DICIEMBRE DE 1923

AÑO XXVI CARAS Y CARETAS N.º 1317

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



PATRIOTICA CEREMONIA EN EL ARSENAL NAVAL BUENOS AIRES

LICENCIAMIENTO DE LOS CONSCRIPTOS DE LA ARMADA DE LA CLASE 1901

El Ministro de Marina, almirante Domecq García, acompañado del Director General del Personal del Ministerio, capitán de navío Moreno, estrecha la mano de uno de los conscriptos ascendidos, quien, por su brillante conducta durante los dos años de servicio, mereció uno de los premios de la Asociación Pro Patria, acto que fué presenciado por las autoridades superiores del Departamento Naval y numerosa concurrencia, poniéndose de manifiesto, con tal motivo, la camaradería y el entusiasmo que animaba a todos los jóvenes marineros.

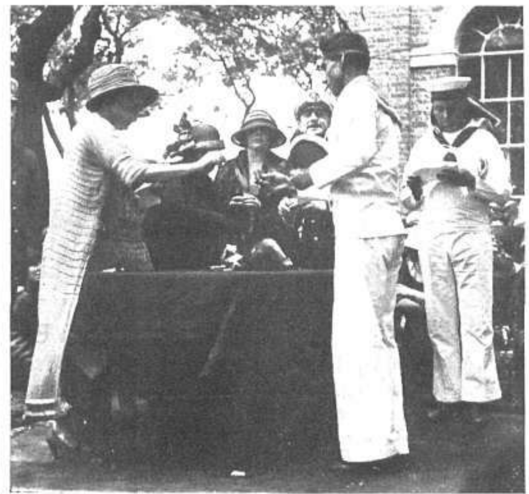
ENTREGA DE LOS PREMIOS PRO PATRIA A LOS CONSCRIPTOS DE MARINA



Monseñor Piaggio, Vicario general de la Armada ayudado por los niños del Asilo Naval oficia la misa con que dió principio a la tradicional ceremonia, dirigiendo a los conscriptos, después de terminada aquélla una vibrante y bella alocución, pletórica de cariñosas frases de aliento y civismo.



La señorita María Eugenia de Elías pronunciando su discurso en nombre de la Asociación Pro Patria antes de verificarse la distribución de los honrosos premios.



La presidenta de la cívica entidad, señorita Pujato Crespo, entregando a uno de los conscriptos la medalla conmemorativa.



El guardiamarina Ibarborde, exalumno de la Escuela Naval, recibiendo las felicitaciones del Ministro por haber merecido la recompensa de la prestigiosa institución citada.

FOTS. DE VARGAS MACHUCA.

Enlaces



Señorita María Isabel Pereda con el doctor Eduardo Racedo, en la basílica del Rosario.



Señorita Susana Egusquiza Fynn con el señor José María Lozano Mouján, en la residencia de la novia.



Señorita Angela Sommariva con el ingeniero civil Manuel Ucha, en la residencia de la novia.



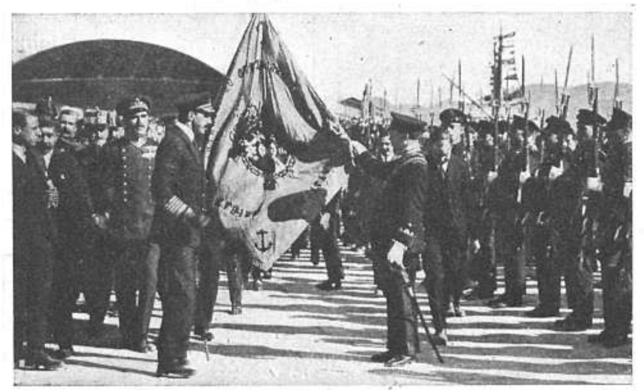
Señorita Matilde B. Laborde Taillade con el capitán José A. Vila Melo, en la iglesia de San Agustín.



El Rey don Alfonso y el marqués de Estella, presidente del Directorio Militar, recorriendo en automóvil la población de Cartagena donde se levanta el artístico monumento que perpetúa la memoria de los caídos.



La Reina doña Victoria Eugenia saliendo de visitar el Hospital de la Caridad, cuyas dependencias recorrió repartiendo regalos y sonrisas.



El Monarca saludando la bandera del regimiento de Infantería de Marina a su llegada a la ciudad, donde se le dispensó un clamoroso recibimiento.

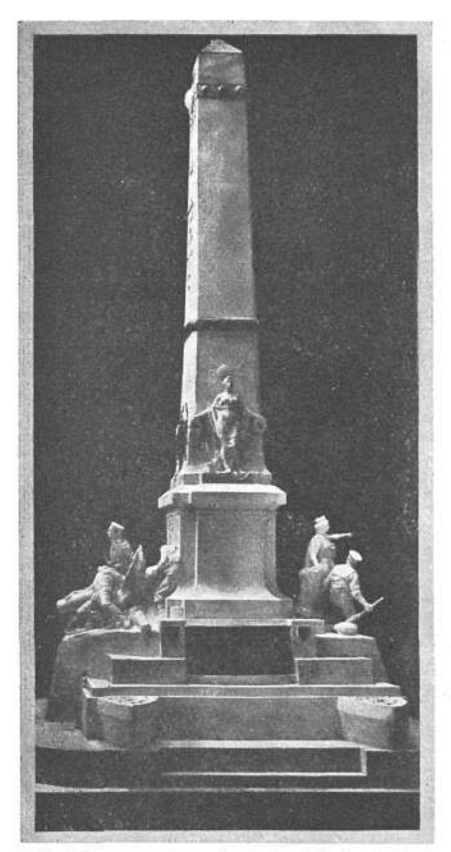
"Caras y Caretas"

INAUGURACION DEL MO
DE SANTIAGO DE

La presencia de los Monarcas y la patriótica y significativa ceremonia celebrada en la antiquísima e histórica ciudad, puer-



El ilustre catedrático de la Universidad de Madrid, don Rafael Altamira, que en la solemne ceremonia pronunció un notable discurso y a quien el embajador de los Estados Unidos saludó en nombre de su país, entregando a la Reina un precioso ramo de flores.



Vista del monumento en el que el embajador de Norte América depositó una ofrenda floral, pronunciando frases de elogio para los bravos marinos españoles.



Don Alfonso XIII condecorando a uno de los marinos supervivientes de los combates de Santiago de Cuba y de Cavite, acto que fué presenciado por la Reina y por una enorme multitud que victoreó a los Soberanos.

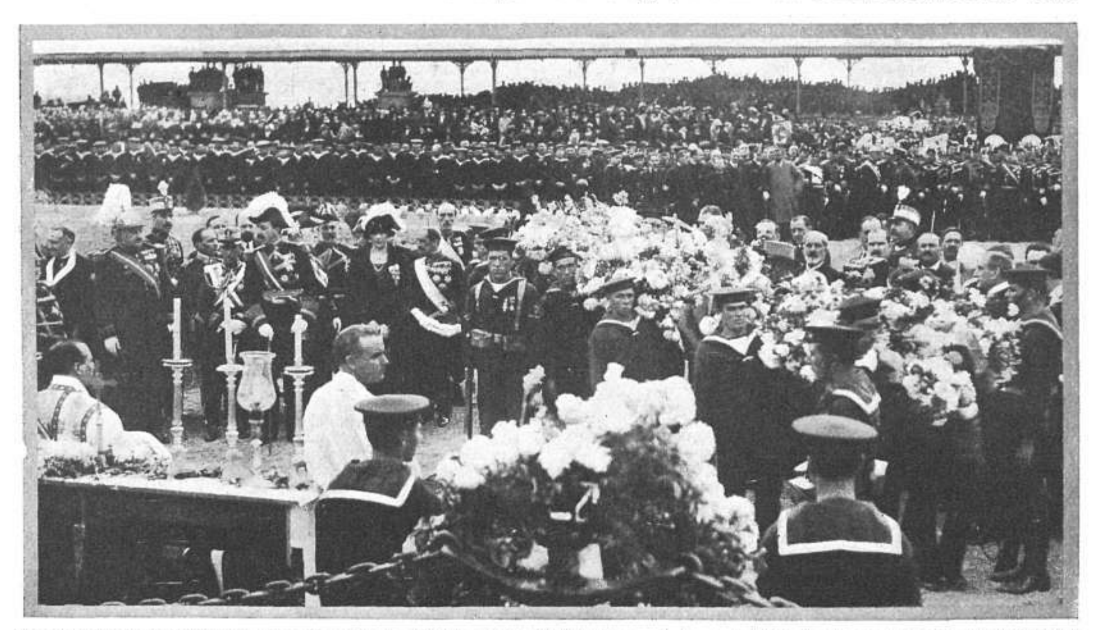
en España

NUMENTO A LOS HEROES CUBA Y DE CAVITE

to al Mediterráneo, constituyó parte del programa del resonante viaje a Italia, en que ambas naciones fraternizaron tan sinceramente.



El Rey, el general Primo de Rivera y Mr. Mocre, representante de los Estados Unidos, en la tribuna regia, conversando al terminar el desfile de las tropas.



Don Alfonso y doña Victoria Eugenia, rodeados del alto personal del Gobierno y de las autoridades locales en el acto de ser llevadas las coronas al monumento y luego de haberse celebrado la solemnidad religiosa por el eterno descanso de los héroes.

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL.



La señora Zelmira Rocha de Vieytes, periodista de la raza, colaboradora de Lapido en "Reflejos".

Los nietos de una raza que agoniza

Es un tanto hiperbólico ponerse a escribir «cosas» acerca de nuestros negros, raza que desaparece visiblemente aquí, colectividad en otrora sólidamente unida por innumerables atavismos consanguíneos, por la identidad en la suerte de la vida, por su étnica en fin, que es el más fuerte vínculo. Nosotros, por suerte para la dignidad humana y para la honra de la nación, jamás hemos tenido que abordar el terrible problema de una lucha de castas. Los negros traídos por el oleaje colonizador, a zaga y servidumbre de tanto amo y señor como llegó a tierras de indios, han pasado por la leyenda local como figuras dóciles, necesarios complementos del patriarcado de otros siglos, fieles y mansos, aferrados a la voluntad señoril hasta convertir su corazón en un relicario donde se albergaron las ternuras que brotaban de nobles cunas, y más tarde robustecíéronse con la reciedumbre de aquel sentimiento varonil que, comenzando a retozar en las reuniones juveniles, no tardó en aparecer a la vida civil encarnado en las muchedumbres acuciadas por una santa inspiración de libertad.

Pocas recordaciones vendrán al cuento acerca de la vida porteña entre lo que media de don Juan de Garay a Liniers, y aún bastantes décadas posteriores, en las que se pueda prescindir del «negro», de la «negrilla», inquebrantables guardadores de toda integridad, amorosos mártires de la irritante neurosis de más de un holgado heredero o privilegiado capitán, y no pocas veces verdaderos avizores de la tragedia, conjuros del peligro, guardianes contra el mal que por nacer entre sombras, no podía distinguirlos a ellos tan negros como la penumbra, y luego, al ir en busca de las víctimas, tropezaban con las abismales, con las acusadoras y feroces miradas de aquellos ojazos muy fuertes



D.ª Dolores Alvarez de Rodríguez 110 años. Memoria deliciosa, "Yo soy hija de esclavos, pero argentina ni aunque me maten".

oscilando como un puñal justiciero agitado por mano invisible. Al decir esto, pensemos que la emancipación americana pudo retardarse enormemente, a no mediar la confidencia del negro Ventura. Parece así, como que las escenas porteñas cayesen en fría plasticidad al faltarles la negrilla de los pasteles, la del mate; el negro del farol en las andanzas, el negrazo viejo de los secretos que arranca a galopar caminos antes del amanecer, y regresa embarrado, sudoroso, casi muerto de cansancio, pero trayendo en los rudos labios una sonrisa que transmite al ánimo del señor, la certidumbre de que todo ha ido bien, de que el esclavo, como él mismo, ha hecho cuanto se podía. El tiempo y el ambiente, determinan cosas distintas. Los

Silvio Lapido, director de "Reflejos", defensor de la clase. Aquí aparece dándole la "lata" a Vieytes, el "más carbónico" de los carteros nacionales.

Don Bernardino Posadas, artista de la "clase", en su taller con sus hijos Ismael y Julio.

Enrique Maciel, ejecutando un delicado nocturno en el armonium que adorna su cotorro.



Doña Maria Luisa Francia preside la sociedad femenina "Juvencia", fundada con el objeto de realizar un movimiento de unión; vicepresidenta la señorita Luisa Murature, y secretaria la Srta. Rosa Francia.

nietos de aquéllos, que son de nuestro suelo, que sienten el intenso calofrío de la gloria criolla cuando se habla de la patria; ya no viven tan consolidados como en los tiempos heroicos. Ha callado para siempre el bronco redoble de aquellos candombes que deleitaban a la chiquillada del Buenos Aires aplanado, sin rascacielos, familiar y cantor. Han rodado hacia las páginas de la crónica los entusiasmos con que los nobles negros de la tierra gaucha recibían los años nuevos, las Navidades, las fiestas patrias, ¡aquellos estupendos carnavales, de que se hacían boca en los países circunvecinos, por sus características y sana jovialidad. Después de aquello, alguna pluma impía, olvidando quizás al héroe de la fortaleza del Callao, hizo trampolín con la «casta» como manera de forjar chistes e ironías. Ahora, los negros, la llamada «clase», reune sus valores morales. Tiene sus poetas, sus artistas, sus músicos, sus escogidos; y convoca a todos los hermanos de origen, de color, a organizarse por la Patria y por la raza...

La palabra que corre como hipnótico mandato entre sus hogares, lleva vibraciones de una fe única y fuerte.

El 24 de febrero entrante, la «clase», satisfaciendo lo que cree su más caro deber, irá en masa, bajo el clamor de todos los fervores, de todos los entusiasmos, a tributar, al pie del bronce que simboliza a Falucho, el héroe del Callao, el más alto homenaje de admiración.

"¡Cómo no, señor; porteño puro!" Pedro Valli, el policía más "moreno" de Buenos Aires, y hombre de vinculaciones en la colectividad.

Eusebio Cardoso es el clásico poeta lírico de los negros, y alma del movimiento patriótico que alienta en estos momentos a la colectividad.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY



OLEO DE SOROLLA. (UNA DE LAS ÚLTIMAS OBRAS DEL ILUSTRE PINTOR).

LOS PRIMEROS BAÑOS

PROPIEDAD DEL DR. SALVADOR FORNIELES

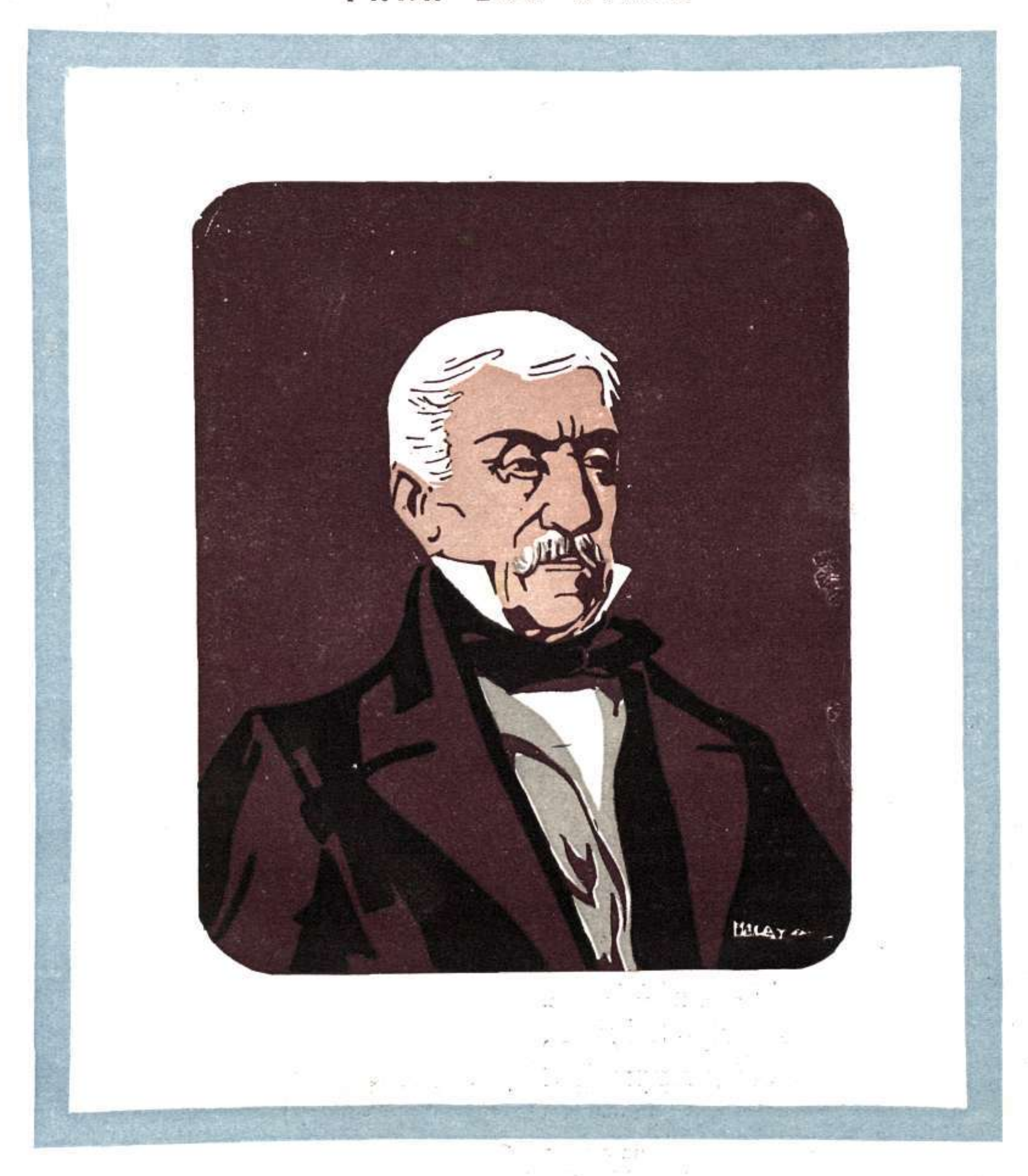


CREACIONES DE LA MODA





LORE BUSCH, ARTISTA VIENESA POSEEDORA DE UNA ESBELTA FIGURA, LUCE AQUÍ LA ELEGANTE SENCILLEZ DE UN VESTIDO DE «VELOUR BLOND» MUY SIGLO XX. ¡QUÉ CONTRASTE DE POLLERAS ENTRE LAS DE HOY, QUE PERMITEN ADMIRAR GENTILES LÍNEAS, Y LAS QUE USABAN NUESTRAS ABUELAS, LAS DEL CLÁSICO «MIRIÑAQUE», QUE APENAS NOS MOSTRABAN LA PUNTA BORDADA DE SUS ZAPATITOS [illegible]DOS!



HOMBRES CÉLEBRES

SAN MARTÍN

La enorme extensión que tiene la Argentina librará a tu patria, niño, de representar un papel histórico dificilísimo e ingrato: el de colonizar países extranjeros. Las naciones en sus períodos de grandeza se ven obligadas a extenderse por el mundo conquistando otras naciones o territorios de civilización menos adelantada. Una ley histórica que siempre se repite las impulsa a estas conquistas donde se derrama en abundancia la sangre ajena y la propia. Al fin, las colonias se desligan de la metrópoli y algunas, olvidando la lección recibida, se dedican a colonizar pueblos. Que tu patria colonice y pueble su vasto suelo, ha de ser el más noble deseo tuyo.

«Se ha dicho — escribe Mitre — que San Martín no fué un hombre, sino una misión. Sin exagerar su severa figura histórica, ni dar a su genio concreto un carácter místico, puede decirse con la verdad de los hechos comprobados, que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos humanos

fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos, como en el desarrollo de sus consecuencias». Si hubiera empleado en provecho personal su talento hubiera sido el amo de tres repúblicas. Su modestia le salvó de cometer crímenes y afianzó la liberación de estos países.

Como ya sabes, nació en Yapeyú, el 25 de febrero de 1778. A los 8 años de edad fué con sus padres a España, ingresando en el Seminario de Nobles, aristocrático colegio madrileño. Antes de tener 12 años ingresaba como cadete en el regimiento de Murcia. «El uniforme del Murcia — dice Mitre — era celeste y blanco, y el joven aspirante vistió con él los colores que treinta años después debía pasear en triunfo por la mitad de un continente». Batióse en Africa y en la campaña del Rosellón, en el combate naval de San Vicente y en la guerra contra Portugal.

Por su admirable comportamiento en la batalla de Bailén fué ascendido a teniente coronel. Después de tomar parte en otras batallas luchando por la independencia española, tuvo noticias del movimiento revolucionario de Mayo y pasó a Londres. Allí juntóse con Alvear, Zapiola, Manuel Moreno, Tomás Guido y otros patriotas americanos.

El 19 de marzo de 1812 desembarcaba en Buenos Aires acompañado de Alvear y Zapiola y un grupo de distinguidos oficiales. Su primera hazaña fué la creación del glorioso regimiento *Granaderos a caballo*, base de las futuras fuerzas argentinas, y que recibió su bautismo de sangre triunfando el 13 de febrero de 1813 en el combate de San Lorenzo.

En enero de 1814 reemplaza a Belgrano en el mando del Ejército del Norte que reorganiza.

Nombrado intendente de Cuyo. Estaba enfermo y se dice que él explotó esta circunstancia en beneficio de la emancipación. Tratábase de un fingimiento hábil que le concedió libertad para preparar una empresa decisiva: el Paso de los Andes.

Comprendiendo que «la patria no haría camino por este lado del Norte» (estas son sus palabras) principia a preparar lo que se llama «el secreto de San Martín». Hacía falta atacar a los realistas por sorpresa allí donde menos lo esperasen. La libertad de Chile y el Perú iban a consolidar la de la Argentina. Durante dos años (1815-16) trabaja intensamente en la reorganización de un ejército bien preparado para cruzar por sendas casi impracticables la gran cordillera. Al mismo tiempo enviaba sus espías al campo enemigo sembrando la discordia entre ellos y alentando a los patriotas chilenos y peruanos.

Así pudo lograr que entre el 12 y 25 de enero de 1817 cuatro mil argentinos franqueasen los Andes sin ser vistos por las tropas enemigas. Estudia sobre el mapa este movimiento estratégico, modelo de marchas bien calculadas. Todo se cumplió como él había proyectado. Aníbal muchos siglos antes, y Napoleón poco antes, habían atravesado los Alpes, reunieron material y tropas poderosísimas. San Martín tuvo que improvisarlo todo. Un gran crítico militar español, el marqués del Duero, llama al Paso de los Andes *monumento de gloria inmortal*.

Vencedores en Picheuta, Potrerillos, Achupallas, Las Coimas y Santa Rosa, los cuatro mil bravos se reunen, cumpliendo a la perfección el plan, e inmediatamente triunfan en Chacabuco. San Martín regresa solo a Buenos Aires, atravesando la cordillera, y busca el modo de formar una escuadra para batir las fuerzas navales realistas. Luego regresa a Chile y forma el *Ejército Unido*.

El 19 de marzo de 1818 sobreviene la sorpresa de Cancha Rayada; pero San Martín creciéndose ante el peligro asegura que: «La Patria existe y triunfará y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur». No había transcurrido un mes cuando el 5 de abril el ejército triunfaba definitivamente en Maipú.

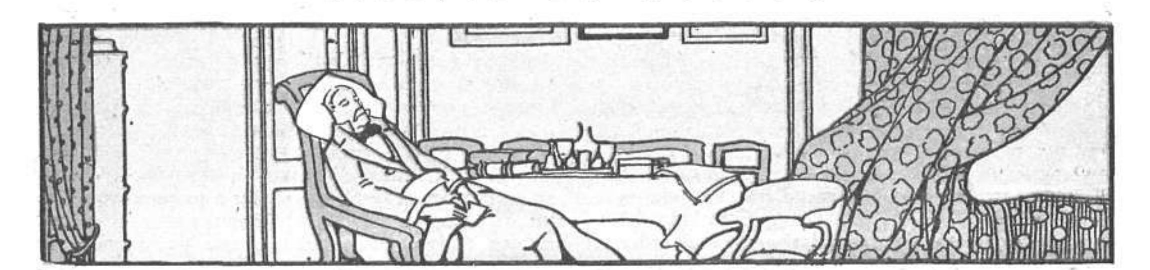
Después de repasar los Andes, nueva maniobra genialmente estratégica, logra reunir una escuadra que zarpó para el Perú el 20 de agosto de 1820 y desembarca en Pisco 4.430 hombres. Nombrado Protector inicia la última fase de la campaña libertadora.

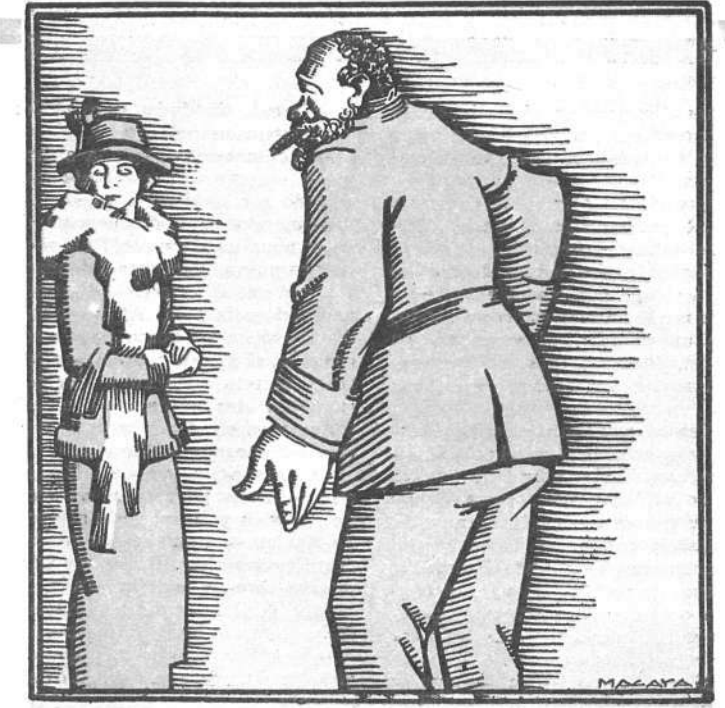
Durante la noche del 20 de septiembre de 1822, San Martín que había hecho renuncia del protectorado, embarca. Allí comienza el voluntario ostracismo del Libertador. Su obra está cumplida. Acompañado de su hija marcha a Europa,

El 12 de febrero de 1829 estuvo frente a Buenos Aires. Volvió a Europa, muriendo en Boulogne-sur-Mer el 17 de agosto de 1850.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA





LA COLINA DE LOS VIENTOS

—«Ahora decida. Si accede a ser mi esposa... la esposa del amo del Gobierno de Kazán, usted y sus amigos de religión conservarán la vida y serán libertados... Si se niega... todos estarán en la tumba al ponerse el sol...»

ESA es su decisión? — exclamó el hombre de la mirada diabólica, acariciándose la barba en señal de reflexión mientras contemplaba a la débil y pálida inglesa de ojos grises que se hallaba frente a él.

— Es esa — fué la sencilla réplica.

— ¿No será preferible que se tome un plazo para reflexionar? — preguntó el hombre, sonriendo sombríamente. — ¡La he ofrecido mi afecto, con la posición y el poder que representan el ser la esposa del jefe comisario del Gobierno de Kazán... y rehusa!

— Yo no deseo ser la esposa del que en unión de sus locos compañeros ha abolido la ley del matrimonio — respondió la bella inglesita de cabellos rubios. Tenía la joven 22 años.

Su traje de color azul, a pesar del excesivo uso que demostraba, era de excelente género y de elegante corte.

— ¡Bah! Usted es inglesa y por lo tanto no comprende lo que significa esta era de libertad para Rusia — exclamó con impaciencia Igor Wolkoff. — Si se diere cabal cuenta de ello aceptaría en seguida mi ofrecimiento... Pero rehusa... Bien...

Y el hombre que disponía de vidas y haciendas en la capital de la gran provincia de Kazán, hizo un gesto de contrariedad y levantó sus cuadrados hombros. Era un hombretón fornido de brutal aspecto, y antes de la guerra fué sentenciado por la Corte de Justicia de Nizhni Novgorod a diez años de prisión por el delito de robo con violencia.

Al estallar el movimiento revolucionario aquel bandido había sido puesto en libertad y luego de ocupar cargos de menor importancia en el Gobierno del Soviet, fué propuesto para Comisario Jefe, y amo, de aquella vieja ciudad tártara, situada, con su millón de habitantes en las orillas del Volga.

— No dejo de comprender que me encuentro enteramente en sus manos — continuó la joven con voz apagada. — He declinado el honor que usted me hace... No dudo que lo considerará como un insulto... Lo lamento mucho, pero...

— No hay razón para ello — replicó él, haciendo un irónico gesto. — Yo soy el que ha cometido el error... Usted, después de todo, tan sólo es una institutriz inglesa y yo, dada la posición que ocupo, debo pensar en algo más elevado...

— Sin duda... Alguna dama de su mismo país será más digna que yo — asintió la joven algo más tranquila por aquella declaración.

La estancia en que se hallaban estaba muy bien amueblada y reinaba en ella una temperatura muy agradable. Las dos grandes ventanas que le daban luz, permitían ver la amplia extensión cubierta de nieve y el cinturón de arboledas que existían entre las afueras de la ciudad y el Volga.

La residencia oficial del comisario estaba instalada en el barrio Ygumnova, un aristocrático y pintoresco suburbio. Pero cuando Igor Wolkoff llegó a Kazán se instaló en el mejor edificio de la ciudad, en una mansión que antes había sido propiedad del príncipe Balascheff, cuyos bienes él confiscó, condenando después al aristócrata a ser fusilado, por su nobleza y por ser adversario del Soviet.

Esa clase de hechos son muy frecuentes en la Rusia actual.

Hacía siete meses que Igor Wolkoff se encontraba en Kazán y desde su llegada se habían sucedido a diario las torturas de seres inocentes en la torre de Synyumbeka, y alrededor de novecientas mujeres y hombres habían sido sacrificados, obe-

deciendo sus órdenes directas, en el patio de la vieja cárcel del barrio tártaro, mientras que cinco mil más habían sido fusiladas en otras varias ciudades de la provincia.

Había creado el imperio del terror debido a que su diabólica crueldad ponía de manifiesto su desprecio hacia la vida de sus semejantes.

El excriminal firmaba las sentencias de muerte por centenares, sin leer tan siquiera el nombre de las víctimas, y por su modo de proceder contra todos aquellos situados a un cierto nivel social por su nacimiento, profesión, ideas, bienes de fortuna, había recibido felicitaciones del cuartel general del Soviet, en Moscú.

Aun cuando en Kazán se sufrían miserias, hambre y frío, él vivía con todo lujo en el palacio robado, y aun las personas que lo rodeaban temían constantemente caer en desgracia, pues aquello equivalía a firmar su propia sentencia de muerte.

Con rígida y criminal conciencia había gobernado aquella provincia rusa, ordenando la muerte, en cámaras de tortura, de todo aquel a quien consideraba su enemigo, o poniendo en práctica cuanto su pervertido instinto consideraba un insulto para la religión cristiana o la iglesia rusa.

Concurría a las Misas Negras — en las que se sacrificaban gatos, — y los santos iconos y altares eran objeto de burla. Esas misas se celebraban en el Convento de la Virgen Madre; en el lugar donde se halló el admirable cuadro de la Virgen, que fué conducido luego a Petrogrado. Ordenó procesiones de Sociedades Comunistas, por las calles de la ciudad, para exhibir horribles imágenes que constituían un espectáculo antirreligioso. El pueblo ruso es, aunque ignorante, muy religioso y por ello, esta actitud de Wolkoff agradaba a sus superiores por considerar que constituía una excelente propaganda para el Soviet.

La delicada joven inglesa de cabellos rubios que se hallaba ante el monstruo en aquellos momentos, era una de las tantas víctimas de las circunstancias.

Irene Bryant, hija de un rector de Norfolk, había sido contratada por la princesa Balascheff como gobernanta de sus dos hijos, e inmediatamente después del armisticio acompañó a la princesa y a su esposo a Rusia. Primeramente fueron a Petrogrado donde permanecieron algunos meses y luego marcharon a Kazán.

La vida en Rusia era completamente desconocida para la joven, quien siguió con interés todos los acontecimientos que precedieron y siguieron a la muerte de la familia imperial. Un día los príncipes fueron fusilados y el comisario Wolkoff se instaló en su palacio.

Aterrada, Irene huyó a la humilde residencia de la vieja nodriza de los niños, la viuda Ana Grozdoff y allí había vivido durante algunos meses con la vaga esperanza de obtener un pasaporte para abandonar Rusia y regresar a Norfolk. Aquellos meses habían sido horribles. El hambre, los instintos criminales y el ateísmo de los bolshevikis, la hacían sufrir horriblemente, porque en aquellas condiciones la vida no estaba segura, y las mujeres estaban sujetas al capricho del bandido que gobernaba la ciudad.

La crisis se había producido tres días antes. Igor Wolkoff, seguido de dos agentes de policía, que le prestaban guardia constantemente, la habían encontrado al cruzar el hermoso jardín de Chernol Ozero, situado en el centro de la ciudad. La joven le interesó, sin duda, pues el Comisario se detuvo y averiguó su nombre.

— Ven a verme mañana a las once — exclamó, y sin esperar una respuesta continuó su camino seguido por los dos chacales.

Temiendo las consecuencias de desobedecer, la joven acudió al llamado. El la recibió atentamente y la hizo nuevas preguntas, demostrando ignorar que la joven estaba al servicio de aquellos a quienes había mandado a la fosa. Al anochecer de aquel mismo día envió en su busca para que lo acompañase a cenar en el Panatex, un alegre restaurant que mantenía abierto para su placer y diversión. Allí la sugirió la idea de que debía acceder a ser su esposa y ayudarle en el gobierno de aquella provincia de tres millones de habitantes.

La proposición la aterró. Ella había sido educada en uno de los principales establecimientos docentes de Norwich y se rebelaba al ver que «El Carnicero de Kazán» — como se le conocía — la hacía semejante proposición. Antes moriría que secundar la infame obra de aquella banda de asesinos.

Igor Wolkoff, era un consumado pícaro y supo disimular su disgusto exclamando, mientras sonreía:

— Por lo menos no se negará a que bebamos un vaso de vino generoso antes de que usted se retire, señorita.

Fué hasta un colosal mueble que ostentaba las armas del príncipe fallecido, sacó una botella de vino de Oporto y llenó dos vasos. Uno lo tendió a la joven, el otro lo retuvo en su mano.

Irene se vió obligada a brindar por la salud del asesino. El oporto era excelente, pues hacía cuarenta años que se encontraba en las bodegas del antiguo propietario del palacio.

— Balascheff era inteligente en cuestión de licores — observó Igor. — Bien. — Agregó después de haber vaciado el vaso. — Usted se niega ahora, pero acaso después de reflexionarlo acepte. Regrese a su casa y piénselo... Piense en cuál será su posición al convertirse en mi esposa... Podrá gobernar a su antojo la provincia entera de Kazán.

— ¿Y en caso contrario? — se arriesgó a preguntar en voz baja la joven.

El otro no respondió. Unicamente se sonrió en forma nada tranquilizadora, mientras se inclinaba con cortesía para dar paso a la joven.

Desde que había comenzado el Terror Rojo, Irene Bryant había tratado una docena de veces de comunicarse con su familia de Inglaterra, pero sus cartas fueron destruídas con otras muchas. Hubiera perecido hacía tiempo de no ser por la vieja señora Grozdoff al ofrecerla hospitalidad en su humilde casa de un piso en Arkhangelskaya, en las inmediaciones del abandonado Jardín Botánico.

Sola, intranquila y aterrada, marchó entre la violenta tempestad de nieve que se había desencadenado, por las calles de la ciudad, hasta que al fin se encontró en la humilde habitación donde la esperaba su anciana benefactora. Junto a esta estaba su hijo Feodor, un joven de buen aspecto, alto y fornido, que vestía blusa y altas botas. Cuando la joven apareció, corrió a su encuentro.

— ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es lo que pretende Igor Walkoff? Hemos estado esperando con ansia su regreso. No es muy común que aquéllos a quienes llama a su presencia el Comisario vuelvan a ver la luz del día. Empezábamos a temer... Díganos señorita lo que ha ocurrido...

La joven, cuyo rostro estaba pálido como la cera, se apoyó junto a la mesa y permaneció en silencio durante varios segundos. Luego exclamó con naturalidad.

— ¡Desea... que sea su esposa!

— ¡Su esposa!... — exclamó el joven horrorizado. — ¡Pero usted... No accederá nunca a ser la esposa de semejante asesino!

— ¡Cuidado hijo mío! — manifestó en tono de reproche la anciana. — ¡Alguien puede oir...!

— ¿Y qué me importa? — respondió el joven con un gesto de desafío. — Es el hombre más odiado de toda la provincia.

— ¡Pero si descubre nuestro secreto, Feodor! — prosiguió la madre. — Piensa que si llega a saber que te has ordenado sacerdote y que dices ocultamente misa para nuestro pequeño círculo en el pajar de la casa de tu tío... Ahora han sido prohibidos, bajo pena de muerte, todos los servicios religiosos en la gobernación de Kazán...

— Me enviarán a la Torre Tártara — agregó Feodor. — Pero si ocurre eso será voluntad de Dios, como ha ocurrido con otros tantos.

— Yo he rehusado la proposición de Wolkoff — dijo la joven inglesa con tono que denotaba su excitación.

— Pero con ello ha incurrido en su desagrado — añadió Feodor.

— Después de manifestarme que me amaba, señaló la influencia que yo podría alcanzar si consentía y me dió un plazo para que meditase — explicó la joven.

— Eso indica que él también quiere pensar acerca de los medios que ha de utilizar para vencer toda resistencia — dijo con amargura Feodor.

La anciana viuda Grozdoff miró a los dos jóvenes. No ignoraba ella que su hijo estaba profundamente enamorado de la linda inglesita.

Hasta que Lenine había dominado a Rusia por las torturas y las ejecuciones en masa, Feodor estudió en la Universidad Uladimiro, en Kieff, pero obligado a adoptar las enseñanzas bolshevikis, volvió a su casa y secretamente fué admitido en la iglesia griega, siendo ordenado sacerdote. Muy pocos estaban en el secreto.

En Kazán, como en otras muchas ciudades de Rusia, las iglesias habían sido cerradas y profanadas. Los iconos existentes en las residencias particulares fueron confiscados por la Guardia Roja y por todas partes se veían postes de los que pendían humildes caricaturas del Señor o de la Santa Trinidad.



El gobierno del Soviet había ordenado una propaganda atea, y sus órdenes se cumplían fielmente por toda Rusia. Todos aquellos que eran sorprendidos participando de una ceremonia religiosa cometían un delito que, de acuerdo con las órdenes de Wolkoff, era castigado con pena de muerte.

La viuda Gozdoff, encendió la lámpara que se hallaba bajo la gran tetera y sirvió a poco tres tazas del amarillento líquido. El petróleo escaseaba y por eso no encendían luz hasta que la obscuridad era completa. Al fin Feodor consideró llegado el momento de iluminar la habitación y una vez que colocó la lámpara junto al reflector; hizo una seña a Irene Bryant, para que lo siguiese al exterior.

— Irene — exclamó, rodeando amorosamente su cintura con un brazo, mientras acercaba su rostro al de ella. — ¡Estoy lleno de temores por usted! ¡Ojalá no la hubiese visto nunca el carnicero de Kazán! Fué un fatal momento aquel de su encuentro con usted... ¡No puede imaginarse cuánto la amo!... No puedo admitir la idea de que acceda al pedido de ese criminal que nos gobierna.

— Me he negado — exclamó la joven temblorosa de emoción.

— Dígame, querida...¿Acaso ha sido porque corresponde a mi amor?

Por unos momentos permaneció ella en silencio, y como él repitiese la pregunta, respondió:

— Sí, Feodor... Ha sido por eso.

— ¡Oh, amor mío! Esa respuesta inicia para mí otra nueva vida... Una esperanza... Una determinación que jamás podrá torcer ese infame. Nuestro desdichado país no puede continuar de esta manera durante mucho tiempo, porque hay por encima de todo un Dios que nos ampara y hará sentir a los infames el peso de su justicia.

— Sí, Feodor. Esta noche durante el servicio religioso le pediremos asistencia contra esos horribles blasfemos y asesinos — exclamó la joven. Luego durante un largo rato los dos permanecieron en silencio y estrechamente abrazados.

AQUELLA noche, a las nueve, el que hubiera vigilado en las cercanías de una solitaria y vieja construcción en la que en tiempos de prosperidad se amontonaba el grano, habría notado la presencia de algunas formas humanas que adoptando todo género de precauciones para no ser vistas se escurrían entre las sombras para desaparecer en el interior. La escena que se desarrollaba allí era singular y emocionante. En una de las paredes

desnudas del amplio granero, Feodor Grozdoff, vistiendo el hábito de los sacerdotes de la iglesia griega, había colgado un gran icono de plata, ante el cual ardía una pequeña lámpara roja. Debajo, había sido improvisado un altar con un antiguo relicario de oro en torno al que ardían cinco velas.

Nueve personas, incluyendo su madre e Irene, estaban arrodilladas sobre las duras losas del piso, mientras el joven sacerdote oficiaba la misa en voz baja para no ser oído del exterior. Era una impresionante escena de cristianas prácticas secretas, en un país del que Satanás se había posesionado, y en el que toda idea de civilización era motivo de escarnio y persecución por la banda de asesinos intoxicados por la codicia y el deseo de derramar sangre.

Cada uno de los presentes arriesgaba la vida al ir todas las noches a orar por el alma de las víctimas y por la salvación de su amado país.

Aquella noche en una silenciosa plegaria dos corazones enamorados suplicaron al Señor ayuda y salvación. Al fin Feodor, que había permanecido de rodillas, se levantó y dirigiéndose a los que le acompañaban impartió la bendición de la iglesia griega ortodoxa. De repente se oyó una voz que partía del lado que estaba envuelto en sombras.

—¡Basta! ¡Quedan todos arrestados por orden del Comisario, bajo la acusación de prácticas religiosas contrarias a las leyes rusas!

Las mujeres lanzaron gritos de temor y en el mismo instante, una docena de soldados de la guardia roja ataron fuertemente a todos y los condujeron al exterior.

Feodor que se había despojado de sus vestiduras religiosas, fué asegurado por dos soldados. No protestó y su pensamiento estaba fijo en su madre y en Irene.

—Soy el jefe de esta reunión secreta y acepto todas las responsabilidades — exclamó al ser interrogado por el oficial. — Desearía ver al Comisario.

—No tema, que seguramente lo verá mañana por la mañana — dijo riendo sarcásticamente el oficial. — Y lo mismo que usted lo verán todos los que lo acompañan. Una noche de cárcel le hará recapacitar respecto a la conveniencia de respetar las leyes...

—¡Irene! — murmuró el joven cuando estuvo junto a ella. — Ten confianza y valor. Recuerda lo que ha ocurrido hoy. — Luego añadió dirigiéndose a los demás. — Amigos míos, tengan valor. Dios no abandonará a nuestra querida patria.

Aquella noche todos fueron separados y conducidos a lúgubres celdas de la fortaleza tártara.

A las diez de la mañana siguiente, un guardia de rudo aspecto penetró en la celda ocupada por Irene Bryant en unión de tres mujerzuelas de pésima reputación.

—Sígueme — ordenó ásperamente. Ella obedeció y fué conducida por interminables y obscuros corredores de piedra hasta llegar a la calle y luego a las oficinas del Gobierno, donde se encontró, cuando menos lo esperaba, con el bandido que regía los destinos de la provincia de Kazán.

La habitación en que se hallaba estaba bien caldeada y tenía un lujoso mobiliario, y Wolkoff que se hallaba junto a la alta chimenea la indicó una silla.

—¿Y bien, querida? — exclamó tan pronto como hubo desaparecido el centinela. — Ha sido esto una gran desgracia para usted. Anoche la han detenido durante un servicio religioso... Lo lamento mucho, pues siguiendo las órdenes que he recibido de Moscú tengo que ejecutar a todos sus compañeros... Mire... Ahora me disponía a firmar la orden. — Y al decir ésto indicó un papel amarillento que había sobre su escritorio.

La joven lo miró y lanzó un grito de terror.

—No tema, señorita. Su nombre no figura en esa lista — agregó el tirano mirándola significativamente. — Teníamos sospechas de que el joven Feodor se había ordenado sacerdote... Nos avisaron de Kieff... Las reuniones que él presidía equivalen a una conspiración contra el Soviet...

—Allí no se conspiraba — interrumpió Irene. — Tan sólo se celebraba la Santa Misa...

—¡Bah! Es lo mismo... Y la pena con que se castiga eso es la de muerte.

—¡Pero usted no los va a fusilar!... — imploró la joven, horriblemente pálida. — No puede hacerlo... Todos son amigos míos... Feodor y su madre han impedido que yo pereciese de hambre...

—Lo haré con una sola condición — exclamó el infame, acercando su rostro al de la joven. — Usted sabe cuál es... Acceda a ser mi esposa... y destruyo esa orden.

Con gesto de desesperación Irene se cubrió el rostro con las dos manos y rompió en amargos sollozos.

—No puedo... Me es imposible — exclamó.

—¡Perfectamente! — manifestó el villano con ronca voz. — Serán fusilados... y acaso se me ocurra añadir su nombre de usted a la lista... ¡Bueno es no olvidar que Igor Wolkoff no soporta negativas ni insultos!...

—Pero yo no le insulto a usted — protestó la joven. — Yo soy una extranjera que no tiene interés alguno en mezclarse en los asuntos de Rusia.. Todo cuanto ambiciono es que me permitan regresar a Inglaterra.

—Eso puede hacerlo fácilmente en cuanto sea mi esposa. Como Comisario puedo conceder permisos a mis relaciones o parientes...

La oferta merecía pensarse, y la joven reflexionó durante unos minutos. ¿Era justo que sacrificase la vida de tantas personas? Por ella no lo hacía ya que iba a verse separada de Feodor... y era casi un deber que se sacrificase por salvarlos a todos...

El bandido encendió un cigarro y disimuló revisando algunos documentos. En su mano izquierda lucía un magnífico brillante que fuera propiedad del príncipe a quien había hecho fusilar. De pronto levantó la cabeza y exclamó:

—Señorita. Debo advertirla que sus amigos serán interrogados antes de la ejecución y acaso nos faciliten los nombres de otros compañeros cuya vida está también en sus manos de usted...

—¡Canalla! — rugió Irene con desesperación. — ¿Y pretende que yo lo quiera?... ¡Nunca!

—Acaso algún día... — exclamó riendo y lanzando una bocanada de humo. — Pero... Yo tengo mucho que hacer hoy y no puedo gastar el tiempo en conversaciones... Decídase... Si acepta ser mi esposa.. la esposa del jefe del Gobierno de Kazán, usted y sus amigos serán puestos en libertad... De lo contrario, antes de que llegue la noche todos se encontrarán en sus tumbas.

—¡Pero eso... eso es una imposición! — protestó llorando la joven. Seguramente me concederá un plazo para pensar...

—Indiscutiblemente... No soy tan tirano —

exclamó. — Tiene de plazo hasta... hasta las tres de la tarde. Vuelva usted aquí y me da la contestación. Aquí tiene su pase. — Y escribió algunas palabras en un volante que le tendió luego.

Entonces ella salió de la habitación sin saber qué hacer ni adónde dirigirse, mientras él, colocándose frente al espejo, se contempló con aire de satisfacción convencido de que estaba a punto de ganar la batalla.

Irene regresó a la abandonada casa de la viuda Grozdoff, donde encontró todo en la misma forma en que lo habían dejado la noche anterior cuando salieron para concurrir a la misa. Llegó hasta su pequeña habitación y cayó de rodillas para rezar. Durante más de una hora permaneció entregada a sus oraciones, luego se levantó y preparó una taza de te porque sentía los efectos del frío y del hambre. Después se sentó y quedó inmóvil mirando fijamente ante ella sin ver.

No podía nunca llegar a ser la esposa de aquel monstruo cuyas manos estaban manchadas con la sangre de miles de infelices y cuyo mayor placer era presenciar una de aquellas matanzas en masa, para confiscar los bienes de sus víctimas.

Pero fuerza era que se sacrificase para salvar la vida de los seres a quienes quería. No había forma de escapar. Igor Wolkoff, lo había comprendido así.

A la hora indicada llegó temblorosa al despacho del tirano y entró.

— ¡Ah! — exclamó Igor lanzando una mirada al reloj. — Veo que es usted puntual, querida... ¿Qué es lo que ha resuelto?

Ella se dejó caer sobre una silla. Luego sus labios se movieron para pronunciar una frase que no llegó a oirse.

La impresión que recibió el «carnicero de Kazán» fué la de una negativa, por lo que exclamó con brusquedad.

— ¡Repita!... ¡No he oído bien!

— Que... Que acepto las condiciones... — repitió Irene con voz débil, e inmediatamente se desvaneció y cayó al suelo.

El canalla corrió hacia ella y mojó con agua sus sienes hasta hacerla volver en sí. Después la colocó en un sillón y acarició sus cabellos mientras decía.

— Tengo que hacer un viaje a Saratof, en el vapor de esta noche. Iremos los dos. Pero yo viajaré disfrazado y en otro camarote. Es conveniente, por varias razones que no viajemos juntos en forma declarada, todavía. Yo me reuniré con usted en el Hotel Kartashof, en Simbirsk. No quiero, en forma alguna, que el pueblo de Kazán conozca mi ausencia.



Después de esto, se aproximó a su escritorio y tomando el documento en que había extendido la orden de fusilamiento de los compañeros de Irene, invitó a ésta a que la destruyese.

Ella lo hizo así, rompiendo el papel en pequeños fragmentos. El canalla, en la ignorancia del amor existente entre los dos jóvenes, dió orden de que pusiesen a todos en libertad.

— Ahora quedarán libres todos sus compañeros exclamó. — Pero usted no podrá hablar con ellos. Mi vieja sirvienta Marya, vendrá a buscarla y la conducirá hasta mi casa. La facilitará todo cuanto necesite para el viaje y en unión de ella irá a bordo del «Liski», a las diez de la noche.

— Tendrá reservado — prosiguió — un camarote de primera clase. Yo iré en el mismo buque, pero en segunda. No debemos reunirnos hasta llegar al Hotel Karatshof, en Simbirsk, la «Colina de los Vientos», como dicen los tártaros. Tengo importantes asuntos oficiales que resolver allí antes de marchar a Saratof. Se está tramando allí un complot, que quiero destruír personalmente. Nadie, ni aun mis allegados, conoce el viaje. ¿Me comprende?... El asunto es sumamente grave...

— ¡Perfectamente! —fué la fría respuesta.

Aproximadamente una hora después, llegó Marya, una vieja mujer del pueblo, vestida humildemente y con un pañuelo rojo a la cabeza. En unión de ella fué Irene hasta la hermosa mansión usurpada por el tirano. Este, satisfecho de su triunfo, paseaba entretanto por su despacho silbando un aire de la «Traviata.»

Cuando un guardián comunicó a Feodor que estaba en libertad así como sus compañeros, el joven preguntó, sorprendido, a qué influencia se debía aquello.

— Me parece que todo es obra de la joven inglesa — dijo el rudo carcelero. — Está con el Comisario... Feodor comprendió en seguida lo ocurrido y adivinó el sacrificio de su amada. Permaneció callado, pero se mordió los labios hasta hacerse sangre. Cuando regresó a su casa manifestó a su madre lo que suponía y ésta, bajando la cabeza, murmuró:

— Feodor. Roguemos a Dios por ella.

Y así lo hicieron.

—

Aquella noche nevó copiosamente y la densa obscuridad era interrumpida tan sólo de trecho en trecho por algunos faroles provistos de lámparas de petróleo, que alumbraban con una luz insegura.

Al descender del vehículo que la condujo durante las cuatro millas que separaban la ciudad del Volga, Irene marchó por un estrecho sendero hecho en la nieve y pocos minutos después se hallaba en un pequeño, pero confortable camarote de la embarcación de ruedas que recorría cientos de millas por las aguas de la Madrecita Volga — como dicen cariñosamente los aldeanos rusos al referirse a este río, — desde Tver hasta el Simbirsk y luego a Samara.

Luego que Marya hubo arreglado los efectos de su señora, Irene marchó a cubierta para observar, llena de curiosidad, los pasajeros que iban a bordo. Eran pocos y en ninguno de ellos reconoció al odiado Comisario.

Los preparativos para la marcha terminaron y cuando la embarcación se puso en movimiento entre el rítmico girar de las enormes ruedas que hundían en las negras aguas del río sus grandes paletas, regresó a su camarote y medio vestida se tendió en la litera cubierta con una colcha roja.

La sirena dejó oir sus roncos sonidos varias veces durante la noche, pero Irene apenas manifestaba darse cuenta de ello, preocupada profundamente como se hallaba por los acontecimientos que habían de producirse al siguiente día.

Cuando se levantó estaba avanzada la mañana y navegaban entre islas cubiertas de bosques, cerca de la ciudad de Tetyushi. Al detenerse el barco junto al desembarcadero anunciaron que permanecería allí por espacio de dos horas. Irene bajó la planchada para dar un corto paseo por tierra, siempre alerta para tratar de distinguir al odiado hombre que iba a ser su esposo. Pero no lo consiguió. Sin duda estaba escondido.

El buque, con el pesado ploff ploff de sus ruedas, se puso nuevamente en marcha y la joven se reunió con Marya, con quien permaneció algún tiempo oyendo las sentimentales canciones que entonaban los pasajeros de segunda clase.

Ya avanzada la noche, observando desde cubierta vió, a la distancia, una fila de luces. Marya la informó de que aquello era Simbrisk, la ciudad tártara, «La Colina de los Vientos».

El momento terrible se aproximaba. En el Hotel Karatshof, en Spasskaya, se encontraría con el inescrupuloso tirano en cuyas manos se hallaba. Temía que llegase aquel momento. Mientras notaba que las luces de la ciudad se veían más cerca cada vez, temblaba. Pero había salvado la vida de sus inocentes compañeros y ahora pronta a llevar hasta el fin su sacrificio, ponía su pensamiento en Dios.

El buque atracó al muelle de madera y la gente se amontonó para desembarcar. En aquellas circunstancias notó que alguien la tocaba en el brazo.

Sobresaltada volvió el rostro temiendo encontrarse con el tirano, pero oyó una voz familiar que susurró a su oído algunas palabras dichas en inglés:

— ¡Querida! ¡No temas! El hombre que iba a obligarte a ser su esposa, está en el fondo del Volga. Sospeché lo que ocurría y le seguí. Anoche ya tarde lo envié a su tumba. Luchamos; estuvo a punto de vencerme, pero lo lancé desde a bordo... Nadie nos vió. Yo voy a seguir mi camino hasta Astrakhan, por el río. Haz lo mismo. Allí nos reuniremos y desde el mar Caspio marcharemos a Inglaterra... ¡Ni una palabra!... Kazán está ya libre del tirano... y nosotros también... Adiós... Hasta que nos reunamos... «Gospodi pomilui» (¡Qué Dios nos ayude!)

Irene apenas pudo contener un grito. Quien la había hablado así era Feodor.

Había seguido al Comisario, a quien reconoció a pesar de su disfraz, y después de sostener una cruel lucha entre las sombras de la noche lo arrojó a las aguas del Volga, vengando así la muerte de miles de inocentes víctimas, al mismo tiempo que libertaba a la joven de quien estaba enamorado.

Irene pudo evadirse, y dejando a la vieja Marya, prosiguió su viaje a bordo del Liski.

Y mientras ignoraban los habitantes de aquellas regiones la suerte corrida por el Comisario de Kazán, la pareja de enamorados consiguió escapar de Astrakhan en uno de los buques que iban a Bakú, donde el Cónsul británico les proporcionó los medios para marchar a Inglaterra.

Feodor Grozdoff, logró una buena colocación en un establecimiento bancario y un mes después se casaba con Irene en la iglesia de Dereham, en Norfolk.

Actualmente ocupan un lindo departamento frente al Támesis, en Richmond, pero Irene no olvidará jamás el momento en que Feodor murmuró a su oído la forma en que había dado muerte al tirano de Kazán, durante una noche obscura, cerca de «La Colina de los Vientos».

WILLIAM LE QUEUX

Página Infantil

Esteban y Aida Centenaro

Nélida Amat Brossard

Elsa Myrta Rivero Cloria

"VARIETÉS" · EN · LA · ALDEA

En el espacio que dejan los muros exteriores de una casa en ruinas que carece de techo, se ha improvisado el teatro con tablas y troncos sin desbastar, que se ajustan y arman a serrucho y martillo, con clavos enormes, como buscando la mayor incomodidad del espectador. Ni por casualidad puede encontrarse un solo asiento soportable en aquella *sala* que tiene mucho de gallinero.

En uno de los lados el escenario, en perfecta armonía con lo demás. Los camarines de los artistas no se ven, y es mejor que así sea: los cubre discreta cortina de arpillera, bolsas cosidas que no ocultan su origen humilde porque allí están bien, no desentonan.

Y así es todo; sala, público y artistas. Difícilmente puede hallarse nada más completo, más redondo, más armónico.

No hay que sonreír. ¡Ya quisieran los refinados, los exquisitos abonados a los grandes espectáculos acercarse siquiera al goce inmenso, sano, primitivo y bárbaro de aquella gente fuerte y sencilla que se entrega por entero, sin reservas, y estalla su alegría en formidable aplauso que alcanza la sonoridad del barreno al quebrar la montaña!

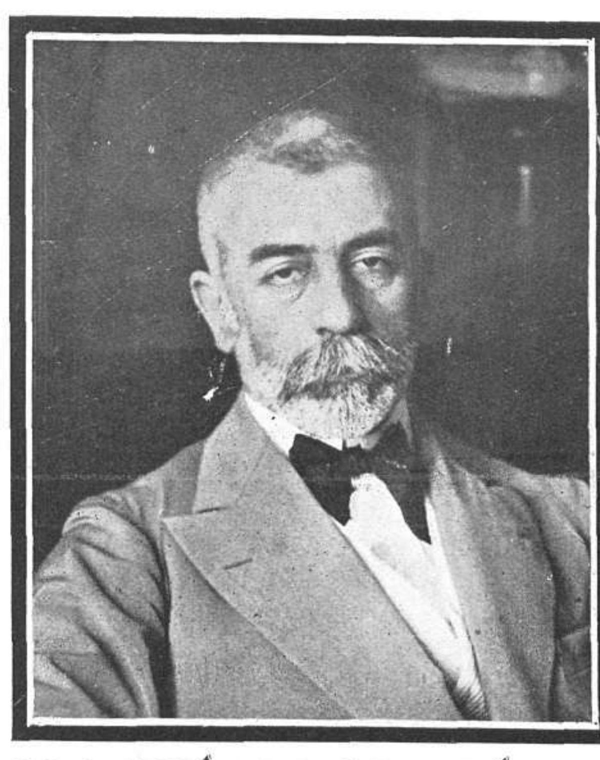
Se goza todo el espectáculo y más, porque se le extrae el jugo antes y después. No se encontrará una diversión más duradera por menos dinero. No; allí no se engaña a nadie; el pequeño sacrificio de los céntimos gastados se compensa con exceso. Todo está bien, todo es bueno, todo es grato; se llega al goce integral, a la dicha máxima; por eso no hay crítica, se ignora lo que es eso.

Está bien así; el local sin techo es el más indicado; la alegría afluye abundante, lo llena todo, desborda y llega a la calle contagiando a los menos felices, que al sentir la risa de los otros, ríen por contagio, sin saber porqué, tan solamente porque ríen los dichosos, los que están dentro.

M. M.









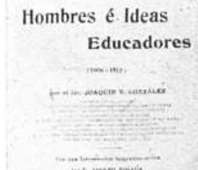




JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Era uno de los pocos ejemplos que nos quedan del estadista hombre de letras. La gloriosa tradición, que guarda los nombres de Mitre, Sarmiento, Avellaneda y otros, se va, por desgracia, perdiendo. Su labor como estadista fué, pues, la de un creyente en las ideas y en el saber, y por eso perdurará en nuestros anales, de los cuales el inflexible tiempo borrará tantas otras, más bulliciosas en su día. Y como estadista y como hombre de letras, el doctor González fué uno de los argentinos más representativos del verdadero espíritu nacional, aquel cuyos orígenes deben buscarse aun antes de la formación de la nacionalidad independiente, que no lo destruyó, sino que lo transformó, adaptándolo a las modalidades de su nueva vida. Para el autor de «Mis Montañas», la patria no era una abstracción ideológica que exige sacrificios solo en fuerza de la tradición: era una realidad, que si limitada en el espacio, está destinada a prolongarse indefinidamente en el tiempo, para lo cual, si la obra material es conveniente, la obra espiritual es indispensable. En ambos campos se dejó sentir, animadora y fecunda, su intensa labor; pero la herencia espiritual que deja a su pueblo es, sin duda, la más valiosa, con no haber sido vana ni pequeña la otra, y por ella su nombre brillará eternamente al lado de los más ilustres nombres argentinos.









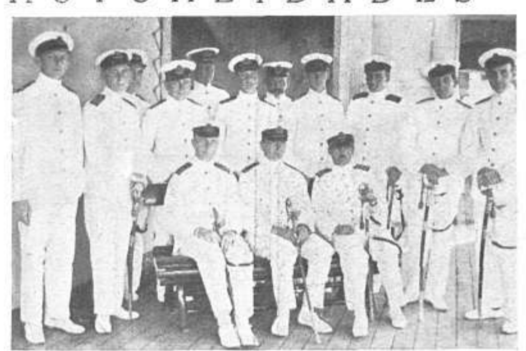








Reproducimos aquí las portadas de las obras más conocidas del celebrado escritor como el mejor y más ...



LLEGADA DEL CRUCERO DANES "NIELS JUEL". — Jefes y oficiales de la embarcación de guerra que han sido agasajos por nuestras primeras autoridades marítimas y civiles con motivo de su cortés visita a este país.



CERCLE DE L'EPEE. — El presidente, doctor Delcasse, la señora Melina Guardavascio de Vita, notable esgrimista italiana, y conocidos deportistas después de la entrega de los premios a los vencedores del torneo en homenaje al Doctor Alvear.



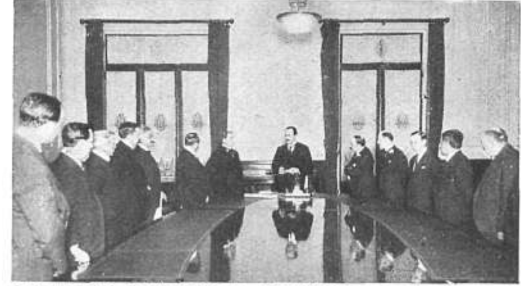
EN HONOR DEL MINISTRO DE ITALIA. — Los miembros del Gobierno, el Intendente Municipal, el Jefe de Policía, el Presidente del Consejo Nacional de Educación, el Administrador de la Aduana, el Presidente del Jockey Club y otras destacadas personalidades que asistieron al banquete ofrecido por el doctor Angel Gallardo en honor del Conde Colli di Felizzano, despidiéndolo con motivo de su regreso a la patria y poniendo de relieve, con tal demostración, las grandes simpatías que el ilustre diplomático ha sabido despertar durante su permanencia en Buenos Aires.



DEMOSTRACION A TITO LIVIO FOPPA. — Aspecto del banquete con que fué obsequiado el brillante y activo periodista en ocasión de su próximo viaje a Italia en una de cuyas ciudades desempeñará las funciones de cónsul argentino y desde donde enviará correspondencias a "Caras y Caretas".



Retrato del obsequiado, obra del pintor Antonio Alice.



DISTINCION A UN MEDICO ARGENTINO. — El cónsul de la República de Austria, el rector de la Universidad de Buenos Aires, otros destacados profesionales y el doctor Carlos Heuser a quien [illegible] una condecoración de 1.ª clase en nombre de su



BANQUETE OFRECIDO AL PERIODISMO METROPOLITANO. — El señor Antonio Manzanera, representante del "A B C" y del "Blanco y Negro", de Madrid, al lado del ministro consejero de la Embajada española, señor Danvila, ocupando la cabecera del

CUATRO APUESTOS CORNETAS DEL ADMIRABLE CUERPO DE CARABINEROS ITALIANOS, MONTADOS, CUYO REGIMIENTO FORMÓ PARTE DE LA ESCOLTA DE LOS SOBERANOS ESPAÑOLES DURANTE SU ESTADA EN ROMA.

LA · HISTORICA VISITA · DE · LOS REYES de ESPAÑA A · ITALIA



EL REY DE ESPAÑA Y EL DE ITALIA CON LOS GENERALES PRIMO DE RIVERA Y CITTADINI DIRIGIÉNDOSE AL QUIRINAL.



LAS GENTILES MAJESTADES DOÑA VICTORIA Y DOÑA ELENA PARTIENDO EN CARROZA DE LA ESTACIÓN DE ROMA.

LA NOTA GRÁFICA MÁS COMPLETA E INTERESANTE DE LA ESTANCIA EN ROMA DE LOS MONARCAS ESPAÑOLES, ENVIADA POR NUESTRO CORRESPONSAL EL SEÑOR SÍMBOLI, CUYAS FOTOGRAFÍAS FUERON TOMADAS EXCLUSIVAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS».



LOS REYES VÍCTOR MANUEL III Y ALFONSO XIII INSPECCIONANDO LOS MONUMENTOS HISTÓRICOS DE LA CIUDAD ETERNA.

El abrazo racial, tanto más apretado y cordial cuanto más diferido, que se han dado, en nombre de sus respectivas naciones, los monarcas de España e Italia, ha tenido una profunda repercusión en todo el mundo, particularmente en la América latina.



ALFONSO XIII ACOMPAÑADO DE ALTOS PERSONAJES VISITANDO EL CÉLEBRE MUSEO DE LAS TERMAS DE DIOCLECIANO

LOS AUGUSTOS VISITANTES SEGUIDOS DE UN BRILLANTE SÉQUITO FORMADO POR ELEVADAS AUTORIDADES DEL VATICANO, EN LA GALERÍA DE RAFAEL POCO ANTES DE SER RECIBIDOS CON GRAN CEREMONIAL POR S. S. EL PAPA PIO XI.



EL REY ALFONSO SALUDA A LA MULTITUD QUE LO OVACIONA DELIRANTEMENTE.



FRENTE AL VATICANO DESCIENDEN DEL AUTOMÓVIL LOS REYES DE ESPAÑA.

DESDE EL BALCÓN PRINCIPAL DEL QUIRINAL LAS FAMILIAS REALES PRESENCIAN EL DESFILE DE LA INMENSA MUCHEDUMBRE.



LA REINA DE ESPAÑA CONTEMPLANDO DESDE SU ESTRADO LA CONMOVEDORA E IMPONENTE CEREMONIA EN LA GRAN SALA DEL VATICANO.



SOLEMNE INSTANTE EN QUE, ANTE EL SUMO PONTÍFICE, EL REY DE ESPAÑA PRONUNCIA SU BELLO Y TRANSCENDENTAL DISCURSO.

TOCADA CON LA CLÁSICA MANTILLA DE ENCAJES, LA HERMOSA REINA DE ESPAÑA SALE DE SAN PEDRO EN COMPAÑÍA DE DOS PRELADOS LUEGO DE VISITAR PRIVADAMENTE AL SANTO PADRE.



EL MAGNÍFICO CUERPO DE CORACEROS DEL REY VÍCTOR MANUEL III SE DIRIGE AL QUIRINAL.



LA GLORIOSA BANDERA DEL 13.º REGIMIENTO DE ARTILLERÍA CUSTODIADA POR OFICIALES.



UN ASPECTO PARCIAL DEL ENORME PÚBLICO CONGREGADO FRENTE AL QUIRINAL EN ESPERA DE LOS REGIOS HUÉSPEDES.

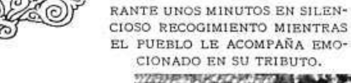


REPRESENTANTES DE LA MARINA MARCHANDO CON SU BANDERA AL FRENTE POR LAS CALLES HACIA EL QUIRINAL PARA PRESENTAR SUS SALUDOS A LOS REYES.



EMOCIONANTE SIMULACRO DE ATAQUE DE LA INFANTERÍA COMBINADA CON TANQUES CONTRA UNA TRINCHERA, REALIZADO EN PRESENCIA DE LOS MONARCAS.

AL PIE DEL MONUMENTO DEL SOLDADO DESCONOCIDO, EL REY ALFONSO DEPOSITA UNA CORON DE FLORES Y PERMANECE DURANTE UNOS MINUTOS EN SILENCIOSO RECOGIMIENTO MIENTRAS EL PUEBLO LE ACOMPAÑA EMOCIONADO EN SU TRIBUTO.





LOS SOBERANOS AL DESCENDER EN LA PLAZA DE VENECIA DONDE SE HALLA EL MONUMENTO.



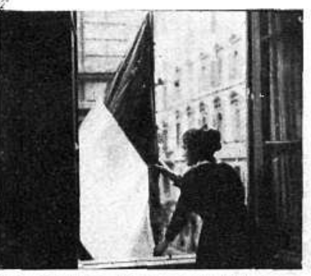


VÍCTOR MANUEL Y ALFONSO Y EL PRÍNCIPE HEREDERO LLEGANDO AL ALTAR DE LA PATRIA.



LAS BANDERAS ESPAÑOLA E ITALIANA COLOCADAS EN EL «CAPOT» DE LOS AUTOMÓVILES EN QUE HICIERON SU JIRA LOS SOBERANOS ESPAÑOLES.

LOS ESTUDIANTES ESPAÑOLES, VISTIENDO EL CARACTERÍSTICO TRAJE, Y SUS COMPAÑEROS ITALIANOS ORANDO ANTE LA TUMBA DEL SOLDADO DESCONOCIDO.



EL HOMENAJE POPULAR. UNA DAMA COLOCANDO LA BANDERA ITALIANA EN EL BALCÓN DE SU CASA EL DÍA EN QUE LOS REYES DE ESPAÑA LLEGARON A ROMA



PALAZZO DEL QUIRINALE

Roma 23. XI. 23

Para Caras y Caretas

Buenos Aires

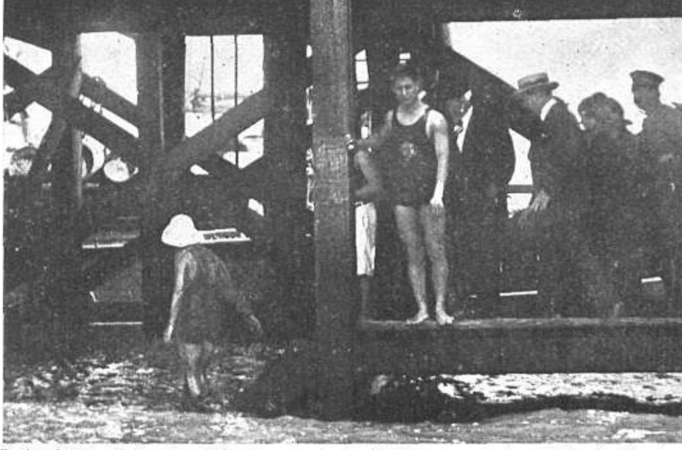
Repª Argentina

Ni por un momento ha olvidado nuestro Rey y su jefe de gobierno durante la estancia en Roma, que si la España geográfica son 22 millones de habitantes, la racial, la espiritual, son más de 100 que pueblan las tierras hispano-americanas en las que ha repercutido el eco de amistad que entre italianos y españoles ha sonado en la gloriosa ciudad. Que tal amistad sea beneficiosa para los latinos y para la paz y ventura de la humanidad.

M. J. Primo de Rivera
Mqs de Estella

VALIOSO AUTÓGRAFO DEL PRESIDENTE DEL DIRECTORIO ESPAÑOL PARA «CARAS Y CARETAS», REMITIDO POR INTERMEDIO DE NUESTRO CORRESPONSAL, COMM. RAFAEL SIMBOLI.

LILIAN G. HARRISON CRUZA A NADO EL RIO DE LA PLATA



La intrépida y sin igual nadadora — con sombrerito blanco — en el malecón de la estación Colonia, caminando por entre el agua para arrojarse a nadar en sitio de mayor profundidad ante las entusiastas manifestaciones del público que se congregó para presenciar su partida.



La resistente y admirable deportista en el vapor que la condujo a esta ciudad desde Punta Lara, punto de su felicísima arribada.



La señorita Harrison acompañada de algunos aficionados. El "raid" logrado por la insuperable nadadora fué de 42 ½ kilómetros y su permanencia en el agua de 24 horas, 19 minutos y 30 segundos.



Acercando su boca al biberón cuyo líquido ha de confortarla en la extraordinaria prueba, de la que salió vencedora.

EL SORTEO DEL MILLON



Eduardo Graciano, el pibe que cantó el 30.628.

Rafael del Camparo, el compañero que exclamó: ¡Un millón!



El salón del sorteo de la Lotería Nacional donde se celebró, ante enorme y esperanzada concurrencia, la siempre sensacional extracción. El pizarrón, con guarismos grandes y claros, muestra, a las ansiosas miradas de todos, los números premiados, destacándose, en primera línea, la famosa "grande" con la que tantos hemos soñado durante algunos días, proyectando castillos en el aire.


1923-1924
FREIXAS & C.IA
Buenas
Fiestas!
REFINERIA DE ACEITES
BAU
PURO DE OLIVA



La Olivarera del Mediterráneo - Génova - Barcelona - Niza y Buenos Aires.



F COMESTIBLE

EL ACEITE COMPLETO DE JUGO DE OLIVA

F Un aceite mediterráneo que hacía falta en el mercado.

F Aceite natural de oliva, exento de sangrías y de inyecciones.

F Optimo. — Calidad óptima. Clasificación superlativa.

F L'olio mediterraneo che mancava al mercato.

F L'olio naturale d'oliva esente di qualsiasi salasso o iniezioni.

F Ottimo. — Qualita ottima. Classificazione Superiore.

F L'huile mediterranée qui manque au marché.

F L'huile d'olive naturel, pas saignée ne injecté.

F Optime. qualite optime. Clasification supérieure.

Receptores: La Olivarera del Mediterráneo. - Bs. Aires.

LOS LIBROS

LOS FUERTES

POR J. COBOS DARACT

Es ésta una novela histórica y de la época de Rosas. Está fuera de duda que la época de Rosas es singularmente tentadora para los aficionados a escribir novelas históricas, afición que va desarrollándose en proporciones susceptibles ya de hacer temer por el porvenir del género, que no es tan fácil como muchos se imaginan; pero ocurre que esa misma circunstancia debería servir de advertencia a quienes quieren colocar en esa época sus invenciones novelescas, pues el lector, cuando se resuelve a leer una novela histórica de la época de Rosas, recuerda en el acto la «Amalia» de Mármol, y espera que el libro que va a leer le sea superior, o por lo menos igual. Por desgracia, hasta ahora sigue siendo «Amalia», que tiene más méritos que los que le reconoce desdeñosamente cierta crítica demasiado exigente con lo viejo, la mejor novela histórica del tiempo de Rosas. Esto establecido, cabe reconocer en «Los Fuertes» un intento feliz (no el primero) del autor, al cual podría reprochársele cierta lentitud en el desarrollo de la acción y cierto romanticismo algo distante de los gustos actuales, aun en punto de romanticismo. Además, la novela del señor Cobos Daract resulta un poco débil como resurrección del ambiente de la época de Rosas. Hay en ella unos cuantos personajes históricos, entre ellos Rosas mismo, pintado, por cierto, al modo de cierta escuela histórica novísima que persigue lo que podría llamarse su vindicación. Más que la de la pura verdad histórica hay, decíamos, en la novela del señor Cobos Daract algunos personajes históricos y hasta relaciones bastante bien logradas de hechos, como el combate de Obligado; pero con eso y todo le falta no poco para dar al lector no enteramente sugestionable la impresión completa de ambiente, a que debe aspirar toda novela histórica. Con todo, «Los Fuertes» interesa desde el primer momento, y la espléndida figura de Nelly, heroína ibseniana, se gana todas las simpatías.

DE STENDHAL A GOURMONT

POR RICARDO SÁENZ HAYES.

El autor ha recogido en este volumen una quincena de artículos que publicó en «La Prensa», como resultado literario de un reciente viaje por Europa. Todos esos artículos son interesantes, aun para quienes estén bien enterados de los asuntos que en ellos se trata, porque el señor Sáenz Hayes no se ha limitado a meras recopilaciones de noticias y de referencias, procedimiento muy socorrido de que suelen echar mano ciertos cronistas no bastante escrupulosos. El señor Sáenz Hayes tiene temperamento crítico, ha leído los autores de que escribe, y escribe con distinción, en estilo claro y preciso. La literatura francesa fué siempre y sigue siendo la más difundida entre nosotros, de suerte que este libro ofrece ese doble interés a un público siempre deseoso de completar o ampliar sus conocimientos respecto de escritores que ama o admira, como son todos aquellos de quienes se trata en este valioso libro.

LOS HUMILDES

POR ALBERTO PRANDO

Quienes cultivan el género a que se ha dedicado el autor de este bello libro, están siempre expuestos a huir del Scilla de la vulgar ingenuidad para caer en el Caribdis de la trascendencia artificiosa. El señor Prando salva maravillosamente ambos escollos y escribe cuentos, que quizás merecerían mejor el nombre de apólogos, que son verdaderas obras de arte, así por el asunto como por el estilo. No son cuentos para niños; son cuentos para hombres, y para hombres que sienten y piensan elevadamente. No son cuentos morales; porque si lo fuesen serían aburridos y no lo son; pero de ellos emanan motivos de reflexión honda y provechosa. En cualquier página que se abra el libro del señor Prando, cualquiera que sea el cuento que se lea, la impresión es siempre la misma, y, sin embargo, parece que no fuera la misma, tal es el delicado ingenio del autor de la invención de sus fábulas. Y como el título del libro ya lo indica, el señor Prando ha buscado en la vida sencilla y llana, a veces, de resignado dolor de los humildes, sus fuentes de inspiración; pero sin aquella amargura rebelde que escritores de otro temperamento ponen en las obras en que los humildes son los héroes. Con un solo libro — entendemos que éste es el primero que publica, — el señor Prando se ha ganado un puesto señalado en nuestro mundo literario.

LA TIERRA NATAL

POR JULIO ARAMBURU

Al finalizar las «Primeras Palabras» de su libro, el autor nos previene: «Voy a tocar a rebato la tradición dormida de las razas muertas, voy a revivir las añejas remembranzas de mi tierra natal. Traigo para ello la fidelidad de la naturaleza y la verdad, y con esa convicción profunda que es mi fuerza, los relatos que comienzan tendrán en la aspereza elemental de las ideas, toda la resonancia salvaje de una tormenta de revelación en plena selva». Algo atormentada puede parecer la expresión de la ideología contenida en esas líneas; pero — como lo saben los lectores de esta Revista, en la cual ha colaborado el señor Aramburu — es uno de nuestros escritores regionales más meritorios precisamente porque en sus escritos lucen cualidades de estilo por todo extremo recomendables. Jujeño, el autor de este libro nos ofrece en sus páginas material más que suficiente para que podamos apreciar justamente todo el caudal de tradición heroica y de tradición folklórica «que ha creado el carácter social y personal» de las gentes de su simpática y hermosa tierra.

LA PERDIDA

POR EDMUNDO MONTAGNE

Tiene esta novela cierto carácter histórico también, ya que en algunos capítulos de ella se relatan sucesos que la historia ha guardado, y con sobrado motivo, en sus anales; pero esos relatos no son sino al modo de pinceladas vigorosas echadas en el lienzo para hacer aparecer a las figuras respirando una atmósfera de verdad. Y en la pintura de las figuras, el autor pone sus mejores condiciones de novelista. Sus procedimientos hacen recordar un poco los de Pío Baroja, a lo menos en algunas de sus novelas de antes, y con ello dicho queda lo que valen. Puede parecer confuso el desarrollo de la novela del señor Montagne; pero esa confusión no es, en realidad, sino la confusión, o, para emplear un término de esos que se llaman gráficos, el entrevero mismo de la vida de las gentes que el señor Montagne nos presenta en su novela, cuyos personajes están todos, aun los más episódicos, vigorosamente trazados. El autor de esta interesante novela no teme mirar la vida de frente y más que del arte del estilo se preocupa de trasuntar fielmente la realidad física y psicológica de sus personajes; pero no se crea por ello que su estilo carece de las condiciones requeridas para obras de esta índole. Escrita en otro estilo, es probable que «La Perdida» no fuese la novela tan fuertemente impresionante que es.



NOTA COMICA DEL GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

— Voy a marcharme de la casa antes de tener un disgusto con el patrón.

— ¿Qué te hace el patrón?

— Nada; es un hombre que me *carga demasiado.*



Concurrentes a la fiesta campestre organizada por el Centro "Ex Alumnos del Colegio San Luis Gonzaga, celebrando el aniversario de la fundación de dicha entidad.

SI EL "GULF STREAM" CAMBIASE DE RUTA

Sabido es que el «Gulf Stream», ese gran río de agua caliente que parte del golfo de Méjico, donde, como en un gigantesco caldero, se acumula el calor del sol, y halla un alimento en una de las corrientes ecuatoriales del Atlántico, es un río inmenso, de sesenta a ochenta kilómetros de ancho, cuya profundidad llega hasta 300 metros.

Por término medio, la temperatura de sus olas es de 25 grados en invierno y 28 grados en verano, en toda la longitud de su recorrido. Sus aguas son de transparencia perfecta y de un azul que se distingue perfectamente del verde glauco del resto del Océano.

El «Gulf Stream» forma un haz de ramales cálidos, que bañan las costas de Irlanda, de Inglaterra, de Escocia, de Noruega, de Suecia y sube hasta la isla de Spitzberg.

Su influencia es enorme en el clima de Europa. A dicha corriente se deben la mayoría de los temporales que terminan en Europa Occidental, y también el raro contraste de que en Nueva York, Boston y Filadelfia haga más frío que en Londres y en París, por más que dichas ciudades americanas no estén tan alejadas del Ecuador.

De modo que si la maravillosa corriente dejase de bañar las costas europeas, una soledad glacial cubriría la península escandinava, que se halla a la misma latitud que Groenlandia. Las islas británicas serían inhabitables; durante más de seis meses serían cubiertas por un manto de hielo, como el Labrador y el norte del Canadá.

Por lo tanto, habría cambios profundísimos en la vida de los pueblos y en la economía general del mundo.

DÖRFEL

USAR EN LA TOILETTE

diaria el acreditado

POLVO GRASEOSO



significa para la mujer el triunfo físico de su personalidad, porque el rostro donde se admire un cutis níveo, sedoso y delicado, lo cual se consigue con aquel excelente producto, ostentará siempre el más valioso encanto de la belleza facial femenina.

MENDEL y Cía.

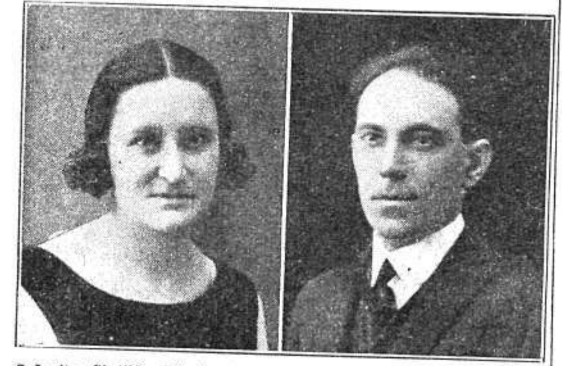
En Buenos Aires:
Calle Guardia Vieja, 4439

En Montevideo:
Calle Cerrito, 673

Enlaces



Señorita Carmen Victoria Luchessi con el señor Francisco Durante. — Capital.



Señorita Clotilde Biesterfeldt con el señor Arnoldo Moglione Rebay. — Capital.



Señorita Emma S. Lavagno con el señor Tito Mª Rapallo. — Capital.



Señorita María Luisa Fasce con el señor Alfredo Goday. — Lanús.

Mártires



Lapointe y Ropiteau se encuentran siempre en la sala de curas. Ropiteau llega en su camilla y Lapointe por su pie, con soltura, sosteniendo su codo, que marcha «más bien que mal».

Luego que le han dejado en la mesa y levantado la cura de su muslo, Ropiteau aguarda que se ocupen de él, mirando una mosca de invierno que camina por el techo, como una viejecilla abrumada de pesares.

En cuanto están al aire las heridas de Ropiteau, Lapointe, que es ducho en la materia, inicia la conversación.

— ¿Qué es lo que te ponen ahí?

— *Pos* ya ves, nada: alcohol amarillo.

— ¡Ese es el más fuerte! Escuece, pero fortifica la carne muy bien. A mí siguen dándome éter.

— ¿Apesta el éter?

— ¡*Pos* claro que apesta; pero se hace uno! Y luego, que calienta la sangre. ¿Ya no *ties* tubos, tú?

— El martes me quitaron el último.

— Yo tampoco tengo ya tubos. A ver, tú, deja ver. ¿Pica eso?

— ¡Si pica!... Como si tuvieras ratas que te mordieran.

— Si tienes como ratas, es que va al pelo. También yo tengo como ratas. ¿No te dan ganas de rascarte?

— Sí, pero m'han dicho que es *mu* malo.

— ¡Y tan malo!... Pero lo que sí puedes es dar golpecitos muy chicos con el dedo en la cura. Eso t'alivia.

Lapointe se inclina y contempla las grandes heridas de Ropiteau.

— ¡Oye, tú: eso va bueno! Pero que muy bueno. Lo mío también, no te creas. Ahora verás. Está muy colorao; el pellejo está saliendo muy bien. Pero, chico, es más delgao..., más delgao...

Lapointe se sienta para que le quiten la cura; luego da media vuelta hacia Ropiteau.

— ¿Lo ves? Va al pelo.

Ropiteau admira sin reservas:

— ¡Y tanto! No hay una herida mejor.

— ¡Y si vieras la de porquería que ha salido de aquí!...

En este momento, las pinzas, que van y vienen, tapan las heridas con gasas, y se acabó.

— ¡Hasta más ver! — dice Lapointe a su codo, echándose una última mirada. Y añade, mientras sale de la estancia:

— Si no fuera por los cochinos dedos, que no quieren moverse... Pero, ¿a mí qué me se da? Lo tengo todo pensado: seré cartero.

□ □ □

Bouchentou no era muy comunicativo. Nada sabíamos de su procedencia. De sus proyectos teníamos más datos desde un día en que presentó a la firma del médico jefe un papel solicitando autorización para abrir un café moro en Medea tan pronto como acabara de curarse... Autorización que el médico jefe no creyó poder darle.

Bouchentou había sufrido largo tormento para conservar un brazo, que había perdido parte del hueso, y del que, a pesar de ello, se esperaba que sirviese para algo. Gritaba como los demás, y su grito era: «¡Mohabdi! ¡Mohabdi!» Cuando veía las pinzas, decía: «No toques con eso», y el resto del tiempo permanecía mudo, con un silencio a medias digno, a medias perezoso. Durante el día vagaba por las salas, sosteniendo con su mano sana el vendado brazo fantasma. Por la noche aprendía a jugar a las damas, porque es un juego grave, callado y que exige reflexión.



Cierto día que Bouchentou, sentado en una silla, aguardaba su turno de cura, el pobre sargento Figuet comenzó a gemir, con voz que no era ya sino sombra de voz, así como su cuerpo ya no era sino sombra de cuerpo.

En aquel momento, Figuet se arrastraba por la rampa de un calvario, en el que muy pronto había de caer de nuevo para no levantarse nunca más.

Era el naufragio de un valor y una resistencia inverosímiles en una desesperación que nada podía ya dulcificar.

Cuando Figuet comenzó a quejarse, todos, en la sala, aparentaron aplicarse en sus quehaceres y no oírle; porque cuando un hombre de su temple gemía, era como si todo fuese a aniquilarse en un momento.

Bouchentou volvió la cabeza, vió al sargento, asió cuidadosamente con la mano derecha su brazo molusco y echó a andar. Pasito a paso llegóse a la mesa donde el hombre sufría.

Con su corpachón cheposo contraído por la atención, alargaba el cuello, miraba las heridas, el pus, las vendas manchadas, el afilado rostro escualidísimo; y su cara de madera tostada expresaba laboriosamente toda clase de sentimientos.

Bouchentou hizo entonces una cosa bien sencilla: abandonando su brazo inerte, tendió a Figuet la mano diestra, asió las transparentes falanges del moribundo y las estrechó.

El sargento dejó de quejarse. Mientras duró el silencioso gesto, dejó de quejarse y acaso de sufrir. Bouchentou mantuvo allí su mano diestra tan largo rato como fué menester.

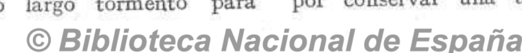
Yo lo vi, Bouchentou, hermano mío. No lo olvidaré. Yo vi igualmente cómo colgaba, cómo pesaba, guiñapo sin vida, tu doliente brazo izquierdo, que tuviste que desamparar para tener una mano con que estrechar la de un camarada agonizante.

□ □ □

Tener más de cuarenta años, ser un respetable comerciante acreditado en todo el barrio, estar al frente de una próspera tienda de comestibles y recibir dos cascos de granada — uno en la nalga izquierda y otro en la espalda — es una gran desgracia; y, sin embargo, es lo que le sucedió a M. Levy, soldado de infantería territorial.

Nunca tuteé a M. Levy, por su edad y su aspecto respetable; quizá también por conservar una auto-







ridad, de la que necesitaba especial y grandemente.

M. Levy no siempre era «buen enfermo». Comenzó ya desde el primer momento por suplicarme que no le tocara por nada del mundo. No le hice caso, y procedí según era menester. Claro es que, entretanto, M. Levy roncaba. Pero luego despertó, lanzó unos cuantos formidables gritos y me estigmatizó con el nombre de «verdugo». ¡Bueno va!

Entonces le enseñé los gordos pedazos de hierro que habían salido, respectivamente, de su nalga y de su espalda. Inmediatamente, los ojos de M. Levy se llenaron de lágrimas, pronunció conmovido unas palabras dirigidas a su familia, y, por último, me estrechó las manos con fuerza, diciendo:

— ¡Gracias, gracias, querido doctor!

Más tarde, M. Levy sufrió ciertamente. Las mechas, ¡ah las mechas! Y luego los abominables tubos de caucho que se hunden en las heridas... M. Levy, de rodillas prosternado, con la cabeza metida en la almohada, sufrió cotidianamente y durante varios días, sin estoicismo, sin resignación. Me oí llamar «asesino», y de nuevo, varias veces, «verdugo». ¡Bueno va!

Pero, como quería que M. Levy curase, le renovaba las mechas y le examinaba cuidadosamente los famosos tubos de caucho.

Así, cada día, acababa por recibir calurosos apretones de manos y por escuchar cómo M. Levy decía: «¡Gracias, gracias, querido doctor!»

Por último cesaron los sufrimientos de M. Levy, y entonces hubo de atenerse a melindrosas quejas de amante consentida o de niña a quien se reprende. Pero ya nadie le hacía caso. Se convirtió en la alegría de la sala. Sabía reír tan bien en cuanto acababa la cura; era tan naturalmente alegre, tan regocijado, que yo no sabía qué cara poner cuando, refiriéndose a lo pasado, me decía con su mirar, en el que había hombría de bien, fanfarronería, candor y mucha, muchísima malicia:

— ¡He sufrido tanto, tanto!

□ □ □

Ese no es el grave y apuesto moro escapado de un cuento de *Las mil y una noches;* es una especie de pequeño monstruo de frente huída, de pelos revueltos y desagradables.

En la mesa donde está echado grita sin cesar; le duele el vientre, y tiene una cadera completamente tumefacta. ¿Qué decirle? No oye nada ni comprende nada; todo le es extraño en su terror lamentable.

No sabiendo qué hacer, saco un cigarrillo y se lo pongo en la boca. En el acto cambia su expresión. Coge delicadamente el cigarrillo con los dedos huesudos; es extraordinaria de elegancia aristocrática su manera de tenerlo.

Mientras se acaba la cura, el pobre hombre fuma gravemente, lentamente, con distinción de príncipe oriental; luego arroja el cigarrillo con gesto displicente antes de llegar a la mitad.

Súbitamente vuelve a ser animal; escupe a mi delantal y me besa la mano como un perro, repitiendo algo que se parece a «¡Buiá! ¡Buiá!»

□ □ □

Gautreau parecía una bestia de carga. Era pesado, macizo, de miembros poderosos y majestuosa facha. Lo que él podía llevar a la espalda hubiera aplastado a un hombre ordinario; tenía espesos





huesos; tan recios, que el casco de granada que tropezó con su cráneo sólo abrió una hendidura, y allí quedó, sin ir más lejos. Gautreau llegó solo a la ambulancia, a pie; sentóse en una silla, en un rincón, y dijo:

— No hay prisa; apenas es más que un arañazo.

Se le dió una taza de te con ron. Y se puso a tararear:

«Corriendo por los rastrojos, me he hecho un arañazo; corriendo por los rastrojos tras nuestro cerdo.»

— Eres un hombre, todo un hombre — le dijo el doctor Boussin. — Ven acá, que veamos eso.

Gautreau entró en la sala de operaciones, diciendo:

— ¡Saliendo del barro, choca andar en seco! Mírelo usted; apenas si es más que un arañazo. Por más que, a lo mejor, se encona....

Boussin sondeó la herida y notó el hueso hendido. Era un viejo cirujano que tenía sus ideas sobre el dolor y el valor. Y dijo:

— Yo tengo prisa y tú eres un hombre. Tengo que hacerte una cosilla. Ponte ahí de rodillas y estate muy quieto.

Pocos minutos después, Gautreau estaba arrodillado y agarrado a la pata de la mesa. Tenía la cabeza llena de trapos ensangrentados; Boussin, con un escoplo en la mano, le daba en el cráneo pequeños golpes con un martillo, como un escultor.

— Señor Bassin (1), señor Bassin, que me hace daño.

□ □ □

— No es Bassin; es Boussin — contestaba muy calmoso el viejo médico.

— Sí que será Boussin...

Había un silencio, y Gautreau añadió de pronto:

— Señor Bassin, es que mata esa historia que anda usted haciendo.

— ¡No hay cuidado! ¡No hay cuidado!

— ¡Señor Bassin, le digo que mata eso!

— ¡Un momento aún! ¡Un segundo!

— Señor Bassin, que me está clavando clavos en la cabeza, y eso no está bien...

— Ya se acaba, ya casi está.

— ¡Señor Bassin, no aguanto más!

— Ni hace falta; ya está — dijo el cirujano dejando los instrumentos.

Cuando Gautreau tuvo la cabeza empaquetada con algodón, salió de la sala.

— No es que sea malo el viejo — dijo riendo; — pero darle a uno así con un martillo... No es que haga daño... porque, como hacer, hace poco daño. Pero eso mata; si lo sabré yo... Eso mata, y a mí que no me vengan con historias de ésas.

□ □ □

En todo el mundo no hay más que un hombre que sepa sostener la pierna de Hourticq; y es Monet.

Hourticq, que es del Mediodía, grita desesperadamente:

— ¡Ay mi pierna! ¡Ay mi pierna!

Y su mirada busca ansiosamente a alguien que no es su médico, sino Monet, su enfermero. Sea quien sea, el médico siempre hará esas cosas que hacen los médicos. Sólo Monet sabrá coger el talón, el pie luego, con las dos manos, levantar suavemente la pierna y mantenerla en alto todo el tiempo nece-



(1) Bassin. — Fuente, Barreño, palangana, etc.



sario. Creo que no faltan quienes juzgan risible todo esto. Pero son celosos que envidian el puesto de Monet, y quisieran mostrar que también ellos saben sostener la pierna de Hourticq como es debido. Pero no es mi misión fomentar las ambiciones. En cuanto me traen a Hourticq, llamo a Monet. Y si Monet está ocupado, le espero. Llega, coge la pierna, y Hourticq no vuelve a gritar. A veces pasa tiempo, mucho tiempo; Monet tiene la frente llena de gruesas gotas de sudor. Y, sin embargo, me consta que no cedería su sitio por nada del mundo.

Cuando Masy llegó a la ambulancia, Hourticq, que no es egoísta, le dijo en seguida a media voz:

— ¿Lo tuyo es también la pierna? Pues mira: pide que sea Monet el que te la tenga.

□ □ □

Si Bouchard no se aburriese, no lo pasaría demasiado mal, porque es muy sufrido y tiene buen carácter. Pero se aburre, se aburre, dulcemente, sin quejarse. Está demasiado mal para jugar o charlar. No sabe ya lo que es dormir; sólo sabe contemplar la pared y sus propios pensamientos que se pasean por el muro, lentamente, como orugas.

Por la mañana voy con una sonda; y después de la cura de Bouchard, le pongo la sonda, porque el pobre no puede satisfacer por sí mismo ciertas funciones.

Un hilillo de turbio líquido cae lentamente en la cubeta. Bouchard se ha puesto las manos cruzadas en la nuca, y mira con una especie de interés.

Mientras la operación se realiza, digo al paciente:

— ¿No te he hecho daño? ¿No te molesta demasiado?

Bouchard responde con melancólica sonrisa y moviendo la cabeza:

— ¡Ca! ¡Ni mucho menos! Si más bien me divierte lo que hace usted. Me distrae un ratillo. Son tan largos los días...

□ □ □

Pensamientos de Rufino Prosper.

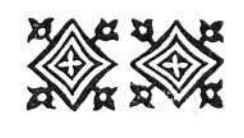
...¡Porra y media, y qué mal va uno en este carricoche! Pero, ¿qué? ¿Quién se queja de ese modo? ¡Es tremendo! Y luego es lo que yo digo: nada de esto habría sucedido, sólo con que la salsa hubiera llegado a tiempo. Por más que es igual: un maldito 77... ¡Ay, Dios! Pero, ¿quién se queja de ese modo? ¡Porra y media, otra sacudida! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Tú, que uno no es de corcho! ¡Tened cuidado, que tengo los riñones hechos polvo!

¡Otra! ¿Qué es esto que me gotea en la nariz? ¡Eh! ¡A ver ese de arriba! ¡Eh, tú, que hay gente debajo! ¿Te estás haciendo tus necesidades, o qué? ¡No contestes, no! ¿Pa qué? Bueno, y a lo mejor esta porquería es sangre.

¡Allá va ese que empieza a chillar otra vez como una fiera! Pero bueno, ¿será que soy yo quien se queja? ¡Vamos, hombre, si soy yo el que se está quejando! ¡Esta es buena; era yo el que armaba todo este jaleo, y yo sin enterarme! ¡Porra y media, qué raro hace oírse uno chillar así!...

¡Vamos, parece que se pára este maldito auto!

¡Otra! ¡El sol! ¿Qué árbol será ese? ¡Ah, sí, un barniz del Japón! ¡Para algo es uno jardinero, amigo! ¡Ay, po... rra! ¡Porra y media, ¡mis riñones! ¡Ay, mis riñones! ¿Qué dirá Felicia de todo esto?



¡Hombre! Ahí va Felicia camino del lavadero. Y hace como que no me ve... Voy a esconderme tras el seto de saúcos. ¡Felicia! ¡Felicia! Tengo un cacho de 77 en los riñones... A mí me gusta más con su justillo azul...

Pero, ¿qué es lo que me estáis metiendo por las narices, vosotros? ¡Huele que apesta! ¡Os digo que apesta! ¡Os digo que me ahogo! ¡Felicia! ¡Felicia! ¡Ponte el justillo azul con lunares blancos, Felicia rica!... ¡Ay, pero!... ¡Ay, pero!...

¿Qué? ¿Ya las campanas de Pentecostés? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ya las campanas de... las campanas de... las campanas de...

□ □ □

Le recuerdo muy bien, aunque no fué mucho tiempo de los nuestros. Es más: creo que no podré olvidarle nunca; y, sin embargo, fué tan breve su estancia entre nosotros...

En cuanto llegó le dijeron que había que operarle, y respondió con un movimiento de cabeza, como diciendo: «Eso es cosa vuestra y no mía».

Fué operado, y apenas recobró el conocimiento, marchó de nuevo, en un ensueño de los ojos, que era como un bello delirio, mudo y altivo.

Su respiración estaba tan empapada en sangre que semejaba un gemido; pero su mirar reflejaba extraña serenidad. Un mirar que nunca estuvo con nosotros.

Varias veces tuve que descubrir y curar sus heridas; y *aquellas heridas debían sufrir*... Sin embargo, hasta el fin pareció extraño a todo, aun a su propio sufrimiento.

□ □ □

— Entre usted por aquí y podrá verle.

Abro la puerta e introduzco al fornido artillero rubio en la sala donde su hermano acaba de morir.

Levanto la sábana y descubro el rostro del cadáver. Está aún tibia la carne.

El muchachote tiene aspecto de campesino. Sujeta el casco con las dos manos y contempla los rasgos fraternos con ojos de asombro y horror. Luego, súbitamente, empieza a gritar:

— ¡Pobre Andrés! ¡Pobre Andrés! Este grito de un hombre rudo es inesperado, y es grande como la voz de los antiguos trágicos al cantar el treno del héroe.

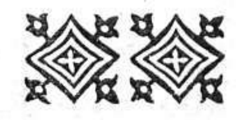
Luego deja caer el casco, se hinca de rodillas junto al lecho fúnebre, rodea con sus manos el rostro del muerto y lo besa dulcemente, largamente, con leve chasquido de los labios, como cuando se besa la manita de un bebé.

Le cojo por un brazo y me lo llevo. Su recio corpachón se estremece de sollozos que parecen relinchos; va ciego por las lágrimas y tropieza con todos los muebles. Sólo acierta a lamentarse con entrecortada voz:

— ¡Pobre Andrés! ¡Pobre Andrés!

GEORGES DUHAMEL







Concurrentes a la hermosa fiesta social organizada por la C. D. del Club Recreativo Moquegüense, celebrando el aniversario de su fundación.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

El Alimento Supremo



El QUAKER OATS es el más completo de los alimentos que produce la tierra, rico en los 16 elementos requeridos; dos veces más valioso que la carne y supera al arroz en más de tres veces en elementos que forman el organismo.

Para los niños nada puede substituirlo.

A los adultos les da sangre buena y rica, energía y gran vitalidad.

Su médico conoce el valor del QUAKER OATS como alimento para los inválidos, para crear fuerzas.

El QUAKER OATS es alimento de avena de la mejor calidad. Tómelo usted todos los días durante un mes. Observe cómo mejoran los que lo toman y el vigor y la vitalidad que proporciona a los viejos y a los jóvenes.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats



ALEGRIA PAR

GRANDES OFERT

LOS OBSEQUIOS MAS INDICADOS PARA

AÑO NUEVO y REYES

Una "CONCERTOLA" la máquina parlante super perfecta, que toca toda clase de discos CON Y SIN PUA, alegrará su hogar con las notas alegres de la música de su predilección.

N.º 451 bis. — Bonita **CONCERTOLA**, mueble en roble con persianitas delanteras. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.. $ **55.—**

N.º 341. — Rica **CONCERTOLA** para mesa, mueble en nogal de Italia o terminación caoba, tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.. $ **99.50**

N.º 4. — Hermosa **CONCERTOLA** para mesa, mueble en madera de roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.. $ **125.—**

N.º 4 bis. — Espléndida **CONCERTOLA** para mesa, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.. $ **150.—**

N.º 5. — Regia **CONCERTOLA** de salón, mueble fino en roble o terminación caoba, con armario guarda discos. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, a.. $ **250.—**

N.º 5 bis. — Magnífica **CONCERTOLA** de salón, mueble en roble o caoba con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, a.. $ **330.—**

N.º 9. — Gran **CONCERTOLA** de lujo, estilo Luis XV, regio mueble en roble o caoba, membrana, brazo y demás accesorios dorados a fuego. Regio motor Suizo de dos cuerdas de amplio desarrollo. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis.... $ **380.—**

CONCERTOLAS PORTATILES DE VIAJE

indispensables para PICNICS, FIESTAS CAMPESTRES, Etc.

N.º 110. — Bonita **CONCERTOLA**, forma valija, modelo sólido y elegante. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a pesos.. **85.—**

N.º 360. — Hermosa **CONCERTOLA** de viaje, forma valija, motor Suizo de dos cuerdas. Dispositivo para llevar en el mismo aparato, 24 discos dobles. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis.. $ **130.—**

Otros modelos de CONCERTOLAS y GRAFOFONOS "AMERICA" con corneta amplificadora, desde $ 45.—. Solicite gran catálogo ilustrado N.º 21 enviando $ 0.20 en estampillas.

DISCOS El surtido más extenso y selecto en todas las mejores marcas del mundo. Catálogo general remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

Ya apareció el suplemento de Enero conteniendo las últimas novedades nacionales y extranjeras. Solicítelo. Se remite gratis.

Av. de Mayo
979
Buenos Aires

CASA A
STAHLBERG





MODAS LUMINOSAS

POR

LUZ Y SOMBRA



Vestido de noche en broché azul y plateado, realzado por un muy grande motivo oriental, del que cae una larga bellota de seda.

Cuando por primera vez apareció en una fiesta una silueta de mujer cerrada en una revestidura centelleante, no hubo hombre que no se estremeciera frente a aquella belleza que cegaba, y se creyó en la resurrección de las diosas paganas.

Esos forros brillantes como soles no podían ser sino del mismo origen de las corazas mitológicas, y todos se extrañaban que las ondulaciones de aquel cuerpo de diosa no fueran acompañadas del chasquido del metal. Así, cuando un grupo de mujeres se encontro en otra fiesta, luciendo igual investidura, se esperó ver entrar a Whotan en aquella cita de Walkirias.

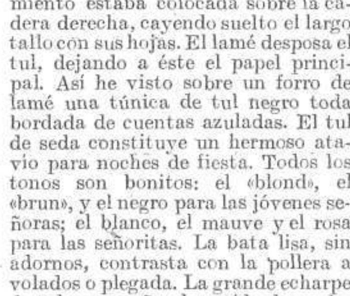
Mas estas figuras extrañas revolotean cada día más numerosas en los salones de fiesta, delante de los ojos ya acostumbrados y nunca saciados de sus admiradores. Revolotean sin chasquidos, no como Walkirias, sino como soles venidos de repente en un viejo horizonte de astros fríos.

El lamé, el broché, el laize, no tienen rivales bajo la luz de las arañas.

Centelleos de plata y de oro hechos para perdición de las almas fuertes; hoscos, centelleos azules, grises, violáceos, que muerden los sentidos despertando pasiones.

El laize desposa el crepé. Este último como forro o como adorno. He visto una robe chemise de laize de seda grueso, terminado arriba y abajo por una ancha tira de crepé Georgette igual a la echarpe que, formando cinturón, moría en dos largas caídas plissé.

Otro suntuoso vestido en lamé plateado y drapeado era enteramente bordado con perlas de cristal, y terminaba con una breve cola puntiaguda. En la espalda, desde el hombro izquierdo hasta el borde, caía una ancha tira de lamé. El escote era en forma de V, y una grandísima flor de pensamiento estaba colocada sobre la cadera derecha, cayendo suelto el largo tallo con sus hojas. El lamé desposa el tul, dejando a éste el papel principal. Así he visto sobre un forro de lamé una túnica de tul negro toda bordada de cuentas azuladas. El tul de seda constituye un hermoso atavío para noches de fiesta. Todos los tonos son bonitos: el «blond», el «brun», y el negro para las jóvenes señoras; el blanco, el mauve y el rosa para las señoritas. La bata lisa, sin adornos, contrasta con la pollera a volados o plegada. La grande echarpe de tul acompaña el vestido de ancho escote, ambos son bordados de un hilo de perlas o de una angosta cinta de metal. El tul d'Alençon y el tul de Chantilly son los más empleados. El primero es en seda y de bastante cuerpo para caer bien.



De laize y volados de puntilla de seda blanca, este vestido cuyo vuelo colocado adelante parece sujetado por el moño de cinta de grosgrain mordoré.



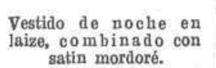
Grandes bolas de pluma blanca constituyen el cuello de este abrigo, y las mismas, negras, las volvemos a encontrar en el drapeado. El abrigo es de lamé plateado grueso, y de lamé es el vestido, derecho, drapeado en el talle.

He visto un vestido de tul d'Alençon mauve, a volados angostos. La bata era lisa, adornada por una tira horizontal de taffetas plissé, y en medio de delante, como artístico broche, una canastita de flores hecha de cintitas y terminando en un manojo de las mismas, que caían sueltas casi hasta el borde del vestido.

Entre los encajes de seda sobresale el laize grueso, de fondo muy cerrado que recuerda el tejido de un jersey de seda fino, sobre el que son vainilladas las flores o los motivos que lo adornan. Este laize existe en varios anchos, formando entredós o volados que a veces alcanzan todo el largo de una pollera. En este caso la parte vainillada es solamente la inferior, siendo lo demás liso.

El laize de lana y el de metal se emplean en combinación, y sobre un vestido de noche nada más bonito que uno de estos tejidos en los que los colores opacos de la lana se mezclan con los reflejos brillosos del oro o del cuero.

Al lado de las bellas imitaciones de encajes antiguos hay los laize de organdí bordados Richelieu, para exquisitos vestidos juveniles.



Vestido de noche en laize, combinado con satin mordoré.



Bertha de tul bordado.

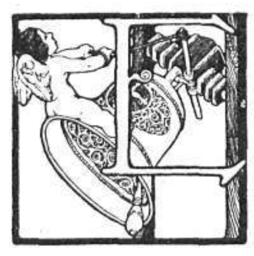


Moño de tul de seda marfil bordado en colores.





NAVIDAD



s Navidad!

Las campanas redoblan alegremente. Los niños se encuentran, se miran recíprocamente el vestidito nuevo, y se saludan con la mano. Se encuentra el rico con el pobre; éste no tiene necesidad de insistir mucho para obtener la dádiva; el pudiente se detiene, lleva la mano al bolsillo y saca unas monedas. El pobre exclama agradecido:

— *Rogaré al Niño por usted.*

¡Es Navidad!

Las campanas tocan a fiesta. Las iglesias están primorosamente adornadas, los sacerdotes anuncian al pueblo la grandeza del Eterno Hijo de Dios, su nacimiento en el establo de Belén, el dominio de El, en el corazón de los justos. En tanto el pueblo ruega, ruega ante el Niño celeste que ha venido a la tierra a hacer mucho bien.

¡Es Navidad!

En muchas casas se ha construído el pesebre, más o menos grande, más o menos rico, siempre hermoso, con el Niño Jesús, con María y José, los pastores y las ovejitas.

Los niños saltan de alegría cuando las lucecitas encendidas iluminan aquella escena de amor; después, imitando a mamá, se arrodillan, ruegan al divino Niño y exclaman:

— *Gloria a Dios y paz a los hombres.*

Mientras se prepara el almuerzo, más abundante que de costumbre, la madre y la hermana recuerdan que en la humilde casita vecina hay una pobre que quizá ese día no tenga nada que poner a la mesa. A ese solo pensamiento sienten oprimírseles el corazón. Toman una cesta, la llenan de diversos comestibles propios del gran día, y la dan a uno de los niños, diciéndole:

— Ve, llévalo a la señora Angela, aquella pobre mujer que tiene cuatro hijitos.

El niño toma con gusto la cesta y baja casi corriendo la escalera. Llama a la puerta de al lado y otro niño le abre.

—Toma—le dice aquél;—dáselo a tu mamá, y procurad estar hoy un poco alegres, que es la fiesta del Niño Jesús.

El pobrecito da las gracias todo confundido, toma la cesta y corre hasta donde se encuentra su madre.

El otro niño regresa a su casa, vuelve al pesebre y mira al Niño, que le parece que es más bello y más sonriente que antes. ¡Es Navidad!

ADELIA DI CARLO.

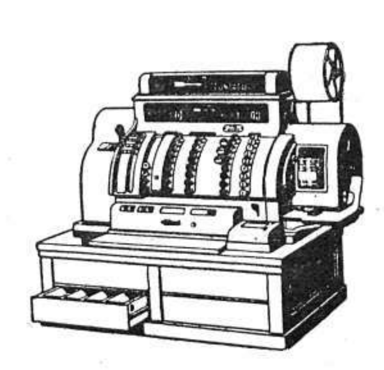
Mande el cupón



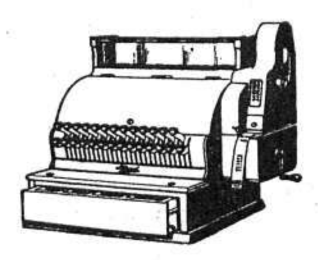
Señor

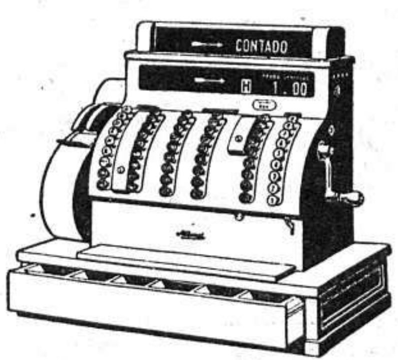
Comerciante

Usted podrá obtener mayores ganancias en 1924, si usa métodos modernos.



Controle debidamente cada venta, cada cobro y cada gasto. Son las pequeñas filtraciones las que se llevan cada día una parte de sus ganancias. Las Cajas registradoras "National" modernas fueron ideadas para aumentar las ganancias del comerciante. Hay de todos los tamaños y las vendemos por mensualidades.





COMPAÑIA DE CAJAS REGISTRADORAS "NATIONAL"

(The National Cash Register Co., Of Dayton, Ohio, U. S. A.)

Sucursal en la Argentina:

Callao esq. Sarmiento — Buenos Aires.

CUPON

A la Cía. de Cajas Registradoras "National", Callao esq. Sarmiento, Buenos Aires.

Desearíamos recibir más detalles acerca de las Cajas Registradoras "National" y en particular de aquellos sistemas que más pudieran convenir a nuestro establecimiento, sin que con ello contraigamos compromiso alguno de compra.

Firma o sello. ....

Ramo ....

N.º de empleados. ....

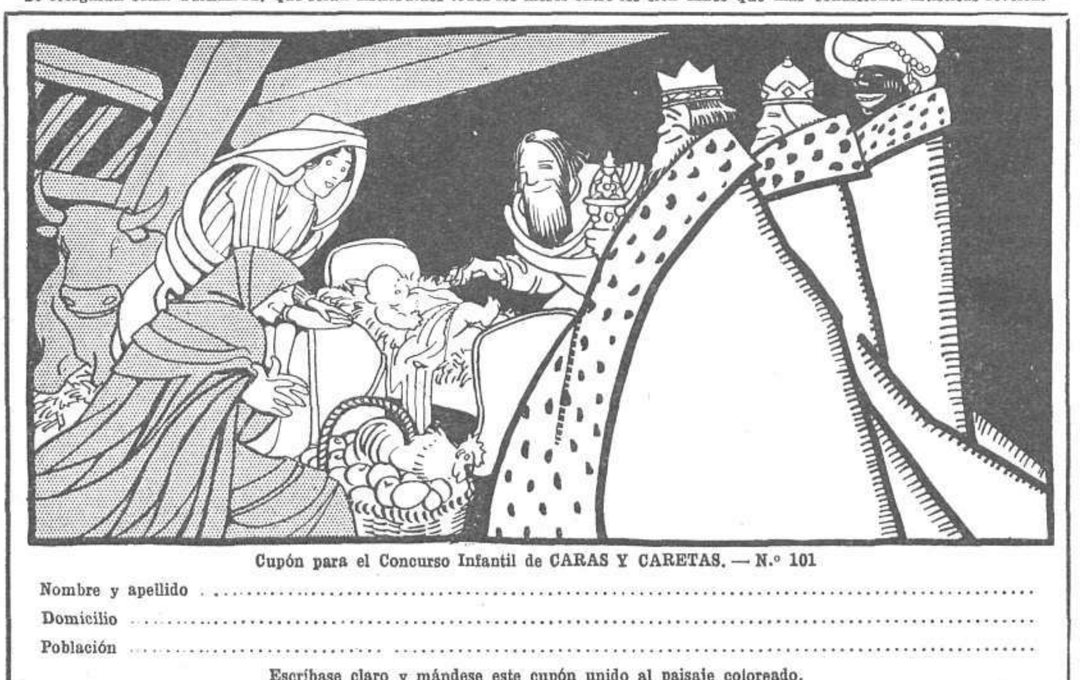
Calle .... N.º ....

Localidad .... F. C. ....

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 101

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 100 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Alfonsín, Estela.
Altuzama, Benito.
Alberti, Vicente.
Aparicio, Gregorio.
Alconada, Francisco (hijo).
Alonso, Alberto.
Andrada, Roque.
Aguebeherre, Antonio A.
Borrego, Gonzalo.
Barbieri, José A.
Beveraggi, Marcelo.
Buhedall, Enrique.
Babini, Ofelia Inés.
Boscato, Atilio.
Benaglia, Ambrosio Atilio.
Bessega, Atilio Hugo.
Casali, Emma M.
Coudorier, Angel S.
Ceppi, Angel S.
Costanzó, Aída.
Carlés, Alberto.
Conte, Aurora H.
Ceretti, Hugo V.
Citrenta, Carmen.
Conrau, Horacio.
Castillo, Sosa M. E.
Creo, José M.
Cañizares, Manuel.
Cincio, Clemente.
Colinet, Francisco Faustino.
Cordobá Cenzo, Lorenzo.
Carrere, Héctor.
Castiarena, Sara B.
Challiof, Laura.
Chanciño, Enrique.
D'Auro, Horacio.
Dalpino, Italo.
Fabio, Lolande De.
Fontana, Amad r.
Ferraris, Héctor V.
Franchi, Roberto.
Franco, Horacio.
Gliglione Torar, Ricardo.
Gazzaeri, Ada A.
Gaudín, A. E.
Greco, Rosa.
Garrone, Antonio Fermín.
Galaretto, Florinda.
Guerrieri, Ramón M.
Gil, Julio.
Gringa, Alicia Irene.
Hauria, María Margarita.
Ianone, Luis.
Kalz, Werner.
Luca, Salvador De.
Larraechea M., María Cristina.
López, María Magdalena.
Lértora, Margarita Eugenia.
Lana, José M.
Labourdette, Carolina.
Muttis, Ernesto.
Molina, Jorge.
Munita, Miguel Angel.
Mayor, E.
Muñiz, Gonzalo A.
Nobili, Mario.
Orosmán Acevedo, Manuel.
Olmos, Ana María.
Perano, Julio V.
Pasini, Oliverio.
Patrón Costas, Luis María.
Portaluzi, Antonio.
Prana, Carlos.
Palermo, Alejandro.
Passeggi, Mario.
Ramírez, Alba M.
Ruiz, Carlos Antonio.
Rodeyro, Antonio.
Rey, Aureliano.
Stoll, Enrique.
Sirombra, Juan J.
Salas, Carlos Alberto.
Seguí, María Esther.
Sanguinetti, Daniel.
Serí, Humberto A.
Suaste, Ricardo E.
Scherrer, Emilio A.
Salcedo, Angélica.
Tuyanet, Carlos Esteban.
Triberti, Lorenza A.
Toñetti, Celestino.
Tachino, Delia.
Vega, José.
Viapiana, Angela.
Vaccaro, Elena Rosa.
Venaglia, María Esther.
Villar, Ramona D.
Valentini, Marino.
Waern, Guillermo A.
Zaldívar, María Rosa.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 2 y 3 de Enero de 1924, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

Carta de París:

LOS TRASTORNOS de la PRIMAVERA

PIDAMOS AL OTOÑO EL MEDIO DE CONJURARLOS

Los cambios de estación y, en particular, la llegada de la primavera, — el instinto popular lo ha observado en todos los países y en todas las épocas — desencadenan una especie de tempestad interior, que se manifiesta, en los vegetales, por la subida de la savia; en el hombre, por la efervescencia de la sangre y el hervor de los humores. En los nervios, la crisis se salda por la angustia, a veces agitación, otras veces entorpecimiento; palpitaciones, dolores vagabundos, o jaquecas atroces y tenaces, espasmos y ahogos, insomnio o pesadillas, digestiones laboriosas, un estado febril, y aun a veces, por accidentes más graves.

¿Cómo conjurar esta crisis de estación?

No hay más que un medio, que es, purificar la sangre, turbada por las tormentas de la primavera y devolverle su frescura y su vivacidad normales.

Y esto es mucho menos difícil de lo que pudiera creerse. Se diría que los **FERMENTOS DE UVAS JACQUEMIN**, han sido hechos expresamente para esto, si no tuvieran ya tantas otras aplicaciones útiles.

Son levaduras vivientes, extraídas de uvas de países cálidos, con el fin de adaptarlas de antemano a la temperatura interna del organismo humano, y que han sido el objeto de una selección y de un cultivo juiciosos, en vista del fin a que se destinan. Una vez que han penetrado en el tubo digestivo, donde continúan a vivir y prosperar, operan a la manera de un equipo de desinfección, expulsando los fermentos patógenos, neutralizando las toxinas, disolviendo los "humores pecantes", eliminando los desechos, activando la nutrición y poniendo todo en su lugar y en orden. De este modo se reparan los estragos causados por la tempestad y, la marcha de la vida, un instante turbada por fermentaciones mórbidas, vuelve a su curso normal. El otoño, que ve nacer las uvas, habrá dominado las turbulencias de la primavera.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se envía gratuitamente a cuantos lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684, San Martín, Bs. Aires.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



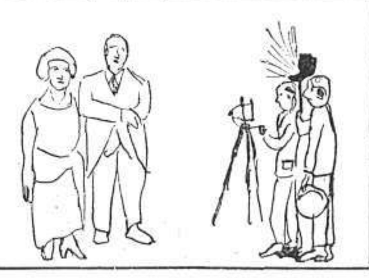
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1583 — En la Pampa.
LUIS A. RUSSO.



1584 — María preparando la cena.
GUILLERMO LEYLA.



1585 — En pose para CARAS Y CARETAS.
CARLOS VICTORIO CIUSTI.



1586 — Abuelita ¿qué hora es?
OLGA JASEVISKI.



1587 — Paseando.
ROBERTO SALBATINI.



1588 — El arquero salvando la valla.
AURELIO TROIANO.

De los dibujos publicados durante el mes de noviembre, han sido premiados los siguientes números: 1541, 1542, 1544, 1546, 1548, 1549, 1551, 1553, 1556, 1558, 1559, 1561, 1562, 1563 y 1564.

TRES VALIOSOS REGALOS





Lo entregamos contra un pago de pocos pesos.



PIANO BREYER

Lo entregamos contra un pago de **$ 50.—** al contado.

VENTAS A PLAZOS

AUTO PIANO BREYER

Lo entregamos contra un pago de **$ 100.—** al contado.

PIDAN NUESTROS CATALOGOS

Compre Vd. los **PIANOS** e **INSTRUMENTOS** en casas especializadas y acreditadas en el ramo, como lo es nuestra Casa.

Los vendemos a precios sin competencia, en condiciones **MUY LIBERALES** y con nuestra Garantía Positiva.

CASA FUNDADA EN 1882.

BREYER Hnos FLORIDA 414 Bs. As.

SUCURSALES:

LA PLATA: Calle 7 y 55 N.º 601
B. BLANCA: San Martín, 252
TUCUMAN: 9 de Julio, 90
MENDOZA: San Martín, 1374
PARANA: Gral. Urquiza, 525
CORDOBA: San Martín, 234

DESDE ITALIA

RICOS TIPOS QUE SE VAN



En el punto más céntrico de la ciudad, en la esquina de la calle Oréfici con el Pórtico del Pavaglione, mañana y tarde, inexorablemente, se puede observar a lo que entre nosotros se llamaría un rico tipo.

Es un señor muy entrado en años, vestido de correctísimo jaquet, sombrero de copa alta, chaleco blanco y perita, blanca también.

Se sienta al lado de una mesita bastante pobre y mugrienta; pero la mugre queda en parte disimulada por una alfombra tricolor, una bandera, que cubre el... contrabando. Unos cuantos diariuchos amontonados y sujetos mediante un instrumento familiar en las caballerizas, la rasqueta o almohaza, que dirían más exactamente los españoles; una cajita de acero para guardar monedas, y junto a estos utensilios queda el señor de galera de felpa horas y horas, llueva o truene, haya viento huracanado o sople la brisa más suave.

El extraño personaje es nada menos que todo un señor ingeniero, conocido por todos y que conoce a todos.

Debido a esta popularidad, su brazo derecho no tiene descanso. Es un continuo ir y venir del ala del sombrero a la rodilla y viceversa y un incesante movimiento de la mano para hacer ademanes cariñosos a los amigos más íntimos, que, sin embargo, siguen viaje apurados, limitándose a unas frasecitas como éstas:

— ¿Qué tal?

— ¡Adiós!...

— ¿Siempre en la brecha? ¡Cuánto me alegro!...

— ¿Cómo va ese organito?

— ¡Siga rascando fuerte!

Eso de rascar fuerte es una alusión al título que lleva el diariucho que está en venta sobre la mesita. Se llama «La Striglia», La Rasqueta, diríamos nosotros, y con su mismo nombre explica sus tendencias.

He dicho diariucho, pero me he equivocado. Se trata de una publicación casi siempre quincenal, pero que a veces resulta mensual, según el tiempo.

Bien entendido que a la palabra tiempo hay que darle el sentido de oro o moneda corriente.

El ingeniero es al mismo tiempo director, redactor, y vendedor de «La Striglia». Parece que sufrió unas recias decepciones cuando quiso confiar la venta a los canillitas; de ahí que haya resuelto efectuar la venta *por administración*.

Y le conviene, pues no hay ciudadano que no le compre «La Striglia», lo que sirve para arraigar en este segundo Tito Livio Cianchettini, la convicción profunda de que su órgano es el más escuchado de cuantos salen a la luz en la ciudad de las mortadelas y de los tortelini.

Pero lo curioso del caso es lo siguiente: «La Striglia» se vende. Se venderá por las simpatías de que goza el viejo ingeniero, será una forma cualquiera de ayudarlo económicamente, pero el hecho es que circula, y los avisadores, que lo saben, pagan los anuncios y los pagan bien, de manera que el órgano rinde bastante, mucho más dado el sistema de administración directa implantado por su propietario.

La cajita de acero, con su boca constantemente abierta, traga los niquelitos de a veinte que es un contento.

Días pasados me acerqué al director de «La Striglia».

— ¿El ingeniero Ceri?

— Un servidor.

Y me tendió la derecha, medio anquilosada por los dolores artríticos.

— Me presento solo... Un colega americano...

— ¡Cuánto me alegro!

— ¿Quiere favorecerme un ejemplar de su diario?

— Son veinte centavos...

—Ya sé... Aquí los tiene...

Le entregué las monedas, que examinó con mirada experta, dejándolas luego caer con ademán automático en la boca de sapo de la dichosa caja metálica.

— ¿Mucho tiempo que se dedica usted a la tarea de vender su diario?

— Treinta y cinco años... Hace treinta y ocho que sale.

— ¿Treinta y ocho años?... Pero, seré indiscreto: ¿cuántos años tiene usted?

— Ochenta y cinco... No puedo quejarme. En estos últimos tiempos me he resentido un poco de los intestinos, una pequeña irritación, pero la culpa es mía: bebo un poquito más de lo que debería. Es eso. Con moderarme voy a restablecerme en seguida.

— ¿Y cómo ha dado usted la preferencia al periodismo, siendo que dispone de una profesión tan lucrativa como la de ingeniero civil?...

— ¿Y quién le dice a usted que son incompatibles?... En Bolonia hay una cantidad de palacios que han sido construídos bajo mi dirección; en la provincia de Ferrara, en los pueblos cercanos, muchas residencias municipales son mías y mi obra *príncipe* es el proyecto para el frente de la Iglesia de la Catedral...

— No sabía.

— Pero ¿y de qué parte del mundo viene usted para ignorar estas cosas?

— De muy lejos, señor, por eso le ruego me disculpe la ignorancia...

— Está disculpado... Me he dedicado al periodismo porque no puedo ver esa mansedumbre supina de los que dicen siempre sí a todo lo que propone quien está arriba... Yo canto claro lo que me parece verdad, según mi modo de ver. Este era un ambiente de gente sumisa, que se había forjado una galería de ídolos. ¡Cuidado con manifestar una opinión contraria a la de los dioses del Olimpo boloñés!... ¡Mucho cuidado!... Sin embargo, al pueblo le gustó mi independencia, y años atrás, durante una campaña electoral, presenté mi candidatura y resulté concejal con una votación plebiscitaria... Nunca tuve miedo de nada, ni de nadie, y, ya ve; gozo de perfecta salud a pesar de los votos en contra de mis acérrimos enemigos...

— ¿Pero usted tiene enemigos, ingeniero?

— ¿Qué se piensa usted, que soy un imbécil? El hombre que no tiene enemigos no vale nada, no sirve para nada, es una nulidad. Los que valemos algo despertamos envidias muy naturales; de ahí que nós odien con toda el alma...

— Ya sé, señor... No se sulfure. Decía yo que me parecía imposible que sus enemigos siguieran guardándole rencor, ahora que usted se ha retirado de la vida pública...

— ¿Y quién le dice que me he retirado de la vida pública? ¿Y este periódico que escribo yo solo, qué es? ¿Acaso no trato yo todos los problemas más urgentes que se refieren a la ciudad? ¿O piensa usted que para hacer la vida pública sea preciso ocupar el cargo de Intendente?

— Lamento no acertar en ninguna de mis preguntas.

— Y yo me alegro de acertar en todas mis contestestaciones. ¿Su nombre?

— Me parece que no es el caso de que usted lo aprenda. Sería usted muy capaz de emplear la ras-

queta en el *próximo número y...no me conviene...*

— ¿No me dijo usted que era un colega? Y bueno: entre bueyes no hay cornadas.

— No, no, no. Dígame: ese dichoso frente de la Catedral ¿para cuándo más o menos será un hecho?

— Entre dos mil años, creo yo...

— Muy bien: entonces para el día de la inauguración almorzaremos juntos...

— Queda invitado. ¿Qué le parece?

— Vengan esos cinco... No puede equivocarse. De nueve a doce me encuentra aquí con toda seguridad todos los días.

Quise recordarle el proyecto de la fachada de la Catedral porque es la obra monumental del ingeniero Ceri y basta elogiársela para que el hombre se amanse por más que se haya sulfurado en la discusión de un argumento cualquiera.

El ingeniero Ceri es uno de los pocos sobrevivientes de una no pequeña falange de originales conocidísimos en la «docta».

Entre ellos, Quirico Filopanti, un hombre de talento elevadísimo y que realmente amaba a toda la humanidad como lo dice su apellido.

Viejo ya y sin saber cómo arreglarse para hacer frente a las necesidades siempre más imperiosas de la vida, Filopanti recibía mensualmente, dicen algunos de la logia masónica a la que pertenecía, una suma que debía servirle para atender a los gastos indispensables.

Yo entonces era estudiante y almorzaba junto con otros en una pequeña «gargotte» de la calle Independencia, donde realmente los 30 de cada mes sabía llegar un misterioso personaje, que entregaba un sobre al «Profesor».

A Quirico Filopanti se le llamaba «Profesor» por antonomasia.

El profesor guardaba el dinero en el bolsillo sin mirarlo tampoco, gruñía un saludo al mensajero y seguía calentándose de un lado y del otro a la llama de una chimenea en la que chisporroteaban sendos trozos de madera.

Los pantalones del Profesor se abrían de contento por el calorcito y junto con los pantalones sonreían los zapatos en un estado lamentable. A los pocos minutos empezaba la procesión de los necesitados.

Siempre los mismos tipos: la mujer que no sabía cómo quitar el hambre a sus siete u ocho criaturas; el obrero que salía del hospital; el rengo que se sentía inhábil al trabajo; en fin, una serie de vividores en su mayor parte que husmeaban el dinero recién entrado en los bolsillos del profesor.

Y el profesor no sabía decir que no a nadie, menos al hotelero, que se conformaba con el honor de servir al ilustre hombre, muy modesto por otra parte, en sus pretensiones como cliente.

El subsidio de los hermanos no servía para nada debido a la caridad sin límites del Profesor, y como no todos eran acreedores sumisos como el hotelero, era preciso encontrar otra fuente de recursos.

Un lindo día empezó a circular por la ciudad una noticia sensacional: el Profesor Filopanti acababa de descubrir un motorcito a vapor, reducido, práctico, para aplicarlo a las máquinas de coser.

Y los diarios iniciaron una apología incondicional del nuevo motor.

Las pobres mujeres que rendidas de cansancio seguían pedaleando toda la noche para ganarse un mendrugo, encontraban por fin un alivio... El motorcito resultaba lo más práctico y sobre todo barato... Se formaría una sociedad para la explotación del invento y la maquinita a vapor doméstica, *bijou*, no faltaría en ningún hogar.

Algo había en realidad en la mente del Profesor Filopanti sobre la posibilidad de construír un motorcito que diera descanso a las piernas de las mujeres, pero todo eso estaba muy en proyecto todavía; ni siquiera se había construído un modelo susceptible de mejoras...

Pero la sociedad se formó entre unos íntimos, dispuestos a sufragar los gastos que exigiera el estudio del nuevo aparato; más en lo mejor, él, que había vislumbrado la idea, pasaba al más allá, dejando en todos un recuerdo de los más duraderos, pues pocos hombres habrá de un corazón tan noble como Quirico Filopanti.

El ingeniero Ceri no por maldad, pues no es malo, sino por excesivo sentimiento — déjeme decir técnico — combatió la máquina a vapor para uso doméstico y lo hizo con esa forma irónica y demoledora que lo caracteriza.

Gozaba en pintar a sus lectores lo que sería un hogar que tuviese la dicha de poseer una máquina a vapor como la ideada por el Profesor.

— ¡Qué humareda! ¡Qué de pitadas en el barrio para anunciar que las mujeres empiezan o terminan el trabajo! ¡Y qué limpieza en las telas, qué higiene!

Pero el Profesor no contestaba ni jota:

— Déjenlo que hable. Es un envenenado. ¡Ya verán!

Por fin, cansado de esa guerra pequeña de alfilerazos, escuchó a los amigos que lo acosaban con insistencias como éstas:

— Diga algo, Profesor. Aunque no le conteste directamente al ingeniero, no importa; pero haga conocer al público las ventajas de su proyecto... Muchos empiezan a creerle a *La Striglia*... Vamos, usted que tiene la palabra tan fácil.

Va a ser un acontecimiento para la ciudad...

Y se resolvió a hablar.

Pero nada de conferencias estilo moderno, es decir, nada de conversaciones o más bien monólogos dichos vis a vis a diez o doce familias. ¡Al pueblo y para el pueblo!

Así fué que la conferencia debería celebrarse en la plaza principal, desde el balcón del palacio del Rey Enzo, que queda en frente a la iglesia de San Petronio y forma uno de los lados de la hermosa plaza, de la que andan orgullosos los boloñeses.

La intención era inmejorable, pero... había un pequeño *pero*. ¿Podrían oirlo todos al conferenciante?

Y por unos días en las primeras horas de la tarde el Profesor empleaba todos los recursos posibles para cerciorarse de que no se perdería palabra de su conferencia.

El Profesor disponía de un hombre que resultaba su sombra. Una especie de... seguro servidor... *ad honorem*. Durante las experiencias que podríamos llamar acústicas, el hombre, guiado por la voz de su amo, se trasladaba de un punto al otro de la plaza y con la palabra y los ademanes le hacía comprender si llegaban hasta él las frases que en voz alta pronunciaba el Profesor desde el balcón del palacio:

— ¡Domingo!... ¡Domingo!... ¿Oyes o no oyes?

— No se entiende un comino, Profesor. ¡Ni jota!...

— ¿Y ahora?

— ¿Cómo?

— ¿Ahora?

— ¡Ni medio!...

— Anda. ¡Eres un animal! ¡Cómo no se va a oir! Ven a mi lugar y habla fuerte.

Se cambiaban los papeles, el Profesor subía la escalera que da al templo de San Petronio y empezaba a agitar un pañuelo. Era la señal convenida para que el secretario empezara.

— ¡Más fuerte!... ¡Más fuerte!...

— ¡No puedo más!...

Una muchedumbre de curiosos se amontonaba para presenciar el espectáculo y se reía de las ocurrencias de los dos hombres. Se reía respetuosamente, porque si alguien se hubiese permitido burlarse de veras del Profesor, corría peligro de recibir una paliza sobre tablas.

Toda la gente del pueblo adoraba a ese viejo caritativo, siempre dispuesto a aliviar los sufrimientos de los humildes, y los humildes son agradecidos.

Pero la conferencia no tuvo lugar. El sabio bohemio, que fuera compañero de Saffi y Mazzini en los albores de la independencia italiana, llegaba a su ocaso.

Todo el pueblo lo lloró sinceramente.

Las pobres mujeres que esperaban confiadas en la maquinita que les permitiría descansar, no sabían consolarse de la pérdida irreparable.

— ¿Quién seguirá los estudios de ese hombre?...

Nadie. Efectivamente, nadie los siguió. Los motorcitos caseros debían ser movidos por la fuerza eléctrica unos años después.

¿Y cuándo desaparezca el ingeniero Ceri, esa lengua sacrílega demoledora que para todos ha tenido un sarcasmo y un pinchazo, se verificará una análoga manifestación de duelo?

Lo dudo. El hombre tiene sus méritos, pero el mundo no olvida y parece que guarda rencor a los que se empeñan en hacer sentir su superioridad.

Se diría que al morir ocasionan en los demás una sensación de alivio.

DR. A. VACCARI

Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de Buenos Aires

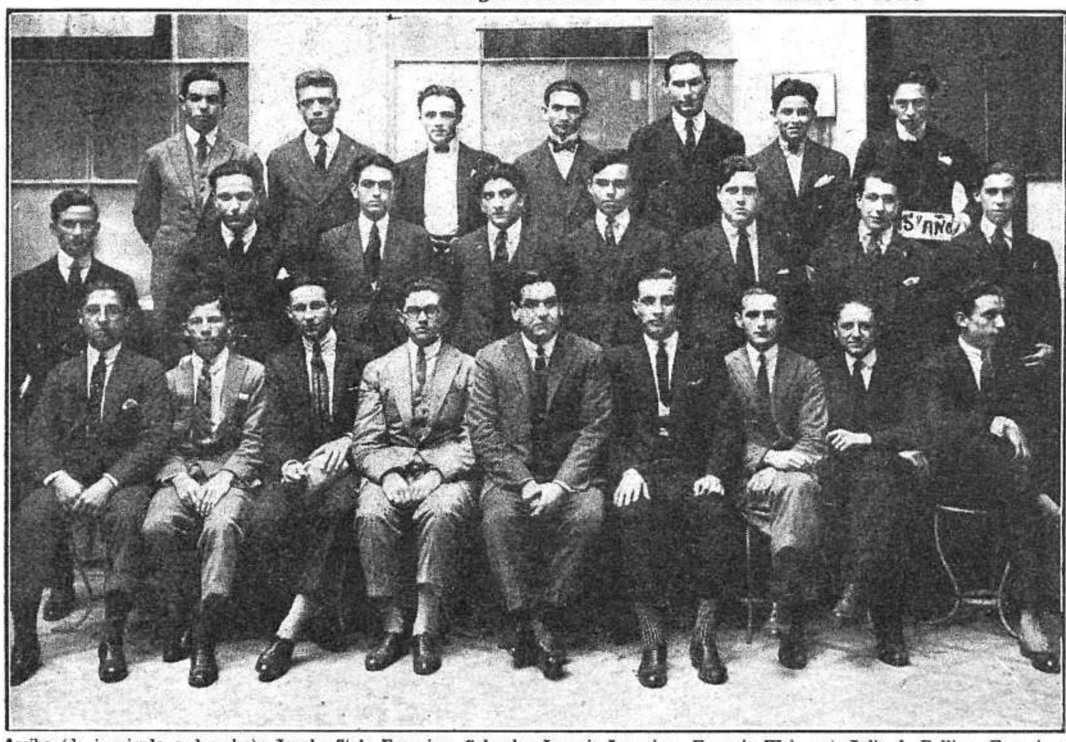
Ingenieros Industriales egresados en 1922



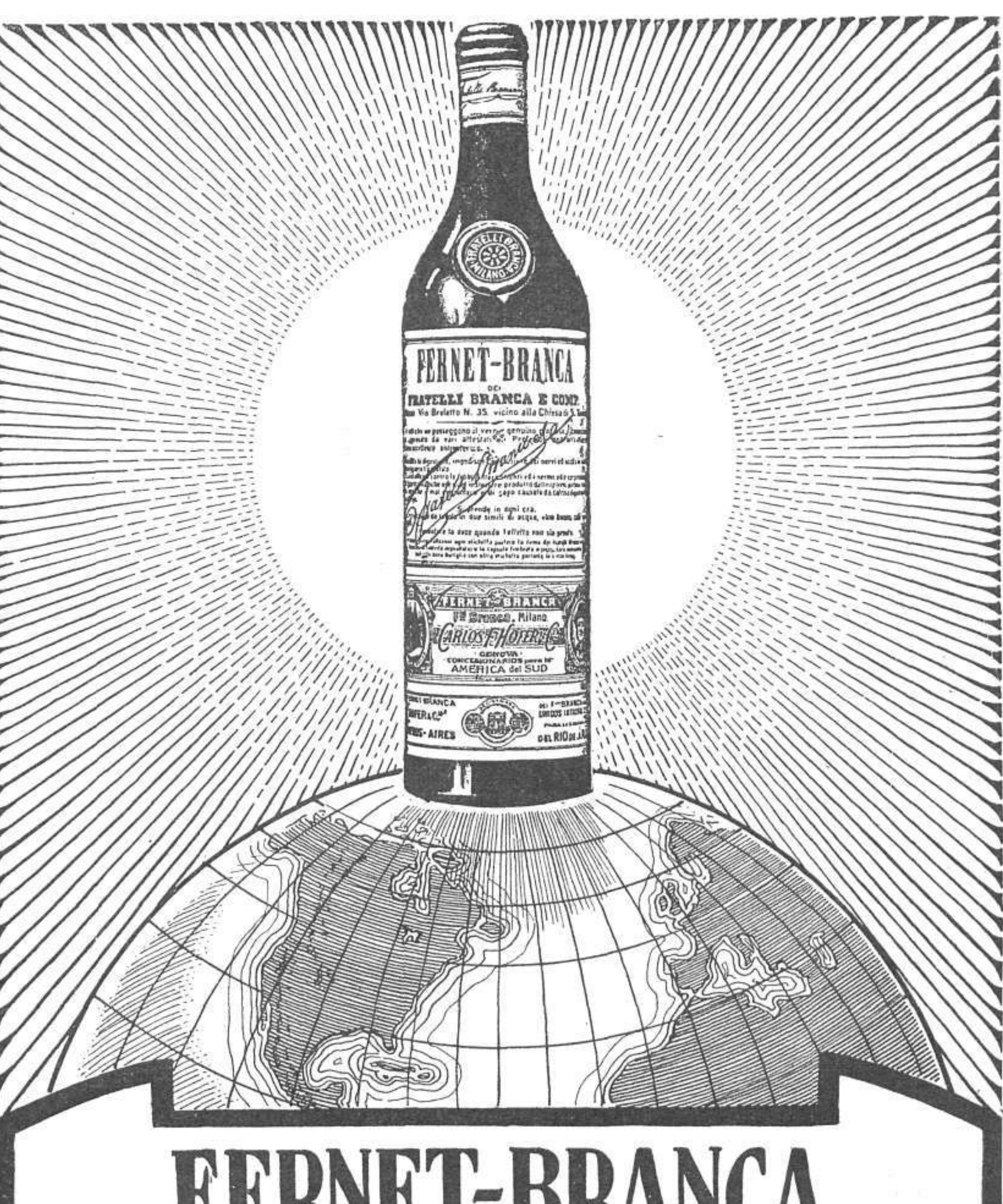
Eugenio Belotti, Alfredo Bianchi, Andrés F. Brandi, Carlos J. Campodónico, Tomás Cutillo (hijo), Marcos Cherniser, Carlos Davies, Luis Defilippi, Humberto A. Galfrascoli, Juan Gatto, Alberto L. Landoni, Alberto Lefrancois, David Levin, Pablo Angel Macchi, Ernesto Martinelli, Segundo A. Mazzocco, Carlos A. Meaca, Emilio Montané, Francisco Montani, Felipe Muriel, Orestes D. Noacco, Antonio J. Quintero, Francisco P. Rappallini, Fernando Rivarola, Rubén Saslavsky, Eduardo Sempé, Pascual Sgrosso, Daniel Starkmeth, Hermenegildo Taranco, Antonio Vázquez y Nicolás A. Verruno.

Nuevos Bachilleres

5.º año 3.ª División del Colegio Nacional "Bartolomé Mitre". 1923



Arriba (de izquierda a derecha): Jacobo Stok, Francisco Colombo, Ignacio Izaguirre, Eugenio Weingast, Julio A. Bellino, Francisco Elena y León Bojman. En el medio (de izquierda a derecha): Antonio Serrao (celador), Romeo Bianco, Tomás Imparato, Gilberto Pirate, Bernardo Salzman, Alfredo Scasso, Rodolfo Fiorini y Feliciano A. Márquez. Sentados (de izquierda a derecha): Edgard Fels, Emilio Guerchicoff, Daniel Feder, Isaac Rosenbaun, Francisco Popolizio (regente de estudios), Andrés Justo Basso, Juan Craichi, Tomás P. Braga y Oscar Maimone.



FERNET-BRANCA

En sus dominios nunca se pone el sol.

Adonde Vd. dirija sus pasos, siempre hallará este elixir estomacal indispensable, confirmación evidente de sus cualidades higiénicas.

PROLONGA LA VIDA

Importadores **HOFER & Cía.** - Bs. As.

AGRICULTURA

CULTIVOS INDUSTRIALES: EL GIRASOL

Un cultivo que no es desconocido en el país, pero que no se le da mayor importancia, es el del girasol (Heliantus annus), y sin embargo la tiene, porque como planta oleifera es de las más útiles e importantes; para probarlo basta saber que el año 1921 se han exportado del país casi 5 millones de kilogramos de semilla de girasol, y hay de este producto un regular consumo, pues una sola fábrica de aceites comestibles ha elaborado, durante el mismo año, 400 toneladas de esta semilla; y que tiene mercado lo demuestra el hecho de cotizarse en la Bolsa de Cereales a precios más que satisfactorios.

Su semilla contiene de 35 a 45 por ciento de pericarpio o cáscara y de 55 a 65 por ciento de almendra; su aceite, contenido en proporción de 30 a 35 por ciento, es de color amarillo pálido, de sabor agradable, inodoro y bastante flúido; se emplea en la alimentación humana y sirve especialmente para falsificar o substituír, mezclándolo, al aceite de oliva; sus semillas se utilizan también como alimento humano y de las aves, y tostadas, como sucedáneo del café; en Europa, sus tallos y hojas constituyen un buen forraje para los animales, y lo mismo dígase de las tortas o residuo de la extracción del aceite, que sirven especialmente para el engorde de animales vacunos; de modo que es una planta que se utiliza beneficiosamente en todas sus partes.

El girasol, o mirasol, así llamado porque su flor sigue el curso del sol, es originario del Perú; tiene tallo único, derecho, grueso, a veces ramificado, con hojas alternas grandes, cordiformes y flores en forma de disco, ancho, con pétalos amarillos; alcanza a veces 2 metros de altura.



Plantas de girasol.

Dos variedades principales se cultivan: una de semillas pequeñas, más indicada para la extracción del aceite; y otra con semillas más grandes y gruesas, que se emplea en la alimentación humana y de las aves; hay otras variedades más de semillas blancas, o grises o negras; las preferidas son las de semillas grises o variadas; las negras son rechazadas en el comercio.

El girasol es planta que viene bien en todas las zonas donde prospera el maíz; corresponde, pues, su cultivo a climas templados y cálidos; en cuanto a tierras, prefiere las de mediana consistencia, profundas y frescas; un clima húmedo en exceso o muy lluvioso no le conviene.

Su cultivo es análogo al del maíz; con frecuencia se le siembra en la orilla de los caminos o de los tablones; pero explotándolo en forma debe sembrarse, previas labores cruzadas y a su tiempo, en líneas distantes 80 centímetros a 1 metro y de 50 a 60 centímetros entre las plantas; en zonas de mucho viento, se puede sembrar más tupido a fin de que no se volteen las plantas; se emplea, generalmente, de 20 a 25 kilogramos de semilla por hectárea, y se tratará de que no quede a mucha profundidad; la semilla tarda un poco en germinar; y la época más oportuna es la primavera avanzada, desde octubre en adelante.

Las labores de cultivo consisten en carpidas frecuentes para combatir las malezas y en aporcaduras moderadas.

La madurez no es general y simultánea en una plantación; empieza en enero y prosigue un mes o dos; la cosecha, por consiguiente se efectúa a medida que los discos van madurando, esto es, cuando los granos del centro toman un color gris obscuro; no hay que esperar una madurez completa porque es fácil el desgrane; se cortan los discos con cuchillo o quebrándolos con 40 ó 50 centímetros de tallo; se forman manojos que se dejan secar en galpón posiblemente o bien haciendo montones o pequeñas parvas, para desgranarlos después a mano o con trilladoras especiales.

El girasol es muy productivo; puede dar de 1.500 a 2.000 Kgs. de granos por hectárea; pero se conocen rendimientos fabulosos de 10 mil kilogramos por la misma extensión; su semilla se cotiza en nuestro mercado de 10 a 12 pesos los 100 kilogramos.

PLAGAS DE LOS CAMPOS: EL ABROJO GRANDE

Con las lluvias abundantes y continuadas caídas en estos últimos tiempos, los campos de pastoreo, las chacras y los terrenos baldíos han de ser pronto invadidos por el abrojo grande, que todos conocen por encontrarse difundido de un extremo a otro del país y por los daños que causa.

Esta planta, que generalmente no pasa de 60 a 70 centímetros de altura, puede llegar hasta 1 y 2 metros; está provista de una cantidad de frutos, vulgarmente llamados «abrojos», variables según las tierras y la marcha de la estación, pero que puede llegar a un máximo de 200; los frutos contienen dos semillas; estos germinan en primavera avanzada o en verano, noviembre y diciembre; pero si el invierno es templado puede anticiparse este fenómeno vegetativo hasta junio o julio.

Generalmente de las dos semillas contenidas en el fruto, una sola germina en primavera; la otra lo hace más tarde, o al año siguiente o nunca; su facultad germinativa es muy durable; en terrenos secos y arcillosos, enterrada la semilla puede conservarla hasta 10 años; una vez germinada la semilla y crecida la planta pronto ramifica, en febrero o marzo florece y en abril, o antes, los frutos están maduros.

La larga duración de su facultad germinativa, la cantidad de frutos y semillas que puede contener cada planta y los fáciles medios conque los animales, llevándolos adheridos a sus colas, crines y patas, las corrientes de agua y el viento, las transportan de un campo a otro, explican el poder de invasión y propagación que tiene esta planta, pudiéndose contar, a veces, hasta 8 y 10 mil plantas por hectárea.

Para evitar su propagación se tratará de no permitir el tránsito de un campo a otro de animales que lleven abrojos adheridos al cuerpo o al menos sin antes limpiarlos; después se deberán destruír las plantas antes de que fructifiquen, arrancándolas y cortándolas de mano o con pala o azada o en máquinas y después de secadas, amontonadas, quemarlas sobre el lugar.

Tratándose de grandes extensiones, el medio más económico es el de enterrarlas con arado, o cortarlas, en estado herbáceo, con guadañadora de cuchilla dentada y fuerte, y después de secadas y amontonadas destruírlas con el fuego; y en fin, son eficaces y de rápida y económica labor los rodillos cortadores de malezas, que con sus cuchillas transversales y oblicuas cortan y trituran las plantas, destruyéndolas.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO


VINOS
ARIZU
EL ORGULLO
DE LA PRO-
DUCCION
NACIONAL
Soc. A. non. VIÑEDOS
Y BODEGAS-ARIZU
AV. DE MAYO-1035
RIVADAVIA-1032
RESERVA
PINOT BLANCO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
SOCIEDAD ANÓNIMA
MENDOZA

Facultad de Agronomía y Veterinaria de Buenos Aires

Nuevos Médicos Veterinarios graduados en 1922



Abelardo Boullosa, Fernando A. Bizzozero, Humberto C. Bonfanti, Tomás D. C. Gallardo, Juan Pedro Chalde, Alberto D. Cirelli Juan C. Cilley, Julio A. Castagneto, Lázaro Dorgia, Eduardo M. Díaz, Hugo E. Devoto, Julio Mac Dongall, Juan Alberto Etcheto, Ernesto G. Gesino, Jorge A. Iñarra, Armando F. Navarro, Luciano F. Laurino, Alejandro Marshall, Jorge A. Otamendi, Augusto Pérez Algaba, Willy Rucks, Armando Romat, Tùbal Rodrigo, Carlos A. Romero, Ricardo J. Sahores y Bernardo S. Mesa.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Garciso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E., Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.° piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.


Señora: Tenga Vd. presente
que es de interés capital a toda señora amante de su propia belleza envolver su cuerpo en un CORSE o FAJA dotado de suma perfección, requisito indispensable para amoldar su vestido sobre el mismo y lucirlo con la soltura y flexibilidad propias de la mujer distinguida.
Para conseguirlo debe dirigirse a la
Casa IZQUIERDO, Carlos Pellegrini, 490,
especialista en Corsés y Fajas de calidad.
NUESTRO REGALO
"Pictorial Review" del mes de Enero de 1924
Gratis
A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso kimono en la medida que nos indique, y como Regalo un ejemplar de nuestra revista de modas y literatura "Pictorial Review" (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de Enero de 1924.
721. — Nuevo y elegantísimo modelo. Dibuja esta preciosa creación un cuerpo de soberbio conjunto. Lo confeccionamos sobre medida en fino coutil de hilo floreado con elástico de seda y 4 ligas, por
$ 30.-
Nuestro departamento de expedición al interior, despacha en el día todo pedido que se nos confíe, siendo por nuestra cuenta los gastos de flete.
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
490 - CARLOS PELLEGRINI - 490
BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA, 38 MAYO, 0313I

La señorita D. Andrade rodeada por un núcleo de distinguidas amigas que la hicieron objeto de una demostración de aprecio, con motivo de su próximo enlace.



Victor
LA VOZ DEL AMO
Elija hoy mismo una de estas Victrolas para el regalo de Año Nuevo y Reyes.
Los aparatos parlantes Victrola dan completa satisfacción, no solamente por su construcción y estilo, sino porque entre la gran variedad de modelos que poseemos hay uno que armoniza admirablemente con el mobiliario de su hogar. Ellos son los instrumentos a los cuales le han confiado sus más bellas creaciones los más célebres artistas de la lírica.
Nuestro grandioso surtido de discos Victor comprende desde las óperas y romanzas ejecutadas por los más grandes maestros hasta la música popular del repertorio criollo.
Todas las compras hechas en nuestra sección Victor serán entregadas el día y hora que se nos indique, en la ciudad o suburbios, y para el interior de la República flete por nuestra cuenta. Estas condiciones rigen para todos nuestros clientes aunque su compra sea de un solo disco.
Los pedidos del interior acompañados de su importe o contrareembolso se despachan en el día.
Solicite el último catálogo de discos y aparatos Victrolas que enviamos gratis.
VICTOR
VICTOR
VICTOR
VICTOR
VICTOR
Pratt & Cia.
626-SARMIENTO-636—Buenos Aires.
Anexo: GALERIA GÜEMES
Maipú esq. Córdoba—ROSARIO
San Martín 89 — CORDOBA



EL DEMONIO TENTADOR

Anoche soñé con una aventura extravagante. Esta mañana la he puesto en práctica. Esta tarde quiero referirla. Escúchenme todos aquellos que son tan prudentes que creen en la realidad de lo que no sucede.

Mis amigos conocen mi familiaridad con el Demonio. Ya he referido a alguno lo que me dijo un día acerca de la tragicomedia de la tentación representada en el Paraíso Terrenal, poco tiempo después de la nomenclatura de las plantas y de los animales.

Encuentro con frecuencia al Demonio en mis sueños y en mis caminatas. Anoche soñé con él. Y soñé, además, con una tentación: pero no era el Demonio quien me tentaba a mí — tenedlo muy presente: — era yo quien tentaba al Demonio. El sueño fué tan absurdo y bizarro, que me desperté sobresaltado, y durante todas las horas restantes de la noche no he podido separar mi fantasía de aquella escena entrevista un momento, de aquellas palabras escuchadas durante contados minutos.

Y esta mañana adquirí el convencimiento que no me queda otro recurso, para librarme de la extraña visión nocturna, que convertirle en realidad durante la vigilia, y sin más ni más, me he puesto en camino para el objeto.

Frente a la calle donde está mi casa me aguardaba el Demonio. Creí un momento que conocía mi sueño y que me lo había sugerido en persona para burlarse de mí. Estaba para desandar lo andado con un poco de recelo, cuando me acordé de que, días antes, habíamos acordado volvernos a juntar de nuevo para visitar un ciprés añoso que, muchas veces, ha protegido nuestros coloquios con su negra y maciza sombra.

Hacia él nos hemos encaminado los dos en silencio, sin saludarnos siquiera. Cuando hemos estado fuera de la ciudad, el Demonio ha seguido callado; pero el sueño se ha presentado una vez más ante mí, más vivaz e imperioso que anoche. Y mis labios han comenzado a balbucir.

Pero no he hablado. ¿Qué decir al Demonio? ¿Cómo tentarlo? ¿Cómo hilvanar un discurso frente a aquel obstinado silencio?

Hemos llegado, finalmente, junto al ciprés añoso, que sacudía débilmente la copa con gesto de impaciencia y de reproche. Nos hemos sentado, con las espaldas apoyadas en su espacioso y corpulento tronco, y el Demonio ha callado. Entonces, como si en lo profundo hubiera brotado de repente un manantial escondido, he sentido agolparse, brincar, atropellarse las palabras de mi discurso. Y de este modo he hablado con el Demonio silencioso:

— Maestro y amigo mío. ¡He aquí que para ti ha llegado el día de la tentación! Ya no eres capaz de tentar a los hombres, y los hombres, en cambio, se atreven a tentarte. Saliste airoso con Adán, fracasaste con Cristo, pero no eres ni un hombre ni un Dios. Y yo soy un hombre que se va tornando Dios. Por tales poderosas razones, tengo el derecho y la fuerza de arrojarte en la tentación y de vengarme de ti en nombre de Adán y de sus hijos.

»Tú ofreciste a los primeros hombres la divinidad; a Cristo, los imperios de la tierra; el poder, a Fausto. Dones mejores te ofrezco yo; no el de hacerte mona de Dios, no el de que disfrutes todo cuanto existe. Quiero que seas el verdadero rival de Dios, el definitivo destructor de lo que es El.

»Cuentan de ti que eres el gran adversario del Señor y el gran negador y embaucador de las cosas. Pero no es verdad esto. Tú has tratado de imitar a Dios con los milagros; has creado y gobernado como El; le has copiado y seguido, como copia una mona de imitación los gestos del húngaro. Si hubieras sido, en efecto, la antítesis, lo opuesto de Dios, hubieras obrado de modo contrario a como El obra; te hubieras aburrido de provocar antipapas y anticristos; te hubieras convertido en el verdadero Anti-Dios. ¿Cuál ha sido la gran obra de Dios? ¿La creación del mundo? ¿Cuál debe ser tu gran obra? La destrucción del mundo. Tú debes — ¿comprendes? — no desordenar y enredar el mundo, sino destruirlo, quitarlo de en medio, reducirlo a polvo.

»¿Cómo has consentido, hasta aquí, mujerzuela jactanciosa, que el mundo continúe existiendo? ¿Cómo no has sabido, revolucionario cósmico, reducir a la nada el Universo?

»¿Cuándo te atreverás a responder al *Fiat* de Dios, a responderle, después de una pausa de algunos siglos, con un *Pereat!* infinitamente más rotundo?

»Mientras continúes con tus acostumbrados ridículos desprecios al Señor, mientras le disputes un alma pusilánime, mientras te conformes con revolver una parte insignificante del cielo y de es tierra, serás infiel a tu misión. Porque tu misión es la de ser la ruina de Dios. En nombre de algunos

hombres, aburridos de estas miserables escaramuzas, vengo a intimarte para que cumplas con tu oficio o desaparezcas.

»Te diré, ahora mejor que nunca, de qué suerte puedes precipitar la destrucción del mundo. Es necesario que cambies radicalmente tu manera de conducirte. Tú has sido hasta aquí un embaucador y un revoltosillo, un espíritu tornadizo y múltiple; lo que vale tanto como acusarte de creador de cambios y de movimientos. Y todo eso es perfectamente idiota. Sabes que el movimiento es el cambio en el tiempo; que el cambio es creación de diferencias y que la realidad es revoltijo de cosas harto distintas. La realidad es tanto más grande cuanto más numerosas son las diferencias. Aumentar las diferencias, mover, cambiar es acrecentar la realidad; por el contrario, disminuir las diferencias, inmovilizar, detener, igualar, es una diminución de realidad.

»Los hombres han intentado esta muerte de la realidad con las palabras, las cuales sirven para las categorías de cosas y no para cada cosa distinta; esto es, consideran en ciertos grupos de cosas solamente aquello que les hace semejantes. Algunos hombres que el vulgo llama filósofos, o lo que es igual, enamorados de la sabiduría, han corrido mucho más allá que otros simples mortales, y han querido encerrar todo el mundo, con su infinita variedad de movimientos y de formas, en una sola palabra. Luego se han entretenido en componer himnos a su petulancia, y se han imaginado que han escrito la palabra fin en el libro del Universo. Pero los tales no han observado que aquella palabra, precisamente porque quería contenerlo todo, es decir, porque negaba toda diferencia, no contenía realidad alguna. En el mundo de las ideas, lo único se llama inconcebible, como en el mundo de las cosas, lo único se llama inexistente. Sería preciso que tú hicieres en realidad lo que los filósofos imaginan en sueños; deberías convertirte en filósofo activo con las cosas, no con las palabras. El filósofo quiere reducir a una sola palabra el mundo, y acaba en la nada, lógicamente. Tú deberías reducir a una sola cosa el mundo, y obtendrías la verdadera nada, la auténtica nada, la nada última y definitiva.

»Acabo de mostrarte el sendero. Tú, que eres todavía joven, debes hollarlo. Funde, asimila, une, liga, nivela, iguala, suprime la diversidad, reduce todos los animales a uno solo, y este animal a una planta, y esta planta a un mineral, y todos los minerales a este mineral; todos los cuerpos a un solo cuerpo; todas las substancias a una substancia única; todas las formas de la fuerza a una sola forma, y esta sola forma de la fuerza al único elemento de la substancia. Y verás entonces cómo el mundo, poco a poco, palidecerá, se atenuará, se te desvanecerá de entre las manos Y tú mismo, y el mismo Dios, seréis la misma cosa. Y esta misma cosa será parte del todo y desaparecerá con el todo.

»Odia la diversidad, persigue las distinciones, detén los movimientos, impide los cambios, y así serás verdaderamente el enemigo de Dios, el destructor de su obra y su negador radical. Dirige tu actividad, no a matar, sino a suprimir todo género de actividad. Envalentona el ocio, provoca el éxtasis, ampara a los fabricantes de las ideas generales. Lentamente, el mundo se tornará haragán como un asceta e incoloro como un concepto.

»Así responderás al Génesis. Y si alguno escribe, dirá ciertamente que, después del fin, no hubo cielo, tierra ni abismo. Dios verá desaparecer la obra por la que se ufanó tanto, y tú, ¡oh viejo desterrado rebelde!, serás vengado. Nadie, persona humana, te ha propuesto una obra tan excelsa; nadie te ha creído capaz de tanto. ¿Tendrás el coraje y el poder de encerrar al mundo en la nada de que surgió y lanzar tu No ante el Sí milenario del Creador? Esta es mi respuesta a tu tentación, Demonio. Tú me ofreciste ser Dios; yo te ofrezco ser algo más poderoso que Dios: el destructor de su obra maestra, el primero y el último Anti-Dios.»

Pero en este momento las palabras cesaron de fluirme a la boca, y se cerró el manantial interior.

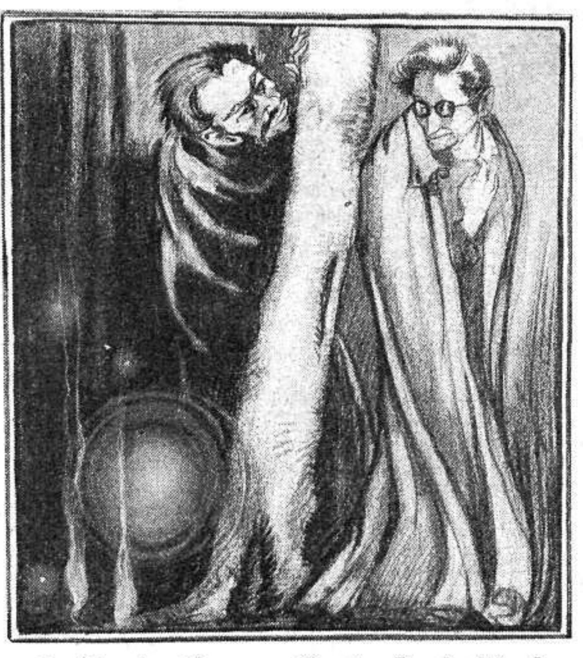
Y miré a mi compañero, que me había observado con gran recogimiento hasta entonces, sin despegar los labios y sin hacer el más pequeño gesto.

Esperaba, de un instante a otro, que el Demonio respondiera a mi discurso; pero continuó callando. Y se puso a contemplar el sol, que empezaba a disolver la niebla en lo hondo del valle. El mundo se aparecía lentamente ante nuestros ojos desde lo alto del cerro de donde surge nuestro amigo el ciprés.

El viento barría los jirones de las nubes y silbaba roncamente. Y el Demonio miraba y callaba. Finalmente se levantó, se encaró conmigo y exclamó resueltamente:

—Vámonos. No puedo tardar.

Observé entonces que el Demonio lloraba y, por primera vez, vi sus ojos llenos de lágrimas. ¿Lágrimas de compasión, de arrepentimiento, de rabia, de alegría? No lo sé. He pensado hoy en todo esto y no sé a qué carta quedarme. Espero la noche para preguntárselo en sueño.



J U A N   P A P I N I

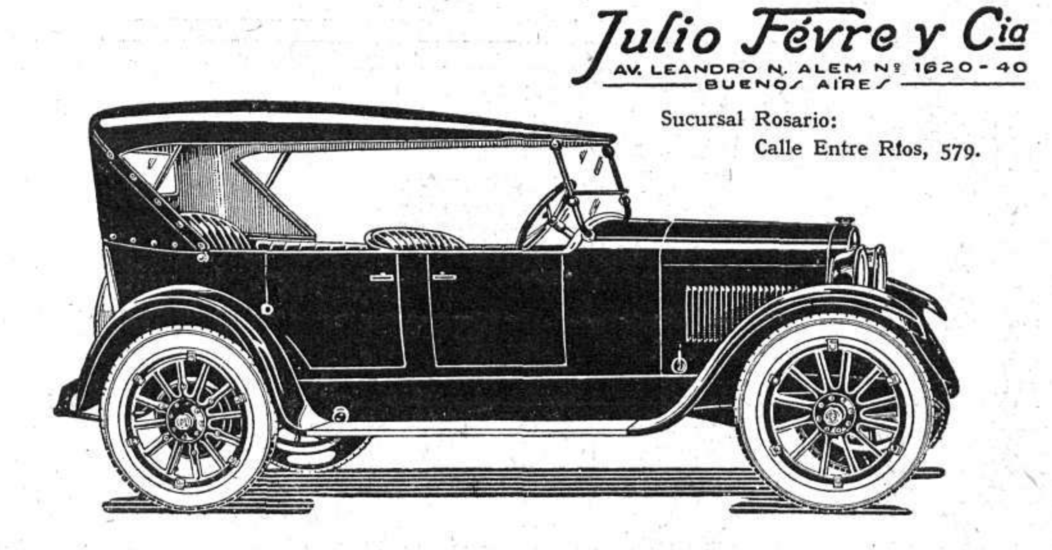
D I B U J O S   D E   G I G L I



La directora de la Escuela General Belgrano S. A. N.º 3, Señora García, personal docente y alumnos de este establecimiento, que celebraron con una hermosa fiesta, la llegada de las vacaciones.



Grupo de niñas que recibieron su primera comunión en el Colegio "Santa Ana" siendo preparadas para este acto por la institución católica el "Centro Catecismo".



De Santa Fe



TEODOLINA. — Equipo de la 4.ª división del "Teodolina Foot Ball Club" que hasta la fecha no ha obtenido ninguna derrota, en la larga serie de partidos de football que ha disputado.

Niños de la Escuela Fiscal número 336 que tomaron parte en la fiesta realizada celebrando la feliz terminación del año escolar.



7.º Gran Concurso de la YERBA de SUPERCALIDAD

RIGOLETTO

RICA, PURA Y LA QUE MAS DURA

Sirvase es RIGOLETTO

Son válidos los cupones de todos los Concursos anteriores. Próximamente daremos amplios detalles y nómina de premios.

Resultado del 6º Gran Concurso clausurado el 10 del corriente.

La lata de Yerba "RIGOLETTO" depositada en poder del Escribano señor De Nevares, contenía: **16.567** GRANOS DE MAIZ

PRIMER PREMIO: — Cinco billetes ENTEROS de la Lotería del Millón.

Con un billete entero a cada uno: Número 05760, J. Pocchetta de Andrés, C. Rosquín, F. C. C. C. — N.º 27894, M. Borches, V. Tuerto, F. C. C. A. —Número 27896, L. Paturlanne, Passo, F. C. O. — N.º 28731, María Jijey, Lozada, F. C. C. A. — N.º 28980, Abel Salinas, Sánchez, F. C. C. A.

SEGUNDOS PREMIOS: —Con cinco décimos a cada uno. Número 04989, Andrés L. Benvenuto, G. Viamonte, F. C. O.—N.º 18484, Francisco Tanmare, Saavedra, F. C. S. — N.º 24203, Paulina Albite, Moreno, F. C. O. — N.º 32607, Domingo Di Paola, Azul, F. C. S. — N.º 08382, Laureano Lobos, F. Madero, F. C. O.

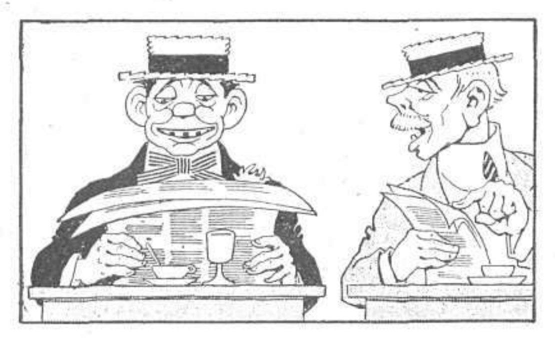
TERCEROS PREMIOS: — Con dos décimos a cada uno. Número 48719, Ciriaco C. Romero, Azul, F. C. S. — N.º 48719, Saturnino Guevara, M. Cané, F. C. P. — Número 48719, Florencio Calaf, F. Madero, F. C. O. — N.º 48719, Lucía Horea, Guatraché, F. C. P. — N.º 48719, Pedro Bovio, Moldes, F. C. P. — N.º 50997, Francisco Bossone, Arteaga, F. C. C. A. — N.º 50997, Félix Hernández, Guatraché, F. C. P. — N.º 50997, Juana J. Bidegain, Azul, F. C. S. — N.º 50997, Antonio Cuvertino, Arroyo Corto, F. C. S. — N.º 50997, María E. Mastroliberti, 9 de Julio, F. C. O.

CUARTOS PREMIOS: — Con un décimo a cada uno: Número 02463, Naum Finkelstein, Carlos Casares, F. C. O. — N.º 04989, Juan Pedro Cairel, Curumalán, F. C. S. — N.º 08382, Luis Serafín, Arequito, F. C. C. A. — N.º 08382, Manuel Couñago, Vicente Casares, F. C. S. — Número 08382, Lucía Carmen Gargiulo, Villa Saboya, F. C. P. — N.º 08382, Antonio Cordar, Mattaldi, F. C. P. — N.º 08382, Mauricio Silva, Rojas, F. C. C. B. A. — N.º 12901, Pedro C. Benítez, Médanos, F. C. S. — Número 13200, Jesús Torralba, Villa Cañás, F. C. P. — N.º 13858, Antonio Alvarez, Castelli, F. C. S. — Número 16937, Juan Morés, Carreras, F. C. C. A. — N.º 18835, Ramón D. Clark, Ferré, F. C. C. G. B. A. — N.º 24069, Zulema Larumbe, La Colina, F. C. S. — N.º 25182, Emma B. de Sosa, Bahía Blanca, F. C. S. — N.º 27958, Fernando Kinder, Darragueira, F. C. P. — N.º 35890, Angel Bona, Theobald, F. C. C. A. — N.º 32607, Manuel Iglesias Piriz, M. Cané, F. C. P. — N.º 35894, Albara Moro, 9 de Julio, F. C. O. — N.º 36762, A. y E. Genetti, San Andrés de Giles, F. C. C. G. B. A. — N.º 36762, Jauarino Fernando, De Bruyn, F. C. C. G. B. A. — Número 36762, Ubaldo Castaño, Gazcón, F. C. P. — N.º 36762, Juana Beramendi, Teniente Origone, F. C. S. — Número 36762, Benito Pérez, Coronel Pringles, F. C. S. — N.º 36762, Lino A. Miranda, Irenco Portela, F. C. C. C. — Número 36762, Ernesto E. Benavois, Viña, F. C. C. A. — N.º 36762, Catalina Gorza, 9 de Julio, F. C. O. — Número 36762, Vicente Saldutti, Bahía Blanca, F. C. S. — N.º 36762, Hortensia Enciso Martínez, Córdoba, F. C. C. A. — N.º 38513, Francisco M. López, Bolívar, F. C. S. — N.º 38514, Segundo Monsoy, Cuenca, F. C. O. — N.º 38846, Justo A. Pulero, Larrea, F. C. O. — N.º 38846, Juan Figliuolo, Juárez, F. C. S. — N.º 38846, Francisco Martín, Pasteur, F. C. O. — N.º 38846, Francisco Rodríguez, Bahía Blanca, F. C. S. — N.º 38846, A. Blasco, San Sebastián, F. C. M. — Número 42591, Margarita Dragoevich, Ferré, F. C. C. G. B. A. — N.º 42591, J. N. Elías, Esquiú, F. C. C. C. — N.º 42591, Jacinta Corredera Criado, Winifreda, F. C. O. — N.º 42591, Marcelaino Rossi, Felipe Solá, F. C. P. — Número 42591, Cándido Corredera, Pensamiento, F. C. R. P. B. — N.º 42591, Bambina D. de Almirón, Chivilcoy, F. C. O. — N.º 42591, Catalina R. de Díaz, Rivera, F. C. P. — N.º 42591, Florencia Román, Guaminí, F. C. S. — Número 42591, José M. Celein, 9 de Julio, F. C. O. — N.º 42591, Santiago J. Corea (hijo), Guatraché, F. C. P. — N.º 48366, Desiderio C. Pira, Gazcón, F. C. P. — N.º 48366, Miguel Dietrich, C. Suárez, F. C. S. — N.º 48366, Miguel Zust, Winifreda, F. C. O. — N.º 48366, Angela D. Tirolo, Primavera, F. C. R. P. B. — N.º 48366, Juana R. Blanco, Bahía Blanca, F. C. S.



Victoria 2666-Bs. As.- A las personas favorecidas con un mate con boca de plata se les enviará aviso para que pasen a retirarlo.

SARRASQUETA NO AGUANTA LATAS



¡Don Goyo! ¿Sabe usted? En los Estados Unidos hay más de cien mil médicos falsos (vulgo curanderos) que a pesar de ser falsos, todos se hacen de oro, pasando como buenos.



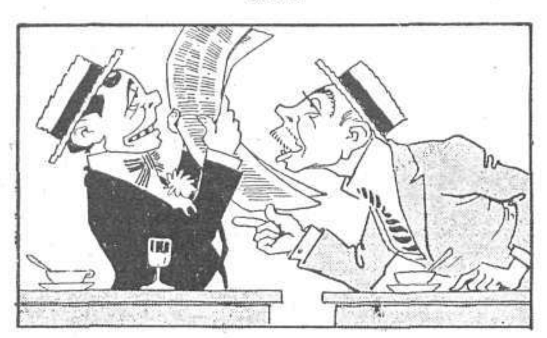
¡Sarrasqueta! ¿Sabe usted? Los republicanos irlandeses continúan la huelga del hambre, a pesar de tener que comer, y aquí sin declararnos en huelga nos morimos de inanición por la carestía de los comestibles.



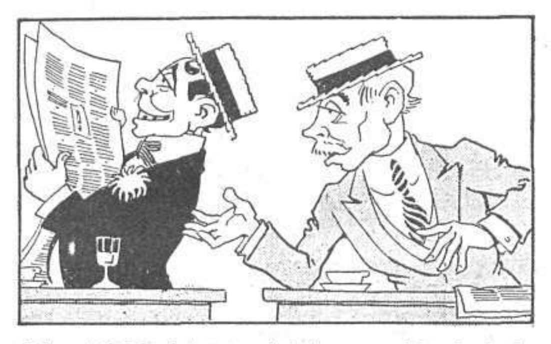
¡Señor Obes! ¿Sabe usted? Telegrafían de la Gran China que en Hong-Kong sigue la guerra entre el mandarín Yan-Sen-Tin y el general Chen-Chening-Ming, obligado éste a huir a la provincia de Hu-Nan donde se atrincheran y defienden con trinchetas.



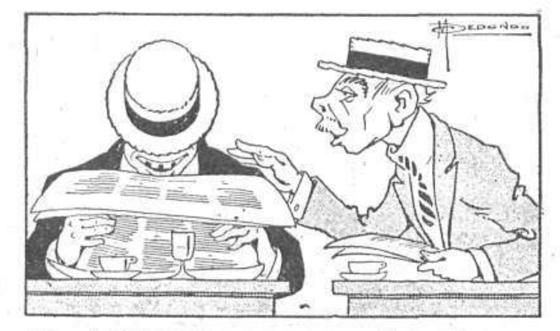
¿Sabe usted? La tumba de Tutankhamon ha sido reabierta porque estaba cerrada. Después de ponerse guantes de goma, la registraron, encontrando en la mano de la momia el bastón de mando, del que no quería desprenderse, como les ocurre a muchos presidentes.



¿Sabe usted? La poderosa sociedad secreta político-religiosa del Klu-Klux-Klan, está divulgando a voces los secretos de lo que va a hacer para derrotar a su rival, la sociedad músico-coreográfica del Ba-ta-clán.



¿Sabe usted? Un doctor yanqui de los menos falsos ha hecho maravillosos injertos entre animales. A un perro le cortó la cabeza y se la injertó a un gato, y la del gato al perro. Lo que aun no ha conseguido es transplantar la cabeza de un elefante al cuerpo de un ratón.



¿Sabe usted? En el Ruhr parece que se acabó el carbón porque no llegan a un acuerdo; para substituirlo tendrán que intensificar la explotación de la leña, de la que dicen que hay mucha a la vista.



Para combatir la ley seca, los ingleses prohiben la entrada en sus puertos a los barcos que no lleven la cantidad necesaria de bebidas para que copeen los viajeros... ¿Sabe usted?
— Sarrasqueta. — ¡¡Yo no sé nada!! ¡¡Soy sordo del izquierdo!!

Doble Trabajo en la Mitad de Tiempo

Totales Parciales y General en una Operación

```
    2.61
  54.76
  12.31

  69.68 T

  58.35
  63.43
  52.78

 174.56 T

  72.45
   4.60
  27.30

 104.35 T

 348.59 *
```

La Máquina Burroughs Duplex, como su nombre implica, equivale a dos máquinas. Es una máquina de especial estructura, y de un uso sumamente ventajoso para ciertos trabajos que consisten de varias columnas de números relacionadas entre sí.

Con esta máquina se pueden hacer varias sumas a la vez, obteniendo los totales por separado, sin perjuicio de combinar tales totales en un total general.

Hay muchos trabajos, en todo escritorio moderno, que requieren una máquina de esta índole. Hacer tales trabajos de cualquier otra manera, bien sea a mano o por medio de una máquina simple, requiere demasiado tiempo.

La economía de tiempo, en estos tiempos de progreso, es uno de los factores de mayor importancia en el manejo de un negocio, y quizás el que más contribuye a la consecución de mayores utilidades.

Una Máquina Burroughs Duplex economiza por lo menos la mitad del tiempo que se invertiría haciendo el mismo trabajo con otra máquina, y, por supuesto, muchísimo más que haciendo el trabajo a mano.

Pídase una demostración práctica. Uno de nuestros representantes se pondrá a sus órdenes cuando guste, y le explicará cómo puede economizar dinero en su negocio y así aumentar sus beneficios. Diríjase a

H. E. Watkins & Co., Ltd.

937-Córdoba-937
Rosario

773-Tucumán-785
Buenos Aires

1540-Zabala-1540
Montevideo

Burroughs

MÁQUINAS DE SUMAR, DE CALCULAR Y DE CONTABILIDAD

4492

De Santa Fe



El gobernador, doctor Mosca, altas autoridades provinciales, representantes de instituciones bancarias y caracterizado núcleo de señores que concurrieron al acto de la inauguración del nuevo edificio de la sucursal del Banco de la Nación en esta ciudad.

EL REY DEL GARBANZO

El pueblo norteamericano siente una gran veneración por la realeza. Y como no puede tener reyes «por la gracia de Dios», los fabrica por la gracia del talento o del dinero, y les asigna reinados independientes, como al del petróleo, al del acero, al de la Coca-Cola, y al de última creación: al del garbanzo, el último surgido.

José W. Berenger, es un vizcaíno recio, tesonero, el prototipo de su raza. Tenía y tiene la firme convicción de su arrojo y capacidad. En 1921 concibió la idea de acaparar la cosecha de garbanzos de Méjico, salvando con ello a los cosecheros mejicanos, que se hallaban en precaria situación, y naturalmente hacerse una posición.

Faltábale tan sólo el capital y se lanzó a su busca, nuevo Colón solicitó el amparo de los soberanos del oro, quienes desconfiando de aquel joven iluso se hicieron los sordos. Por fin logró le escuchara un banquero de New Orleans, ante el cual expuso sus planes y cuando vió que no conquistaba al banquero, le invitó como argumento supremo a comer un puchero con garbanzos preparado por él. El suculento plato debió influír más que los números en el ánimo del banquero, pues al otro día se firmaron las bases de un acuerdo y Berenger, ya *príncipe del garbanzo*, recibió la autorización para disponer de los millones necesarios para la empresa. Y el garbanzo de Méjico bajo marca especial y sugestiva se extendió por el globo.

La constancia, la incansabilidad, el talento, hicieron triunfar a José W. Berenger en su empresa, y después de repagar al banquero sus millones y salvar la industria garbancera de Méjico de la ruina, se ciñó el manto púrpura, que le ofrecieron sus colegos de Méjico y Norteamérica, y quedó consagrado como el Rey del Garbanzo.

Para todas las Mamás

nuestras sinceras congratulaciones. Y si a usted, señora, los Reyes le preparan tan preciado obsequio, recuerde que tiene en la Malta Palermo una excelente amiga.

Cervecería Palermo S. A. — Buenos Aires.



EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA



Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

Benefactor

Entre nosotros este vocablo no es anticuado— tacha con que figura en el diccionario — sino la forma culta de «bienhechor».

Con «benefactor», así como con «deceso», «exilio» y otras voces que, no obstante ser hoy de constante uso, están calificadas de arcaísmos, la docta Corporación ha procedido con un criterio celosamente revolucionario, el cual creemos debe servir de pauta más bien para la admisión de palabras nuevas que para el desalojamiento de huéspedes simpáticos. "En ese sentido, su acción industrial no puede ser más meritoria, y ella lo consagra (a Wheelwright) uno de los grandes *benefactores* de nuestros pueblos nacientes" (M. G. Merou, *Alberdi).*

Benevolente

Por un procedimiento indirecto, hay quienes hacen «benevolente» de «benevolentísimo», olvidándose los tales que este superlativo, formado al tenor de «beneficentísimo», «munificentísimo», «magnificentísimo», cuyos primitivos son «benéfico», «munífico» y «magnífico», respectivamente, es irregular y, por tanto, de construcción idéntica a aquéllos.

La forma castiza ha sido empleada por conocidos prosistas argentinos: «Buenos Aires debería ruborizarse un poco del título visiblemente exagerado de Atenas sudamericana con que la designan algunos escritores *benévolos* pero irreflexivos». (Pedro Goyena, *Crítica Literaria*). «Pero acogíamos esa materia parva con la *benévola* sonrisa de los magos del Faraón ante los primeros milagros de Moisés». (Miguel Cané, *Juvenilla*). «La orden podrá ser impartida por el dictador *benévolo* de Renán y ser razonable también». (Agustín Alvarez, *La Creación del Mundo Moral*).

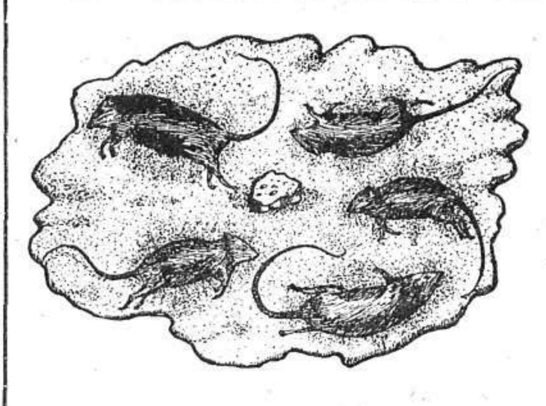
Bichoco

La significación de este presunto argentinismo no se ha fijado del todo, pues si admitimos la acepción con que figura en algún vocabulario, «bichoco» se diría únicamente del animal que por vejez o enfermedad tiene los pies hinchados; lo cual no es exacto, ya que, también, se aplica a personas que se encuentran en condiciones físicas deplorables. «Ha de saber que el dotor — Era dentrao en edad — Ansina es que estaba ya — *Bichoco* para el amor». (E. del Campo, *Fausto*).

Biógrafo

No sólo es para nosotros el que escribe la vida de otro, según asienta el diccionario, sino, también, lo que muchos entienden por «cine» o «cinema» y que la docta Corporación llama con propiedad «cinematógrafo»: «Gracias a un prodigio de la ciencia he presenciado un prodigio de la naturaleza, asistiendo en un *biógrafo* a la maravillosa transformación de la larva de la libélula en perfeccionado insecto». (Agustín Alvarez, *La Creación del Mundo Moral*).

(Continuará.)





NOTABLE PRODUCTO INGLES PARA CAZAR

RATAS Y LAUCHAS

Con una capa de "RATSTICKER" extendida sobre una tabla de madera de 40 x 50 cms. y colocando un pedazo de queso u otro cebo en el medio

¡LAS RATAS QUEDAN PEGADAS COMO MOSCAS!

Lata	chica	de 1/4	libra,	$ 1.50	c/l.
»	mediana	» 1/2	»	» 2.50	»
»	grande	» 1	»	» 3.50	»
»	Ex. grande	» 2	»	» 6.30	»

La lata chica es solamente recomendable para cazar lauchas. Envíenos un giro postal o el importe en efectivo y le enviaremos una lata para ensayo.

SOLICITENSE PRECIOS POR MAYOR

"RATSTICKER" NO ES VENENOSO. ES SEGURO. LIMPIO. Y COMPRUEBA SU EFECTO DIARIAMENTE

IMPORTADORES: ANDERSON, LEVANTI & Co.
ALSINA 471 — BS. AIRES

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

El tratamiento verdaderamente eficaz y rápido para enfermedades secretas de las vías urinarias.

INYECCION 918

No tiene similar. Es electroactiva. No ataca el canal urinario y NUNCA PRODUCE ESTRECHEZ.

Dos inyecciones diarias durante 8 a 15 días bastan para casos recientes de **gonorrea, blenorragia, uretritis orquitis, prostatitis, catarro vesical, flujos varios etc.** Casos crónicos necesitarán algo más tiempo pero el resultado es seguro en todo los casos.

Empleo sencillo y cómodo; no necesita régimen especial.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Si su farmacéutico no la tiene, pídalo directamente a los

Laboratorios Farmacéuticos D'Inzeo, Lda.

Departamento de distribución: GARAY, 339 - Bs. Aires.

SOLICITE FOLLETO EXPLICATIVO



Precio del frasco $ 5.50 m/n. franco de porte



LOS RUSOS EN BIZANCIO

PROPIEDAD DE LA EDITORIAL "CALPE"

REPRODUCCIÓN POR CONVENIO ESPECIAL

Quiero redactar este fragmento de la vida constantinopolitana al estilo venerable de las novelas históricas. Así tendrá más color y carácter.

Era una clara mañana estival del año 1921.

Pero no; era de noche, ahora que me acuerdo...

El autor ha empezado por la mañana solamente porque todas las novelas históricas rusas dan principio así...

Pero en realidad era de noche cuando se desarrollaba el conflicto que ha dado origen a esta auténtica novela.

El conde Besujof, sin hacerse anunciar precisamente, penetró en la habitación de su mujer y encontró a ésta última (que era en realidad la primera) abandonada en los brazos de su amigo el príncipe Bolkousky.

Se desarrolló una escena terrible.

— ¡Muy señor mío!—dijo furiosamente el marido.

— ¡Muy señor mío!

— ¿Sabe usted que ha manchado mi honor?

— Aquí hay una dama; le ruego, pues, no eleve la voz. ¡Tiene gracia; chilla, y no sabe por qué!

Después de haberse mordido el labio inferior, pálido, sin decir palabra, descalzóse el conde gravemente un guante, adelantó un paso en dirección al príncipe y lo arrojó a la cara de su rival.

— Espero que sabrá lo que esto significa — murmuró lúgubremente.

— Quedo a sus órdenes — respondió fríamente, haciendo una reverencia, el príncipe Bolkousky.

— Mis padrinos estarán en su casa a las diez de la mañana.

— Aunque sea a las nueve — respondió con dignidad el príncipe requiriendo su sombrero.

Según lo convenido entre ambas partes, el encuentro a pistola quedó concertado para el día siguiente.

Después de haber dispuesto condiciones y detalles, el coronel N., padrino del conde, preguntó al oficial de húsares Rostof, que lo era del príncipe:

— Y ahora un último detalle; ¿tiene su apadrinado pistolas de desafío?

— No señor.

— ¿Y usted?

— ¿De dónde las voy a sacar, querido? Al evacuar Sebastopol sólo pude coger un maletín... ¡No estaba entonces para pensar en pistolas!

— Pues mi apadrinado tampoco tiene ninguna. ¿Qué vamos a hacer? ¿No nos las podrían prestar en alguna parte, el barón Berg, por ejemplo?

— ¡Sí que ha encontrado usted a quien pedírselas! El barón está en el barrio de Pera vendiendo cepillos. ¿Cree usted que tendrá una prenda de tanto valor como una caja de pistolas?

Los padrinos se separaron, dirigiéndose en busca de sus apadrinados.

— ¿Qué? — preguntó impacientemente el conde Besujof, pálido y con los ojos encendidos. — ¿Está todo arreglado? ¿Para cuándo?

— ¡Cá, no disponemos de pistolas!

— ¡Vamos! ¿No dispondrá de unas el barón Berg?

— Sólo dispone de cepillos... Supongo que no irán a batirse a cepillo.

— ¿Y no podríamos comprarlas? ¿Resultarán muy caras?

— ¿Qué dice, excelencia; comprar pistolas en una tienda de Constantinopla? Pistolas de desafío, ¿para qué van a quererlas aquí? ¿Para los griegos que venden aceitunas y turrón? ¿Ha tropezado aquí su excelencia con Onieguins?... Ellos resuelven sus cuestiones a puñetazos y no con desafíos; le puedo asegurar que entre los griegos de la colonia no encontraría ni a Lensky ni a Pechori...

— ¡Hum... no voy a desistir del duelo porque haya surgido esa dificultad!

— Intentaré, no obstante, informarme convenientemente en un establecimiento de «ocasión», a ver si tengo la suerte de encontrar alguna...

Muy buenas! ¿En qué puedo servirle?

— ¿Tiene pistolas de desafío?

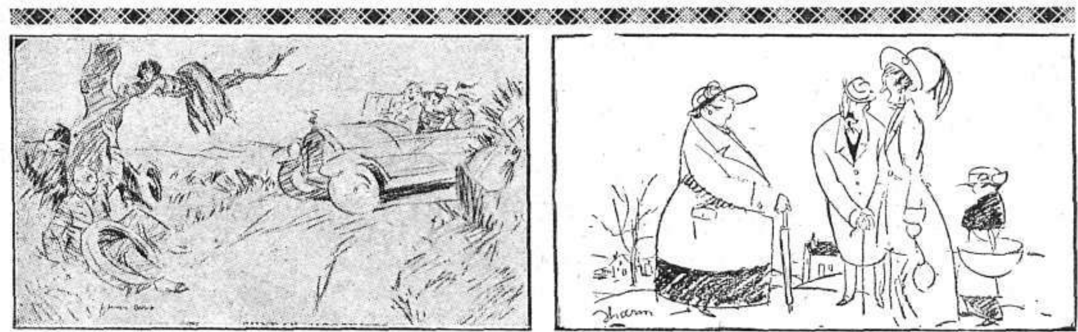
— Aquí tenemos de todo: tapices, cuadros, brillantes, pipas...

— ¿Para qué demonios quiero yo las pipas si con ellas no se puede disparar?

— ¡*Pardon!* ¿Va usted a batirse? ¿Ha concertado algún desafío?

— Precisamente yo, no; iré tan solo en calidad de padrino.

— ¡Ah, está bien, está bien! Haga el favor de tomar asiento; le deseo éxito en su cometido...



La dama del auto: — ¡Cuidado, hombre! ¿No ves que el árbol está ocupado?



EXPLICACION

— Sí. Parece que el carnicero tiene los riñones muy mal...

— ¡No te decía yo! ¡Anoche en la comida lo noté!

¿De modo que usted desea pistolas? Vamos a ver si encontramos algunas. ¿Desea dos?

— ¡Dos, naturalmente, pues no se trata de bailar ningún rigodón!

— No se trata de eso; a lo mejor le bastaría con una.

— ¿Pero qué tontería está usted diciendo? ¿Cómo íbamos a verificar el encuentro no disponiendo sino de una pistola?

— ¿Por qué no? Primero dispara uno, y después, si no ha hecho blanco, entrega el arma a su contrario, dispara éste, y así sucesivamente. ¡Resulta más económico!

— ¡Calle usted!... ¿Cuánto pide por el par?

— Como se trata de usted, doscientas liras.

— ¿Se ha vuelto usted loco? ¡No valen ni sesenta!

— ¡No puedo hacer rebaja! Se trata de unas pistolas capaces de pasar por ojo a cinco personas.

— ¡Hombre, no vamos a buscar otras parejas de duelistas sólo por darle a usted ese gusto! Déjemelas en cien liras.

— ¡No puede ser!

□

Qué tal?

— ¡Que se vayan todos al diablo! La humanidad se ha vuelto loca. Puede el hombre intentarlo todo, movido de filantropía; pero no se puede pedir doscientas liras por dos pistolas. Dígame, ¿de cuánto dinero dispone?

— ¡Hum!... Puedo entregarle todo mi caudal, ¡hasta cuarenta liras!

— Pero vamos a ver, ¿por qué va a sufragar usted solo todos los gastos? ¡Que sufrague su rival la parte que le corresponda!

— Escuche. ¿Será correcto en estos casos?...

— ¡En Constantinopla todo es correcto! Le sacaré su parte alícuota hasta para pagar el médico.

□

Comenzó a girar la rueda. El coronel N. fué a ver al oficial Rostof y le exigió que su apadrinado, el príncipe Bolkousky, pagase la parte que le correspondía en la adquisición de las pistolas, unas cuarenta liras. El oficial se dirigió al príncipe y éste no disponía más que de veinticinco. Volvió el oficial adonde estaba el coronel, pero éste encontró que no eran iguales las suertes y propuso tomar un médico por cuenta del príncipe. Después marcharon juntos al «Todo de ocasión» y se pusieron a regatear...

El tendero dejó las pistolas en ciento cincuenta liras (sin sus accesorios). Los padrinos le daban sesenta por unas y otros. No pudiendo llegar a avenirse, cada uno se dirigió a su representado en solicitud de instrucciones. El conde propuso al coronel N. que las alquilasen. El coronel fué en busca del oficial Rostof. Ambos volvieron a la tienda. El tendero dió su conformidad, mas pidiendo en fianza ciento cincuenta liras. Tornaron los padrinos a las andadas; uno de los representados, el conde, ofreció dar en fianza un alfiler de corbata — cien liras — con tal de que el príncipe desembolsase el resto. Rostof visitó a éste nuevamente, pero se encontró con que no disponía sino de quince liras. El conde se enteró por su padrino de que el príncipe rehuía el desafío, y respondió éste, por mediación del húsar, que la pobreza no era *sabotage*, y que si aquel le facilitaba el dinero para las pistolas, se lo devolvería tan pronto le fuese posible. El conde aceptó tal propuesta; pero su mujer se indignó: «¡Con qué derecho — decía — si las suertes no son iguales! Si te mata, con eso mismo queda libre de su deuda, y si eres tú quien le das muerte, no cobrarás ni un céntimo. No quiero que se exponga ni un céntimo por vuestra testarudez». Replicó el conde que aquí no se ventilaban cuestiones de testarudez, sino de honor; y replicóle la condesa que el honor es algo problemático cuando no se dispone de posibles ni para poder comer. El chico del «Todo de ocasión» vino y preguntó ingenuamente: «Que si se van a batir los señores o lo han dejado, y puede que se vendan las pistolas». El conde lo encaminó a casa del príncipe, y al diablo la condesa; y el chico, en lugar de obedecer, abrió el paraguas, porque llovía, y se marchó corriendo hacia la tienda.

Se aproximaba el otoño...

□

Oh Liensky, Pechorin, Onieguin y Gruchnitski! ¡Vosotros podíais mantener vuestro penacho porque disponíais de pistolas, criados, coches y caballos de silla! «¿Un desafío? ¡Sea en buena hora! En tal y cual sitio, a tal y cual hora, y a pistola...» Pero pruebe usted, querido señor Liensky, a andar por las tiendas de ocasión y a regatear hasta el último céntimo, o a entrar en relaciones con Onieguin, con el propósito de que sufrague la mitad de los gastos, y recibe usted su negativa porque su bolsillo estaba lleno solamente de aire... y entonces no cantaría usted

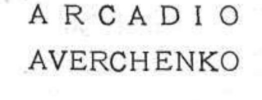
"¿moriré atravesado por una bala?"

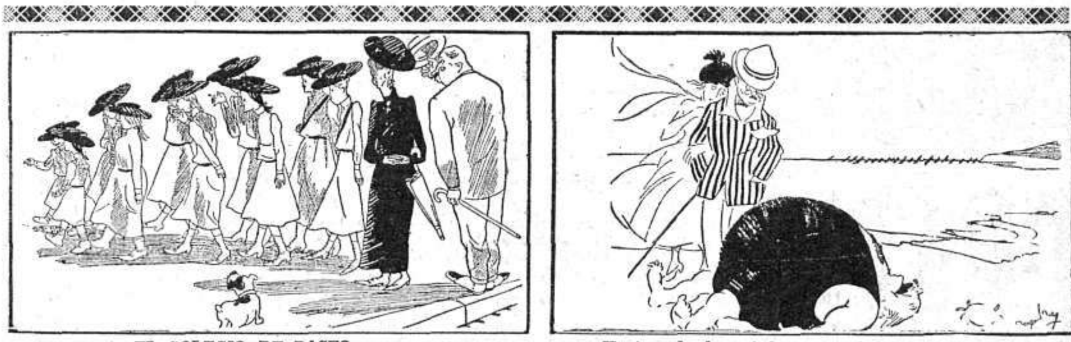
sino que entonaría una canción completamente distinta

"Morir, no murió,
sólo el tiempo perdió".

□

Nos encontramos empobrecidos, empobrecidos... Ni siquiera nos resta la posibilidad de achicharrar a un amigo con caballeresca corrección.





EL COLEGIO DE PASEO

— Permítame que la felicite, señora... Aunque es de lamentar que no tenga ningún varoncito...



— ¡Ha tomado demasiada agua salada!
— ¡El pobre, que tenía albúmina!!!

Escuela complementaria N.° 54 del Consejo Escolar 4.°



Concurrentes a la Exposición escolar realizada en la Escuela Complementaria N.° 54 del C. E. 4.°, en la cual fueron presentados hermosos trabajos ejecutados por los alumnos.

El vocal del C. de E., doctor Jorge A. Boero, personal docente de dicho establecimiento y demás visitantes a la Exposición antedicha.

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES para FABRICACION de CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL



Se cose y se borda sin fatiga en una máquina





SU ALTURA CIENTIFICAMENTE PROPORCIONADA, EVITA EL ENCORVAMIENTO DE LA ESPALDA

Marcha sin esfuerzo, sin ruido y sin tropiezos, porque su fabricación técnica es el producto de 50 años de experiencias y estudios y porque sus materiales son puestos a prueba de resistencia y solidez antes de ser utilizados.

Se vende al contado o a PLAZOS. Se dan lecciones gratis.

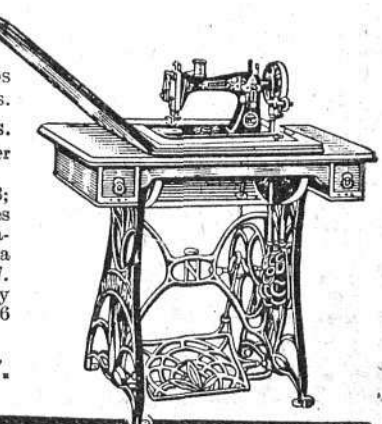
Pida hoy mismo informes a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República, en los siguientes locales de venta:

BUENOS AIRES, Carlos Pellegrini, 326; San Juan, 3653; Asamblea, 338; Corrientes, 4615; Triunvirato, 875, y Montes de Oca, 819. BELGRANO, Mendoza, 2468. FLORES, Rivadavia, 8326. AVELLANEDA, Mitre, 933. PIÑEYRO, Galicia número 735. LANUS, J. C. Paz, 263. LOMAS, Laprida, 257. QUILMES, Rivadavia, 311. SAN ISIDRO, Centenario y Alsina. TIGRE, «La Numancia». LA PLATA, calle 6 N.º 876

o a sus UNICOS INTRODUCTORES

KIRSCHBAUM & Cía. — Independencia, 401-37.

Unión Telefónica, 0293, Avenida. — BUENOS AIRES



Necrología



Señora Cristina Anselmi de Erramouspe.—Capital.

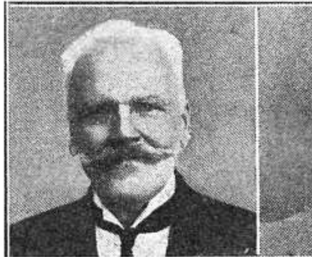
Señorita Juanita Piffaretti. — Azul.



Señorita Blanca Azucena Demaisbri. — Capital.



Señor Miguel M. Villanueva. — Capital.



Señor Carlos Juan Maás. — Asunción.



Doctor Eduardo Hans Mueller. — Capital.



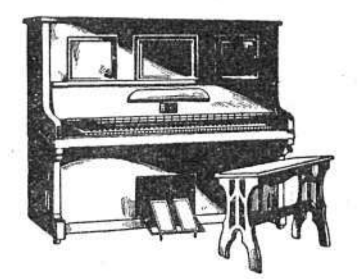
Señor José Doval. — Capital.

Señor Arturo Martín Udabe. — Capital.



Señor Gregorio N. Robalo. — Fronteras.

Señor Juan Bonello. — Capital.



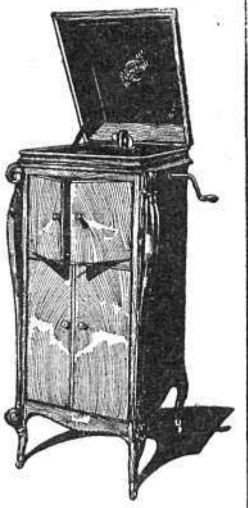
Primer premio

UNA DOBLE OPORTUNIDAD:

EL MEJOR RETRATO Y EL MEJOR CONCURSO.

LA mejor y más importante Fotografía de Sud América, ofrece a usted los vastos elementos de sus magníficas instalaciones y la experiencia de sus artistas para obtener su mejor retrato. Y le ofrece, al mismo tiempo, la ocasión de tomar parte en el más original y correcto de los concursos, cuyas bases son:

SE TRATA DE ACERTAR QUE DIA DE LOS COMPRENDIDOS ENTRE EL 20 Y EL 31 DE ENERO 1924, SERA EL DE TEMPERATURA MAS ELEVADA EN LA CAPITAL FEDERAL.



Segundo premio

PRIMER PREMIO: Gran Piano "Augusto Roth" de concierto, con autonola de la casa Breyer Hnos. con 20 rollos a elección. Valor $ 2.600.—.

SEGUNDO PREMIO: Gran Concertola de lujo, con 12 piezas, de la casa "América". Valor $ 380.—.

TERCER PREMIO: Bicicleta para niña o niño a elección, marca "Exquisite" de la casa M. Pacheco & Cía. Valor $ 135.—.

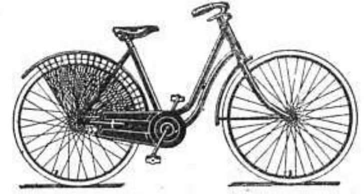
FOTOGRAFIA

Bixio & Castiglioni

C. Pellegrini 760

SOLICITE BASES.

Esta casa cierra los Domingos.



Tercer premio

REMINGTON UMC

Remington Cal. 20. Mod. 17

para su veraneo.

Lleve usted en su equipaje una Remington Cal. 20, modelo 17. Ella le proporcionará placeres inesperados en sus próximas excursiones de caza, tanto en la playa como en el campo.

Esta nueva Escopeta de Repetición reune todos los adelantos que la ciencia y la experiencia han sugerido. Por su peso liviano, perfecto equilibrio, gran eficacia y la absoluta seguridad que ofrece, esta nueva Remington constituye la última palabra en armas de caza.

Es la única Escopeta de Repetición que expele los cartuchos vacíos por la parte inferior. Su recámara es enteriza y sólida, estando así el mecanismo resguardado del polvo y del agua.

Los productos Remington están en venta en todas las casas del ramo.

REMINGTON ARMS COMPANY INC. - 25 Broadway - N. York. E. U. A.

Representantes: DONNELL & PALMER
Moreno, 562 — Buenos Aires.

Y NO PRENDI LA LAMPARA ...



Anoche me he quedado dormida en el jardín,
bajo el olor suavísimo en flor de la retama,
envuelta en el milagro divino de una llama,
anoche me he quedado dormida en el jardín.

Me desperté vestida de claridad lunar,
bajo ese casto beso de la ideal ternura,
e inundada mi alma de azulada blancura
me desperté vestida de claridad lunar.

Tomé el camino adonde la casa me esperaba
abiertas sus ventanas a la quietud serena;
en la noche vestida toda de luna llena,
tomé el camino adonde la casa me esperaba.

Y no prendí la lámpara al llegar al hogar,
porque en el alma había una divina llama,
que recogí durmiendo bajo el oro en retama.
Y no prendí la lámpara al llegar al hogar...

Lita Pereyra Camaño

PRIMAVERA EN EL CAMPO

El poeta con el alma
transparente como un lago

se ha venido para ver
la primavera en el campo

El sol y el cielo están nuevos.
Y el aire es puro y es diáfano.

El rocío enciende luces
diamantinas en el prado.

La brisa peina la yerba.
Y los álamos plateados

trazan con su sombra negra
taraceas en el pasto.

El tibio sol va subiendo
por el cielo azul y blanco;

Lo mismo que hace cien siglos
las vacas están pastando.



Escucha, poeta, escucha
la música de los pájaros:

es el amor, el amor
quien hace que canten tanto.

¡Ay, amor! Existe. Es cierto.
¡Yo ya lo había olvidado!

Las flores recién nacidas,
al verme con este palo,

deben pensar que yo soy
el Adán americano.

No saben las pobrecillas
que soy un poeta raro

que va llorando en voz baja
estos dos versos amargos:

«¡Qué triste está el corazón
—sin un amor—en el campo!»

Pedro Herreros

VISPERAS DE EXAMENES



«Todo plano tangente al cono corta
al plano de la base según una
recta tangente»... ¡Al diablo! ¿Qué me importa
cómo lo corta?... ¡Buenas noches, luna!

Luna primaveral, amiga mía,
que conversas con ella en su ventana,
dile que ahora estudio geometría
para aprobar mi examen de mañana.

Que mientras leo, el corazón ardiente
en palpitar por ella se deshace...
Pero debo estudiar... «recta tangente
a la circunferencia de la base».

Y aunque tiembla en su llama ya insegura
la lámpara que vela mi desvelo,
mantiene inalterable su luz pura
cual si se alimentara con mi anhelo.

Luis Cané



SOY FELIZ

Angustiada, claudicante, hecha arambeles mi clámide de ensueño, sangrante la planta que recorrió largas jornadas, amargos los labios, destrozado el corazón, cansados los ojos de contemplar tanta ruindad.

Manos impías arrancaron pedazos de mi alma y de mi carne, sin reparar siquiera en los espasmos de mi dolor, desoyeron mi voz fraternal que sólo pedía recibieran el don inmenso de mi amor.

Diéronle la espalda a mi ternura, arrojáronme la befa de la injusticia, hicieron escarnio de aquel mi dulce afán de dar. Mas llegó un día en que me detuve, estaba sola... sola, sonaban en mi alcázar aún los pasos de los que se alejaban.

Reconcentréme en mí misma y medité, abrí la puerta inmensa de mi alma hacia otras latitudes, caminé noche y día tropezando en las aristas de la áspera senda, cayendo, levantándome, hasta que una débil claridad despuntó en Oriente.

Seguí mi marcha, sostenida por una extraña fuerza interior, y llegué al palacio de pórfido y oro que edificaron las Musas a Palas Atenea; no bien hollé sus dinteles una Deidad salió a mi encuentro y oí su voz que desde el fondo de los siglos me decía:

— Peregrina alma trashumante ¿qué buscas aquí?

Agolpóse en mi pecho toda mi amargura y a través de mis lágrimas repuse:

— Busco consuelo a mi dolor.

Sentí que unos ojos profundos observaban mi desgarrada túnica y mis pies sangrantes.

— ¿Sufres? — me preguntó.

— ¡Tanto! — dije con vehemencia — que quiero morir.

Silenciosa, asióme de la mano y me llevó consigo. Cruzamos salones de mármol revestidos de oro; lámparas de alabastro arrojaban su claror de ópalo, ricos tapices desmayados sobre el pavimento acariciaban blandamente nuestras plantas, mientras los pebeteros de ámbar diluían en el ambiente sus azuladas gasas.

La Deidad condújome a una montaña desde cuya altura se abarcaba el Universo, y estirando su brazo de eternidad me habló así:

— Hermana... tu error es grande; tú eres feliz.

Iba a protestar de su engaño, pero con un gesto me detuvo y continuó:

— Eres feliz y no lo sabes... eres feliz puesto que tus ojos abarcan el panorama inmenso del sol, puesto que para ti riman los astros la armonía universal, y tu alma en ansias sublimes bebe hasta saciarse en el cáliz azul del firmamento.

«Eres feliz porque dueña eres de la belleza infinita que plasma tu verbo, eres feliz porque tu alma posee magníficos tesoros. Tuyo es el palio gris de las nubes, la seda rosa del ocaso, la polifonía del viento, las espumas del mar, la cadencia silente de un paisaje sublunar.

«Tuya es la paleta de vivos colores que la naturaleza ofrece a tu capricho, tuya la fuente sellada del reino de las almas, donde puedes beber hasta saciarte, tuyo es el cofre que labraron los siglos repletos de gemas maravillosas que forjó el talento humano, en la alquimia intelectual.

«Y aunque te parezca hermana que divago, tuyo es el amor, dicha suprema que diviniza. Es tuyo, tuyo, porque nadie te lo da y no estás expuesta a que te lo quiten, sino que lo llevas en tu psiquis, en las moléculas de tu ser, y así abstracto, inmenso, sin límites, tan grande como la noche o el mar, constituye la esencia misma de tu alma.

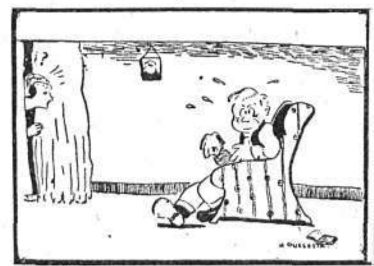
«Serás un ser solitario sin afectos transitorios, de continuo te atisbará el odio y el desdén... ¡qué importa hermana! tu patrimonio espiritual es más valioso, y en cambio de ese amor «tornadizo y falaz» eres dueña de todos los amores.

....

Desandé el largo camino y torné a la vida con el alma llena de luz. Y cuando las espinas del mundo lastiman mis carnes, o la maldad siempre en acecho, estira su zarpa brutal para desgarrar de nuevo mi clámide de ensueño, me aparto sin amargura, y recordando las palabras de la Deidad me digo:

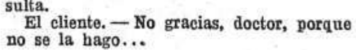
¡Qué importa, qué importa; soy feliz!...

ROSALBA ALIAGA SARMIENTO



Ella. — ¿Por qué te sentaste a la ventana cuando estaba yo cantando?
El. — Para que la gente no creyera que te estaba pegando...



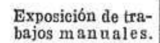


Doctor. — Son cinco pesos por mi consulta.
El cliente. — No gracias, doctor, porque no se la hago...



El dueño, dirigiéndose al ladrón. — Antes de salir de ahí, búsqueme un botón de la camisa que se me cayó...

De Jujuy



Exposición de trabajos manuales.

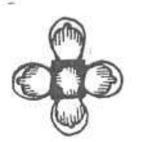
La Sociedad Sarmiento, protectora de la infancia de Jujuy, fundada en el año 1911 con el objeto de velar por la niñez desvalida, sostiene una Academia en la que las alumnas adquieren una sólida práctica de Economía Doméstica, de la cual dan muestra los diversos trabajos presentados en la última Exposición realizada bajo la dirección de la señora Felisa R. de Bustamante.



Un grupo de alumnas.


BAGLEY
BAGLEY
BAGLEY
BAGLEY
BAGLEY
El mejor regalo de Reyes
tanto para chicos como para grandes lo constituyen las exquisitas
GALLETITAS
MORENAS
(cubiertas con chocolate)
que reemplazan a los más ricos bombones, y las deliciosas
Tortas "BAGLEY"
elaboradas con productos de la más alta calidad.
INDUSTRIA ARGENTINA
M. S. BAGLEY & Cia. Lda.
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
MORENAS
TORTA GUINDA
TORTA BAGLEY

EL BÓREAS



POR ALFREDO PANZINI



TRADUCCIÓN DE ATILIO E. CORONNO

CUANDO maestre Ménego estaba a bordo erguido sobre su balandro, era todo un personaje. Conocía las estrellas y las aguas, y cuando en la popa manejaba el gobernalle, dominaba los vientos y las olas. Si el mar estaba en calma, maestre Ménego en rueda de camaradas fumaba su pipa o disponía la leña debajo del caldero para la polenta, preparada con agua dulce; o sobre cubierta ensartaba en los espetones de roble la blanca sepia, el rojo salmonete, la azulada sardina, aceitosos y aun palpitantes.

En tierra maestre Ménego aparentaba menos; su figura se achicaba, ya fuese porque la tierra lo cohibiese, ya fuese porque al caminar barloventeando con sus gruesos zuecos de madera parecía un borracho.

Sin embargo, solamente algunos domingos solía embriagarse un poco, de verdad.

Su balandro, junto a todos los demás de velas rojas, echaba amarras, de regreso, todos los sábados, al anochecer.

Betina, héme aquí, ha llegado tu hombre. Sopla viento bóreas. Hay bonanza. ¡Treinta cofas de pescado! decía llegando a su casa.

Betina, su joven esposa, desgreñada y desaseada, sabía muy bien qué tenía qué hacer, sin hablar mucho, cuando llegaba su hombre. Desgreñada y desaseada pero con la carne delicada y blanca como la de la sepia, debajo de la ropa. Betina, pequeña virgencita, con los ojos gachos subía dócil por la escalerita de madera que conducía a la alcoba. Tras ella resonaban los zuecos de su marinerote.

A la media hora éste decía:

—¡Ahora estoy mejor!

Tan sólo el domingo a la noche iba a la taberna para hacer acompañamiento: *¡Uhn, pá, pá, lá,!* con sonido de extraño parche, a las cantilenas coreadas de los otros pescadores.

A media noche estaba a bordo otra vez; la brisa del alba hallaba a maestre Ménego sereno, en el timón.

Nunca maestre Ménego se había preguntado: «¿Eres feliz, tú?», tal vez porque lo fuese, particularmente cuando a cada regreso decía: «Betina, soy yo, tu hombre».

CIERTA noche el bóreas soplaba con fuerza en el mar; no era día sábado, y una voz resonó desde la calle:

—Betina, abre la puerta, soy yo, tu hombre.

La casita estaba sumergida en el sueño de la noche otoñal. De repente trepidó. Ménego había sacudido con violencia la puerta.

—¿Eres tú? —preguntó una voz por una rendija de la ventana.

—Soy yo, Betina. Hemos llegado de arribada forzosa, con peligro de la vida. En el mar sopla viento huracanado.

Betina abrió.

El hombre hacía temblar la diminuta casucha.

—Betina, ¿no enciendes la luz?

—Para lo que tenemos que hacer no la necesitamos.

Al llegar al vano de la alcoba, el hombre se detuvo. Olfateaba con fuerza.

—¿Qué hediondez es ésta?

Me he lavado y perfumado con agua florida. Ven a la cama, Ménego, que hace frío. ¿Qué esperas, Ménego? Responde. ¿Te has vuelto loco?

Ménego extrajo del bolsillo de su gabán marinero una cajita de lata; restregó; brilló la luz del fósforo; con calma, como en el mar cuando peligra la vida, encendió una velita de cera virgen. Al propagarse la luz se oyó un ruido.

—¡Betina! —gritó Ménego.

Pero Betina había desaparecido.

De un tirón levantó el cobertor del tálamo.

Una cosa blanca se retrajo debajo de la cama. Era un pie.

Ménego lo aferró.

—Ven —decía.— Si eres de persona viva debes salir.

Salió el todo. Era un cuerpo de jovenzuelo, que cayó de rodillas, estalló en llanto y dijo:

—Yo no quise venir. Fué Betina que dijo: «Si no vienes es señal que no me quieres».

Ménego, con su gran cara barbuda, lo miraba. No podía sino ser un mozalbete de esos que frecuentan los cafés, llevan corbata de seda y calzan zapatos encharolados.

—¡Sígueme! —Y al decírselo lo sujetó de la muñeca y lo arrastró por la escalera.

Fuera de la casucha el viento soplaba con violencia; la obscuridad era tan grande que ni siquiera se distinguían las embarcaciones ancladas en el canal.

Ménego se lo echó al hombro tal como se encontraba, y como el muchachón perneaba con fuerza, apretó con una mano un pie, con la otra atenaceó juntas las dos manos con el otro pie. Y movióse con su paso bamboleante y seguro.

—¡No me tires al canal que me voy a ahogar!

El hombre proseguía silencioso.

No escogió el camino que llevaba al canal, pero sí el que se internaba en la isla. A medida que avanzaba el fragor de las olas iba apagándose y el viento se oía cada vez menos.

Caminó durante una hora por el descampado. Mientras tanto el mancebo, que se había repuesto un poco, entre sollozos, narraba a Ménego el porqué de su adversa suerte.

Ménego no contestaba nada; avanzaba.

De repente el mozalbete se estremeció por completo: intentó escurrirse dando un desesperado tirón y un alarido de terror.

En las tinieblas nocturnas había entrevisto algo más terrorífico: los cipreses del cementerio. Las copas se mecían, vivas.

Ménego, al oir ese grito desesperado, se detuvo un momento; escrutó el horizonte para tener la seguridad de que ningún fantasma se movía a su encuentro. ¡Nada! Volvió entonces a emprender su marcha.

Llegó a la cancela de los muertos.

La empujó. Avanzó hasta el punto donde el vialcito se abría en cruz formando cuatro callejas arboladas, cuya blancura se perdía a lo lejos entre los setos vivos de mirtos.

El jovenzuelo, siempre cargado sobre sus hom-

bros, no se debatía ya, pero un continuado temblor lo agitaba.

Al final de una calleja, Ménego se detuvo, observó, tanteó con el pie.

La meta estaba lograda.

—Esta es la fosa —dijo.

(Era una de las sepulturas que los enterradores preparan para los huéspedes del mañana).

—Ahora no te muevas —y lo descargó.

El misérrimo, paralizado por el terror pánico, se había agarrado de las piernas de Ménego, en lugar de intentar huir.

Este desenvainó un cuchillo de hoja breve, pero puntiaguda y resistente, de los que usan los pescadores para sus faenas. Lo llevó a la boca y sugetándolo con los dientes, aferró la cabeza del jovenzuelo palpando para hallar el lugar donde pulsaba la carótida.—Reza conmigo el *De Profundis*.

—¡Es la muerte! ¡es la muerte, madre mía! ¡Mi madre! ¿Qué he hecho yo? —repetía con voz abandonada el muchacho.

A esas palabras inesperadas, las manos de Ménego se aflojaron. Sus ojos miraron el campo de los muertos.

—¿Tienes una madre, tú también? —preguntó.

Entonces los ojos del mozalbete dieron salida a todas sus lágrimas. Su voz adquirió el tono de la de una criatura:

—¡Mi madre! ¡mi madre! ¡quiero a mi madre!

Ménego echó hacia atrás su capuchón. Una idea penetró en su cerebro cerrado.

—¿Juras por el alma de tu madre —dijo— que no contarás nunca nada de todo esto?

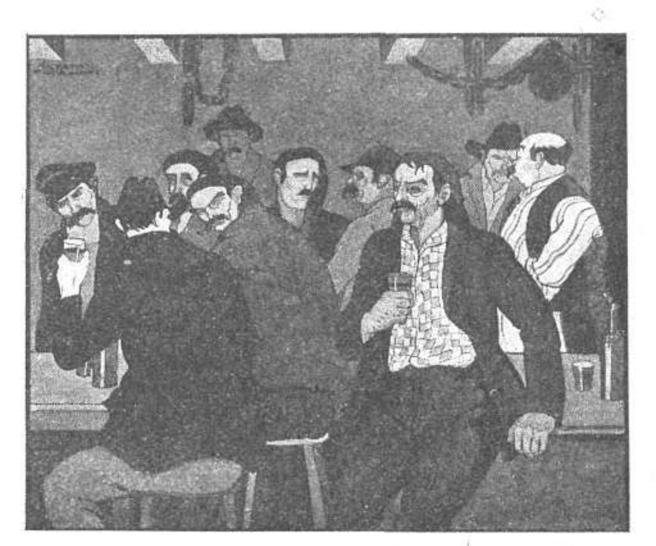
—¡Sí! —gritó el infeliz.

—¿Juras que cuando me vieses, escaparás de modo que yo no te pueda ver nunca más?

—¡Sí! —repitió el jovenzuelo.

—Bien, escapa, rápido; desaparece, ocúltate, aléjate. Que no te vea, que no te vea porque te mato; porque si te viese te mataría.

El jovenzuelo había desaparecido. Ménego se encontró solo. Y un proverbio se le presentó: «la nave no deja huella en el mar; no deja el pájaro en el aire; ni el hombre en la mujer».



Guardó el cuchillo. No había herido. Pero entonces advirtió que el herido era él.

Corría en la noche; gritaba en la noche: «Betina, Betina, ¡has matado a tu Ménego!»



Los camaradas le preguntaban:

—¿Por qué, maestre Ménego, duermes a bordo y no en tu casa?

—Porque hace más calor a bordo, se está mejor.

—¡La Betina sufrirá por el frío, maestre Ménego!

—¡Al diablo, tú y ella!

—Ménego ¿no vienes a comer esta noche? —preguntaba la misma Betina con voz más blanda y humilde que la cera.

—No. Voy a la taberna.

En la taberna, Ménego conquistó gran renombre en breve tiempo. Venció a todos los bebedores.

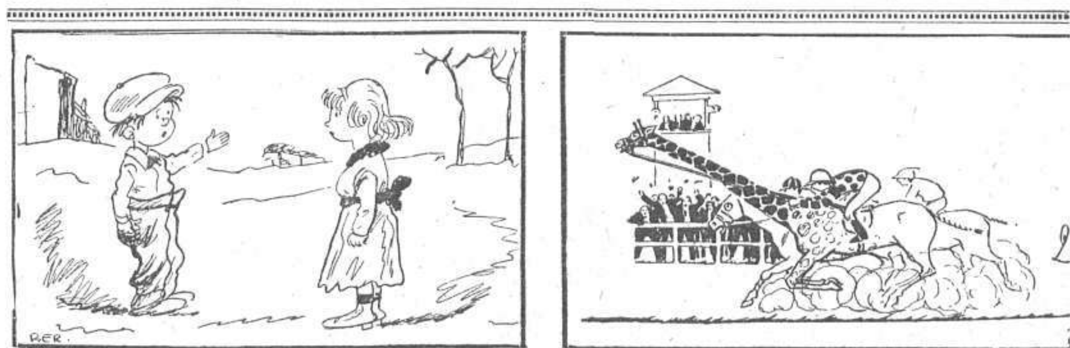
Maestre Tita había bebido treinta copas de vino griego. Maestre Marcos podía beber treinta y cinco y tenerse en pie. Eran los bebedores más afamados. Pero maestre Ménego llegó hasta las cuarenta copas: vino rojo como sangre de delfín y vino de Puglia. Y se sostenía muy bien.

Pero no coreaba ya *zum-zum* o *uhm, pá, pá, lá*, como antaño, cuando sencillamente unía su voz a la cadencia de los que bebían.

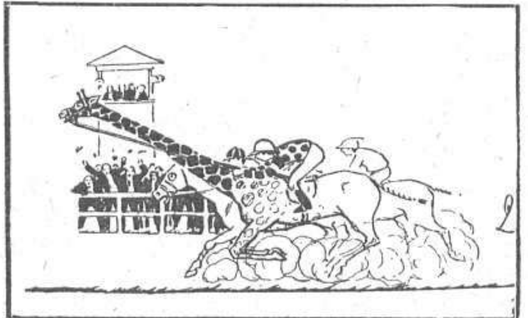
Una mañana no lo vieron a bordo. Soplaba el bóreas y la mar estaba lívida. Lo encontraron, casualmente los pescadores de otro balandro, después de la tormenta.

Maestre Ménego yacía supino y grandote sobre el lecho verde y diáfano de una enorme ola, envuelto en su capote marinero, guarnecido de azul. Su gran cuerpo pasaba de una a otra ola, plácidamente.

—¡Qué hermoso era tu hombre, Betina! —le dijeron los marineros. —¡Lástima que bebiera demasiado!



—Yo te juro, Rosita, que eres mi primer amor!



EN LAS CARRERAS
Sistema para ganar por un pescuezo.

De Córdoba

RIO CUARTO. — Conscriptos de la clase 1902, pertenecientes al regimiento 14 de Infantería, muchos de los cuales se incorporaron siendo analfabetos, reintegrados hoy a la vida civil como ciudadanos útiles, merced a la perseverante labor de sus oficiales.

Jefes y oficiales del regimiento 10 de Infantería, que manda el teniente coronel García, en al vivac de "El Paraíso", establecimiento particular, cedido galantemente por su dueño para la realización de los ejercicios de tiro.



De Mendoza

Viticultores Enólogos, egresados recientemente de la Escuela de Vitivinicultura.



Cicerón Labbé, Segundo Godoy, Julio A. Avendaño, Tomás Aguirre, Roberto Blanco, Carlos Lombardi, Célico Otamendi, Domingo S. Cantú, Saturnino Cortínez, José C. Segovia, Tomás Santalucía, Humberto V. Ofria y Guido J. Macola.



EL MAS PERFECTO *de los* SISTEMAS *de* ARCHIVAR

Introducido Recientemente por la Cía. La Camona.

EL Sistema "Roneo Numeralpha" es completamente nuevo y sobre los anteriores sistemas de archivar presenta numerosísimas ventajas: una carta, una factura, un documento o un dato cualquiera pueden ser hallados *instantáneamente*, pues basta que se abra el cajón para que en seguida *salte a la vista* lo que se busca.

Los nuevos archivos de acero "Roneo" son de la más sólida y fina fabricación inglesa. Resisten perfectamente a las consecuencias de los incendios, de la humedad y de los ataques de las ratas y demás sabandijas. Los cajones funcionan suave y silenciosamente sobre sus guías que tienen cojinetes a rodillos. Prácticamente son indestructibles. A pesar de estas condiciones, en la actualidad

Cuestan Menos que los de Madera.

Este Nuevo Sistema de Archivar, por lo sumamente práctico y sencillo, ha sido ya adoptado por las más grandes instituciones comerciales inglesas, por numerosísimos profesionales y en las oficinas de los Gobiernos de Inglaterra y otros países Europeos. Para el bien de sus negocios de Vd., es menester que todos sus documentos le resulten fácilmente accesibles y que al mismo tiempo sean seguramente protegidos por estos sólidos archivos de acero.

La CARTA

2 La GUÍA

3 La CARPETA

1 El CAJÓN

Cía. La Camona

39 - MAIPU - 43

BUENOS AIRES

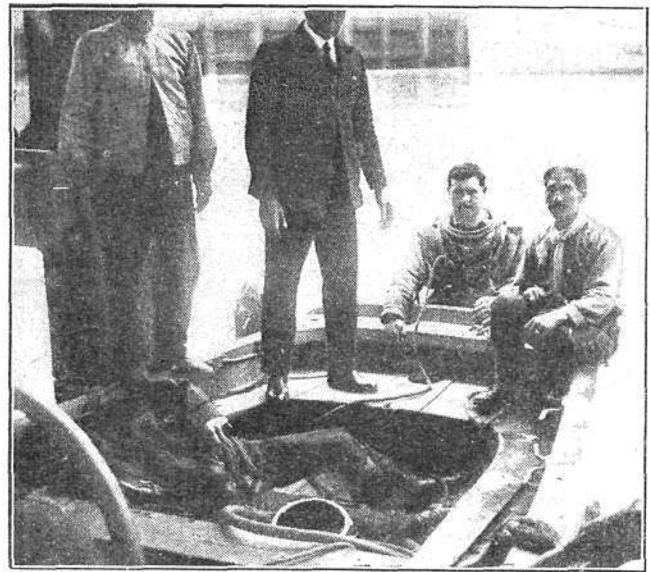
Para obtener datos completos al respecto de este nuevo sistema, adaptable a todo negocio, escríbanos o llene el cupón que va al pie de este aviso.

Hacemos una interesante proposición a los Agentes comerciales que quieran tener la Representación del "Roneo Numeralpha" en sus respectivas localidades.

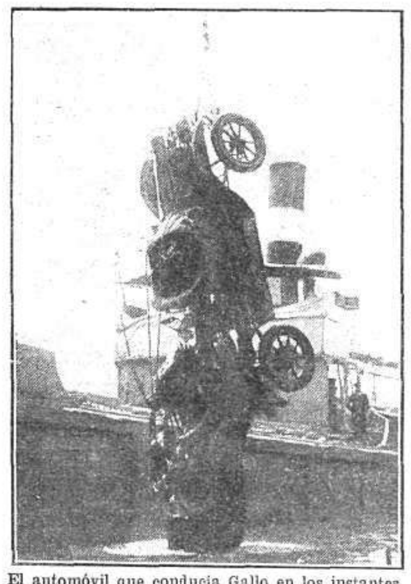
CUPÓN

Cía. LA CAMONA - 39, *Maipú*, 43. Bs. Aires.
Sírvanse remitirme datos completos al respecto del sistema "Roneo Numeralpha".
Nombre..........................
Calle..........................
Localidad..........................
F. C..........................

Dramática caída de un automóvil en el Riachuelo



El buzo de la Boca poco después de extraído el cadáver del infortunado chauffeur italiano Alfredo Gallo, quien, llevando una pasajera, se precipitó con su automóvil en el río en los momentos en que estaba levantado el puente levadizo de Pueyrredón.



El automóvil que conducía Gallo en los instantes de ser extraído del Riachuelo por el personal de la Prefectura Marítima de servicio en ambas márgenes.



Rosa Mustos, la pasajera, asistiéndose en el hospital Fiorito de las leves heridas que sufriera.



Los marineros y tripulantes de la chata "D. Pablo" que con su eficaz ayuda salvaron a la mujer arrojándole varios cabos y salvavidas a los que por fin logró asirse ella, siendo recogida en la embarcación.



Un espectador que se cayó del muelle al río al presenciar la extracción del cadáver, lesionándose.

Gran explosión de un mortero



Filomena Piserno, herida.



Angel Sala, herido.



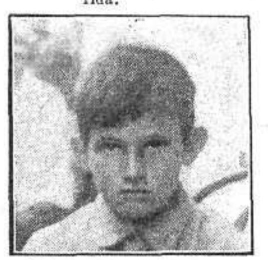
José Flor, herido.



Pascual Frizzini, herido.



Miguel Spesano, herido.



Alfredo Brinetti, herido.



Adriano Brinetti, herido.



Angel Gingrasso, herido.



Amada Jordano, herida.

Víctimas de la explosión de un mortero durante una procesión religiosa, lo que ocasionó gran alarma entre los fieles de la parroquia de San José, en Rosario, donde ocurrió el accidente.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

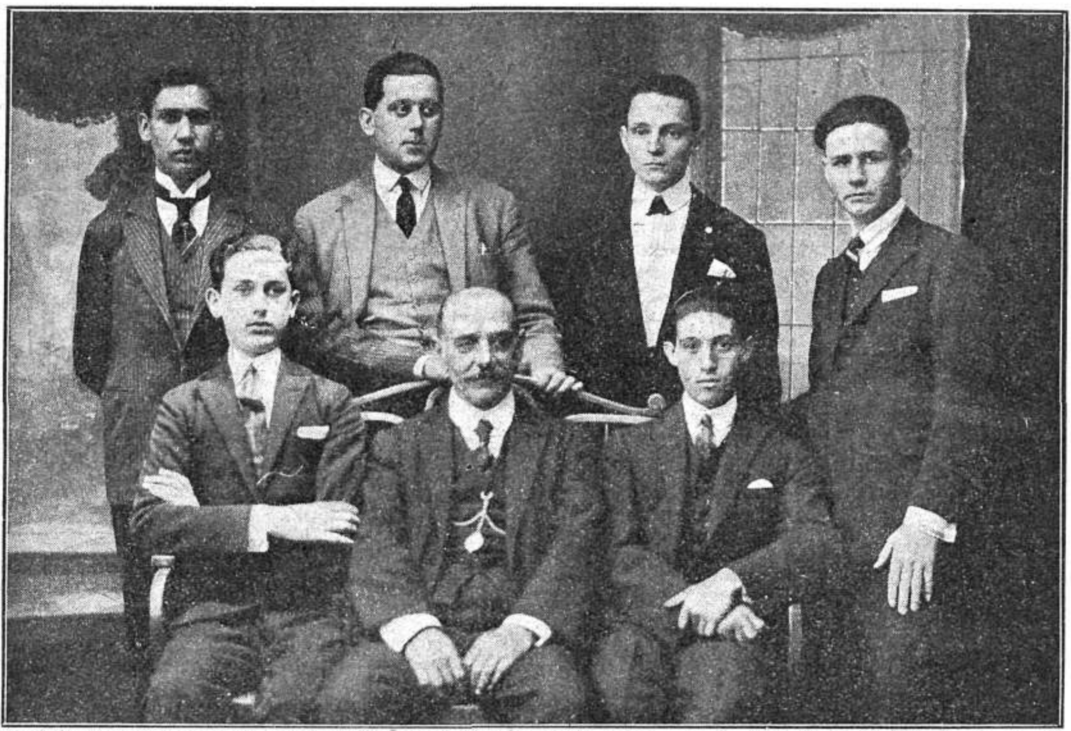
No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De Entre Ríos

Paraná. — Nuevos Contadores Públicos.



Alumnos de la escuela nocturna profesional "Leandro N. Alem" egresados últimamente: Amalio B. García, Porfirio Macchi, Juan B Predassi, Eugenio D. Jacquier, Samuel Bolchiquis, señor Miguel Scattini (director de la escuela) y Justo M. Rodríguez.

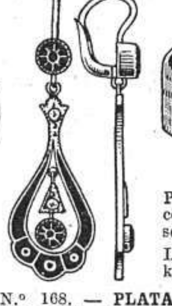


PRECIOS SUMAMENTE REDUCIDOS



PULSERA de moaré fino, con relojito enchapado en oro, máquina bien observada, variados modelos........................ $ **9.00**

Con máquina, sobre 15 rubíes y enchapado en oro 18 kilates, garantido por 10 años. $ **18.00**



N.º 168. — **PLATA 900**, gancho de oro 14 kilates y aplicaciones de esmalte fino....... $ **7.50**



PULSERA de moaré fino con placa de plata 900 con cualquier nombre en esmalte, por solo................................ $ **5.00**

La misma con placa maciza de oro 18 kilates sellado...................... $ **15.00**



N.º 527. — **PLATA** vieja y piedra color, el par, pesos **3.00**

N.º 522. — **ETRUSCOS**, varios modelos, el par, a pesos **3.50**

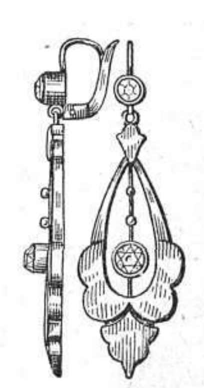


N.º 141. — **PLATA 900**, con iniciales grabadas o esmalte..... $ **5.00**

N.º 142. — **GEMELOS** de plata 900, con iniciales que se deseen en esmalte, el par....... $ **5.00**



N.º 124. — **ANILLO** para caballero, oro 18 Fix, con una piedra química, a pesos....... **9.00**



N.º 526. — **BONITOS AROS** de oro 14 kilates garantido, modelo muy elegante, con piedras símili, a pesos....... **12.00**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.

Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER

La Suiza Americana

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

Máximum de perfección

y precios más económicos que las de madera inferior, distinguen en forma absoluta a nuestras

PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO





Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22
23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52

SOLICITE CATALOGO

Acordamos **5** % de descuento.

Puerta N.º 3.			**Ventana N.º 11.**		
De 3.20 × 1.10	c/u. $	**119.-**	De 2.80 × 1.10	c/u. $	**102.-**
» 3.00 × 1.10	» »	**117.-**	» 2.60 × 1.10	» »	**100.-**
» 2.80 × 1.10	» »	**115.-**	» 2.40 × 1.10	» »	**98.-**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

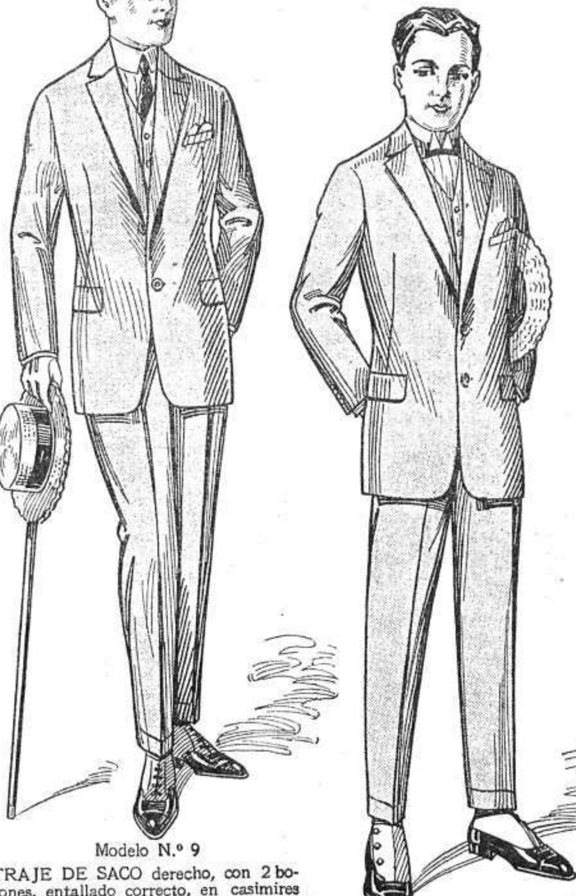
TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — Buenos Aires

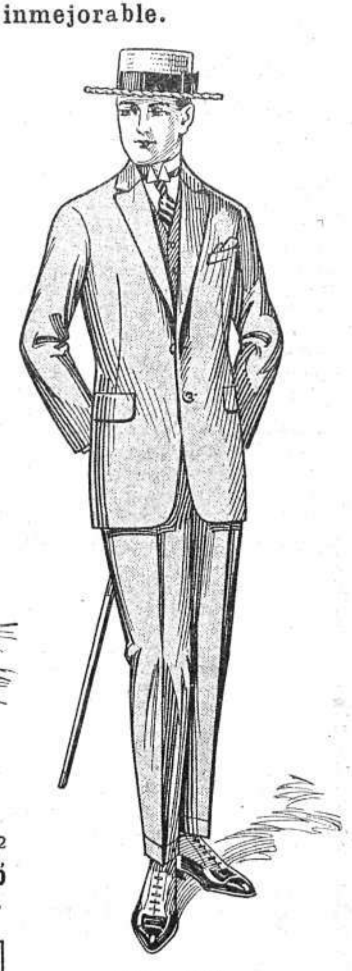
Grupo de señoritas que han obtenido su diploma en la Escuela Pedagógica Sarmiento.

La directora y personal docente de la Escuela de Manualidades rodeadas por las alumnas egresadas este año.

LIQUIDACION
VERDADERAMENTE SENSACIONAL DE
TRAJES HECHOS



Ultimos modelos, impecable elegancia, corte magistral, confección inmejorable.



Modelo N.º 9
TRAJE DE SACO derecho, con 2 botones, entallado correcto, en casimires de gustos espléndidos, muy elegante y vistoso, de $ **60**

REBAJADO a $ **38.—**

Modelo N.º 13
TRAJE DE SACO derecho, con 1 ó 2 botones, semientallado, modelo juvenil, especial para personas esbeltas, de $ **70**

REBAJADO a $ **48.—**

Modelo N.º 15
TRAJE DE SACO derecho, cómodo y holgado; solapa redondas, corte de última moda, modelo elegantísimo, de $ **90**

REBAJADO a $ **52.—**

PEDIDOS del INTERIOR se atienden con el mayor esmero y prontitud. SE ENVIAN MUESTRAS y ALBUM de FIGURINES.

Para encargar cualquiera de los modelos de este anuncio, basta citar el número que llevan.

SASTRERIA DE LUJO

(La más grande de Sud América)

NO TENEMOS SUCURSAL



GANADERIA

RESUMEN DE UN AÑO LLENO DE ANSIEDADES PARA LOS HACENDADOS

UNA BREVE SINÓPSIS DE LOS PROGRESOS DEL AÑO

MIENTRAS escribo este artículo el año 1923 escapa rápidamente, y no seré fácilmente contradicho al afirmar que no ha de ser olvidado por aquellos de mis lectores que se hallan vinculados con la industria ganadera. En realidad, existen muchas razones que deben ser recordadas, tanto por ganaderos como por agricultores, y que justifican todas mis prédicas al respecto.

ASÍ, pues, recordemos que en enero 1.º de 1923 amanecimos con la tan cacareada crisis ganadera nacional y a pesar de ello los precios nunca alcanzaron la magnitud que los de la guerra y los que siguieron cuando el armisticio. Por aquel entonces todavía no se había producido una verdadera fluctuación en el valor de los vacunos gordos, ovinos o porcinos de primera calidad, aunque, por otro lado, durante los doce meses, el último de los cuales finaliza ahora, los precios pagados en ciertas ocasiones por ganado en general se cotizaron a precios extremadamente bajos. Grande ha sido el beneficio que ha producido esta experiencia en las mentes de los expertos, lo que los ha llevado a descubrir nuevos procedimientos para mejorar la situación. Pero una indiscutible falta de unidad en la actitud a adoptarse y además un exceso de «emotividad» puesto en juego por mentes rutinarias, proyectos ridículos e inclusive tentativas para dictar a los consumidores europeos lo que deben pagar por la carne argentina, y una total despreocupación por la suprema e inalterable ley de la oferta y la demanda; y, en fin, otras leyes y disposiciones que, como las mencionadas, han sido totalmente desconocidas en el extranjero, acaban de ser derogadas por su imposible practicabilidad; y el año se nos va, quedando una «tanda» de descontentos refunfuñando del fracaso de su propia incompetencia e intentando arrojar la culpa de este fracaso sobre los hombros de los otros, quienes se veían compelidos a mantenerse en sus ofertas.

EN resumen y en pocas palabras: tan terrible enfermedad como la «política» ha producido demasiados «golpes» en el noventa y nueve por ciento de los casos con sus proyectos que han sido sometidos al público en diversos períodos, dando ello por resultado, en varias ocasiones, que el mal fué contagiando a instituciones serias e influyentes y se cayó en la cuenta de que la enfermedad había minado las fuerzas que la sostenían. Criadores e invernadores y la mayoría de los hombres de verdadera responsabilidad llegaron, por último, a la conclusión de que tales asuntos deberían dejarse que se resolvieran por sí mismos y por su vía natural; y de no haberse producido una necia y vana «agitación» legislativa, la industria ganadera se hallaría en condiciones de mucho mayor florecimiento que en la actualidad.

FUÉ en julio pasado cuando yo señalé lo improcedente que era solicitar del gobierno su intervención en una industria privada, y al efecto escribí vigorosamente contra la entonces proyectada ley de precio mínimo, y la situación difícil del comercio ganadero hoy día debe atribuírse total y únicamente a la aprobación de tal ley. Las condiciones de los campos nunca fueron mejores que al presente y que lo han sido durante meses anteriores. Un invierno excesivamente benigno fué el pasado, y una primavera inmejorable ayudó al crecimiento de los nuevos pastos y por consiguiente al rápido engorde de la hacienda; y precisamente en el momento en que esos valores estaban en excelentes bases remunerativas, los frigoríficos se encontraron con la prohibición de hacer compras y, por lo tanto, de cubrir sus pedidos. Consecuencia de esto fué que tanto criadores como invernadores se vieron obligados a quedarse con grandes cantidades de ganado gordo del tipo ideal para frigorífico. ¿Cuál fué el resultado? Cuando la ley fué suspendida y reanudadas las operaciones, se produjo un abarrotamiento de ganado gordo en el mercado. La oferta excedía a la demanda aunque los frigoríficos, a pesar de ello, pagaban precios que satisficieron a los vendedores, sin embargo de no encontrarse tales empresas en condiciones de comprar todas las existencias. Al mismo tiempo gran número de ganado engordaba, y actualmente está gordo y listo para ser adquirido por los frigoríficos. Pero éstos no están en situación de aceptar ofertas aun por valores reducidos.

EN los momentos en que escribo estas líneas estoy en contacto directo con muchas personas que poseen «chillers» de gran calidad para vender, los que aceptarían 18 centavos por libra de carne fría aunque los frigoríficos están pagando alrededor de 21 centavos, pero no pueden revisar y aceptar envíos dado el enorme número de novillos que se les ofrece. Cualquier hacendado honrado conoce bien la verdad de esta declaración.

PERO el inocente debe sufrir junto con el delincuente, es decir, que pagan justos por pecadores, aunque yo, sin inmutarme, debo decir que los productores argentinos nunca han sufrido tanto ni mucho menos tan severamente de la actual crisis mundial como sus colegas de Australia y otros lugares. El año 1923 ha sido de muchas difíciles pruebas y ansiedades para el hacendado; pero creo que lo peor ya ha pasado. Existen, indudablemente, muchos ganaderos argentinos afectados seriamente por la crisis, ahora muy avispados por las experiencias que les ha suministrado la misma, bien que se reconozca en general que tanto el productor como el consumidor son realmente indispensables el uno al otro, y ambos deben trabajar bajo la ley de oferta y demanda, y es claro que estarían mucho más contentos y felices si ello ocurriera así.

CONSIDERANDO bien todos los aspectos de la cuestión, los valores ganaderos no se encuentran tan mal. En el mercado local de Liniers, donde hay pocos, si es que hay algunos, primeros novillos «chillers», oscilan diariamente entre 110 y 130 pesos; mestizos gordos se pagan de 80 a 94 pesos; vacas gordas se venden a más de 100 pesos cada una; vaquillonas se cotizan hasta 80 pesos, y por terneros especiales se pagan hasta 58 pesos. Al mismo tiempo es cierto que los animales de inferior calidad y de invernada producen precios mucho más bajos, lo que debe influír en el ánimo de los criadores para que sepan que conviene mucho más «criar lo mejor y nada más que lo mejor». Hubo grandes «remates ferias y liquidaciones de haciendas» durante los últimos veinte días y grandes cantidades de ganado cambiaron de dueño a precios que los mismos rematadores calificaron de «bastante buenos y satisfactorios». La demanda de vacunos es actualmente mucho más firme y sostenida que lo fuera hace 12 meses. Las exposiciones ganaderas han probado que la demanda nunca dejó de ayudar a los animales de alta calidad, y asimismo hubo grandes cifras para reproductores de buena calidad y estado, que se vendieron a precios muy remuneradores. Dos ramas de la industria ganadera que se han destacado por su interés y movimiento durante el año, son las de lechería y cria de porcinos. En conexión con ésta, se han realizado numerosas exposiciones provinciales, las que, por lo menos, alentaron a los tamberos a competir entre sí mismos para la producción de campeonas lecheras, mientras algunas sociedades cooperativas han sido fundadas con grandes perspectivas de éxito.

En lo que respecta a la industria porcina, los que a ella se encuentran vinculados tienen muy poco de qué quejarse. Un sensible acercamiento se registró entre vendedores y compradores, y el año 1923 será memorable por el buen nivel que alcanzaron los precios. Los criadores de porcinos que tuvieron los verdaderos tipos de animales y no sacrificaron las razas a tontas y a locas, tuvieron remunerativos doce meses, mientras ahora se cierra el año con perspectivas halagüeñas. Refiriéndonos a esta industria porcina, no carecería de interés probablemente hacer notar los grandes progresos realizados en este país por la producción de la raza Jersey. Hubo un tiempo cuando Berkshire y Large Blacks estaban de moda, y después de la introducción de los Poland China se convirtieron en grandes favoritos, y aún se mantienen en el favor de un gran número de criadores. Durante los últimos años los Duroc Jersey han ganado firme y lentamente hasta el día de hoy, y parecen convertirse en el tipo ideal de los ganaderos. En una conversación en la Exposición de Palermo, recientemente sostenida con una persona que ha criado cerdos en gran escala por espacio de mucho tiempo, éste declaró que en alrededor de 20 años su solo trabajo y energía fueron dedicados a la producción de la clase de cerdos remunerativos, y que, después de experimentar los Berkshire y los Poland China con resultados diversos, encaminó sus esfuerzos hacia los Duroc Jersey y descubrió que esta raza es la de mayor beneficio para reproducir. Trajo también a colación citas y cifras corroborando su aseveración, y la persona que así se explicó es un criador que cuenta su ganado por millares, probablemente el mayor productor de la Argentina y por ende de Sud América. Me refirió, además, que esta raza hizo su su aparición en Norteamérica alrededor de unos 90 años atrás, cuando fué llamada Red Berkshire; pero en el año 1825 un míster Fink le dió el nombre de Duroc.

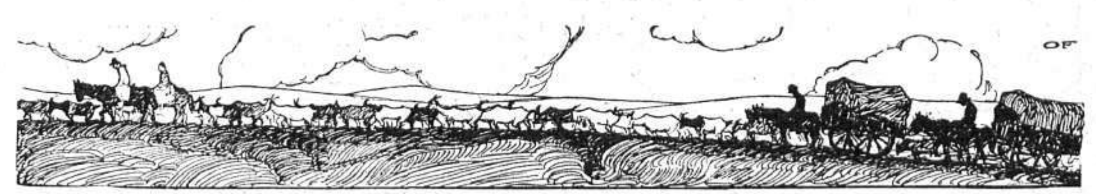
Muchos expertos sostienen que estos Durocs descienden de los primitivos Berkshire o Tamworth y con firmeza se alega que los Durocs de hoy son muy superiores a los Tamworths o Berkshire en cuanto a la simetría de las proporciones y buena apariencia de los ejemplares. Sobre todo, de las experiencias sacadas de esta raza se puede decir que los Durocs son notablemente resistentes, poseen un extraordinario poder para asimilar y son grandes caminadores. Han probado muy buenas condiciones para los alimentos ordinarios aunque vale la pena prestarles especial atención sobre cualquier otra raza en la chacra, pues se convierten fácilmente en ganado gordo con escaso maíz o grano que los pone en condiciones para el matadero. Otro aspecto importante es que tales animales pueden ser engordados a cualquier edad y también alimentados con provecho aunque ya tengan gran peso. Asimismo pueden ser alimentados con pasto seco durante el invierno y en realidad en todo tiempo. También su pelo es rojo, su contextura espléndida y sus carnes no pierden su natural color durante el proceso de refrigeración. Como madres, las Durocs son de notable uniformidad en el tamaño de las crías y muy dóciles y prolíficas, produciendo ordinariamente de 10 a 16 animales y con frecuencia pariendo 2 crías durante el año hasta que cumplen los 7 años de edad, y muy pocas sufren de esterilidad.

Ahora unos cuantos renglones acerca de la cría caballar. Un gran número de buenos éxitos se han obtenido durante los últimos 12 meses por los productores de la raza equina. Considerando la atención que se presta en la mayoría de los países actualmente a los sistemas modernos de máquinas a vapor y de tracciones a motor, es satisfactorio comprobar que nuestro buen amigo el caballo ha sido juzgado indispensable en esta república. Aparte de los de pura sangre para carreras, ¿cuántos buenos «studs» hay hoy en el país? ¡Muy pocos! ¿Y por qué? Simplemente debido a que, pocos años atrás, no valía la pena criar un buen caballo, y el 90 % de los que se dedicaban a tal industria, la abandonaron en la misma forma que los estancieros abandonaron la industria ovina cuando se produjo el derrumbe en el precio de la lana. Entonces un descuidado cruce de razas siguió a tipos de pedigree importados de razas Shire, Clydesdale, y otras especies de tiro pesado prácticamente dejaron de cuidarse. Asimismo hubo una pequeña cantidad de personas que se mantuvieron en sus posiciones hasta hoy día, e importaban anualmente de país extranjero padres de cabaña jóvenes, pero se han hecho muy pocos esfuerzos o acaso ninguno durante los últimos 15 años para importar buenas hembras. El resultado natural de esto es que la mayoría de los caballos en la Argentina, en la actualidad, son de clase indefinible, entre los que se encuentra un porcentaje de animales bastante grande de mala calidad. Además, las remontas de Palermo han alentado a la industria y la demanda de animales para la labranza y trabajos de estancia ha crecido con el progreso de la agricultura, y la escasez de buenos caballos ha empezado a hacerse sentir con los correspondientes resultados del mejoramiento de los precios para animales de buena calidad; y una vez más un número de estancieros se ha metido en la industria. En Palermo y en todas las exposiciones principales de provincias este año se han logrado excelentes precios para las mejores calidades de machos y hembras destinados a reproductores. Una buena cosecha significa una firme demanda de equinos y nunca en la historia de la república se ha previsto una cosecha tan admirable en toda clase de cereales como la que ya se presenta en los momentos en que escribo. Permitámonos confiar en que ningún trastorno imprevisto malogre tan fundadas esperanzas.

La industria ovina ha probado ser un muy lucrativo negocio para todos los que se dedicaron a su explotación en el año que finaliza. Lanas y carnes se han vendido y se siguen vendiendo a muy buenos precios. Los ovinos han ayudado mucho al estanciero en sus dificultades del año 1923. No hace mucho tiempo que una cantidad de criadores realizaron sus majadas debido a la depreciación del valor de la lana e invirtieron sus capitales en vacunos. Sospecho que existen algunos pocos que se han arrepentido amargamente de su ligera decisión, aunque tal proceder es característico en el país. Las perspectivas son brillantes para los negocios de lanas y carne de oveja. Durante este año se produjo un renacimiento en la industria de aves de corral, y en la exportación de huevos y productos congelados casi se establece un record. Probablemente que esto ha influído en los precios locales para que ni los huevos ni la carne de ave fueran baratos en el transcurso de todo el año. Antes del año nuevo, muchos de mis lectores caerán en la cuenta, de acuerdo conmigo, de que hay mucho dinero que ganar en la crianza y cultivo de gallináceos si es que los precios que se pagan ahora por pollos y pavos pueden ser considerados como una norma estable.

Y ahora, al concluír esta breve revista, debo dar mis más sinceras gracias por las corteses atenciones y ayuda valiosa que me han prestado durante mis viajes a través de la república todos aquellos de mis numerosos lectores y corresponsales; y me siento obligado a dirigirles algunas palabras de disculpa por mi aparente negligencia, en algunos casos, en reponder a sus cartas. Acepten unos y otros mis cordiales y sinceros deseos de que disfruten unas felices Navidades, y para todos un próspero y feliz Año Nuevo.

Geo. G. Peters





GENERAL PICO (Pampa). — Núcleo de distinguidas señoritas y jóvenes que asistieron al te-danzante realizado con todo éxito en el "Salón Zanoni".

Grupo de caracterizados concurrentes, comentando las agradables incidencias de la reunión.



MAGNETO BOSCH

EQUIPOS PARA
LUZ ELECTRICA

MOTORES "Z" FAIRBANKS-MORSE

EQUIPOS PARA
BOMBEAR

REPRESENTANTES
EXCLUSIVOS:

HENRY W. PEABODY & C^IA

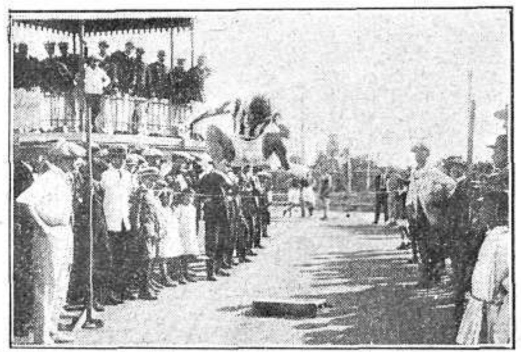
1746 - Bmé. MITRE - 1758 BUENOS AIRES



Grupo de señoritas que participaron en algunas de las carreras realizadas en el torneo atlético organizado por el "Boxing Club General Pico". — Pampa.



Los ciclistas Rafael Di Deco y José Servi ganadores de la carrera de 5.000 metros.



Público presenciando las pruebas de salto con impulso, en las que tomaron parte varios jóvenes aficionados.



Equipo del Pacífico Atletic Club que se adjudicó las once medallas de oro, donadas por la Sociedad Italiana. — General Acha.

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO XI

EL MISTERIOSO NOMBRE DE MARK HARRINGTON.— APARECE LESOEUR VIVO Y LUEGO APARECE SU CADAVER

Doyle no se quedaba a cenar a pesar de la reiterada invitación. Así lo dijo después de su frase última, que fuera la de que «la desaparición de los pedazos de gemelo no tenía importancia.»

No sabía por qué, a Ruth le pareció que el hombre tenía prisa en marcharse y que por eso se apresuraba a rehusar la cena. Algún asunto urgente, algún nuevo chispazo brotara en la cabezota del detective, obligándole a movilizarse. Ella misma, tan mujer, sentíase contagiada de una especie de febril detectivismo a partir de su entrevista con Lacy; y de estar en la piel de Doyle es seguro que no se sentiría satisfecha hasta descubrir, investigando personalmente, la enredada madeja en que se jugaba, en cierto sentido, la reputación de su hogar apacible y honrado.

El gemelo desaparecido asumía en su imaginación una importancia abrumadora, no precisamente porque ella los hubiera encontrado y descubierto después que los dos pedacitos se completaban, sino debido al hecho de que acababan de desaparecer ambos trocitos.

¿Cómo era posible que Doyle, con tono displicente, dijera que tal desaparición carecía de importancia?

Este, después de preguntarle a ella acerca de la señora de Lesoeur, no consideró conveniente hacerle nuevas interrogaciones; declaró que tenía que asistir a una cita en Southfield y se despidió con su acostumbrada brusquedad.

— Es un temperamento curioso — comentó Bent en cuanto el hombre traspuso los umbrales.

— Pero genial también — afirmó Dick. — Lo veremos; descubrirá a los asesinos de Jim Armstrong con toda seguridad.

— Si es que existen los tales — murmuró Reverly secamente.

— Pero si todos los detalles... — comenzó a decir el joven, siendo interrumpido en el acto.

— No más esta noche, Dick — exclamó Reverly con una mano alzada en señal de mando. — Basta por hoy; ya Ruth ha tenido bastante. Ya discutiremos despacio; hay mucho tiempo por delante. Ahora no quiero que ella sufra nuevas excitaciones que perjudiquen su salud.

El vehemente Dick obedeció, reprimiendo su gran curiosidad. Sin duda tenía algunas cosas que decir, pero apretó sus labios y sonrió dócil. Admiraba mucho al marido de su prima y con rápida comprensión llena de simpatía respetó su actitud silenciosa. Sin embargo, se hubo de quedar a cenar ante la insistencia con que se le pidió, pero apenas terminado el café se despidió del matrimonio para correr quién sabe hacia dónde.

Ya sola con su marido, Ruth inició una especie de resumen acerca de las complicadas facetas que tomaba el misterioso asunto, pero Reverly, con un sacudimiento de cabeza que indicaba una firme resolución, opúsose seco y mudo a que se reanudara un diálogo desagradable, y ella, comprendiéndolo así, obedeció sumisa.

— Estás fatigadísima, querida, con los nervios alterados, y sería una temeridad que habláramos del asunto una palabra. Mañana será otra cosa.

Otro cualquiera que se hubiera propuesto hacer callar a Ruth en semejantes circunstancias, con seguridad que la habría convertido, con llevarle la contraria, en una histérica gárrula con el sistema nervioso desenfrenado. Pero Reverly era el muelle en que anclaba su nave, la nave de su felicidad; él significaba para ella la ventura, la salud y el reposo, y por eso le obedecía con gusto.

Para dar salida de algún modo a sus locuacidades, ella se puso a contarle los cien detalles domésticos insignificantes que pueden interesar en un hogar; él, por su parte, le refirió los accidentes de su viaje, explicándole que un encuentro casual en el tren, en el mismo coche en que viajaba, le había favorecido en sus negocios, simplificándole el viaje en algunas horas.

— Súllivan, el amigo Súllivan de la firma Montez y Súllivan, ocupaba en el coche un sillón delante del mío; y aunque yo iba a tratar directamente con su socio, sin embargo me entendí con éste en seguida y así pude tomar en Wáshington, en cuanto me apeé, el tren nocturno de regreso. Esta mañana realicé varias diligencias comerciales en Nueva York y luego tomé el tren a tiempo para llegar a casa. Y de veras me siento rendido, cayéndome de cansancio.

— Acuéstate, querido. Se te nota que estás reventado, como tú dices.............

Reverly la contempló con deleite. Era tan bella,

tan muchacha en apariencia, que la madurez parecía una pretensión de su parte. No es que él tuviera a menos su inteligente seriedad, pero establecíase un contraste tan notorio entre su juventud y su talento desarrollado, que siempre le causaba una fuerte impresión chocante.

—Tú también estás cansada, querida — le dijo; — y como para mañana te prometo muchas cosas, lo mejor que puedes hacer ahora es ir a acostarte y descansar.

Ella, asintiendo, se echó a reír de buena gana, y ambos subieron con las manos entrelazadas los peldaños de las escaleras.

Ya cerca del pasillo, se detuvieron para escuchar. Alguien había tocado la campanilla de la puerta de la calle.

La criada Mary, que se hallaba ayudando al cocinero en la faena de lavar los platos, corrió a inquirir quién llamaba.

Ruth y Bent descendieron hasta los primeros escalones y vieron que apenas la criada diera vuelta a la cerradura cuando la puerta, empujada violentamente, se abrió para dar paso a un extraño visitante que fué a chocar contra la mujer, apartándola de su camino.

Era un hombre, un hombre excitado que se apresuró a cerrar de un golpazo la puerta tras sí ante la estupefacción de ella y él, que presenciaron la maniobra desde el otro extremo del vestíbulo; y mientras que Reverly lanzaba una fuerte exclamación de sorpresa, el irruptor cerraba con llave la puerta y luego se encaminó hacia la ventana para cerrar los postigos, mirando durante un segundo por los cristales hacia la calle, como si temiera algo.

Luego habló.

—¿Míster Doyle está aquí? — casi gritó.

Su voz era áspera y temblona. Sin duda se trataba de una persona sacudida por fuertes sentimientos.

Ruth fué la primera en contestarle. Con el natural asombro, vió a pocos pasos una figura humana de rostro color de oliva, con cabellos más negros que los del mismo Doyle, huesudo, con una nariz al pareeer de origen indio y cierto aire de nerviosa desesperación que le daba un vago parecido a Lacy. Vestía parecidamente a esas personas vinculadas con los jugadores profesionales, muy atildado y a la moda, y sus manos, según ella pudo inspeccionar rápidamente, eran pequeñas y bien cuidadas.

—¿Míster Doyle está aquí? — volvió a repetir con creciente ansiedad.

Y acto seguido, sin esperar contestación:

—¿Usted es la señora Reverly? — gritó.

—Sí, y yo soy el señor Reverly — contestó Bent.

El brusco desconocido lo miró con evidente satisfacción.

—No estoy muy seguro de no haber cometido un error, y un error no sería saludable en estos momentos. Agnes me dijo la posición que ocupaba el terreno de esta casa, pero todavía...

—Usted es el tío de la muchacha — interrumpió Ruth.

—François Lesoeur, sí, soy yo. Y deseo ver a Doyle inmediatamente. Este es el nombre del detective que han mencionado ustedes a mi esposa, ¿no es así?

—Sí, pero él no está aquí ahora — repuso ella.

Los ojos del nervioso visitante miraron con el azoramiento del hombre que se siente capturado.

—¿Estará aquí de vuelta esta noche? — preguntó con ansiedad.

—Lo dudo mucho — respondió Reverly.

—¿Dónde estará? — inquirió el hombre.

Bent se limitó a mirar a su mujer.

—¿Sabes tú dónde se hallará? — díjole.

—Quizás está con Dick — sugirió Ruth.

—¿Tienen ustedes teléfono? Sí, sin duda lo tienen. Por favor, averigüen si Doyle se halla en algún lado comunicable.

Lesoeur, a los ojos de Ruth, que lo examinaba con suma atención, parecía encontrarse tan afligido y con tantas señales de pánico como ella hubiera observado en Lacy la mañana de la entrevista, cuando éste le relatara, con frases vagas, la tenebrosa intriga que culminara en el crimen de Armstrong.

Reverly se dirigió hacia el teléfono, y mientras llamaba a Dick al aparato, Lesoeur casi se desploma, apoyándose en una de las paredes.

—Ya oyó usted mis preguntas — dijo el primero; — Dick me anuncia que Doyle probablemente se hospeda en el Southfield hotel. No lo asegura, sin embargo, y agrega que no lo ha visto desde que estuvieron juntos aquí, antes de la cena.

El rostro color aceituna de Lesoeur tornóse lívido.

—¿No tienen ustedes idea en dónde podría encontrarlo?

—Pues únicamente en el Southfield hotel, como acaba de comunicarme Dick Balfour — dijo Bent.

—¡Oh! ¡Pueden ocurrir tantas cosas en el camino hasta Southfield! — exclamó Lesoeur. — He tenido una conversación con mi esposa. No es porque yo le haya contado nada acerca del particular; no soy de ese género de hombres, de los que son comunicativos con las mujeres; pero he pensado que lo que mejor me convenía era jugar limpio. Yo nada he hecho aunque conozco gente que ha hecho. Y a todo trance deseo verme con Doyle.

—Si teme usted ir solo a Southfield me ofrezco a acompañarle — díjole Reverly.

El visitante movió vivamente su cabeza con gesto negativo.

—Es más fácil perjudicar a dos personas que a una. Más seguro voy solo — contestó.

—¿No podría pasar la noche aquí, Bent? — preguntó Ruth a su marido.

—Por cierto que puede — contestó éste.

Y volviéndose hacia el francocanadiense le aseguró:

—Míster Doyle estará aquí incuestionablemente mañana.

De nuevo el visitante movió la cabeza con energía.

—Si es que quiero estar seguro debo mantenerme en movimiento. Es probable que ustedes no me entiendan. Existen unas cuantas personas a quienes puedo enviar a la silla eléctrica.

—¿Quiénes son? — preguntó Ruth con avidez.

—Los nombres no hacen al caso, especialmente nombres de guía telefónica. Uno de ellos se llama a sí mismo Mark Härrington; otro es conocido por Luther Sterling, pero estos no son sus nombres verdaderos. Tampoco los demás nombres que pudiera citar significarían gran cosa, ni siquiera a los oídos de Doyle. Sin embargo, esto sería asunto de él.

—¿Usted sabe que Armstrong fué asesinado? — preguntóle Reverly.

—Lo sé con seguridad y conozco la pandilla que ha cometido el asesinato. Por eso estoy tan alarmado; por eso ansío ver a Doyle — afirmó el hombre con tono agudo.

—Bien; pero nosotros quizá lo veamos antes que usted — habló Bent, — y en previsión de tal caso sería conveniente que le adelantáramos los detalles que usted nos dé.

En el rostro de Lesoeur se reflejó una mirada de desconfianza.

—No diré nada sino a Doyle en persona. Para todos, yo sé que usted es Mark Härrington.

Al semblante de Ruth se le agolpó la sangre, congestionándola.



—¿Quieren ustedes verlo? Acaso lo conocerán — dijo Sanderson.
—Si es Francois Lesoeur...—dijo Ruth.

— ¡Eso es absurdo, señor Lesoeur! — gritó.

—¡Ah! ¿No es absurdo también descubrir, después de un año de enterrado, que Jim Armstrong ha sido víctima de un asesinato? Yo *sólo* deseo decirle a usted, señora Reverly, que donde se debaten turbiamente cientos de miles de dólares, nada resulta absurdo.

Su voz tornóse grave, resonante, y accionaba como un orador.

— Yo no pretendo — continuó — insinuar nada. Lo único que quiero decir es que mantuve mi boca cerrada durante doce meses y que cuando la abra será para ir hasta la muerte por la parte que me corresponde y no por otra alguna. Estoy arriesgando mi vida al hablar y cuando un hombre se juega su pellejo tiene el derecho de tomar cuantas precauciones le parezcan. ¿Es esto correcto o no lo es?

No importaba si la lógica de este hombre era o no era sólida. Sus temores adquirían tales proporciones, que no diría más de lo dicho, pues, en realidad, daba la impresión de hallarse arrepentido de haber sido tan verboso.

Despacio, como quien evita un peligro, fué retrocediendo hacia la puerta, asaltado sin duda por nuevas alarmas.

— Trataré por todos los medios de ponerme en contacto con Doyle esta misma noche — dijo. — Ustedes pueden decirle, en caso contrario, que se dirija en el acto al Southfield hotel y que permanezca allí hasta que yo acuda. Asegúrenle que nada es más importante que lo que yo tengo que decirle, pero que no intente buscarme hasta que yo me presente... que acepte el sitio donde debemos encontrarnos... que si él nada tiene que perder en este asunto, fuera de su reputación, yo, en cambio,

arriesgo mi vida. Mientras pronunciaba con rapidez estas frases sus dedos habían dado vuelta a la llave de la puerta, la que abrió apenas acabó su vehemente discurso, desapareciendo velozmente.

Reverly y su esposa se quedaron mirándose. El primero inició un movimiento como de seguir al fugitivo, pero ella tomóle del brazo y le dijo:

— Déjalo, Bent. No podrás hacerle hablar más de lo que ha dicho.

Y se abrazó a su cuerpo.

El rostro de Reverly, que había permanecido grave, adquirió de repente una sonrisa para infundirle confianza.

— Hombres de esta clase son propensos a la exageración, Ruth — comentó. — Indiscutiblemente, tiene una importante información que suministrar a Doyle; pero, no obstante, yo no acepto todo lo que dijo. Es un tipo de los que se complacen creando sensacionalismo en torno de sí, estoy seguro.

Y con acento de buen humor agregó:

— Permitámonos reanudar nuestra jornada hacia el lecho.

— Pero hay un peligro, si es que el hombre se ha propuesto traicionar a sus asociados — declaró Ruth.

— Quizás — replicó él. — De cualquier manera me sería imposible alcanzarlo ahora aunque me lo propusiera. En fin; vamos a la cama; ya no más conversaciones sobre este asunto; vas a tener pesadillas y postración nerviosa.

Y cambió de conversación mientras se dirigían hacia sus habitaciones. Pero apenas se habían acostado cuando él empezó a quejarse de un terrible dolor de cabeza. No le quedaba otro remedio que llegarse hasta la farmacia en busca de un remedio.

— ¿No puede ir Mike? — objetó Ruth.

Reverly movió la cabeza.

— Le dije que podría tomarse libre la noche.

— No quiero que tú vayas — insistió ella.

— Bueno, me quedaré — se resignó él.

Pero Ruth se arrepintió inmediatamente de que prevalecieran sus temores ante los sufrimientos de su marido.

— En fin, vete; te esperaré sin miedo.

El hombre se rió.

— Con Mary y Clara en casa, que son capaces de alborotar lo suficiente para que cualquier intruso huya atemorizado, no comprendo que te asustes — díjole. — No te preocupes.

— Preocupar sí me preocupo. Puedes tomar el automóvil y así regresarás en cinco o seis minutos.

— Exactamente es lo que yo pensaba hacer.

Saltó de la cama, se vistió con apresuramiento, la besó, y pocos instantes después ella escuchó el portazo y el ruido del motor que se alejaba. Fuera de la peculiar música de los mosquitos, no distinguió otro ruido al minuto de partir él. Estuvo monologando, a vueltas con sus encontrados pensamientos, pero tan rendida de cuerpo y espíritu, que al cabo de algún tiempo se quedó profundamente dormida, y ya no se despertó hasta la mañana siguiente. Su primer pensamiento fué para Bent, que había ido a la farmacia. Seguramente: él no regresara antes de ella dormirse. Movió un brazo y le tocó el pecho, contemplándole con alegría y sonriéndole con felicidad, hasta que sus labios le despertaron.

— Estabas durmiendo pesadamente cuando regresé anoche y no quise interrumpir tu descanso — le dijo él.

— ¿Te pasó el fuerte dolor de cabeza? — preguntóle ella con voz cariñosa.

— Tomé dos sellos de aspirina y en seguida se me calmó la molestia. Me sentí bien antes de llegar a casa.

Luego se pusieron a discutir acerca de sus respectivos méritos como jugadores de golf, evitando en su charla la menor alusión al misterio de la muerte de Armstrong, y así llegaron hasta la hora del desayuno, que tomaron alegremente.

Pero si las intenciones de Bent eran las de ignorar el asunto durante toda la mañana — un asunto que tan enorme importancia revestía para ambos — tales intenciones no prevalecieron.

Dick Balfour penetró en la casa a grandes zancadas.

— ¿Han oído la noticia? — gritó.

Y sin esperar respuesta dijo:

— Un asesinato se ha cometido esta noche a cien yardas de estas puertas. Un hombre llamado Lesoeur, según las cartas que John Gerlach halló en las ropas del cadáver; el marido de la mujer con quien habló Ruth en Southfield. Muerto de una cuchillada en la espalda.

CAPITULO XII

EL DETECTIVE SANDERSON ENTRA EN FUNCIONES

El primer sentimiento de Ruth no fué de horror, sino de alivio. Su nerviosidad al salir Bent, durante la noche, en busca de aspirina a la farmacia, no provenía de un miedo vano, ni de una cobardía de niña tonta. Era de presentir que el crimen rondaba en la sombra. Las palabras tranquilizadoras de él habíanla calmado, lo que sin duda contribuyó a que se durmiera antes de su regreso. Mas ahora, al escuchar de labios de su primo Dick la sensacional noticia, experimentaba la sensación de haber escapado milagrosamente de una desgracia. Su marido estaba sano y salvo y a su lado y ella sentíase contentísima de que Bent hubiera escapado de un peligro que no había motivo fundado para temerlo. Un psicólogo perspicaz le habría dicho que tal sentimiento provenía en ella de otros temores inconfesables y semi desvanecidos merced a los esfuerzos de su fe; pero no se hallaba allí ningún psicólogo presente para analizar tales sutilezas, y aunque lo hubiese ella habría negado enérgicamente sus aserciones.

Otra vez el horror volvió a apoderarse de su espíritu hasta el extremo de no darse cuenta de su existencia.

Lesoeur no lograra impresionarla favorablemente la noche anterior y, por otra parte, la apreciación que de él se hiciera en las conversaciones sostenidas con su esposa tampoco resultaban benignas para el asesinado.

Sin embargo de estas consideraciones, Lesoeur era un ser humano; cualquiera que su pasado hubiera sido, su conducta posterior de ayudar a la ley y al orden merecían aprecio de las personas honradas. Y el hecho era que su muerte había sellado sus labios en los momentos precisos y decisivos en que se decidiera a comunicar sus valiosas confidencias a las autoridades. En cierto modo, el hombre quiso justificar su existencia honrada, lo que constituyó su certificado de defunción.

Por otro lado, el asesinato de Lesoeur complicaba los acontecimientos, permitiendo que las nubes del desasosiego y la incertidumbre siguieran cerniéndose sobre su hogar en el día en que ella esperaba verlas disiparse por completo. Todas las habladurías y todas las dudas hubieran quedado deshechas con el testimonio de Lesoeur.

Sin duda que estos eran pensamientos egoistas. Siendo una persona normal, su misma normalidad

le impedía ver las cosas desde un punto de vista por completo impersonal.

Una honda tristeza la invadió al recordar a la viuda de Lesoeur, aquella mujer de Nueva Inglaterra, de carácter reconcentrado y en cuya alma se debatían tantas contradicciones.

No le pareciera Lesoeur una persona agradable, pero el fresco recuerdo de haberlo visto vivo en su casa, tan ansioso de entrevistarse con Doyle, llegaba a conmoverla. ¿Cuáles habrían sido sus pensamientos — sus últimos pensamientos — cuando el asesino saltó sobre él como un tigre y sintió sus traidoras pisadas y luego la penetrante hoja del acero que le penetraba en las carnes hasta traspasárselas?

Parecía increíble. Ruth, pese a la brutal realidad, resistíase instintivamente a creer tan sangrienta e imprevista desgracia.

Y se sobresaltó cuando Bent le dijo que deberían ir a la oficina de Selectmen.

— ¿Por qué y para qué? — protestó ella.

Inconscientemente se alarmaba de tal exhibición.

Reverly la miró con aire tranquilizador, como si mirara a un niño al que hay que contentar.

— Considera que el hombre estuvo aquí poco antes de ser asesinado — explicó. — Lo que nos dijo a nosotros ha de resultar de interés para John Gerlach.

Pero en vez de lograr calmarla con semejante explicación, ella sintióse invadida por fuertes temblores angustiosos.

— Esto significa que todo lo que se viene hablando acerca de la muerte de Jim Armstrong se convertirá en dominio del público. Los diarios...

Bent se encogió de hombros.

— No podemos impedirlo, querida, dentro de lo que marca nuestra línea de conducta — replicó. — Reconozco que es desagradable, que enferma por lo desagradable, ¿pero qué otra cosa cabe hacer si hemos de ajustarnos a nuestros deberes de vecinos respetuosos con las leyes e interesados en el cumplimiento de la justicia? Por otra parte, la publicidad que prestan los diarios es conveniente y suele ayudar a la solución de estos misterios. Y aunque no fuese así, no tendríamos excusa de nuestra parte al no hablarle inmediatamente al Shériff.

— ¿Debemos ir los dos entonces? — preguntó ella todavía bajo la impresión de sus temores.

— Creo que sí.

No puso reparos al parecer de su marido. Se limitó a guardar silencio, preocupada ante la idea de tener que relatar circunstancialmente los sucesos en que había tomado parte durante los tres últimos días, lo que le producía cierto físico malestar.

Sin embargo, comprendiendo los razonamientos de su marido, tendría que informar lo que supiera y cuanto le preguntaran, sin titubeos, con claridad y sencillez, de manera que su declaración no comprometiera en lo más mínimo las investigaciones de las autoridades.

Luego, dirigiéndose hacia su primo Dick que, contra su costumbre, permanecía silencioso y pensativo, le preguntó si había visto aquella mañana a Doyle o bien si sabía dónde se encontraba.

— Desde ayer no he vuelto a verle. Me dejó con la palabra en la boca en cuanto salimos de aquí.

— ¿Acaso permanecerá en el Southfield hotel? — volvió ella a inquirir.

— No sé. Puede que se halle enfermo de contrariedad por haber perdido la ocasión de escuchar lo que Lesoeur deseaba tan vivamente contarle.

Transcurridos algunos minutos los tres salieron juntos.

Bent propuso ir en automóvil, pero Dick le advirtió que con toda seguridad John Gerlach, el Shériff, no permitiría el tránsito de vehículos por la calle donde se cometiera el crimen hasta tanto no se realizara la reconstrucción judicial.

— Debemos ir caminando — terminó diciendo el muchacho.

— Bueno; no hay inconveniente — contestó Reverly.

Y con manifiesto buen humor agregó:

— Nuestro amigo John se conoce que ha leído literatura detectivesca porque sabe tomar sus precauciones.

Esta salida tuvo la virtud de provocar una sonrisa en los labios de su esposa. La idea de que el viejo obeso John Gerlach se hallaba actuando como reconstructor de crímenes y gran pesquisante, resultábale demasiado ridícula para ser tomada en serio.

Después de haber caminado poco más de cincuenta yardas, divisaron al hombre rodeado de un gran grupo de personas curiosas, y los tres de nuevo sonrieron al acordarse de que el bueno del Shériff, ahora en tal aprieto, era un pacífico y vulgar ciudadano que no hacía mucho regentara una casa de pensión, llegando a ser propietario de un modesto establo.

Por su parte, Gerlach había cercado la calle en el sitio en que Ruth, por instintiva deducción, supusiera exactamente la comisión del crimen.

En una extensión de veinte yardas, la calle quedaba aislada lo mismo para vehículos que para peatones, orden que hacía cumplir el Shériff con todo rigor.

Un policía sin uniforme, pero usando un cinturón con cartuchera, símbolo de su autoridad, previno a los tres viandantes que siguieran caminando por el césped que bordeaba la calle, y así lo hicieron uno a uno, observando con atención el espectáculo.

No tardó Gerlach en verlos y en saludarlos.

Ruth, respondiendo al cordial saludo del Shériff, que la conocía y respetaba desde años atrás, se alegró al saber que el cadáver de Lesoeur fuera removido. El polvo del reducido terreno a cuyo lado hallábase estacionado Gerlach advertíase como aplastado, de lo que era fácil deducir que algún objeto pesado ocupara tal lugar por algún tiempo.

Acto seguido, el grueso ciudadano que desempeñaba el puesto de autoridad local en la villa, les explicó:

— Aquí mismo fué encontrado el cadáver, en una posición que ya se ha registrado por escrito.

— Está usted tomando muy buena cuenta del suceso, John — le cumplimentó Reverly.

El aludido se sonrió complacido.

— Nunca lo hubiera creído, señor Reverly — contestó — pero hay aquí cerca un caballero, Míster Sánderson, de la agencia neoyorquina de detectives Bryan, que estuvo a verme varias veces últimamente, el que me dijo que se hallaba investigando un caso comercial en que se ventilaban productos alcohólicos. Esta mañana, cuando me relataba algunos detalles en mi oficina, recibí aviso del crimen. Parece que anoche anduvo por aquí.

Y el Shériff señaló a un hombre alto, delgado, de vulgar apariencia, que se encontraba a la orilla opuesta del camino.

— Es un hombre experto — continuó Gerlach — y me ha querido ayudar en las primeras diligencias, así es que antes de remover el cadáver hemos tomado fotografías de todos los rincones.

— ¿Y qué han logrado averiguar? — terció Dick con gran interés.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

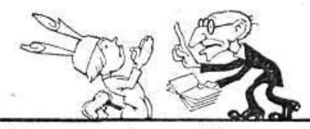
Comentarios

En pos del aguinaldo, si ello fuera
posible en individuos tan notables,
serios y respetables,
lo podrían pedir de esta manera:



Yo soy un ministro callado y discreto,
Yo soy un sujeto
que, gracias a Dios,
con nadie se mete
ni nada promete.
Yo soy un marino que vale por dos.
Las cosas que pido, las cosas que quiero,
por poco dinero
se obtienen quizás.
No soy absorbente.
¿Qué vale, realmente,
un barco de menos o un barco de más?

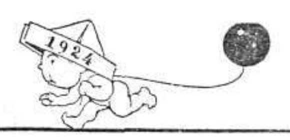
Me habéis hecho mil favores
que os agradezco, señores.
Llega la fecha bendita
y Gallardo felicita
a sus favorecedores.
Por la fuerza del destino
tuvo que ser interino,
lo que es un pesado fardo.
Y, ahora, sigue su camino
y os felicita
Gallardo.



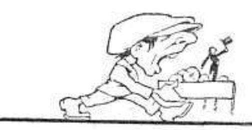
Creo que en la república
debemos fomentar la instrucción pública.
Por eso, pienso yo,
imitar a Marcó.
Me ha dejado en su puesto
y a hacer lo que él hacía estoy dispuesto.
El año va a acabar, según parece.
Felicito a Marcó. Se lo merece.

Loza por aquí.
Loza por allá.
¿Qué va a ser de mí?
¿Qué sucederá?

Junto a mi cartera,
lleno de emoción,
ahí va mi sincera
felicitación.



El año que se acerca será un año fecundo.
En paz vivirá el mundo
Se acabará la guerra.
Será el globo un pensil.
Pero tendremos todos que combatir el vicio.
Haremos ejercicio.
Y aquí, en la propia tierra,
presumo que hasta Elpidio manejará el fusil.



No hay ninguno que compre o que venda
que no se halle bastante enojado
y que no vocifere, irritado:
—¡Ay qué Hacienda! ¡qué Hacienda! ¡qué Hacienda!
Paso días y noches fatales.
¡Qué disgustos enormes me llevo!
Pero, en fin, a mis muchos rivales,
les deseo un feliz año nuevo.

Aunque no sea vanidoso,
con mi papel estoy conforme.
Es un papel maravilloso.
Soy un ministro prodigioso
y un proyectista enorme ¡enorme!
A mí me alude, a lo que veo,
todo el que impreca o que depreca,
y halla lo que hago burdo o feo.
A todo el mundo le deseo
felicidades y manteca.

¿A quién felicitaré?
¿Al comité? ¡Qué herejía!
¿Al Hombre? ¡No! ¡Qué ironía!
No se me ocurre. ¡Ah! Ya sé.
Esto será lo mejor:
—Gallo felicita a Alvear
porque ha sabido encontrar
ministro del interior.

MONOS DE REDONDO

B I B L I O G R A F I A

LIBROS:

El Cáliz, novela por Alberto Coutoune, con una carta del doctor Teófilo Sánchez de Bustamante. Imprenta Osorio & Sagalés. Buenos Aires.

Xaimaca, novela por Ricardo Güiraldez. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

La noche mil y dos, novela por Francisco Camba. Renacimiento. Madrid.

Poesías, por Rafael Obligado. Edición definitiva dirigida por Carlos Obligado. Librería de «La Facultad». Buenos Aires.

Taparacú, novela inédita original de Carlos del Bosque. La Novela Peruana. Año 1. Número 14. Lima.

Cabezas de mujeres, por Herminia C. Brumana. M. Gleizer, editor. Buenos Aires.

Un hogar, comedia en 3 actos, por Samuel Eichelbaun. M. Gleizer. Editor. Buenos Aires.

Oro y Sombra, poesías inéditas por Sofía Arzarello de Fontana. Editorial Renacimiento. Montevideo.

Ráfagas. Literatura, crítica, ideas, por Manuel C. Ramírez, Imprenta «La Propaganda», General Pico (Pampa Central).

Alma y cerebro, prosa y verso por Alberto Maritano. Establecimiento Gráfico J. Estrach. Buenos Aires.

La Hoja de Parra, colección de artículos por César Guillermo Corzo. Editorial Urquieta. Arequipa.

El León encadenado o **Las víctimas del hambre,** drama en 3 actos por Antonio Fiore Rosetti, obra premiada por la compañía española de alta comedia «Nicolás Carreras». Imprenta y Librería de Antonio Rodríguez. Salta.

Musa férvida, poesías por Domingo Lisanchi Sarno. L. J. Rosso y Cía. Buenos Aires.

REVISTAS:

Nosotros. Número 174. Noviembre. Agencia Central. Librería Mohen. Buenos Aires.

CARNETS:

Club Sportivo del Norte, invitación de la Secretaría General de la Agrupación a esta Revista para asistir a sus partidos.